

Cayetano Rodríguez Beltrán

## UN INGENIO

Prólogo

Georgina Trigos y Domínguez



COLECCIÓN **UV** RESCATE  
UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Se debe obtener autorización de la Universidad Veracruzana para cualquier uso comercial.

La persona o institución que distorsione, mutile o modifique el contenido de la obra será responsable por las acciones legales que genere e indemnizará a la Universidad Veracruzana por cualquier obligación que surja conforme a la legislación aplicable.

**Cayetano Rodríguez Beltrán**

# **UN INGENIO**

**Prólogo**

**Georgina Trigos y Domínguez**

COLECCIÓN **UV** RESCATE  
**UNIVERSIDAD VERACRUZANA**

Primera edición, febrero del 2012

COORDINADORA DE LA COLECCIÓN RESCATE

Esther Hernández Palacios

EDITOR

Azucena del Alba Vásquez Velasco

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Blázquez Domínguez

José Luis Martínez Morales

Roselia Osorio Armenta

Georgina Trigos y Domínguez

Azucena del Alba Vásquez Velasco

Portada: Anónimo. *El zapateo* (Óleo sobre tela 47 x 64 cm).

Contraportada: Georgina Trigos y Domínguez

Grabado de la Colección: Pepe Maya

© 2012, Universidad Veracruzana  
Dirección General Editorial  
Hidalgo 9, Centro, Xalapa, Veracruz, México  
Apartado postal 97, CP 91000  
diredit@uv.mx  
Tel/fax (228) 8185980; 81813 88

Instituto de Investigaciones  
Lingüístico-Literarias  
Estanzuela 47 B, Col. Pomona, CP 91040  
Xalapa, Veracruz, México  
Tel/fax (228) 8186555

ISBN: 978-607-502-136-2

Impreso y hecho en México  
Printed and made in Mexico

## PRÓLOGO

Cayetano Rodríguez Beltrán ha sido considerado un escritor comprometido con la corriente realista y con el costumbrismo o mejor dicho con un estilo que resulta de la combinación de ambos. En su narrativa circulan personajes pintorescos colocados en los ambientes y lugares propicios, correspondiendo con la definición de realismo que dice:

En arte y literatura, exposición cercana a la realidad, particularmente a la realidad social y cotidiana. El deseo de presentar la vida sin ningún tipo de adorno, sin estilizaciones ni heroicidades, sino tal como es en sí... (*Diccionarios Rioduero*, Literatura I; Madrid, Ediciones Rioduero, 1997, p.243.)

En la *Reseña biográfico-antológica* de Francisco Illescas y Juan Bartolo Hernández se le describe como periodista y escritor; cultivador del cuento de costumbres, la novela, la crítica y la polémica. Firmó sus artículos con el seudónimo de “Licenciado Vidriera” y el anagrama “Onateyac”.

En esa misma publicación se lee: “Muy joven inició su carrera periodística escribiendo en *El correo de Sotavento*. Colaborador de *México Intelectual*, *El Mundo Ilustrado*, *Don Quijote* y *El Mundo de la Habana*. Dirigió *La Idea Liberal*, órgano del partido político “Gómez Farías”.

[...] Rodríguez Beltrán es un magnífico costumbrista; vivió sus tipos y no resistió el impulso de inmortalizarlos. Castizo en el estilo, perfecto en la forma y elevado en la idea logró enriquecer las letras nacionales con subidos quilates. Su crítica es acertada, su

polémica plena de erudición. (Francisco Illescas y Juan Bartolo Hernández, *Escritores veracruzanos. Reseña biográfico-antológica*, Veracruz, Ver., 1945, pp. 247-251)

*Un Ingenio* (1923) no escapa a las características mencionadas. Desde las primeras escenas está presente el terruño, ya sea en la memoria, ya en los obsequios provenientes de la tierra natal de los que el protagonista y sus compañeros de vivienda dan cuenta cabal.

La historia de *Un Ingenio* transcurre en una época de transición entre dos siglos: el XIX, en el que se han acumulado usos y costumbres propios de un pueblo y el posterior, el XX, que por un lado afianza su identidad en el pasado, reproduciéndolo, manteniéndolo vivo, y por otro da pasos hacia el futuro, aceptando las innovaciones que la modernidad pone al alcance de la mano.

El ingenio, motivo de la narración, delimita el espacio rural, el campo, en contraste con la provincia y la de la ciudad. De aquel proviene el sustento que arraiga las costumbres, los modos de vida y de ser de los habitantes provincianos.

En la novela, el ingenio, trapiche, finca o casa grande, señala el espacio en que tienen lugar los momentos claves de la historia: el nacimiento del protagonista; la muerte de don Gabriel, la partida y el regreso de Ramón, la crianza de Quico, el hijo bastardo; es el sitio para volver en la medida en que se haga necesario recuperar fuerzas o reparar un daño. En el relato, el ingenio forma una unidad con la ciudad provinciana, Tlacotalpan, para integrar el terruño, frente a la metrópoli, la capital, la ciudad de México, sitio peligroso y hostil.

Ya Rodríguez Beltrán abordó este asunto en uno de los relatos que integran *Perfiles del Terruño*, publicado en esta misma colección: “¡Piojosa!” narra con un toque jocoso la historia de Romualda quien abandona la protección del terruño, las ternizas del amor honesto para aventurarse en la capital y ahí perder el decoro, el respeto y el amor y terminar viviendo como un teporocho.

Sin alcanzar tales extremos, para Ramón, protagonista central de *Un ingenio*, la vida en la capital, breve estancia de ape-

nas ocho meses, lo asoma a la vida difícil de un estudiante pobre, provinciano, sin experiencia mundana, desamparado de los mimos maternos y lo coloca en un tris de morir de neumonía, ante lo cual la madre lo reclama para sí y él sin vacilar regresa a su protección, abandonando por completo los planes de convertirse en un médico afamado.

De esta manera, el porvenir de Ramón queda marcado para cumplir su destino. Al abrigo de la madre encontrará una vida sin preocupaciones extremas. Así mismo, la protección del padrino, don Prisciliano, le facilitará un desarrollo intelectual pretendidamente superior a sus contemporáneos, que finalmente lo empujará al desequilibrio físico y emocional que lo llevará al suicidio.

Es, entonces, Ramón el prototipo del individuo, que lejos de su lugar nativo, del entorno confortable y seguro, del mimo constante, al enfrentar los contratiempos del hacer cotidiano, pierde la entereza y deja asomar la debilidad de su carácter.

Por eso, cuando descubre el erotismo de Afrodita en la persona de la exuberante compañera rubia y casi muere de neumonía, después del baile en el que se ponen a prueba sus habilidades de seductor, la voz premonitoria de la madre resuena en las profundidades de su conciencia y responde a su llamado sin oponer resistencia, convencido de que la ciudad representa un desafío de una magnitud tal que él no está en disposición de enfrentar.

Mientras tanto, Quico, el medio hermano, extremo opuesto, se ha vuelto un joven fuerte, que se planta ante la vida con determinación; un tanto salvaje, sin pulimento, sin educación, toma de la vida todas las oportunidades que le ofrece sin más propósito que la satisfacción de sus deseos.

En una aparente contradicción este hijo montaraz de don Gabriel, resultado de amoríos fuera de matrimonio, viene a ser quien mejor se identifique con las aspiraciones paternas y herede las cualidades indispensables para mantener y sobre todo alimentar el amor a la tierra: los usos, las costumbres, las tradiciones, el orgullo de pertenecer a un sitio, una historia, un momento preciso.

En un complejo entramado de relaciones opuestas se mezclan los distintos personajes masculinos y femeninos de la

novela. Cada cual caracterizado de acuerdo con el rol social y de género que le corresponde. Así unos y otros armonizan el conjunto de fuerzas que tensan el relato.

De la misma manera, los espacios se delimitan naturalmente por las acciones de los protagonistas: el campo, la ciudad provinciana, la metrópoli, son los escenarios adecuados para cada acontecimiento. Nada ocurre fuera de lugar ni nadie ocupa un sitio distinto al que le corresponde, y sin embargo, no se tiene la impresión de que haya restricciones impuestas u obligadas. Más bien pareciera que existe un consenso establecido por usos y costumbres.

Así, el fandango sólo puede tener lugar en la finca; los enredos sociales de las mujeres, en el baile de la fiesta patronal; el desarrollo de la muchacha bonita, en la ciudad provinciana; las mujeres honestas, en su casa; el trabajo intelectual para los hombres, la rudeza de costumbres para los habitantes de la finca, etcétera.

Rodríguez Beltrán no pierde oportunidad para esbozar una sonrisa socarrona ante las aspiraciones de clase de algunos hombres y mujeres que pretendidamente ilustrados exhiben su ignorancia y caen en el ridículo con lo que se establece una cierta complicidad que hace sonreír al lector.

El argumento es simple, en apariencia y en ocasiones predecible. Sin embargo, los personajes con frecuencia sorprenden, revelan algún secreto o pasan a la sombra de manera imperceptible sin dañar la continuidad de la historia.

Pesa en los protagonistas una suerte de fatalidad, de acodo con las circunstancias que los rodean. Son al mismo tiempo actores y receptores. Por eso, no se trata de personajes dramáticos o rebeldes sino más bien seres comunes que se adaptan a sus circunstancias, las sufren o las disfrutan y las más de las veces las consideran un designio inamovible.

Como una marca de identidad, *Un ingenio* recrea la vida en provincia, en Tlacotalpan, concretamente, de fines de siglo XIX –o inicios del XX– para cuyos protagonistas el horizonte se estrecha en los límites de su quehacer cotidiano y en la búsqueda de satisfacción de necesidades inmediatas.

El relato transcurre al ritmo cíclico, pautado por el curso de la naturaleza y el ritual de las fiestas anuales. Nada, al pare-



cer podría perturbar el hacer cotidiano de los protagonistas, incluso los momentos álgidos como la muerte de don Gabriel, pasan sin alterar la estructura profunda del diario vivir. Para Quico es la oportunidad de llevar a cabo los planes de mejoría de la finca; para Ramón la prueba de su incapacidad de vivir lejos del terruño; doña Remedios se consuela en la devoción a toda la corte celestial. De este modo, cada uno de ellos da origen a un nuevo núcleo narrativo sin perder el paso regular y acompasado, del relato. Es decir, la vida sigue su curso sin interrupciones.

La estructura de *Un ingenio*, se sostiene en el juego de oposiciones duales si consideramos que en cada episodio, desde el primer capítulo, este claroscuro propicia el desarrollo de la historia haciendo resaltar las características individuales de cada participante en cada situación. Una primera oposición, ya se mencionó, se establece entre la Capital y la ciudad de provincia y a su vez esta última se enfrenta a la rusticidad del campo, de la finca. La capital el peligro, lo ajeno, el terruño, lo seguro, la protección, lo propio. Al mismo tiempo, la vida silvestre del campo da el sustento a las costumbres refinadas de la ciudad. Naturaleza y Civilización encuentran aquí su razón de ser.

Igualmente Quico y Ramón son las dos caras opuestas y complementarias de don Gabriel. Uno, la fuerza viva y pujante prácticamente indomable, el otro, la razón, la inteligencia sensible, instaladas en un cuerpo frágil. La doble expresión de lo masculino. Él, don Gabriel en el extremo opuesto a don Prisciliano y al señor cura. Doña Remedios, a su vez, en contraste con sus contemporáneas, ya sean sus compañeras de cofradía como las del tipo de doña Rosario, la tía de Martha, y con esta desde el momento en que será la esposa de Ramón. A partir de Martha se establece también una serie de relaciones de contraste: entre ella y las otras casaderas; con la tía en cuanto jerarquía y proyectos; entre ella y las mujeres de la finca en el fandango.

El fandango, por su parte, condensa el sentido de las festividades del Sotavento. Alegría desbordada, música, baile y comida abundante. La prestancia de las mujeres que portan el traje regional característico y tradicional. El desafío de los

danzantes quienes hacen gala de su destreza en el dominio de los sones. Todo cuanto desde entonces constituye el distintivo de la región sotaventina. En este sentido, la novela de Rodríguez Beltrán reúne presente y pasado, al mostrar lo permanente de los valores que se consideran la expresión de “la continuidad en el cambio”.

Todos los personajes, tanto femeninos como masculinos, vienen a ser tipos. En cada uno se puede identificar rasgos físicos o de carácter y comportamientos fácilmente reconocibles como modos de ser, pensar y actuar no sólo del espacio regional de la novela sino característicamente humanos. Las mismas pasiones, idénticas contradicciones, semejantes debilidades o inclinaciones. Vienen a ser retratos de individuos verdaderos vueltos modelos al instaurarse en el universo de la ficción narrativa.

En esta consideración, Cayetano Rodríguez Beltrán se retrata en el protagonista central, Ramón, y en don Prisciliano, amante de los libros y apasionado de la erudición, quien toma a su cargo el incremento de las facultades creativas de Moncho. Narrador y testigo, el autor de *Un ingenio* reproduce en las discusiones literarias con don Prisciliano sus conceptos acerca de quehacer de un escritor, lo que hace casi imperceptible la línea divisoria entre ficción y realidad. En una de tantas largas discusiones sobre el tema con don Prisciliano, éste dice:

[...] Has de saber que las perspectivas se confunden como en una decoración de teatro. No se han de tocar los extremos y habremos de quedar en el justo medio, y aquí el justo medio es el “realismo” bien comprendido, y ese está en la Naturaleza misma, así de las cosas como de las personas... [...]

A lo que Ramón responde:

Los personajes principales de mi novela son tomados del medio ambiente en que vivo... tienen, desde luego, las modificaciones que el arte debe imponerles. No son imágenes sorprendidas por una cámara fotográfica, ni hablan como si un fonógrafo hubiera toma-

do sus palabras... Tengo el gesto de ellos, su idiosincrasia, su fisonomía: ese aire de familia por el cual un individuo no se confunde con otro aunque no muestre su partida de bautismo.

¿Es la voz de autor? ¿La del narrador? ¿Los personajes? Autor-narrador-personaje se confunden y dejan en el lector una semejanza de lo “real”.

El lenguaje castizo es otro recurso notable del estilo de Rodríguez Beltrán. Voces y giros de la más acendrada raigambre distinguen el habla del narrador y la de los personajes educados y cultos. A diferencia de los regionalismos y el habla popular propia de los campesinos o de las clases medias y bajas sin instrucción.

Largamente se detiene en la descripción de los decorados decimonónicos, poblados de muebles y adornos hoy desaparecidos o fuera de uso.

La pieza, cuadrilonga, era amplia, ventilada por altas y rasgadas ventanas y puertas anchas y seguras, de las primeras, dos daban al comedor y otras dos caían a la calle, y de las segundas, una para el testero, una en cada tabique para pasar a la alcoba y al cuarto principal, e igual número que comunicaba con el comedor y daba salida a la acera cubierta por dilatado “corredor”.

Los muebles eran todos de caoba, pesados, cómodos y brillantes por el barniz frecuente que los puso casi negros; la consola, en mitad del estadio entre la puerta y la ventana que estaban para el comedor, amén de ser vasta, se veía más abultada por la curva del pecho de paloma de la cubierta que sustentaba la ménsula en forma de ese, adosada al tablero, en cuyo fondo encuadraba el ancho bastidor forrado de “lacre” rojo, con menudos pliegues en forma de rayos, contenidos en el centro por una chapeta circular de brillante latón con relieves y biseles[...] abajo, sobre el tablero, dos esferas plateadas por el azogue, hacían rabioso contraste con el rojo plegado del bastidor y la chapeta dorada del centro, extraños aditamentos usados por no sabemos qué moda de aquella hoy lejana época; en los cuatro ángulos del salón, veloneras, también de cedro, ostentaban barrigonas y cristalinas guardabrisas, al través de las cuales se veían esbeltos candeleros de pulido cobre que semejaba oro de tibar, con erguidas velas de esperma, primitiva y elegante iluminación de aquellos tiempos; [...]

Y con la misma minuciosidad reproduce los paisajes en su flora y fauna. O bien abunda en detalles del escenario en que tienen lugar acontecimientos claves de la historia: la fiesta en la que Ramón pierde su sombrero, conoce a la rubia y pesca una neumonía que lo regresa al hogar; la casa paterna; el baile en el que conoce a Martha; el fandango, entre otros.

El paisaje o entorno natural determina el carácter de los protagonistas. Ninguna acción desafía los límites de la costumbre que, a su vez, les devuelve su imagen engañosa repetida al infinito, reflejada en el quehacer de los otros.

La primera edición de la novela está fechada en 1923 con el sello de la Oficina Tipográfica del Estado, sólo cuatro años después de la fecha con que el autor pone fin a la historia. La impresión, además, viene acompañada de una nota en la que se asienta que: “El producto de esta edición lo cede el autor para comprar el mobiliario destinado a la Escuela Secundaria y Preparatoria de Jalapa-Enríquez, Capital de Veracruz”. De esta manera, el autor expresa su reconocimiento y gratitud a la institución que albergó su conocimiento.

Por otro lado, “A Tlacotalpan, mi querido e inolvidable terruño, cercano y seguro albergue de mi vejez” reza la dedicatoria con que Rodríguez Beltrán entregó la edición de su novela, en la que el terruño es el escenario insustituible de las acciones de sus personajes, como homenaje profundamente sentido a la tierra que lo vio nacer y que estuvo presente en sus afectos.

Georgina Trigos y Domínguez

## ADVERTENCIA

La presente edición de la novela de Cayetano Rodríguez Beltrán reproduce en lo general la del año de 1923. Sin embargo, al no tratarse de una edición facsimilar y con el fin de que los lectores actuales disfruten la lectura de la novela, se han modificado algunas disposiciones tipográficas y ortográficas; por ejemplo, se suprimieron las comillas en las palabras de uso común, es decir giros locales o regionalismos que en la actualidad se utilizan con la misma acepción que en la época en que se desarrolla la historia y no pueden causar confusión alguna; se señalaron con cursivas los extranjerismos y latinismos así como los títulos de publicaciones periódicas mencionadas en el texto y otros. También se pusieron en cursivas las formas que reproducen el habla popular costeña; asimismo se actualizó la ortografía, en los casos que así lo requirieran, suprimiendo, por ejemplo, la tilde en los monosílabos acentuados.

Para el uso de puntos suspensivos se siguió el criterio de la norma actual, dejando sólo tres en vez de los cinco, seis o más que aparecen en el original. Además, en algunos casos, se sustituyeron los suspensivos por signos ortográficos para modernizar la puntuación. Sólo se conservaron aquellos que mantienen el significado de pausa, duda o para indicar continuidad.

En los diálogos que presentaban confusión por no estar claramente delimitadas las intervenciones de cada interlocutor, se actualizó el uso de los guiones (o raya) de modo que se distinguieran los cambios de voces.

En los monólogos interiores, o cuando se trata de la expresión de recuerdos o de citas textuales, se suprimieron las comillas, cambiando la presentación con un puntaje menor y ampliando los márgenes laterales para separarlos del relato.

Una de las características sobresalientes de la obra es el tipo del lenguaje, que establece una clara distinción entre la clase social y el rango de los interlocutores y el narrador. Éste se destaca por su léxico culto, alejado del vulgo. Por esa razón, se anotó, a pie de página, el significado de las palabras cuyos referentes han caído en desuso o que pertenecen al ámbito de la lengua escrita. De esa manera el lector del siglo XXI podrá tener una idea clara de los objetos, las cualidades y los comportamientos a que se alude en el texto.

Por este motivo la presente edición ha requerido de una labor cuidadosa, detallada, en la búsqueda de palabras propias de la época y de la provincia veracruzana, particularmente de la Cuenca del Papaloapan, en especial de Tlacotalpan.

Estas voces de la región costeña han sido rastreadas en numerosos diccionarios de mexicanismos, de regionalismos y refraneros. Tal es el caso de la obra de Francisco J. Santamaría, en la segunda edición de 1974. Asimismo el vocabulario de las clases acomodadas, del que el autor hace un uso pródigo, ha sido indicio de búsqueda en lo que se conoce como los Tesoros de la Lengua, importantes colecciones de diccionarios que la Real Academia Española ha conjuntado en su versión electrónica y cuya información data a partir del siglo XVII.

Finalmente, aunado a ello, las colecciones digitales, las bibliotecas virtuales, en particular la Cervantina, han arrojado interesantes resultados para numerosos términos utilizados por don Cayetano Rodríguez Beltrán; y en menor medida aparecen voces en desuso y algunas otras cuyo único registro data de textos escritos en el Siglo de Oro Español, cuya búsqueda en las Gramáticas españolas comentadas de finales del siglo XIX, como la de Manuel María Díaz-Rubio y Carmena han sido sumamente valiosas para este trabajo.

Roselia Osorio Armenta

*Una novela es un espejo  
que paseamos a lo largo de un camino.*

STENDHAL





## I

Aquí van los calcetines... una docena... numerados y con tus letras. De pañuelos... una docena: media docena blancos para los días de fiesta y otra media docena de “lacre”<sup>1</sup> para el diario. Calzoncillos... una docena. Camisetas... media docena... ¡Apunta bien todo para que nada te falte! Las lavanderas pierden muy a menudo la ropa... o la cambian por otra. Dos camisetas de lana... para el frío... ¡Mucho cuidado de quitarte la camiseta de lana en una corriente de aire!... ¡La pulmonía es segura!... Camisas... una, dos, tres, cuatro,... ¡diez! ¡Cuellos, doce! No llevas mucha ropa; pero por lo pronto no te hace falta, con esa tienes bastante... Luego creces que es un primor y ¡a hacerte ropa nueva!

El escapulario de la “Preciosa Sangre” no te lo quites ni para bañarte... te salvará de muchas desgracias... Ya ves que tu padre murió tan atrozmente por no creer en los milagros del escapulario... ¡Dios lo tenga en su santo reino!

Estudia mucho y no pierdas el tiempo. Te quiero ver médico... ¡Yo ya voy para vieja achacosa y tú me curarás mejor que el bueno del doctor, que Dios me lo perdone, pero no pudo salvar a tu padre!

¡Nada de amiguitos ni de parrandas y francachelas!... Los amiguitos pierden al más quieto y las parrandas y las francachelas prostituyen a un san Luis Gonzaga... Sí, ya sé que tú eres juicioso y obediente... Pero en tu edad los peligros son muchos, las asechanzas del mundo muy frecuentes y el diablo, a lo mejor, mete la cola y sale muchas veces triunfante.

---

<sup>1</sup> *Lacre*: calzas de lacre. De color rojo.

Recuerda el caso desgraciado del hijo de don Pancho... Aquí era una “mosquita muerta”, incapaz de nada malo; iba a misa todos los domingos... Comulgaba por Cuaresma y llevaba el palio en todas las procesiones; sus manos estaban hechas para la consagración, sus labios para el *dominus vobiscum* y su cuerpo para el traje talar... ¡Era un santo!... Su padre lo mandó al seminario... y ¿qué resultó? ¡Que después de gastar don Pancho un dineral en el colegio, su hijo se perdió de la noche a la mañana!, con gran escándalo de todos se supo que acabó por meterse a cómico... en una mala compañía... todo por seguir a esa mujerzuela, descocada y mala, una pécora, la misma piel de Barrabás, que lo llevó por camino tan atroz... Te pongo este ejemplo para que lo tengas siempre delante... No dejes de escribirme... Visita a don Romualdo, tu paisano y pariente, que será allí tutor tuyo; oye sus consejos que han de ser sanos y desinteresados como los míos. Gasta lo muy preciso... que ya ves que después de la muerte de tu padre tenemos que andar con muchas economías.

Si no fuera por las recomendaciones de tus maestros, la terquedad de tu padrino y las exhortaciones del señor cura, créemelo, no irías a ninguna parte. Yo no quisiera que te separaras de mí porque siempre has sido muy delicado... De chico estuviste en un tris que te me fueras al echar los dientes... Enseguida vino el sarampión a ponerte en cama... más crecido, las calenturas que no te dejaban... y ahora ese desgano que te ha puesto en los puros huesos. Si no doy mis vueltas por la cocina no comes nada; y no vale ni el vino tónico que te recetó el doctor, ni la emulsión que te doy por indicaciones de mi compadre... Bien es verdad que tú eres como yo... enfermo y raquítico... ¡Enrique sí que está como un trinquete de saludable!... Salió a tu padre... que Dios tenga en su santo reino.

Ramón, tumbado en su camastro de estudiante, repasaba en su memoria, y tan al vivo que parecía oírlas, aquellas palabras y aquellas advertencias de su mimosa madre al despedirle en una mañana nublada del mes de diciembre.

Hacía seis meses que estaba en México; al llegar presentó unas cuantas cartas de recomendación que le dieron los amigos de su casa; todos le ofrecieron interesarse por su persona,

verle como a cosa propia, pero no pasaron de ser semejantes palabras más que exagerados ofrecimientos y vanas fórmulas. Su tutor, don Romualdo le recibió con gesto avinagrado; apenas le contestó algunas preguntas encaminadas a aclarar determinados puntos, oscuros para el estudiante; lo único que hizo el egoísta de don Romualdo fue darle una tarjeta dirigida a cierta conocida suya que recibía pupilos para no morir de hambre al comer de las exiguas pitanzas de una decena de muchachos forasteros, que se gastaban el patrimonio de sus familias con la esperanza lejana de ser médicos, ingenieros, licenciados o agrónomos.

La tal señora era exageradamente económica, más por hábito que por virtud; contaba los garbanzos del cocido, cerceñaba la manteca y la sal a la comida, y aumentaba el guisote a garbanzo por pupilo, de suerte que con la entrada del mozo los garbanzos crecieron en el cocido, con agradecimiento de aquellos estómagos sujetos a un régimen alimenticio estrictamente vegetariano, y a una dieta forzosa que los traía siempre a la husma de bocados. Allí duró poco, lo suficiente para enflaquecer como una lambrija y para que se le cayeran los pantalones por la holgura, no obstante que reducía, a más no poder, las trinchas<sup>2</sup> con el propósito de ceñírseles y bien llevarlos. Ramón, que fue siempre inapetente, allí, con el diario salcochar de aquella señora —que era gorda y mofletuda por un revés de la suerte— se iba sin remedio muriendo de hambre. Felizmente, el amojamado<sup>3</sup> estudiante, dio al salir de clase con dos costeños, Fortunato y Máximo, quienes al oír las quejas del enflaquecido Ramón, le insinuaron la conveniencia de venirse a vivir con ellos a un cuartucho que tenían en calle céntrica, lejos de patronas desalmadas y santurronas. El pupilaje costaba a nuestro estudiante treinta pesos mensuales, aparte de los gastos extraordinarios, que nunca bajaban de

---

<sup>2</sup> *Las trinchas*: ajustador colocado por detrás en el lugar de la cintura en los chalecos, pantalones u otras prendas para ceñírlos por medio de hebillas y botones.

<sup>3</sup> *Amojamado*: quedarse, por vejez u otra causa, muy enjuto de carnes. Acartonado como una mojama.

cuatro a cinco pesos al mes; en la nueva vivienda pagaría cuatro de habitación (en riguroso escote), y veinticinco pesos de mesada por desayuno, comida y cena en una fonda, donde el caldo era gordo y abundante, la carne mollar y jugosa, el café no hecho de triache<sup>4</sup> y los platillos variados hasta estirar el surtido “menú” de la experta cocinera.

Se decidió de todo a todo dejar a la panzuda patrona que contaba los garbanzos como las cuentas de su rosario: uno a uno; comunicó el proyecto a don Romualdo, quien, con su mal humor de todos los días, se encogió de hombros, sin decir *oxte ni moxte*; este esguince del “paternal” tutor resolvió más pronto al sufrido Ramón, que si le hubieran llevado la contraria a vuelta de amonestaciones y reprimendas de muy subida moral casera.

El cuarto era pequeño, pero relativamente ventilado y más relativamente limpio; a su entrada hubo necesidad de remover las camas, cambiar de lugar los pocos muebles de sus compañeros para hacerse Ramón sitio en un ángulo bien abrigado de la vivienda, al resguardo de las traidoras corrientes de aire que traen en sus ráfagas las temibles pulmonías.

Máximo, como más experto en eso de capacidades, dirigió la maniobra: “Aquí mi cama, acá la de Fortunato, y allí la de usted; la mesa redonda irá en medio, y nos servirá a todos”. El tumbón de cedro del nuevo compañero se colocó por los pies de su cama, y los dos de los otros estudiantes, forrados de papel con sendas cantoneras de hoja de lata pintada de negro, donde cupieron.

Todo lo dio por muy bien hecho y mejor ejecutado el bonazo de Ramón, y aun sintió dulce regocijo por verse en aquella compañía, distante de las estrecheces de su primera patrona que se volvía extremosa con sus pupilos en los días cercanos a la quincena por la proximidad de la paga.

Ramón, después de vueltas y revueltas, gestiones y más gestiones, correr la Ceca y la Meca,<sup>5</sup> andar de zoca en colo-

---

<sup>4</sup> *Triache*: residuo o desperdicio de los granos de café que resultan reque-  
mados, partidos, quebrantados, etcétera, con lo cual se hace un café de infe-  
rior calidad.

<sup>5</sup> *Correr la Ceca y la Meca*: ir de acá para allá, algo alocadamente. De un  
lado para otro.

dra,<sup>6</sup> hubo de presentar en la Preparatoria examen de quinto año a título de suficiencia de sus estudios en el terruño, bien que venían firmados en regla; salió airoso de las pruebas y acabó por matricularse en la Escuela de Medicina para cursar el primer año. Los textos costaron algunos pesos que, a regañadientes, soltó don Romualdo como anticipo a la mesada; el estudiante en ciernes los cuidaba como a las niñas de sus ojos y los consultaba como el oráculo que le anunciaba bienestar y fortuna para mañana, reflejado al vislumbre de una remota esperanza.

El futuro mediquillo era poco o nada andariego: de la clase al cuarto y del cuarto a la clase; una que otra vez se aventuraba a pindonguear<sup>7</sup> por Santa Catalina, las calles del Reloj y Seminario; recorría el zócalo por frente a Catedral y se zampaba en Plateros, San Francisco, hasta dar con su humanidad bajo el sombraje en los bancos de la Alameda, donde se aturdí con la vocería de la gente que subía y bajaba a pie, con el rodar de los trenes fastuosos y el espectáculo admirable de las mujeres elegantes que dejaban tras sí una estela inebriativa,<sup>8</sup> emanada de las esencias y perfumes de sus frescos afeites; por las vitrinas, escaparates, aparadores o *étalages*, que de todas estas maneras los llaman, bruñidos como deslumbrantes espejos a todo lo largo de San Francisco y Plateros, pasaba Ramón su pobre personilla canija, desmedrada, de escuerzo andante, con ropas ridículamente cortadas que, a la legua, entre tantas elegancias, denunciaban la tijera anónima de un sastre de provincia; los pantalones, sobre toda ponderación, eran una lástima: tenían rodilleras muy visibles, cortos los perniles, angostas las boquillas, doblados de los bajos y con lustrosas raboseaduras los fondillos, en que la aguja había dejado uno que otro zurcido, los cuales se veían a causa del estrecho y rabicorto chupetín que los sacaba a la vergüenza pública,

---

<sup>6</sup> *Andar de zoca en colodra*: ir de mal en peor.

<sup>7</sup> *Pindonguear*: andar sin necesidad ni provecho de un sitio a otro.

<sup>8</sup> *Inebriativa*: en México, inebriar: emborrachar, embriagar; producir mareo o borrachera.

amén de la suarda<sup>9</sup> incipiente del cuello y de lo raído de los codos; la corbata parecía un dogal por lo corredizo del nudo y lo desgarrado del lazo; el sombrero, de alas curvadas, con abolladuras en la copa y saín<sup>10</sup> por todo el cerco de la cinta destinada; al verse de soslayo —la cintilación le atrajo— en los cristales, y mirar su traje tan miserable, comprendió, sin mucho esfuerzo, a pesar de su natural candoroso, por qué Fortunato, que se picaba de caballere, nunca quiso acompañarle en aquellas escapatorias tan inocentes como divertidas, que resultaban para la meticulosidad del muchacho una pecaminosa holganza y un vagar vituperable en los, hasta entonces inalterados, hábitos de medida comprobada y de frailuno retraimiento; y más subía de punto este escrúpulo, al comparar, por la ineludible ley del contraste, su traza ridícula con la aristocrática figura de los lechuguinos que pasaban y repasaban las calles para lucir sus trajes flamantes y distinguidos de herederos calaveras. Poco duró la reflexión del estudiante con recordar los consejos de su madre que hacía reconocidos sacrificios para darle una carrera, y de allí en lo adelante fueron menos reiterados los paseos por aquellos lujosos y atrayentes lugares.

En el cuchitril todo marchaba con quietud y regularidad pasmosas.

Máximo era el primero que saltaba de la cama; luego de darse repetidas abluciones en la pequeña palangana<sup>11</sup> para quitarse las señales del sueño, se vestía en un periquete, tomaba algunos papeles de la riolada<sup>12</sup> que en la mesa redonda había, y entre canto campanudo, o cigarrillo humeante, se iba a paso largo a beber el desayuno, para enseguida marcharse a la clase de “Minería”; pues Máximo sería Ingeniero Civil: levantaría puentes tan sólidos como el de Brooklyn, torres tan

---

<sup>9</sup> *Suarda*: grasa o suciedad que sale en la tela y que tenía en su fabricación.

<sup>10</sup> *Saín*: grasa, aceite, que con el uso suele mostrarse en los paños, sombreros y otras cosas.

<sup>11</sup> *Palangana*: jofaina: vasija en forma de taza de gran diámetro y poca profundidad, que sirve para lavarse la cara y las manos.

<sup>12</sup> *Riolada*: afluencia o reunión de muchas cosas a un tiempo.

elevadas como la de Eiffel y cúpulas tan majestuosas como la de San Pedro; el número y el cálculo le secaban el seso.

Ramón salía tras de Máximo, después de gustado el desayuno en el cuarto, para llegar en punto de las ocho; tomaba por Medinas, Encarnación y San Ildefonso, a manera de verse con algunos camaradas que concurrían a la Preparatoria; el toque de asamblea de los cuarteles cercanos le anunciaban la hora precisa cuando se quedaba en charla con algún paisano zague-ro, parado por allí a esperar la entrada para la segunda clase, y en oyendo el son de los clarines y el batir de los tambores corría desalado por Santa Catarina y se metía de rondón por la Perpetua, muy a tiempo para estar de los primeros en cátedra, donde le daban “carga” y le jugaban bromas por ser entre los novatos el más madrugón.

Fortunato de ordinario era el último que dejaba las sábanas, ya porque en las noches se iba de parranda con los amigos, ya porque se estaba muy pasada la media noche leyendo novelas y fumando cigarrillos. Entre asearse, peinarse, lustrarse el calzado, hacerse el nudo de la corbata, cepillarse el “chaqué” de cola de pato, se le iba una hora larga, por lo que siempre llegaba tarde a la escuela.

Por los usos y costumbres patriarcales de Ramón, Máximo, desde lo alto de su larga tabla de logaritmos que le acreditaba de sabio, túvole por un imbécil; Fortunato, por el ojo certero de su perspicacia, le tomó por un tímido provinciano a quien podría explotar a sus anchas.

Máximo se enfrascaba en complicados problemas algebraicos —en los cuales los logaritmos eran la parte principal—; cuando con las ordenaciones de polinomios; cuando con la fórmula enmarañada del binomio de Newton, del que habría de salir, como de la flor el fruto, el término general, donde las letras son el signo capital y el número el exponente complementario que dan la clave de los términos semejantes y desemejantes.

Fortunato andaba a mal traer con las generalizaciones de la Anatomía Topográfica para reconocer el lugar y el punto de conexión de cada hueso, de cada músculo, de cada arteria; o en las enrevesadas clasificaciones de la Patología que dan la ruta para llegar al diagnóstico, aparte de la disección que le obliga-

ba a cortar aquí, pinchar allá y despedazar por todas partes el cadáver insepulto de un desharrapado en la plancha del hospital de sangre.

Ramón, el timorato de Ramón, se aturrullaba ante la ordenada serie de la Osteología y de la Miología con la figura macabra de un esqueleto blanco estampado sobre fondo negro: que si el frontal arriba de la cabeza, que si los arcos superciliares por el exterior, que si los temporales a los lados y el occipital detrás; luego se las había con las vértebras, las costillas, el esternón, para acabar por los miembros superiores: clavícula, omóplato y húmero, y todo el argamandijo<sup>13</sup> de huesos hasta terminar con el metatarso; pero lo que le hacía sudar el kilo, era el estudio del sistema nervioso, en cuyas ramificadas ordenaciones se confundía, quedándose a pie enjuto en el “puente de Varolio”, o bajo la oscura sombra del “árbol de la vida”. En la clase de Farmacia, a menudo se entusiasmaba con los experimentos, bien que se fastidiaba con el amplio resumen de “simples” y “compuestos”, y la no menos árida nomenclatura de la Farmacología; la de los reactivos la tenía por cosa divertida en el momento del análisis elemental, que resultaba grano de anís comparado con el de “cualitativos” y “cuantitativos”, y prolijo el de sales, comenzando por el potasio para llegar en un transcurso de varias operaciones químicas a las amoniacaes, o de amonio.

Cada quisque<sup>14</sup> estudiaba por su lado; Fortunato decía –para justificar su pereza– que Máximo merecía el nombre de “machetero” por la asiduidad del estudiante en el metódico rumiar lecciones, y de Ramón afirmaba que se quedaría zoquete, si habían de creerse las teorías frenológicas de Gall.

Los domingos daban de mano toda clase de estudio.

Máximo, el grave Máximo, dejaba los libros para guardar el día del descanso: se afeitaba por propia mano delante de un humilde espejo con marco de hoja de lata sobredorada; concluida la rasura, se echaba encima los trapos nuevos, y al

---

<sup>13</sup> *Argamandijo*: conjunto de varias cosas menudas que sirven para algún arte u oficio o para otro fin.

<sup>14</sup> *Quisque*: individuo o persona.



punto cogía la calle; después de corretear un poco, pasaba por “El Río de la Plata”, y de pie, al borde del alto mostrador de la cantina, espejeándose en la luna biselada del fondo, se atusaba los ápices del ralo bigote, revolvía con la cucharita el aperitivo, o sacaba con ella los luquetes<sup>15</sup> que le daban un sabor agridulce a la bebida que se tomaba a sorbitos para redondear el piscolabis con fiambres y emparedados; de seguida se iba en los tranvías rumbo a la Alameda, regresaba a comer muy cristianamente; en la tarde se paseaba por Chapultepec, y llegada la noche concurría a algún teatrillo de mala muerte.

Fortunato, a cosa de las nueve, dejaba la cama; tarareaba el “Dúo de los Patos” que hizo famosa a Rosario Soler en el género chico, mientras revolvía el baúl para entresacar de aquella morondanga de trapos el cuello más lustroso, la camisa más alba y la corbata más chillona; ya abrochado el alto cuello, que le obligaba a levantar la cabeza como perro con trabanco, se hacía el nudo a lo príncipe de Gales, perfumaba el pañuelo con gotitas de “Teodora”, y muy currutaco por los zapatos de china acharolada y el “chaqué”<sup>16</sup> nuevo de color castaña, se ponía en manos del barbero de la esquina para que le afeitara, le aplicara “chambelán” en el rostro barbihecho y bandolina en el lacio cabello rebelde al copete y a la “furia”; de la barbería tomaba camino al mercado de flores, allí compraba un ramillete de violetas que se colocaba muy coquetamente en el ojal de la solapa; una vez que recorría Plateros, entraba en Catedral a oír misa de doce para exhibir su irresistible persona a la salida; después del chichisbeo<sup>17</sup> y de la charla amistosa con las damiselas de su vecindad que oyeron el oficio divino, andaba algunas calles y penetraba en la “Dominica”; había en tal cantina corro y mentidero en no pocas mesas, y en alguna de ellas tomaba asiento Fortunato, entre los camaradas de la calle del Águila, o los de Leandro Valle, o los de la Perpetua, todos conocidos suyos por haber vivido en temporadas, hoy con

---

<sup>15</sup> *Luquetes*: rueda de limón o naranja que se echa en el vino para que tome de ella sabor.

<sup>16</sup> *Chaqué*: deformación del francés *jaquette*. Traje de etiqueta.

<sup>17</sup> *Chichisbeo*: galanteo, coquetería.

unos, mañana con otros, hasta que dio con el cuchitril limpio, honesto y sosegado que ahora ocupaba; acabado el palique de ocasión, dichas por centenares las conquistas amorosas, repetidas las rondas y saboreadas las copas, se echaban a volar aquellas imaginaciones juveniles por los campos de la poesía, libando miel en los versos de este madrigal, aspirando esencias campestres en los sonetos bucólicos de un tríptico reciente, hincando el aguijón en el prójimo con el epigrama sangriento, o arrancando túrdigas<sup>18</sup> a la polla coqueta con el flagelo de la sátira truhanesca; así fueron sucediéndose las horas para darle turno a la comida; se pagaba el gasto por algún desprendido de la rueda; cada quien se marchaba por su lado, y Fortunato encaminaba sus pasos a tal cual “Restaurant” barato, de los de minuta en cartulina, mesero en chaleco con corbata y mandil blanco, flores en los jarrones, espejos salpicados de moscas, nevera y tamalitos a la entrada, y borrachera segura y disputa consiguiente a la salida.

Si Fortunato no comía de mogollón<sup>19</sup> con algún camarada, lo hacía solo como un benedictino y salía ileso de la comida para luego ocupar una luneta delantera en el Principal, y mirar con ojos libidinosos las mallas abultadas de las coristas y las pantorrillas de algodón de las tiples, finalizando todo el verde que se daba<sup>20</sup> con parranda hasta el amanecer.

Ramón se desayunaba tranquilamente en el cuarto como un padre descalzo; en acabando de sorber el vasito de leche, gollería con que solamente los domingos le regalaban, desembarazaba un tanto la mesa redonda de la balumba<sup>21</sup> de libros y del caramillo<sup>22</sup> de menudencias, amontonadas por todas partes, para hacerse lugar donde extender unos plieguecillos de papel y escribir largo y tendido a su querida madre, dándole cuenta y razón de sus labores, de sus decepciones y de sus esperanzas; ponía al tutor en punto y forma que la buena de doña

---

<sup>18</sup> *Túrdigas*: tiras de pellejo.

<sup>19</sup> *Mogollón*: “de gorra”, a costa ajena, gratuitamente.

<sup>20</sup> *Darse verde*: disfrutar de una cosa en mucha cantidad y con mucho placer.

<sup>21</sup> *Balumba*: conjunto desordenado y excesivo de cosas.

<sup>22</sup> *Caramillo*: montón mal hecho.

Remedios —así se llamaba la madre de Ramón— le tendría por un ogro, incapaz de sentir afecto hacia nadie; se quejaba de las comidas, para concluir por ansiar algún regalo de la tierra, aparte del chocolate y los marquesotes que recibía de vez en cuando, de los que Fortunato daba muy buena cuenta por haberse engullido algunos a hurtadillas; sin hacer mucho esfuerzo, se le venía a la pluma la repulsión que le provocaban los estudios de medicina, sobre todo, en el primer año, tan lleno de largas y fastidiosas lecciones y de prácticas y preparativos laboriosos, y finalizaba la carta, extensa y de apretados renglones, ofreciendo hacer lo que su mamacita quisiera. Echada la rúbrica, metía los pliegos en el sobre, lo rotulaba y por sus propios pies llevaba la carta al correo.

Cumplido este deber filial, oía misa en Santo Domingo; luego pasaba a saludar a su tutor por mera cortesía, quien unas veces estaba en su despacho y otras ausente; esto último le evitaba al estudiante escuchar la voz tartajosa y rezongona del atrabiliario de don Romualdo; antes de comer, se iba a la Alameda, más por respirar el aire puro y admirar la rica vegetación que le recordaba su natío,<sup>23</sup> que por contemplar las vanidades humanas que se exhibían allí todos los domingos. Comía solo, porque casi todos los abonados, con Fortunato a la cabeza, andaban de manteles largos por otros lugares menos modestos y otros platillos más suculentos que los del figón en que los asistían. De tarde, a Chapultepec, donde daba grandes paseos a lo largo de la extendida calzada y respiraba el oxígeno que necesitaban sus delicados pulmones; al ver el lago, bruñido y sin una arruga en su límpida superficie, soñaba con los cristales de su río, en aquellas mañanas de invierno en que el sol levantaba el cejo que ocultaba el paisaje ribereño; cuando pasaba por la tupida ramazón de los altos y seculares ahuehuetes del histórico castillo, venían a su mente los días de su niñez enfermiza, la verdura primaveral de los campos y el pifiar de los pajarillos en el nido a tiempo que su hermano, ágil y diligente, trepaba a robar de la elevada horquilla los polluelos implumes que luego ponía en sus manos, temblones

---

<sup>23</sup> *Natío*: lugar de nacimiento, nativo.

y asustadizos. Venida la noche, Ramón, pian, piano, regresaba a cenar a la fonda; enseguida a casita, y ya preparada la lección del día siguiente, a echarse en la cama, apartado de los libros, fuera del mundo exterior, para concentrarse en sus pensamientos, nunca alejados de la casa materna y de los lugares apacibles y risueños donde pasó los días de su mimada infancia y los comienzos de su triste juventud.

¡Y pensar que la bonachona de doña Remedios todos los domingos rezaba un rosario para apartar a su hijo de las malas compañías!

Fortunato hacía todo lo posible por atraerse a Ramón; pero el taciturno muchacho andaba esquivo y reacio sin mezclarse en los asuntos de su atolondrado compañero; la alegría habitual del estudiante de medicina, le parecía a Ramón una máscara con que ocultaba desazones y zozobras, no tan sólo por las penurias porque a menudo atravesara, sino por los estragos que en su organismo hacía la vida de relajación que llevaba, subida en quinto y tercio por la manera de ver las cosas del timorato costeño; únicamente se cambiaban los saludos cotidianos al meterse a la cama todas las noches y al salir de ella en las mañanas. Máximo tomaba esa reserva y encogimiento, como desde el principio, a idiotez del rapaz, juicio que redujo un tanto al verle estudioso y casero, honesto y reflexivo, con afinidades muy cercanas a su carácter, aunque el pedante de Máximo se empinaba muchos codos sobre la suficiencia y capacidad de su camarada.

Fortunato, por ganarse la voluntad de Ramón, después de apelar a gracias y angulemas<sup>24</sup> para sonsacar y embair<sup>25</sup> al zahareño provinciano sin obtener privanza, ensartaba chistes y hablaba con remosques, por donde quería mover la risa en la boca cerrada de aquel zoquete de Ramón, quien, muy metido en sus cavilaciones y sus morriñas,<sup>26</sup> un bledo que le importaban la jácara y el estruendo aparatoso del lechuguino de

---

<sup>24</sup> *Angulemas, zalamerías*: demostración de cariño afectada y empalagosa.

<sup>25</sup> *Embair*: engañar, ofuscar, embelesar, hacer creer lo que no es.

<sup>26</sup> *Morriñas*: tristeza o melancolía especialmente la nostalgia de la tierra natal.

Fortunato, antes se inclinaba a estrechar la amistad, cultivar las relaciones y frecuentar el trato con Máximo; pero se contenía en sus arranques por el talante imperioso, la reserva obstinada y el aspecto aferruzado<sup>27</sup> del ingeniero.

En estas latitudes estaban las cosas, cuando una noche de tantas llegó Fortunato hecho unas pascuas con un libro en las manos.

—¡Ésta es la novela que yo deseaba! ¡Ya me escocía leer a Rocambole y masticar a la Invernezio!

¡Esto es Arte! ¡Esto es verdad!... ¡Y qué edición! ¡Como hecha en París de Francia! Las ilustraciones de Calbet. ¡Una estatuaria de carne vigorosa y palpitante! ¡Arte Helénico y vida real, sana, desbordante de pasión paradisíaca y de verdad suprema!

—¿Qué es eso que tanto alabas? —preguntó Máximo para decir algo y para contener la afluyente verba de Fortunato.

—*Afrodita* de Pierre Louÿs, ¿no la conoces?

—Yo no leo novelas; tengo para divertirme con mi texto de altas matemáticas y mi Covarrubias.

—¡Pues tú te lo pierdes!

Con tus números y tus cálculos te vas a volver un binomio.

—¡Si fuera un Newton!

—Chico, la vida hay que tomarla a bocanadas, no dosimétricamente como la tomas tú, que eres un cronómetro: de seis y media a siete, el desayuno; de siete a ocho, Dibujo; de doce a una, Geometría Descriptiva, o Matemáticas; de una para las tres, comida, y de tres a cuatro, Topografía, sin cambiar un ápice el orden ni alterar un minuto las horas. ¡Con esa vida no duraba en mi pellejo un mes redondo!

—¡Es cuestión de apreciaciones! El método es el medio seguro y fácil de llegar a un fin práctico. Antes que todo hay que ser un buen animal. Como dice sabiamente Spencer.

—Ésas son filosofías rancias ya pasadas de moda. El animal más bello de la Creación es la mujer, según San Agustín. Y hemos de creerle como a un severo Doctor de la Iglesia.

---

<sup>27</sup> *Aferruzado*: ceñudo, iracundo.

—¡La mujer! ¡La mujer! El gran problema que no se resuelve a fuerza de progresiones. ¡Una R cuadrada sin coeficiente!

—¡Vuelta a tus endemoniadas fórmulas algebraicas que te sorben el seso!

Máximo le dio las espaldas a Fortunato y se metió de lleno en el estudio profundo del texto de Geometría.

Ramón escuchaba el palique sentado al borde del humilde lecho, repasando la lección de Anatomía Descriptiva.

En la noche, con gran sorpresa de sus compañeros, Fortunato no salió a la calle, sino que se engolfó en la lectura de *Afrodita* con una fruición de goloso literario que gusta una obra escrita de repicapunto;<sup>28</sup> la vela se iba consumiendo; Máximo dormía como un bendito y Ramón roncaba como una marmota; la luz del candelero, frontera a la cama de Ramón, proyectaba los angulosos contornos del cuerpo del estudiante que se había vuelto hacia la pared de su abrigado rincón para conciliar más prontamente el sueño; a Fortunato se le hacía agua la boca y le cosquilleaba el cuerpo la lectura de la novela de Pierre Louÿs. Estaba en el capítulo “La Crucificada”, en aquella dolorosa y tierna página que dice:

—¡Afrodisia! ¿Me oyes? ¿Me conoces? Soy yo, Timón, Timón!

Una mirada casi ciega llegó hasta él por un instante. Pero la cabeza no cesaba de moverse ni el cuerpo de temblar.

Poco a poco, cual si temiera causarle mal con el ruido de sus pasos, avanzó el joven hasta el pie de la cruz. Tendió hacia delante los brazos, tomó con precaución entre sus dos manos fraternales la cabeza sin fuerzas que se remolineaba, apretó piadosamente a lo largo de las mejillas los cabellos adheridos por las lágrimas y depositó sobre los calientes labios un beso de ternura infinita.

Afrodisia cerró los ojos. ¿Acaso reconoció al que acababa de encantar su horrible fin con aquel impulso de piedad amorosa? Inexpresable sonrisa prolongó sus párpados azulados y lanzando un suspiro entregó el espíritu.

---

<sup>28</sup> *Repicapunto*: se dice de una cosa que se ejecuta con primor y con todas las circunstancias de curiosidad y aseo.

Al acabar el capítulo, la flama parpadeó unos instantes, cayó el pabilo humeante sobre la esperma licuada, y la oscuridad reinó en el cuarto. Fortunato maldijo del contratiempo; pues carecía de cerillas y de vela, y, muy a su pesar, se metió entre sábanas poniendo el libro debajo de la almohada.

A la mañana siguiente, todos tres fueron saliendo para sus clases; la portera asomó su hocico de perra por la puerta entornada, y como mirara desierto el cuarto, entró a hacer la limpieza.

A poco regresó Ramón que salía de su clase de Farmacia; la fámula que ya había mullido los colchones y las almohadas, barrido el cuarto y puesto agua limpia en las palanganas y jarras, salió silenciosamente, en tanto Ramón se acercaba al buró de Fortunato: allí estaba la novela, doblada por la página en que fue suspendida la lectura...

Una estampa representaba a Afrodísia, “la esclava favorita, la más bella y la más amada”, suspendida dolorosamente de la tosca cruz, desnuda, con sus carnes macizas, sus pechos erectos y su cabellera suelta sobre la morbidez sonrosada de los hombros, las manos horriblemente sangrando por el rigor de los clavos. ¡Qué trágica al par que bella visión para el absorto estudiante! ¡Él que sólo había visto crucificado al Redentor del Mundo en *La Vida y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo* que le dio a leer su buena madre!

¿Qué significaba aquello?... ¿Qué país sería aquel en que las mujeres eran enclavadas en una cruz como los judíos crucificaban a los ladrones y a los malhechores?

La curiosidad, un tanto dormida al principio, despertó para aguijonear el deseo del mozo y le hizo volver las páginas. Entonces vio a Timón, al satírico Timón, coronado de rosas de Alejandría, abrazando el cuerpo sangriento de la esclava y besando, casta y santamente, el rostro muerto de la crucificada.

Nueva duda, nueva confusión, nuevo deseo, nueva curiosidad.

Voltejeaba hojas y más hojas, y en cada una de ellas, como visiones demoníacas, iban apareciendo mujeres desnudas, de altas y abultadas ancas, pechos redondos y curvas armoniosas y ondulantes; llegó al final de un capítulo, empujado por un ahincado deseo de hartarse de aquellas pornográficas visiones: Afrodita, de frente, blanca como el mármol y como el mármol brillante, presentaba todo su cuerpo de cortesana regia; la curva de sus cade-

ras ricamente arrancaba de la esbelta cintura hasta dilatarse y unirse en el hoyuelo de la rodilla, resurgiendo en las carnosidades pulidas de las piernas, para adelgazarse y tomar ramificaciones en los dedos de los pies descalzos, sobre donde descansaba todo el cuerpo inclinado en una graciosa actitud de Venus impúdica que ofrece a la vista su carne y sus encantos, como los frutos maduros, dorados por los rayos candentes de la primavera, nos incitan a comerlos pendientes del árbol de cercado ajeno.

Aquello era una tentación sanantoniaca, una pecaminosa celada.

Él veía diariamente el cuerpo descarnado de la humanidad en su esqueleto de estudio, con sus huesos simétricos, sus hondas cuencas, sus nasales perforadas, el cráneo raso y brillante, y ahora, allí, en aquel libro, pequeño como una redoma y peligroso como un veneno, sobre los huesos crujientes y secos, las carnes túmidas, de líneas suaves y de protuberancias palpitantes, de ondulaciones de piel sedosa y blanca... ¡Qué hermoso a la vez que horrible contraste!

De un lado la muerte, la miseria humana hecha polvo, hecha nada; del otro, la vida, el deleite, el misterio de la fecundación y el triunfo de la materia sobre las quietudes del espíritu.

Oyó pasos que se acercaban y dejó el libro sobre la mesa.

Regresaba Fortunato silbando alegremente.

Ramón, para ocultar el estado de su espíritu, tomó el texto de Anatomía, y al abrirlo dio con el esqueleto blanco que destacaba su osamenta sobre el fondo negro del grabado; no pudo leer nada, su imaginación, caldeada por el recuerdo del cuerpo de Afrodita, iba cubriendo de carnes femeninas los brazos descarnados, el tórax enteco, los iliacos puntiagudos, el pubis escueto, el fémur acanutado, la tibia y el peroné de firmes curvaturas, hasta volver, por una fantasmagoría de su efervescente imaginación, una mujer desnuda el seco y riente esqueleto.

—¡Estudioso como siempre! ¡Si usted va a echar dos años de cursos en uno, señor Pangloss!<sup>29</sup> ¡Le tira usted muy fuerte a la

---

<sup>29</sup> *Pangloss*: personaje de la novela *Cándido* de Voltaire, caracterizado por mantener el optimismo ante cualquier desgracia. El nombre significa “todo lengua”. Alguien que habla locuazmente sin pensar o un personaje erudito que domina todas las lenguas.



Anatomía! ¡Ya verá, ya verá cuando tenga que ir a la sala de disección! ¡Allí es la buena! ¡Carne podrida, músculos atrofiados, vísceras descompuestas, huesos cariados! Y luego, el gesto poco agradable que tienen esos cadáveres de anfiteatro, recogidos del arroyo para que la Ciencia estudie en ellos. Nunca olvidaré, así viva tanto como Moisés y más que Matusalén, mi primer caso de práctica. Figúrese usted: un hombre muerto de congestión alcohólica, con el vientre hinchado, sobre el cual mostraba una mancha verdosa que provocaba náuseas al menos esquilimoso;<sup>30</sup> el rostro horriblemente desfigurado; la boca hedionda; a cada pinchazo salía agua sanguinolenta de aquella bolsa de podredumbre; al bajarle la capa torácica por poco me desmayo. ¡Qué hedor y qué órganos! El corazón casi negro; los hígados hechos una esponja y los pulmones acribillados. ¡Uf! Me cogieron ganas de dejar la carrera. Pero eso pasó y a todo se acostumbra uno en esta aperreada vida de estudiante, hasta comer carne de ratas y salchichas de gato!

Ramón seguía en sus alucinaciones.

—Dentro de dos años, mi querido señor Pangloss, acabo mis estudios y a darme la gran vida, que para algo la he llevado mala en lo que cabe. Por eso el metódico de Máximo me tiene por parrandero y prostituido. Las cosas serias no hay que tomarlas muy al pie de la letra, ni las alegres muy de cerca. Hay que estarse entre dos aguas... el término medio antes que el absoluto... ni tanto que queme al santo ni poco que no le alumbre... Entre un atracón de Anatomía y un hartazgo de Patología, bueno es poner un cuento de Bocaccio, o una novela de Pierre Louÿs: ¡*Afrodita!* (y tomó el libro). ¡Qué tiempos aquellos tan paradisiacos! ¡La carne y la forma venciendo a la muerte y al pecado! ¡El amor haciendo olvidar a la muerte y el arte inmortalizando a la muerte! ¡Bizancio, Alejandría, Roma y Grecia dentro del lejano Egipto! ¡Melitta, Crisis, Afrodisia! ¡Oh, diosas de ese mundo entre civilizado y pagano! ¡Mirtokleia y Rodhis, vírgenes en medio de tantas cortesanas! —Escuche, querido Pangloss, la oferta de estas dos núbiles en el templo de la diosa del amor:

---

<sup>30</sup> *Esquilimoso*: exageradamente delicado, melindroso.

—Aquí tienes dos palomas de Esmirna, de alas blancas como las caricias y pies rojos como los besos. ¡Oh! Doble diosa de Amantona, acéptalas de nuestras manos unidas, si es verdad que el blando Adonis no te basta solo y que un abrazo mucho más dulce retarda en ocasiones tu sueño.

A Ramón se le encandilaban los ojos que se iban tras las páginas de *Afrodita* que Fortunato hojeaba pausadamente mientras decía:

¡El perfil griego, la línea praxistélica, el amor libre!

¡Crisis y Demetrios que se aman y que no se poseen! Dos ejemplares bellos, fuertes y olímpicos que valen más que la biblioteca quemada por el califa! Ellos son ejemplares humanos... documentos humanos... que dice el burgués de Zolá.

Ramón no pudo más, se decidió al fin, y con la timidez de un niño que pide una golosina, le dijo a Fortunato con tono de súplica:

—¿Cuándo acabe usted de leer la novela, me la presta?

—¡Con mucho gusto, señor Pangloss, con mucho gusto!

\*\*\*

RAMÓN leería a *Afrodita*.

Iba a conocer un mundo nuevo, él que apenas había vivido en el mundo, cerca siempre del regazo, atado a las faldas maternas, mimado, consentido y vigilado, con el único libro del *Flos Santorum* prestado por el señor cura; leyenda de vida de santos; sangre y fuego en los suplicios, barbarie en las ejecuciones y desprecio y flagelación para la carne, para esa carne que palpitaba y se hacía estatua viviente en las páginas cálidas que estaban ya al pronto alcance de sus manos.

Desde aquel venturoso día, Fortunato y Ramón fueron grandes y buenos amigos; se tuteaban, se “cambiaban impresiones”; primero con reticencias por parte del rapaz, y después

abiertamente, sin recelo ni empacho, por lo que promiscuamente disponían los compañeros inseparables de sus muebles y de sus utensilios de uso diario.

Máximo no se daba cuenta exacta del cambio, y supuso que aquellas eran “fenomenalidades” propias de la diferencia de caracteres por la ley suprema del contraste.

Fortunato enseñó a Ramón muchas industrias e inventivas estudiantiles: planchar los pantalones con ayuda del peso del colchón; volver del revés una corbata vieja y ajada, o deshacerle la primitiva forma y tornarla en flamante plastrón;<sup>31</sup> invertir los puños postizos para que duraran dos semanas cabales sin el dispendio de la lavandera; pegar botones y a zurcir siete; quitar manchas, así del sombrero bisunto como de la levita raída. Ramón iba sacándole pierna a su maestro en eso de hacerse el nudo de la corbata, y se preocupaba más cada día del brillo del calzado, del cuidado de las manos, de la limpieza de las uñas y del aseo de la dentadura, y se trajeaba a la moda con aspavientos de don Romualdo.

Las cartas para la buena de doña Remedios escaseaban a menudo, y más de un telegrama, que preguntaba por la salud del mozo, le puso la pluma en la mano para contestar con largas evasivas, toscos embustes, pretextos sutiles y mañosas excusas: que el mucho estudio, que la preparación de conferencias: un mundo de cosas graves y precisas que le quitaban el tiempo a toda hora. Las epístolas maternales venían preñadas de dolorosas quejas y de pronósticos fatídicos, entre los cuales el caso del primogénito de don Pancho se levantaba como ejemplo vivo del hijo perverso e ingrato que abandonó los estudios sin miramientos ni reparos para los sacrificios y sinsabores de un padre viejo y enfermo; todo dicho tímidamente, como un presentimiento lejano y no como una acusación manifiesta; a renglón seguido, venían las noticias prolijas y detalladas: la muerte del tío Zacarías que alcanzó los noventa años; el nacimiento del primer hijo de la vecina, casada hacía diez meses; la epidemia de la disentería y la conclusión de la zafra; los tra-

---

<sup>31</sup> *Plastrón*: corbata muy ancha que cubre el centro de la pechera de la camisa.

bajos del hermano Enrique en la finca de caña, la cual marchaba como un reloj, gracias a la pericia y eficacia del hijastro de doña Remedios; la promesa de enviar un cajoncito con pasta de guayaba en tiempo y en sazón que el fruto estuviera de punto; todas estas menudencias y puerilidades llevaban el pensamiento del estudiante a su terruño, y suspiraba ahora por la lejana tierra donde corrieron sosegados sus primeros años.

Al recibir estas cartas, dejaba por unos días la compañía de Fortunato que se largaba por ahí de bureo,<sup>32</sup> y se engolfaba en el estudio de sus textos de curso, concurría puntualmente a las clases y se quedaba en el cuchitril con Máximo, que no quitaba ojos del Álgebra y de la Geometría, o de una que otra “calca” que dibujaba sobre la mesa redonda, mueble providencial que hubo de servir a maravilla de escribanía, biblioteca, bufete y restirador, sin mengua del paño que hacía de carpeta, el que fue verde cuando nuevo y que ahora tiraba a amarillo, manchado de tinta y de grasa con las irregularidades, contornos y dintornos de un “mapamundi mudo”.

Cayó, al cabo, en las manos ávidas de Ramón, *Afrodita*; Fortunato no quería dejarla y releía algunos capítulos antes de finalizar el libro, para darse el gustazo de quien lamisca<sup>33</sup> una golosina sin llegar a saborearla por completo.

A medida que Ramón avanzaba en la lectura, se ensanchaba ante su sensorio<sup>34</sup> un mundo extraño de ignotos goces, de alegrías y placeres jamás sentidos, que dejaban en la sombra el otro mundo triste, de oscuridades y desconfianzas en que antes había vivido. La primera noche se leyó de un tirón el libro, con gran escándalo y mayúscula sorpresa de Máximo que veía la luz del candelero de Ramón flameando hasta pasadas las dos de la mañana, y al que siempre fue dormilón, tumbado panza arriba, con las piernas cruzadas debajo de las sábanas y el libro abierto entre las manos; al principio creyó que el estu-

---

<sup>32</sup> *Bureo*: discusión, entretenimiento, diversión.

<sup>33</sup> *Lamisca*: lamer aprisa y con ansia.

<sup>34</sup> *Sensorio*: supuesta facultad interior que recibe e imprime cuanto envían los sentidos.

diante velaba para preparar alguna lección peliaguda del día siguiente, y se alegró de ser el ingeniero quien daba ejemplo de aplicación entre sus camaradas; pero por la forma del libro sin pasta, la manera de doblarlo y la curiosidad con que lo leía, bien pronto hubo de desengañarle; Máximo bulló un poco en la cama, se echó del lado opuesto y se quedó muy sosegadamente dormido; en cuanto a Fortunato, estaba fuera, quizás anduviese en picos pardos, pues nunca le faltaban trapicheos.

Intercaladas entre la lectura candente y cruda de *Afrodita* desfilaban las estampas de mujeres desnudas, con la cabellera suelta y la postura de academias; unas de pie, esbeltas y como desperezándose, con las manos cruzadas sobre la cabeza, los brazos en arco por donde se deslizan las brunas crenchas como cascada sedosa y serpeante; otras acostadas boca abajo, las ancas redondas al aire y los pechos eréctiles magullados contra las sábanas salpicadas de flores. La mujer desnuda por todas partes avivándole al mozo los deseos dormidos en una pubertad callada y quieta, mansa y reposada, para despertarlos, por el provocativo desfile, en una comezón inconsciente, tímida, irresoluta, amenguada por la pobreza de aquel organismo débil y enfermo. A lo largo de las márgenes angostas y blancas del libro, y aun al pie de las páginas, corrían, a manera de apostillas, o en son de escolios, signos y líneas, que la mano febril de Fortunato había estampado allí como mudas acotaciones que indicaban la impresión en cada pasaje, el comentario en cada párrafo, y daban la clave del estado del espíritu en el momento de la lectura: aquí cruces, ya griegas de brazos iguales, como si se demostrara el equilibrio de opinión entre el autor y el lector; ya latinas, de pie más largo que el brazo, para indicar la raigambre de las ideas del escritor que pretenden libremente en el credo estético del que lee; y en todas partes, cruzados, dispersos, entrelazados, cual mezcla confusa de afectos y sensibilidades, ora cuadrados, círculos y rectángulos; cuando puntos, becuadros,<sup>35</sup> rombos, trazos ondu-

---

<sup>35</sup> *Becudros*: de be y cuadro, por su forma de una b cuadrada. En música, signo con el cual se expresa que la nota o notas a que se refiere deben sonar con su entonación natural.

lantes; toda una gama simbólica de hondas y precisas sensaciones que, a las veces, imponentes para testificar la admiración o para marcar el arrebató, se tornaban en signos admirativos o interrogativos, o bien se resolvían en interjección temblona, imprecisa, cual si el rasgo exterior no tuviese consistencia suficiente para traducir los delineamientos de un proceso psicológico; toda aquella sarta de garabatos, perfiles y escarabajos, nada decían a Ramón, a Ramón que con semejante lectura iba grabando en su espíritu, como el diamante en bruñido espejo, las impresiones nuevas, los fenómenos pasionales escondidos detrás del nómeno; dormidos, pero no muertos; imperfectos, pero no borrados; baldíos, pero no infecundos; y se aquietaba un tanto su despierta curiosidad cuando las mujeres pasaban a través de las páginas, como en las voluptuosidades de una danza nocturnal, medio vestidas con telas transparentes para hacer más llamativa la blancura de las carnes veladas, la desnudez de los pechos erectos y la curva armoniosa de las pantorrillas.

Al final del capítulo venía la transfiguración de Afrodita humana en Venus mitológica; con el espejo mágico de la diosa en la mano, refulgente a los rayos del sol:

Afrodita ascendía la escalinata de la terraza del monumento rojo. Lentamente, inclinada la cabeza y moviéndose con gracia y majestad infinitas, ascendió por la rampa exterior que ceñía en forma espiral la gran torre bermeja. Parecía arder una flama en sus ojos entrecerrados. El ígneo crepúsculo enrojecía el collar de perlas como una sarta de rubíes. Ella continuaba ascendiendo, y en medio de tanta gloria, su piel resplandeciente destellaba toda la magnificencia de la carne, la sangre, el fuego, el carmín azulino, el rojo aterciopelado, el rosa vivo, y girando con las altas murallas color de púrpura, subía al cielo transfigurada.

No pudo leer más; las estampas danzaban ante sus ojos deslumbrados con vaivenes rítmicos y contorsiones lúbricas; apartó de sí el libro con el ímpetu de quien se sacude una pesadilla; apagó la luz, se removió en la cama, y vino el sueño poblado de visiones pornográficas, de tentaciones diabólicas y de orgías

horribles: san Antonio en el desierto huía de la carne que, por parte del demonio, la representaba un séquito de mujeres desnudas. Diana aparecía en el baño y Acteón atisbaba con los ojos de un sátiro en celo, entre los juncos. De pronto le observa la casta diosa, llama a las ninfas que se zambullían en las aguas cristalinas, pide el arco, empulga la flecha y dispara certera sobre el audaz que quiso ver sus encantos; el dardo se clava en las carnes del curioso cazador y queda transformado en ciervo perseguido por una jauría famélica que aúlla, aúlla lastimosamente.

Cerca del amanecer despertó Ramón sudoroso, molido, magullado —de igual suerte que si se hubiera aplicado duros disciplinazos— con la cabeza cargada, el pulso inquieto y la boca seca; bebió agua, removiose entre las sábanas y se quedó trasojado.<sup>36</sup>

Bien de mañana llegó Fortunato al cuarto: pues la trasnochada fue completa; tomó una cajetilla de cigarros del buró, dio los buenos días a sus camaradas, que ya andaban en el aseo de sus personas; Ramón acabó presto, y juntamente con Fortunato se fue a la calle, mientras que Máximo se desayunaba tranquilamente en la mesa redonda, después de haber hervido el chocolate en la cocinilla que arrojaba llamas azules por entre el tizado hornillo.

—Oye, Fortunato, ¿hay muchas novelas como *Afrodita*?

—Muchas; pero el atractivo real de semejantes novelas es que se pueden vivir.

—¡Cómo así!

—Muy sencillo: yendo de vez en cuando a donde yo concurre casi todas las noches.

—¡No me cuentes!

—¡Como te lo digo! Esta noche acompáñame y verás si es cierto lo que te afirmo.

—¡Veremos!

Ramón entró a clase de Farmacia, a la lección de “los simples” y “los compuestos”, para luego hacer el análisis de algu-

---

<sup>36</sup> *Trasojado*: caído, desmejorado, macilento de ojos o con ojeras.

nas substancias, con el auxilio de los reactivos, y Fortunato a la de Anatomía Descriptiva.

De regreso, Ramón comió poco; las horas se le hicieron largas y tediosas mientras no llegaba la noche, la que llegó al cabo; fuese a cenar a la fonda; allí encontró a Fortunato que ya había comenzado a engullir una costilla empanizada con el aderezo de patatas fritas.

—¡Hola, mi buen Pangloss!, ¿estamos en lo dicho?

Ramón, indeciso, iba a decir que no, cuando Fortunato continuó:

—No quiero prometerte el oro y el moro para esta noche, sólo te diré que voy a presentarte a unas buenas muchachas, alegres y decidoras; y aunque las veas recatadas y honestas, no hagas el tímido con ellas, que lo demás corre de mi cuenta.

Ramón se miró en el espejo de la fonda y se encontró mal peinado y con la ropa poco decente.

—Por supuesto —agregó Fortunato que notó el movimiento de Ramón, —tenemos que ir a nuestro agujero a cambiar los trapos de diario por la ropa de cuando repican recio, porque habrá música y baile. ¡Cuestión de echar una cana al aire sin echar la casa por la ventana! ¡Ya verás, ya verás, mi querido Pangloss!

Cogidos del brazo los dos amigos salieron de la fonda con dirección al cuchitril; por el camino le decía Fortunato al mozalbeta:

—Cuando veas que alguna de aquellas ninfas se queda sentada comiendo pavo, vas a ella y solícito la invitas a bailar. Así te acreditarás de persona decente y te tendrán por pollo galante. Esto agrada mucho a las mujeres, y tú, necesariamente, tienes que agradar a las mujeres para salir de esa vida fastidiosa y monótona de caracol en su concha.

—¡Pero si no sé bailar bien!

—¡Ésas tenemos! ¡Con ésa salimos! ¡Mira, no importa: como todas aquellas ninfas bailan mejor que Tersípcore, maldito lo que te hace falta saber bailar como cualquier saltarín; pues ellas mismas te guiarán; habrá uno que otro pisotón que tú mitigarás con un “dispense, usted”, meloso, o con algún piropo echado a quema ropa. A las mujeres les gustan mucho las flores, aunque les puncen las espinas. También procura invitar-



las a beber; de seguro que se excusarán dándote con mil denegues y melindres las gracias; pero tú insiste siempre, que son muy “rogonas” estas muchachas; cuando tomen confianza y le cojan gusto a los “ponches”, verás cómo muy correctamente empuñan el codo y se relamen los labios. Saludarás, como principio de entrada, a la señora de la casa, una jamona obesa, tan metida en carnes como en años, que presume de dama elegante y se ufana de tener cortejos innumerables, aunque vaya vestida como un mamarracho y nadie le diga que por ahí se pudra. Yo mismo te serviré de guía cual Virgilio a Dante en el Paraíso; al ver que me inclino respetuosamente ante esa pirámide de Egipto, le extiende la punta de los dedos y le doy las buenas noches, tú, en el acto, y por riguroso turno, imitas en lo posible mi cortesía.

A la salida, ofrécete a acompañar a la muchacha con quien hayas bailado la última pieza; te dará las gracias; te presentará excusas; pero insistes, te la llevas y... Afrodita hará lo demás —concluyó de aconsejar Fortunato guiñando picarescamente un ojo al escandalizado estudiante.

Ramón y su compañero se vistieron como si fueran a la recepción de un príncipe coronado.

Máximo vio todos aquellos preparativos, y dijo para su sayo: Parranda tenemos esta noche, ¡y no es cosa, también el garzón del Ramoncito anda metido en el ajo!

—¡A ver, ven acá, hombre! Llevas corbata con nudo de regata y eso es muy cursi; no pretendo que te me pongas corbata blanca y frac, porque al final y al cabo no vamos al baile de ningún Ministro; pero casa mejor con tu severa ropa de sacris-moche una corbata clara con lazo de mariposa; mira, ponte ésta mía de color ámbar... por el uso, mas todavía limpia y brillante por mi cuidado. ¡Así, muy bien! ¡Ahora en marcha!

—¡Adiós, Máximo... común divisor!... ¡Newton futuro!... ¡Pascual prodigioso!... ¡Arquímedes incorregible! ¡Lesseps auténtico!

¡Caballero de Gracia me llaman, y efectivamente soy así!

Pues sabido que a mí me conoce por mis amoríos todo Madrid!  
¡Soy un milor, soy un dandi!

Y con esa despedida burlona, y el canturreo del valse de la Gran Vía por la voz chillona de Fortunato, salieron del cuarto, donde dejaron a Máximo muy atareado con la resolución de un problema.

Anduvieron calles y calles; Ramón, oprimida inquisitoria-mente la garganta por el alto cuello que le puso Fortunato, iba contando las estrellas sin poder verse las puntas del lazo de la corbata que aleteaban juguetonas sobre la solapa del saco; a pocos pasos de la Alameda, apuntó Fortunato la idea de tomar un taco, y Ramón aceptó de buen grado; entraron en una cantina y el galeno bebió un tequila con dulce y su compañero un jerez seco para rociar los bocados de unas tortas compuestas; fue Ramón quien pagó el gasto para poder proseguir la marcha hacia la casa encantada que les prometía una noche de holgorio.

La pieza principal de la vivienda estaba convertida en salón de baile casero: espejos de lunas empañadas pendían en todos los claros de las paredes; flores en jarrones sobre repisas barnizadas; desenfundado el ajuar de color lila con rosetas rojas; la alfombra haciendo juego con la tela de los muebles; candelabros de irisados prismas en el piano; dos arañas con velas de parafina aquí y allá, y en todas las sillas una treintena de señoritingas de barrio, con todos sus pelitriques,<sup>37</sup> angaripolas<sup>38</sup> y perendengues;<sup>39</sup> los concurrentes eran casi todos estudiantes, no faltando tal cual empleadillo, de esos que ganan veinticinco pesos al mes, y tienen regalo por año nuevo y gajes no muy legales, y deben la ropa al sastre y el planchado de la camisa a la lavandera.

Ramón estaba indeciso, cortado, sin saber dónde colocar las manos y en qué punto dejar el sombrero; al pisar el umbral de la puerta de entrada al “salón”, sintió que la cabeza se le iba presa de un vértigo; las luces daban vueltas ante sus ojos encandilados, y sólo veía una mancha en redondo de colores chillones, de lazos movibles y de caras pintarrajeadas, son-

---

<sup>37</sup> *Pelitrique*: cosa de poco valor; adorno inútil del vestido o tocado.

<sup>38</sup> *Angaripola*: adornos de mal gusto y de colores llamativos que se ponen en los vestidos.

<sup>39</sup> *Perendengue*: pendiente (arete); adorno femenino de poco valor.

rientes unas, serias otras y ridículas las más; el titubeo y la perplejidad le duró poco; pues Fortunato ocurrió presto en su auxilio, y con un ligero empujón, a falta de mejor argumento, lo introdujo de golpe y zumbido en medio del sarao; al sentir los reflejos de la luz en sus ojos se deslumbró, y los fuertes perfumes, tan profusos como encalabrinantes,<sup>40</sup> que despedían esas cursilonas emperejiladas, le marearon por lo pronto, para después acostumbrarse su olfato a todos los efluvios que despedían aquellos cuerpos; atravesó el que llamaban pomposamente “salón”, tras los faldones del erguido Fortunato que prodigaba sonrisas a ésta, inclinaciones de cabeza a la de más allá, hasta que llegaron frente a una señora barriguda (a pesar que el corsé hacía una pella de manteca de sus carnes), con peinado que remataba en pingorote, desde el cual un lazo enorme agitaba las puntas como aspas de molino; con relumbrantes joyas, tan cargadas de ellas, que en la mano que le extendió negligentemente a Fortunato había más sortijas que dedos; Fortunato hizo una cómica genuflexión que le valió la envidia de algunos contertulios; tomó la mano de la señora y le rindió sus respetos; Ramón —atento a todas estas cortesías—, las imitó hasta donde le dieron sus alcances, una vez que le llegó el turno para ello; la vieja cotorróna sonrió resplandeciente de orgullo y ensayó una de esas miradas tiernas que en sus ojos encarnizados por la fuerza del albayalde,<sup>41</sup> resultó una mueca grotesca de la más subida cursilería; todo porque tuvo a Fortunato y a su compañero —que ya había pasado las pejiaguas<sup>42</sup> del saludo y de la presentación— por unos elegantes caballeres que daban viso y realce a la fiesta, en parangón con los horteras que allí danzaban, apretados dentro de las estrecheces de saquines rabricortos, pulidos con el afeite barberil que sacó sobre sus frentes deprimidas onditas simétricas, contenidas a fuerza de bandolina, y perfumados todos

---

<sup>40</sup> *Encalabrinante*: dicho especialmente de un olor o de un vapor que causa turbación en una persona. Que apesta.

<sup>41</sup> *Albayalde*: carbonato básico del plomo. Es sólido, de color blanco y se emplea en la pintura.

<sup>42</sup> *Pejiaguera*: cosa que sin traernos gran provecho nos pone en problemas y dificultades.

ellos con esencias del baratillo que a la legua denunciaban su plebeya procedencia.

El bandolón, el violín, la flauta y el bajo preludiaban el valse *Sobre las olas*, muy en uso por aquella ya lejana época.

Todos se abalanzaron a tomar pareja.

En las sillas quedaban comiendo pavo unas tres que, mohí-nas y despechadas, metían tijera y descuartizaban a las otras que giraban al compás del arrebatado valse.

Ramón —que no olvidaba punto ni coma de las lecciones de Fortunato— se fue en derechura a ellas; la primera a quien solicitó le dijo que no quería bailar; la que seguía se negó también rotundamente, y la última, una rubia de buenas carnes, con esbelto talle por los apretujones del corsé, aceptó desde luego al caballero.

Ramón se aventuró entre aquel torbellino de parejas; comenzó a dar vueltas y vueltas, impulsado por la rubia que le hacía girar rápidamente asiéndole del hombro; uno que otro empellón y tal o cual pisada, le obligaban a caer inopinadamente sobre el abultado pecho de su compañera, poniéndole en un brete a cada trique porque recordaba las ilustraciones impúdicas de *Afrodita*.

El baile siguió hasta muy pasada la media noche; hora en que ya las frecuentes libaciones traían encendidas las cabezas y turbios los ojos de los bailadores.

Un vejete, rojo como un caracol y de cabeza blanca como la nieve, hacía de bastonero; él mandaba que las parejas corrieran en redondo; él apuntaba las figuras de la cuadrilla; él palmeaba para indicar los cambios y relevos en ciertos números de *Los lanceros*. Locuaz, resplandeciente de alegría, se multiplicaba, ora en atender a las muchachas, cuando buscándole compañero a la pobre que se quedaba sentada papando moscas; siempre estaba listo para el palique; a los rapagones les hablaba de sus tiempos juveniles: “entonces se bailaba la pavana, el minué y el cotillón; era un regalo tomar entre los dedos uno de aquellos talles de abeja, no con la manaza como lo hacen ahora ustedes para poner a girar una cintura de tonel.” Y reía, reía, el sonrosado vejete con su risita nerviosa que semejaba relincho de caballo en pesebre. Y no dejando tiempo para que le celebraran el chiste, se iba a otro grupo,

pedía de beber, empinaba el codo, chasqueaba la lengua y celebraba el “ponche” con un “de rechupete” que obligaba a los imberbes a repetirle el vaso. Y de vaso en vaso, y entre pareja y pareja, pasaba la noche el bastonero sin estar quieto un momento, todo hecho un zarandillo, alegre como una sonaja y parlanchín como un papagayo.

De pronto, el viejo impone silencio.

Fortunato lleva al piano a una morena enjalbegada,<sup>43</sup> dengosa y relamida.

Se escucha una escala cromática, precursora de *Las gOLONdrinas* que con voz aguardentosa cantaba detestablemente el estudiante de medicina; al terminar, una salva de aplausos apagó el eco de la canción y las notas del piano. La morena volvió a su asiento conducida por Fortunato y acribillada por las miradas envidiosas de las otras mujeres.

El vejete se hacía lenguas de la ejecución de la morena; por su cuenta, habría que enviarla sin pérdida de tiempo al Conservatorio; y como alguien afirmara que era hija de una lavandera, el viejo contestó al punto –para defender el abolen-go poco limpio, a pesar del jabón y de la lejía que empleaba siempre la madre de la pianista–, que de igual origen fue la Peralta, y que nada influyó en su carrera artística lo oscuro de su linaje. “Esas son *quisquillas*, señores míos, –gritaba el bastonero– propias de aquellos que se creen descendientes del último ojal de las polainas de Pelayo, o del clavo del tacón de la bota de Federico el Grande!”

¡Silencio! ¡Silencio! –chillaban por el salón–, en momentos que un melencólico (por la traza, un poeta), de traje gris, corbata blanca con lazo de mariposa excesivamente grande hasta parecer una servilleta colgada del cuello, zapatos acharolados y chaleco de piqué albo escotado, se aproximó a los candelabros del piano, metió mano a la bolsa de pecho del interior del “chaqué”, sacó un papel, lo desdobló y leyó con voz campanuda:

El cisne del pantano

---

<sup>43</sup> *Enjalbegada*: maquillada, blanqueada.

“¡Voto al chápiro! —exclamó el vejete— ¿Versos tenemos?... ¡Esta fiesta es digna de mis tiempos!”.

La señora de la casa, se regodeaba y esponjaba en el asien-to: música, canto, pasteles, vinos y por remate un poeta mele-nudo leyendo versos de corte rubendaríaco ante unas mucha-chas que sólo recitaban el nocturno “A Rosario” de Acuña y “A Matilde” de Manuel Flores; todo aquello daba motivo para que la cotorróna, dueña de la casa, se pusiera orgullosa como una Ninón de Lenclos falsificada y sin correspondencia epistolar.

El silencio no se restablecía; todos hablaban comentando el asunto; Fortunato tuvo que subirse en una silla y decir con voz ronca:

Señoras, señoritas y señores: Mi amigo el poeta va a leer una de sus últimas producciones que le ha valido elogios de los maestros; suplico, por tanto, a ustedes, un poco de silencio y de atención, seguro de que me lo agradeceréis una vez que el poeta concluya de regalarnos con sus versos.

Después de algunos siseos, reinó el silencio; entonces el bardo volvió a leer, dirigiendo un vistazo al derredor, entor-nando lánguidamente los ojos, mientras que con mesurado ademán movía la mano derecha:

El cisne del pantano

Bajo el país de su abanico, decía la morena a su compañera de asiento: “¡Un poeta! ¡Ay! ¡La fiesta está resultando muy ele-gante!”. El poeta después de una pausa, prosiguió:

Canción

Otra pausa, que dio lugar para que el vejete exclamara: “¡Cómo no sea más que pura canción, menos malo!” El mele-nudo escamondose<sup>44</sup> el pecho, carraspeó, tosió y comenzó la lectura:

---

<sup>44</sup> *Escamondose*: *escamondar*: limpiar algo quitándole lo superfluo y dañoso.

Perdonadme por hoy si en lo que digo  
No hay arte, amor, ni mágica poesía;  
Esta canción que a mi pesar bendigo,  
La oí cantar a una ramera un día:

Las señoritingas hicieron un movimiento de protesta, amortiguado por la actitud de la señora de la casa que dio su venia, diciendo: “Que siga el poeta”.

No es ramera la pobre cambiadora  
De caricias por pan, fingiendo la calma;  
Más ramera es la mística señora  
Que peca con el cuerpo y con el alma.

La cotorróna rebulló en su asiento y comenzó a abanicarse furiosamente.

El poeta siguió:

No escupáis a la flor que ha deshojado  
El hombre infame que después se arredra:  
El que se halle más limpio de pecado  
Que arroje al punto la primera piedra.

Hizo punto y miró al auditorio con ojos desafidores.

Los imberbes se miraron unos a otros, nadie arrojó la primera piedra, y el poeta reanudó su lectura:

Si la ramera tiene madre anciana,  
Y cambia besos por el pan del fango,  
No es criminal, sino la soberana  
Que cubre el adulterio con su rango.

Aquí la dueña de la casa creyó oportuno aparentar una seriedad catoniana, que le daba a su rostro la severidad de la madre de los Gracos.

Cuando hay un hijo que harapiento gime,  
Y la madre al pecado marcha sola,  
No hay delito; pues cuando el hambre oprime  
Con saña cruel, hasta el honor se inmola.

“¡Hola! ¡Hola! ¡Hola!” –saltó el vejete, y los imberbes rieron de buena gana.

Escupid al hipócrita que ensancha  
La deshonra fingiendo gran decoro;  
Porque el oro no más cubre la mancha,  
Pero el honor no lo desmancha el oro.

Allí acabó el poeta; pasó el pañuelo sobre su frente pensadora; se inclinó ante el aplauso de la concurrencia que gritaba ¡bravo!, ¡bravo! mientras que las mujeres no sabían qué postura adoptar, ni qué ademanes hacer para estar dentro de su papel de inocentes ofendidas con la lectura de aquellos versos tan libres y tan fuera de una reunión de señoritas pobres, pero honradas.

La señora de la casa se levantó entonces de su asiento, llegó hasta donde estaba el poeta, rodeado de los jóvenes que le felicitaban calurosamente y le llamaban el elegido por las musas para romper con los moldes viejos, y en estando cerca de él, le tendió la mano, en tanto que Fortunato, en nombre de la juventud le hablaba así al “elegido”:

Muy cordialmente felicito al poeta que ha sabido darle lustre y prestigio a esta reunión casera; esperamos que no será la última vez que visite usted a esta casa, ni será la hermosa, sentimental y filosófica poesía que acaba usted de leer entre el aplauso y la admiración de las cultas personas aquí reunidas, la postrera que salga de su pluma diamantina que tiene los arranques bélicos de Víctor Hugo, las dulzuras bucólicas de Lamartine y el brío y la expresión mágica de Baudelaire.

Toda aquella retahíla dicha con desenfado hizo olvidar “El cisne del pantano”, a tal extremo, que al poeta se lo disputa-



ban después las mismas hembras, antes tan meticulosas y aspaventeras que se cubrieron por rubor el rostro con el abanico, cuando decía: “Y la madre al pecado marcha sola”.

Ramón alegrado por algunas copas, andaba hecho un argadillo,<sup>45</sup> hablaba a todos de tú, y con mucho desparpajo se entrenchaba en largas discusiones acerca de la verdadera poesía, cuando no sonreía atrevidamente a las mujeres con quienes hablaba.

Tocaron un *schotis*; Ramón corrió a tomar por pareja a la rubia con quien había bailado el primer valse.

A los pocos saltos, la rubia cayó en los brazos de Ramón atacada de un síncope.

Todos dejaron de brincar y formaron rueda al grupo de la rubia y de Ramón. Aquello era una de San Quintín; unas chillaban; otras pedían sus abrigos; quiénes salían; Fortunato se abrió paso con los codos y con su autoridad de galeno pidió agua y vinagre.

—¡Lo que necesita es reposo! —afirmaba con aplomo— ¡A la cama con ella!

En un credo llevaron a la rubia a la alcoba.

—¡No es nada, no es nada! —gritaba el vejete— ¡A bailar, que siga el baile!

Y para dar el ejemplo, tomó una pareja y se puso a dar brinquito y vueltas, con lo que los otros hicieron lo mismo.

—¡Ahora a desabrocharle el corpiño, aflojarle el corsé y que aspire vinagre!— Y conforme iba diciéndolo Fortunato, con sus desapoderadas manos ejecutaba lo que a sí mismo se mandaba.

A los ojos curiosos aparecieron los blancos y redondos pechos de la rubia.

—¡Afrodita! ¡Afrodita! —repetía Ramón al ver las curvas tentadoras de las pomas de la accidentada, y la vieja de la casa, creyendo que Ramón pedía una medicina, gritaba que fueran por ella a la botica más cercana.

Pasado el percance, todos los que ocupaban la alcoba volvieron al salón, y la fiesta siguió como si nada hubiese sucedido pocos minutos antes.

---

<sup>45</sup> *Argadillo*: persona bulliciosa, inquieta y entrometida.

Comenzaron a salir los concurrentes; Ramón se quedó cerca de la rubia en amigable charla; se ofreció a acompañarla; después de excusas y pretextos de la muchacha, aceptó con sonrojo; Ramón se fue en busca de su sombrero. Anduvo de aquí para allá sin dar con la pieza donde lo había dejado; el fuerte olor a cebollas y ajos le indicó que andaba por la cocina; desanduvo el trayecto recorrido y se metió por una puertecita que daba a la azotehuela; allí sobre una mesa encontró dos sombreros: uno negro de bola y otro flexible, plomo, de alas extensas y recogidas a lo Rubens. Probó a ponerse el de bola y se le fue hasta el cuello; se colocó el flexible sobre la cabeza y se le quedaba en la coronilla. Arrojó con impaciencia los dos sombreros al suelo y se lanzó al salón que estaba casi oscuro; pues una fámula apagaba las luces y cubría las sillas con sus fundas. Todos se habían marchado; la rubia tomó también el portante y lo dejó con un palmo de narices; Fortunato no parecía por ningún rincón; mohíno, sin sombrero, a tientas anduvo de un lado para el otro sin encontrar la salida; por no conocer el terreno que pisaba se iba a introducir en la alcoba de la señora de la casa cuando ésta salía con una palmatoria y en bata de dormir con dirección a la azotehuela. “¿Quién anda allí?” —y como no le contestaran, gritó con voz chillona y atiplada: “¡Ladrones! ¡Ladrones! Ramón al oír aquellas voces de alarma siguió un pasillo largo y angosto, dio con las escaleras, bajó en dos trancos los peldaños y se puso en salvo.

El aire húmedo de la madrugada oreó su frente calenturienta; después sintió frialdad en la cabeza y se la cubrió con el pañuelo. Caminó, caminó a largos pasos hasta que llegó al Zócalo, punto de mira para orientarse en la dirección y seguir, rumbo a su cuarto, que apetecía como un refugio para su cabeza descubierta y sus huesos descoyuntados, y para tomar la cama y coger el sueño que le cerraba los ojos. Maldecía del baile, de Fortunato, de “Afrodita” y de la rubia infiel y pérfida que le engañó como a un chino. Entonces se acordó del robo de su sombrero nuevo. Fortunato le había hablado de una casa encantada, y aquello era cosa de encantamiento. Su sombrero flamante convertido en dos sombreros inservibles para su cabeza. ¡El sombrero maravilloso de Merlín! Y luego aquella vieja lechuza en bata de dormir con la barriga que, sin instru-

mentos ortopédicos, se inflaba como un globo para levantarse la ropa por delante y mostrar las pantorrillas descarnadas cual la tibia de su esqueleto de Anatomía y soltaba el trapo a reír al recordar la aparición caricaturesca de la vieja cuando él tomaba las de Villadiego.

¡Todo lo tenía muy bien merecido por andarse de parranda en vez de haberse quedado muy calentito entre sábanas!

Decididamente él no había nacido para calavera; habríase de quedar casero y metódico como Máximo.

¡Diablo de Fortunato! ¿Y dónde se habría metido?

Mañana le diría, sí, sin andarse con repulgos, las verdades del barquero. ¡Que era mentiroso, traidor, mal amigo, que prometía doncellas por rameras, orgías por baile honesto y casa encantada por cueva de ladrones! ¡Oh, su sombrero nuevo!

Y así, monologando, llegó a la casa; dio dos fuertes aldabonazos; al cabo de unos instantes chirrió la llave en la cerradura, se abrió la puerta y entró Ramón; volvió a oírse la puerta que se cerraba y se escuchó el refunfuño de la portera jurando que aquello era un escándalo mayúsculo. “¡Primero el “roto” de casi todas las noches y ahora el “nuevo”! ¡No ganaba para desveladas! Aunque el “roto” traía llave, entraba siempre dando patadas y cantando como si fuera en punto de mediodía. ¡Un prostituido, un borrachín!”

Ramón entró al cuarto; todo estaba oscuro; del lado de la cama de Máximo se escuchaba un agudo silbido: era la manera peculiar de roncar del ingeniero; anduvo tentaleando hasta que tropezó con la mesa de en medio. ¡Y las malditas cerillas que no parecían! A tientas dio con su lecho. De seguro que Fortunato no había llegado; pues acostumbraba encender la vela y leer un rato, o fumarse unos cigarrillos, aunque fuera muy tarde; se echó en la cama; después de un breve rato comenzó a sentir calosfríos y dolores agudos en el costado izquierdo. “¡El frío de la madrugada, la carrera que he dado por aquella maldita vieja!” –pensaba para tranquilizarse, no obstante que la cosa aumentaba; pues el calosfrío le helaba los huesos y el dolor le apuñaleaba el costado izquierdo. Se arropó hasta embozarse.

A la hora escasa de haberse acostado Ramón, Máximo, madrugador como de costumbre, se levantó el primero; en la

cama de Fortunato vio dos cuerpos debajo de las sábanas; la cabellera negra de una mujer corría desparramándose en revueltas volutas sobre lo blanco de las fundas de las almohadas; al pie del lecho se veían esparcidas ropas femeninas que exhalaban fuerte perfume, y unas botitas de elevados quebradillos, juntas, con las formas de las robustas pantorrillas en los erectos tubos, estaban sobre el buró.

¡Aquello era una picardía! –pensaba Máximo– No por mí, que no me escandalizo por nada, sino por las vecinas del principal, tan discretas y tan recatadas; por ser ellos estudiantes de vida quieta y costumbres morigeradas, los admitieron en el cuarto, y ahora Fortunato con sus relajaciones daría lugar para que los arrojaran ignominiosamente. ¡Qué pensaría Lupe!, la hija menor del arrendador. Le tendría a él por hipócrita y embustero, que de día era un anacoreta y que de noche se iba por ahí a correr la tuna con mujeres perdidas que luego introducía “de contrabando” a su domicilio, sin respeto a la vecindad ni miramientos para ella, a quien más de una vez la había declarado su atrevido pensamiento. La cosa era para arrancarse los pelos, coger a Fortunato y a su “buscona” por un brazo, y lanzarlos a la calle con una rociada de reprimendas encima para que aprendieran a respetar a la gente honrada y pacífica. ¡Ya me las pagarás, disoluto, insolente y atrevido! No te conformas con andar de picos pardos noche con noche, sino que llega tu desgarró<sup>46</sup> hasta meter en el cuarto a las mujerzuelas y quedarte dormido con ellas bien alto el sol como dos recién casados. Iba a hablar claro y en su punto, diere donde diere.

Máximo se paseaba por el cuarto; suspendió sus paseos al escuchar la tos continuada, seca, penosa, que salía de la cama de Ramón, a quien había olvidado en medio de su corajina por la licenciosa conducta de Fortunato; se acercó al lecho y observó en la penumbra que el estudiante estaba embozado obstinadamente debajo del cobertor; le temblaban las extremidades y sobre las tupidas envolturas se veían los rápidos movimientos del compañero; Máximo levantó parte del embozo y tomole

---

<sup>46</sup> *Desgarro*: arrojó, desvergüenza, descaro.

el pulso: ardía en calentura y se quejaba sordamente, tosiendo con desesperación. “¡Ésta es otra! ¡El muchacho enfermo! ¡Pero anduvo también de parranda! ¡Eso se pesca uno cuando se sale de sus casillas!... Avisaré al tutor del chico y que venga el médico.”

Y salió precipitadamente.

Fortunato, a poco, se desperezó: abrió los ojos y se encontró con una mujer al lado.

—¡Aaaaaah! —bostezó, estiró las piernas, saltó de la cama, se vistió en un santiamén y salió para la calle, sin parar mientes en su compañero de juerga porque dejaba en el lecho a la muchacha que dormía como un lirón y que llevaba trazas de roncar toda la mañana.

Los apagados quejidos y la hueca tos de Ramón iban en aumento, a tal extremo, que despertaron a la “huésped” de Fortunato que abrió los ojos para dirigirlos a todos los rincones del cuarto; lo primero que pensó, al escuchar los lamentos del enfermo, fue estar en un hospital; el sol, pálido, entraba por los intersticios de la ventana y por la rendija de la puerta entornada. La muchacha al darse cuenta del lugar en que estaba y al recordar la manera como había llegado allí, brincó de la cama en volandas; levantose los cabellos en rodete<sup>47</sup> sobre la nuca; vistiose precipitadamente, y atisbó por la puerta entreabierta hasta aprovechar la ocasión en que no anduvieran vecinas por el ojo del patio; llegado el esperado momento, se rebozó en su tápalo y tomó soleta a paso menudo y saltarín, repiqueteando en el empedrado con los tacones de sus altos ponlevíes.<sup>48</sup>

La portera, desde su covacha adosada al pie de la escalera, viola salir y se puso a barbotar, haciendo aspavientos y santiándose por aquellos desmanes del libertino de Fortunato.

---

<sup>47</sup> *Rodete*: rosca que con las trenzas del pelo se hacen las mujeres para tenerlo recogido y para adorno de la cabeza.

<sup>48</sup> *Ponlevíes*: forma especial que se dio a los zapatos y chapines, según moda traída de Francia; el tacón era de madera, muy alto, inclinado hacia delante y con disminución progresiva por su parte semicircular desde su arranque hasta abajo.

Ramón, en tanto, quedó en la cama preso por fuerte calentura, atezado al lecho por el dolor de costado que no le dejaba moverse; sufría horriblemente por tener que permanecer inmóvil y sofocar los golpes de tos para que no se le aceleraran los agudos piquetes terebrantes; la respiración era fatigosa y la tos hueca, pertinaz y rebelde; se sentía morir; cuanto más se arropaba, tanto más aumentaba la intensidad del frío; su cabeza era un volcán; la raíz de sus cabellos la sentía como afiladas agujas que le punzaban el cráneo.

Fortunato entró de rondón al cuarto; echó una mirada hacia su cama y la vio revuelta y vacía; dos o tres negras horquillas estaban diseminadas sobre las sábanas y unas flores marchitas y deshojadas se veían acá y allá, poblando la habitación de un olor débil y persistente. “¡Bah! La casta paloma voló del nido! Mejor que mejor. ¡Ahora a soportar las recriminaciones frailunas del meticoloso de Máximo, que tomará la revancha por mis continuas pullas!”

Así iba diciendo mientras batía el colchón con duro tranco, mullía las almohadas, arreglaba las ropas de la cama y quitaba todo indicio de que allí había estado una mujer hasta muy pasadas las ocho de la mañana, por si Máximo no se había dado cuenta del desliz.

Un fuerte golpe de tos, arrancado del pecho, a pesar de los esfuerzos que hacía Ramón para contenerla, sacó a Fortunato de su ruidosa faena. “¡Hola, el rapaz aún duerme!”

—¡Buena la cogiste anoche, picaruelo!— Tosiduras asfixiantes del enfermo hicieron que Fortunato se acercara al lecho.

—¿Qué te pasa, mi buen Pangloss?

El estudiante no pudo responder debajo de las sábanas; no se movía, porque el calosfrío había cedido, y sólo cada vez que le tomaba la tos, se estremecía convulsivamente, lanzando ayes lastimosos y amortiguados.

El mutismo del estudiante y sus convulsiones, acompañadas de lamentos, alarmaron a Fortunato que quitó el cobertor de la cara de su amigo y le encontró con los ojos encarnizados, encendido el rostro, las alas de la nariz elevándose fuertemente por un resoplido acompasado, la boca abierta para hacer la respiración superficial y rápida; tomole el pulso y contó ciento veinte pulsaciones por minuto; procedió a la percusión digital

en tanto sostuvo Ramón el termómetro debajo de la axila, y obtuvo el sonido oscuro de la base del pulmón izquierdo; en la auscultación se presentó el estertor crepitante; visto el termómetro marcaba cuarenta grados.

—¡Neumonía franca! —exclamó—. Esto se cura como con la mano. Tres he tenido y de las tres he escapado.

—¡Ay!, ¡ay!, ¡...me ...mu ...e ...ro! —gritaba Ramón con voz breve y entrecortada.

—Eso no es más que el maldito dolor intercostal. ¡Calma, calma, Pangloss, que ya se te pasará!

Fortunato se entregó a sus reflexiones: “unos vejigatorios en la parte dolorida no vendrían mal. Pero ese procedimiento arcaico no lo usan más que en los villorrios donde un albéitar<sup>49</sup> y un flebotomiano forman el Protomedicato. La morfina, el gran analgésico, hará su efecto inmediato”.

Y como Fortunato iba para morfinómano, sacó del cajón del buró la jeringa hipodérmica; para desinfectarla, puso la aguja a herventar en la cocinilla de Máximo, la armó presto, disolvió la pastilla para preparar la inyección, cargó el recipiente y ajustó la aguja.

—¡A ver, Pangloss, échate sobre el costado derecho! ¿Qué no puedes? Yo te ayudaré. ¡Así, poco a poquito! ¡Upa, otro esfuerzo y estamos listos!

Fortunato limpió parte de la piel, con el pulgar y el índice apretó y sacó sobre el huesoso cuerpo un rollo de carne maciza, introdujo la punzante aguja, impulsó el émbolo.

—¡Ay... ay... aaaaay! —gritó el muchacho.

—¡No es nada, pronto pasará, todo es que te aplique la inyección!

El estudiante la recibió entre protestas reiteradas, ayes violentos y agudos golpes de tos.

—¡Ya está! ¡Te arroparé! ¡Verás qué bienestar sientes por algunas horas!

Cesaron por unos instantes los ayes de Ramón, y sólo de vez en cuando se escuchaba su tos.

---

<sup>49</sup> *Albéitar*: veterinario: hombre que ejerce la veterinaria.

Fortunato lavaba la jeringuilla para guardarla en su estuche, cuando entró Máximo.

Antes que hablara el circunspecto ingeniero, le tomó la delantera el futuro galeno con estas palabras:

—Nuestro buen Pangloss tiene una neumonía franca: *Facies neumónica*: rostro vultuoso, disnea, taquipnea y polipnea. Calor intenso... pulsaciones: ciento veinte por minuto... sonido oscuro en la base del pulmón izquierdo al hacerle la percusión digital... en la auscultación, el estertor crepitante... dolor intercostal... tos seca, penosa... respiración acelerada... treinta y cinco respiraciones por minuto... fiebre con temperatura de cuarenta...

Al escuchar el ingeniero este campanudo diagnóstico de boca de Fortunato que nunca se formalizaba, depuso Máximo, todo su enojo y guardó para otra ocasión más propicia la fraterna que tenía estudiada para echarle en cara al disoluto estudiante su mal proceder de aquella mañana; por lo pronto se conformó con decirle:

—Buenos están tus conocimientos de medicina; pero no hemos de cruzarnos de brazos sin tomar providencias por la salud de nuestro compañero; fui a ver al tutor y no estaba en su casa; según me informaron salió de la capital hace días, y ahora estoy por mandar llamar a un médico.

—¿Quién piensa en semejante cosa? Yo mismo le aplicaré unas inyecciones de estricnina para provocar la expectoración que suele aparecer al segundo día. Cuando tú llegabas, acababa de ponerle una de morfina que le ha calmado el dolor agudo del pulmón. Mira qué en reposo está, sólo se mueve cuando tose.

De las neumonías francas escapan muchos; los viejos son los que no las resisten. Si fuera doble, o infecciosa, no me comprometía a nada, pues entonces en cuarenta y ocho horas se iba el buen Pangloss a la eternidad, y nos dejaría huérfanos de su cariño y de su vida edificante, digna de ser escrita por un Santo Padre como la de san Ignacio de Loyola. Conque nada de asustarse por tan poca cosa, que yo, a fe de futuro médico, le curo en pocos días.

Comenzaremos con esta poción tónica. Puedes ir por ella a la farmacia vecina. Yo guardo todas estas recetas que me sirvieron (y hurgaba en una runfla de papeles dentro de una cartera



bastante raboseada por el frecuente uso). Las guardo por precaución y para recuerdo –decía alargándole un papelillo, que acertó a sacar del avolvimiento,<sup>50</sup> oculto en la repleta cartera—. Ve luego. Yo me quedo aquí y le aplicaré otra inyección de morfina. Aunque no estoy seguro si será oportuno. ¡Ah! Tráete estricnina para inyectar. Si no te la venden, di que es para matar los ratones que están acabando con nuestros libros; en caso de que no la despachen ni por esa argucia, entonces pídele de mi parte una receta a Ramírez que acaba de recibirse y que ha de estar aquí a la vuelta pelando la pava con su novia. ¡Sí; son las doce y cuarto –afirmaba consultando la muestra de una saboneta de níquel– es su hora de hacer el oso! Mandaremos traer la comida a la fonda con la hija de la portera.

Alimentos para el enfermo, todos amiláceos.<sup>51</sup> Leche mañana, según se presente. Conozco toda la iniciación y proceso de estas neumonías porque pesqué varias. ¡La última en la Perpetua sí fue de órdago!<sup>52</sup> No me aseguraban; Ramírez que era nuestro compañero y que estaba para recibirse, se encargó de mi curación y me sacó del periodo álgido con muy buenas manos. Yo haré ahora de Ramírez y...

Máximo ya había traspuesto el zaguán cuando todavía Fortunato hablaba por los codos con perjuicio del enfermo que cada palabra le caía en la cabeza como un martillazo.

Hecha la primera cura y bebida la poción tónica en cucharadas cada hora, el enfermo se calmó un tanto; al segundo día, como indicó Fortunato, aparecieron los esputos espesos, pegajosos y rojizos, signo de que la neumonía seguía su curso normal sin complicación ninguna; al cuarto o quinto día, volvió Fortunato a practicar un reconocimiento al enfermo, y encontró en la auscultación el sopro “tubario”; le hizo contar hasta diez y la voz repercutía en el oído la broncofonía.

–¡Vamos bien, Máximo común divisor! –exclamó el incipiente galeno restregándose las manos de contento por la satisfacción que sentía como médico de cabecera.

---

<sup>50</sup> *Avolvimiento*: mezcla de una cosa con otra.

<sup>51</sup> *Amiláceo*: que contiene almidón o que se parece a esta sustancia.

<sup>52</sup> *Órdago*: (de órdago): extraordinario, fuera de lo común.

Al segundo día –como dije– aparecieron los esputos patonómicos; tres días después, el soplo tubario y la broncofonía; dentro de poco llega la defervescencia<sup>53</sup> y el muchacho queda fuera de la cama.

¡Aquí están dos cartas para el buen Pangloss... de su señora madre seguramente... y este telegrama!

Opinaste, con esa tu autoridad de abuelo, que no era prudente entregárselas, para evitarle emociones demasiado fuertes. ¡Cómo si el buen Pangloss fuera una Traviata que se desmayara por cosa tan inocente! Respeté tu parecer porque eres persona discreta y sesuda, pero creo conveniente, por el rigor de las circunstancias, que nos enteremos del telegrama y conforme él sea, así contestemos, después de que discutamos la respuesta y nos pongamos de acuerdo. Sin que se tome lo que indico a interceptación de correspondencia, pues seguramente que en el telegrama no se han de tratar de secretos ni de cosas ocultas. Acaso la madre preguntará por el hijo que hace una semana no escribe, y a nosotros no nos faltará recurso para contestarle, dejándola a ella complacida y quedando nosotros satisfechos, por lo que nuestro compañero nos dará las gracias más cumplidas cuando le enteremos de todo.

Yo, como soy huérfano, estoy exento de este deber epistolar y filial. Mi tío, ser único en la tierra a quien debo darle cuenta de mi conducta, es hombre de poco seso y de algunos pesos. Le estorba lo negro y le gustan poco las cartas largas y seguidas. Con eso, me concreto a recibir cada mes la orden de entrega y a escribirle cuando necesito algo de extraordinario, que suele ser pocas veces, porque el tío no se deja embaucar con lagrimitas y con lamentos, y si no sabe leer ni escribir, no ignora dónde le aprieta el zapato.

Conque abro el telegrama. Veremos lo que dice...

Fortunato rasga el sobre y lee:

“No escribes. Estoy con cuidado hace ocho días. Contestación pagada”.

---

<sup>53</sup> *Defervescencia*: periodo de disminución o desaparición de la fiebre.

—Aquí —aseveró Fortunato —contestaremos por Pangloss. Nada de escrúpulos, amigo Máximo, que la mentira no es pecado cuando no perjudica a un tercero.

—Yo me lavo las manos —dijo Máximo.

—Pues yo las pongo en el asunto...

—Mira y dime si está bien pensada la respuesta:

“Preparación conferencia. Obtendré premio. Pronto escribiré. Estoy sano y contento. Ramón”.

—¡Allá tú!

—Ahora al telégrafo y después veremos.

Salió Fortunato a pasar el mensaje y quedose Máximo al lado del enfermo. Los estudiantes se relevaban por turno a mañana y tarde, y alternaban sus clases, con el fin de no perderlas todos los días. Comían y cenaban en el cuarto y atendían al enfermo con esa solicitud propia de la gente costeña —acostumbrada a vivir en familia en el terruño— que da y aplica remedios con una oficiosidad que si a veces perjudica por exceso, otras aprovecha por medida.

Tardaba en regresar Fortunato, y ya Máximo se hacía las conjeturas más desfavorables y los prejuicios más aventurados por la demora; lo menos que suponía, era que el libertino andaba en picos pardos, y le veía, cogido del brazo de cualquiera pelandusca, irse de verbena por ahí sin acordarse maldita la cosa del enfermo y del enfermero. Estaba en este pasaje de sus imaginaciones, cuando Ramón pidió con voz débil, agua. Llevóse la el ingeniero, y al verle el rostro encendido, sentirle el pulso agitado y las manos ardorosas, se alarmó mucho, tanto más cuanto que Fortunato no estaba a su lado. A los pocos instantes de espera, creyó que el enfermo se agravaba por minutos y podía morírsele entre las manos en el momento menos pensado. Creció de pronto su sospecha con la tardanza del galeno; iba a llamar a la portera para que se quedara al pie de la cama mientras él salía en busca de un médico, cuando Fortunato llegó alegre y parlanchín como siempre.

—¡Vaya, hasta que llegaste! ¡Me has quitado un peso enorme de encima! Con toda tu sabiduría de Hipócrates y tus curas maravillosas, Ramón se ha agravado y puede morir de una hora a otra; de nada te ha servido haberte curado de tres neu-

monías y una de órdago, porque resultas ineficaz para curar a este pobre muchacho.

—No me convence tu terminología. Lo mejor es buscar a un facultativo, y no de los de la última pelechada como Ramírez, porque si nuestro amigo muere, no hay quien extienda el certificado médico, y, por lo pronto, nos vemos metidos en un lío, créemelo, Fortunato, créemelo.

—¡Quita de allí, Máximo común divisor, Newton formidable, Pascal incorregible, Arquímedes prodigioso! ¡Sí, *vade retro!* Tu previsión exagerada te hace ver las cosas negras cuando son blancas, y blancas cuando negras. ¡Padeces de daltonismo crónico!

—¡Mira el aspecto del enfermo!

Fortunato se acercó al lecho y pulsó a Ramón.

—¡Vaya, vaya con el Ingeniero! ¡Si creerá que es lo mismo manejar el teodolito que el termómetro! ¿Te alarmas porque ves que le ha subido la temperatura? Pues has de saber, ilustre émulo de Lesseps, que estas fiebres de las neumonías son remitentes. Por esta circunstancia le sube a Pangloss la calentura al acercarse la tarde, señor mío!

Y muy satisfecho de su sabiduría, Fortunato se pavoneaba por el cuarto que encontraba estrecho para su doctoral arrogancia.

Al octavo día la temperatura bajó hasta 36 grados; sintió Ramón un bienestar sedante; tuvo el sueño largo y reparador, los esputos eran de aspecto catarral, los sudores profusos y la secreción de la orina abundante y rojiza.

Fortunato andaba muy orgulloso de la cura, y decía a Máximo:

—A la vista están los signos característicos que indican que estamos en plena convalecencia: herpes labial, secreciones profusas, esputos catarrales y poliuria... ¡Y pensar que tú ya querías el certificado médico!

Ramón, después de un sueño tranquilo, comenzó a rememorar todos los sucesos de la noche que precedió a su enfermedad, y, en medio de la tristeza que le invadía por encontrarse convaleciente, lejos de los mimos y cuidados de su madre, entre las reducidas paredes de aquel cuarto, sonrió de buena gana al recordar el percance de los sombreros, la visión grotes-

ca de la vieja en paños menores y la precipitada fuga con que salió de aquella casa, que ahora en sus recordaciones la tenía por un infierno.

Para Fortunato y para Máximo no tuvo más que palabras de agradecimiento; se condenaba el mal deseo de haberse ido de parranda con el calavera de Fortunato, y perdonaba de buen grado al estudiante la intervención en el asunto del baile que trajo por epílogo aquella pulmonía tan temida, de la cual había salvado quizás por las virtudes del escapulario y por las oraciones de su buena madre, que no olvidó rezarlas por la salud del hijo ausente.

—¡Así me gusta, ánimo y buena cara! ¡No clavar el pico y dejarse morir como un bendito! —entró diciendo Fortunato al ver a Ramón dar paseos por el cuarto.

—Me siento un poco débil, pero bien, nada me duele, tengo apetito.

—Hoy dejaremos las sopitas de ajo. Te engullirás un pollo bien frito; engurgitarás una dedada<sup>54</sup> de vino clarete y ¡ya ves que ni a un príncipe tratamos con tanto regalo!

—¿No han venido cartas de mi casa?

—¡Ah, sí! ¡Con esta cabeza a pájaros que tengo por la preocupación en que estábamos por tu enfermedad, se me olvidó dár-telas... ¡Tómalas!

Un telegrama urgente que venía para ti. Lo abrimos... y... ¡ya se ve, estabas tan enfermo que lo contestamos Máximo y yo para calmar la natural incertidumbre de tu pobre madre! Yo firmé por ti.

—¿Y qué le contestaron?

—¡Cualquier cosa! Que andabas muy atareado con una conferencia; que obtendrías el premio. ¡Qué sé yo! Cuestión de tranquilizarla.

—¡Qué atrocidad! Y al no haber premio ni conferencia quedo en descubierto de ser embustero y fanfarrón.

—Tomas tú las cosas muy a pecho, Pangloss. Todo tiene explicación posible en esta vida, menos la muerte. Además,

---

<sup>54</sup> *Dedada*: porción que con el dedo se puede tomar de una sustancia que no es del todo líquida, como la miel, el almíbar, etcétera.

ahora le escribes a tu madre, y le dices la verdad del sucedido monda y lironda. De seguro que nos agradecerá lo que hicimos.

—¡No, no; si no quiero decir que olvido los favores y atenciones de ustedes. Pero, ¡caramba!... Ustedes no saben..., no pueden comprender el carácter de mi madre y aun mi propio carácter.

—No; no entres en explicaciones, mi querido Pangloss, que no las necesitamos; conocemos tu manera de ser y la respetamos.

—Bueno. Con tu permiso, voy a informarme del contenido de las cartas.

Ramón abrió las dos cartas.

En la primera, el consejo constante y el temor de siempre; la buena senda; las malas compañías; el estudio sin tregua; la carrera frustrada. La segunda, más vehemente y más extensa. Ya creía doña Remedios a su hijo en malos pasos. ¡Tantos días sin escribir! Ese era un indicio que la preocupaba. Luego el hijo de don Pancho se echaba de golpe y porrazo entre aquellas parrafadas, donde las ternezas y los regaños, se entremezclaban en unos extensos periodos sin ribete de ortografía, como un espantajo para advertir al hijo y traerlo al redil, lejos del señuelo, arrepentido y contrito.

—¡Voy a escribir ahora mismo!

—¡Pero si estás muy débil! ¡Escribiré yo; serviré de ama-nuense!

—Mi madre se alarmará más al ver que no va la carta de mi puño y letra.

—¡Pues escribe! ¡Pero cuidado con alargarte mucho!

Ramón tomó papel y pluma y se puso a escribir en la mesa redonda.

Habló de su enfermedad; del temor a la muerte en tierra lejana; de cómo extrañó las solicitudes maternas al pie de su lecho; del empeño y eficacia con que le cuidaron y curaron sus leales compañeros de cuarto; de la debilidad que sentía y del miedo a una recaída por volver a tomar los libros; de la falta que le hacían el sol de su natío, las comidas domésticas tan bien sazonadas para su estómago delicado; los baños en aquel río que, cual nuevo Jordán, le purificarían de todo contagio; le contrariaba mucho dejar los estudios casi al término del

curso; pero apearse a los textos en los actuales momentos, era cogerle horror a la carrera. Después volvería; su misma cortedad de años respondía del cumplimiento de su promesa, y, por ello, la conclusión de los estudios sería en tiempo oportuno, no muy remoto para poder servir de médico de cabecera a su querida madre.

Todo aquello salió natural y sin esfuerzo de su pluma que temblaba a veces por lo acorchados que tenía los miembros, con un escarabajo en este renglón y algunas manchas en el otro, sin mucho pulir ni retocar, ingenuo, candoroso y franco.

Cerró el pliego, rotuló el sobre, y Fortunato se brindó a llevar la carta.

A correo seguido recibió una extensa carta de doña Remedios; reconveníale por no haberle dado aviso de la enfermedad; se entristecía al pensar lo mal que habría estado asistido, no obstante la bondad de sus compañeros; sobre todo en lo relativo a las comidas; se hacía conjeturas y aventuraba juicios acerca del porqué de la pulmonía, y acababa por aceptar que todo fue por descuido del rapaz al levantarse de la cama por la mañana, o al recogerse en la noche; el corazón, que nunca la engañaba, le anunciaba, a la vuelta de muchos latidos y punzadas, que su querido hijo corría peligro; decíale que había rezado una novena a San Roque y otra a Santa Rita de Casia, terminando toda aquella larga carta con la insinuación de que regresara al terruño; para el efecto, enviaba una letra de cambio que se cobraría en una casa comercial de la Metrópoli.

Ramón, después de arreglar todo lo que se relacionaba con su viaje de retorno, se despidió afablemente de sus camaradas, quienes le acompañaron a la estación y le estrujaron con fuertes abrazos entre reiteradas promesas de amistad y manifestaciones ruidosas de cariño.

Salió, pues, de la capital cuando apenas había aspirado unos pocos meses el polvo denso de sus calles populosas, sin que el microbio mortífero arraigase en su organismo; pero herido por las rachas tajantes de los volcanes del Valle que le congestionaron los pulmones y le pusieron a las puertas de la muerte, para que la ciencia embrionaria de Fortunato le volviera, limpio de cuerpo y sano de espíritu, a los brazos anhelantes de la ausente y querida madre.





## II

DOÑA Remedios casose muy moza con don Gabriel Pérez, propietario que tenía encima una larga treintena de años, bien llevados entre sus labores de campo y sus deberes de católico sincero.

El casamiento de doña Remedios fue de esos que llamamos de conveniencia; sus padres señalaron a don Gabriel como la persona más propia para servirle de esposo y de compañero en la vida; doña Remedios entró a la coyunda por una imposición paterna, sin que por eso se crea que tuviera que domeñar su corazón para dar solemnes calabazas al primer novio; pues como en punto a noviazgos nunca los hubo, en nada que se resintió por el casorio.

Doña Remedios estuvo siempre metida en los quehaceres domésticos desde su más temprana edad; y así iba de la aguja a la cocina, de la cocina a la iglesia y de la iglesia a la novena; sus lucidos quince años se columpiaron entre el canto llano del sochantre, los latines del cura, las vocecillas atipladas de los monaguillos y las tosiduras cascadas de las viejas que concurrían diariamente ya a misa, ya al rezo; ora a las vísperas, ora a los maitines.

Fue guapa y tímida; su pensamiento no rebasó de los límites señalados por repetidas lecturas piadosas y por diarias pláticas místicas, donde los santos y los querubines, las vírgenes y los arcángeles pasaban sus heroísmos, sus fulgencias, sus raudos vuelos de alas lucientes y sus ropajes impalpables de túnicas albas y flotantes. Su amor a las cosas divinas brotó naturalmente de su alma candorosa, cual el aroma de las flores silvestres: sin saberlo ni ostentarlo; sus sueños púdicos se poblaban de visiones seráficas y de pasajes celestiales, y en

todos ellos, como irradiando de un centro de luces nunca vistas, la imagen de la Madre del Verbo formaba un núcleo en la corte alada de espíritus puros que gozaban de la bienaventuranza: aquí, el primer coro de los radiosos querubines, principio y embrión de la esencia del Eterno, con sólo cabecitas de niños, lejos del Limbo, y pequeñas alas de paloma, impolutas y cándidas, como si fueran todo entendimiento, sin la envoltura de la carne, para ver con ojos contemplativos la belleza increada de la majestuosa Divinidad. Allí, el segundo coro de los serafines, de cuerpos gallardos y vestimentas transparentes, rodeados de un fulgor ígneo, como ardiendo perennemente en el intenso fervor con que hacen llegar a Dios las preces elevadas por los espíritus inferiores, que tienen que pasar por el pecado, por el amor y por la muerte en este valle de lágrimas. Acá, los “principados” de dobles y coloridas alas, compendio y archivo de todas las virtudes celestiales, que tienen el don de cumplir los mandatos del Padre, ya con la flamígera espada arrojando a Adán y a Eva del Paraíso, ya suspendiendo el brazo de Abraham para evitar la ejecución de Isaac, ya bajando todos en escala misteriosa hasta el camino de Bethel para mostrar a Jacob la ruta que conduce al cielo. Allá, arriba, cerca del trono del Señor, los siete arcángeles que forman el octavo coro que canta la Omnipotencia del Padre, del Verbo y del Espíritu Santo, seres eviternos de jerarquía divina, entre los principados y los ángeles, llenos de bienaventuranzas, donde Gabriel –anunciador de la Concepción–, Miguel –jefe de la milicia celestial–, y Rafael –remedio de Dios–, son los custodios que con más frecuencia descendieron a la tierra; y un grado más abajo, en el último de los nueve coros, los ángeles de cabelleras rizadas, áureas como las espigas cortadas por Ruth en las tierra de Booz, negras como el ébano de Etiopía conducido por los blancos elefantes sagrados de los montes de Mauritania; mancebos que ostentan palmas, arpas de oro, trompetas argentinas, guirnaldas, coronas y toda clase de dones para preconizar y alabar en hosannas repetidos y en aleluyas sempiternas, la gloria perdurable del Evo Poderoso.

Un mundo aparte cupo en su apacible existencia, en la que sólo conocía la desobediencia de Adán y la debilidad de Eva; la inocencia de Abel y el fratricidio de Caín, el callado sacrificio

de Abraham y la ejemplar paciencia de Job; la ley de Moisés y su larga vida; la fuerza de Sansón y las tijeras de Dalila; la sabiduría sagrada de Salomón y la belleza oriental de la reina de Saba; la venida del Mesías y la traición de Judas; la conversión de San Pablo en el camino de Damasco y la trágica muerte de Saúl atravesado por su propia espada. Para ella, David era generoso; fiel Abraham; rebelde Absalón; soberbio Nabucodonosor; incrédulo Santo Tomás y manso Jacob; todas las figuras habían cristalizado en su cerebro con formas tan reales y rasgos tan firmes, que al tratar de ellas, tenía las como personas que había conocido en una vida anterior y que volvería a ver en la vida eterna.

En su alcoba de doncella tenía una imagen, tallada, de San Antonio de Padua, cubierta con un fanal y adornada de bellas flores de trapo que ella con sus propias y diligentes manos había fabricado.

Repasaba el santo del día en el “Año Cristiano” y en el “Catecismo de Mazo” aprendió las letras de corrida; no obstante este inocente misticismo que hubo de recluirla en su hogar como en una celda, no era ni gazmoña ni mojigata, ni se andaba a cada paso con latinajos, ni mucho menos jesuseaba en cada interjección y se santiguaba a la vista de la cosa más natural del mundo; discreta, humilde y hacendosa —las tres virtudes de la perfecta casada— cumplía sus deberes de cristiana y aspiraba en el matrimonio a una vida tranquila, llana y honesta.

Y no suponga la malicia del lector que una fealdad, que amenguaba los fueros de la soberanía mujeril, o una sonsería<sup>55</sup> risible, tenían a la niña en aquel estado de quietud y reclusión austeras, impropias de sus pocos años, que la niña era bella y discreta —sin ser presumida ni marisabidilla— como bien lo proclamaba el retrato colgado en uno de los testers de la sala principal de la casa de sus padres; eso cuanto a su belleza, que refiriéndose a sus otras prendas, no había más que dejarla hablar con aquella su voz melodiosa, la cual, una vez oída, quedaba el deseo de escucharla siempre.

---

<sup>55</sup> *Sonsería*: zoncería: sosera, tontería.

El recato en que vivía, su natural modestia y su mesurado continente, pusieron a raya los arranques amorosos de más de un galán que redujo su ardentía para venir a quedar en un adorador incógnito y mudo de la bella “virgencita”, como habitualmente la llamaban para bien nombrarla en el terruño.

Don Gabriel venía a la casa de Remedios los domingos y fiestas de guardar, días que le dejaban libres sus cotidianas ocupaciones de campo; tomaba allí el tradicional chocolate a las tres de la tarde; jugaba en las noches una brisca con la dueña de la casa, o echaba con el padre de la “virgencita” un párrafo largo sobre la aproximación de las cosechas, lo obstinado de la sequía, la bondad del tiempo, la escasez del maíz, o el anuncio de las cabañuelas, y se despedía de la familia en dando el primer campanazo de la queda.

A don Gabriel se le metió muy hondo en el pecho la imagen angelical de aquella sosegada niña, y allí la tenía siempre como en el santuario de una virgen ornada de flores, en oculto nicho jamás mancillado por la mirada de nadie.

Al principio tuvo sus escrúpulos, fundándose en que le doblaba con sobrante la edad a la rapaceja; pero las aritméticas en casos tales suelen sacar cuentas y galanes y cálculos poco exactos, y don Gabriel dio por cierto que sería feliz al lado de aquella niña haciéndola su esposa y educándola a su imagen y semejanza; así dejaría la vida huraña que llevaba en las soledades del campo, al lado de jornaleros, en su mayor parte insolentes, y de mujeres relamidas, de esas que le corrían la venia y le bailaban el agua delante para sacar la pitanza y medrar a buen recaudo.

En las visitas dominicales, donde la brisca era el único entretenimiento, el chocolate el sólo refrigerio y el rosario el cordón umbilical que le unía a tan recatada familia, apuntó primero la idea de echar de menos a una buena compañera; habló del correr de los años que pasan ligeros en la juventud y se sienten pesados cuando se alcanza la edad madura; abultó las delicias del campo en el caso que se compartan las faenas y los ahorros, los sinsabores y las bienandanzas con una casta y hacendosa compañera; no dejó de encarecer las ganancias en cada zafra y las economías en cada año, y por ahí fue batiendo la brecha hasta poner en claro su atrevido pensamiento a los

padres de la angelical Remedios, conteniéndose, empero, dentro de los límites de la prudencia, propia de un señor tan serio y tan huraño.

Don Gabriel se las compuso de modo tal, que por principio la niña no dijo ni “sí” ni “no”, encerrose en largo mutismo y se amparó en sus oraciones y en sus novenas; pero los días pasaban sin darle respuesta firme a don Gabriel, que ya se impacientaba; entonces los padres de Remedios, después de ponerle ante los ojos de la perpleja muchacha las conveniencias de semejante boda, la instaron dulcemente a que diera una respuesta categórica y favorable a la pretensión del señor Pérez.

La niña, sin pensarlo ni mucho ni poco, exclamó resuelta-mente:

“Haré la voluntad de mis padres”.

Y la niña se casó en volandas,<sup>56</sup> como que don Gabriel ya tenía hechas “por trasmano” las donas y listos todos los preparativos.

La ceremonia fue a eso de las cuatro de la madrugada de un día del mes de abril; del templo pasó Remedios, bellísima con su modesto traje de desposada, a la casa paterna, y bebió el tradicional chocolate con su consorte, el señor cura, sus padres, los padrinos y una decena de invitados; y de allí tomó camino para la “finca” de don Gabriel, transportada por trepidante y chirriadora carreta, con el equipo de novia por delante y su san Antonio bien empacado a los pies.

Los primeros meses de matrimonio pasaron apaciblemente; en todos los quehaceres de la casa grande —como por costumbre se la llamaba— ponía Remedios sus manos, y todo marchaba a compás, sin altos ni bajos, muy armoniosamente.

El primer desagrado vino por la intrusión en el hogar de un hijo natural de don Gabriel; el reparo fue pasajero, y con sólo advertirle el esposo una de las cláusulas de la Epístola de san Pablo, dobló la señora el cuello, se plegó a la voluntad de su marido y aceptó al hijastro de buen grado.

---

<sup>56</sup> *Volandas*: en volandas, por el aire o levantado del suelo y como que va volando. Rápidamente, en un instante.

Pasó un año imperturbable en aquella apacibilidad campes- tre, interrumpida, a las veces, por la juerga de los labriegos al término feliz de la zafra; Remedios no daba fruto de bendición y esto, que desesperaba a don Gabriel, hacía que su esposa acogiera con cariño al bastardo, quien, por su parte, pagaba la generosidad con mil trastadas de diablillo hecho y derecho, a vuelta de las cuales, oponía frecuentes monitas, con que se granjeaba la benevolencia de la joven madrastra.

En aquel bien avenido matrimonio iban saliendo fallidas las esperanzas de tener un primogénito; hasta que al cabo de dos abortos, con intervalos de un par de años entre ellos, vino al mundo el primer vástago, ya que los padres de Remedios habían pagado el tributo a la naturaleza.

El recién nacido se crió desmedrado, canijo y enteco; y puso en continuas desazones a la madre y en largas inquietudes al padre; a cada diente que echaba, se tenía un nuevo temor de muerte, y a la larga Dios quiso que saliera salvo de la dentición, para quedarse anémico y quebradizo bajo el peso de su desarrollado abdomen.

El primogénito alcanzaba dos años y el rapacejo cerril ya tenía sus ocho bien cumplidos, dentro de los cuales, el aliño y el pulimento, por las manos generosas de doña Remedios, pusieron la persona del hijo oscuro de aquellos andurriales, habido por las incontinencias de una juventud abandonada, en punto menos de aseo y buen parecer que la raquítica humanidad de Moncho, llamado así por el mimo exagerado del amor maternal de doña Remedios.

La esposa de don Gabriel enseñó al bastardo, como pudo y Dios le dio a entender, las primeras letras, el catecismo y a contar hasta diez con el auxilio de los dedos; ya que se le creyó con saber suficiente para ir a la escuela municipal, allá lo envió don Gabriel, cosa que aprovechó poco el rapaz; pues como tenía que ir y volver, a mañana y tarde, de la “finca” a la escuela y de la escuela a la “finca”, resultó que muchas veces se quedó en el camino tirando piedrecitas con honda certera a los pajarillos que cantaban en la alta copa de los árboles, o subiéndose a ellos para coger nidos que llevarle al amojamado Moncho, y engatusar a doña Remedios que, con el obsequio, no se daría cuenta que había “pintado venado”; en otras de más

regalo para él, guachapeaba las mermadas aguas del río Chiquito, y no pocas ocasiones, montaba en pelo a cuanta caballería vagaba por el campo en busca de yerba renaciente y fresca para hartarse sin rodeos; una vez atasajado en el caballo corría a todo galope, le daba el remesón, debajo de la sombra de los amates a comer las frutas que la estación le brindaba en las ramas de los árboles que se doblaban por el peso sobre las tapias y las bardas, y después de trasgugar<sup>57</sup> por todos los contornos, azuzar los perros, ahuyentar las vacas, maltratar los becerros y perseguir los puercos, que gruñentos se zampaban en la hortaliza de algún vecino a hociquear y a hacer destrozos, se volvía para la finca, con el asperete en los labios de las últimas guayabas coscorrónas de que se atracó y el consiguiente regosto<sup>58</sup> porque se regalaría de ellas a otro día, si la vieja del rancho no le soltaba el perro, cuando fuera respailando camino de la escuela.

El hijastro se llamaba Enrique por haber sacado tal nombre de pila, aunque atendía mejor por Quico; era despabilado como pocos y sabía más que Lepe; largo de piernas en la carrera y corto de genio en las reyertas; en los mandados, pronto para la sisa<sup>59</sup> y tardío para dar la vuelta; alborotador en el juego y ventajoso en la ganancia; huía de la escuela casi todos los días del año, como queda dicho; con todo lo cual, y otras cosas que no se recuerdan, nunca le faltaban manos al maestro para zurrarle de lo lindo, bien que al bigardo de Quico le sobraban dedos a la hora de las cuentas.

De esta holganza provino que el tal se quedara tan zoquete como cuando salió de las mezquinas enseñanzas de doña Remedios, y que le tirara la afición por la vida campestre con todos sus imprevistos peligros, todas sus naturales alegrías y todas sus libertades selváticas.

---

<sup>57</sup> *Trasgugar*: fingir o imitar el ruido, jugueteo y zumbas que se atribuyen a los tragos.

<sup>58</sup> *Regosto*: apetito o deseo de repetir lo que con delectación se empezó a gustar o gozar.

<sup>59</sup> *Sisa*: parte que se defrauda o se hurta, especialmente en la compra diaria de comestibles y otras cosas.

En cambio, Moncho ya leía de corrida la cartilla, contaba hasta veinte y sabía pintar en la pizarra, entre un monigote hecho con dos círculos y cuatro rayas, la numeración, unas veces en ringla, otras salteadas, en línea horizontal, o en línea vertical, como se le mandara.

En las horas de recreo, en una plazoleta frente a la casa grande, debajo de la extendida sombra de una ceiba, Quico se ponía a gatas y Moncho le montaba, haciendo a maravilla el remedo de potro indomable; se encabritaba, caracoleaba y hacía corcovos, y el linfático muchacho, a todo su sabor, le taloneaba con la fiereza de radiadas espuelas y le tiraba del cuello de la camisa como si fuera la rienda.

Quico era la bestia irreducible: bestia por el instinto; bestia por la fuerza; bestia por condición. Moncho era el amo que manda, el jinete que domeña, el caballero que guía.

—¡Anda, buliquito, cole, cole! ¡Upa, upa! —mamullaba el chucuelo— y Quico, aunque animal inocuo, se disparaba en una carrera loca, en tanto el pequeño conductor oprimía fuertemente los talones sobre los costados y se afirmaba en los lomos del que hacía de caballería, con roturas en las rodillas del pantalón y emporcamiento de las manos; la seguridad de que se valía Moncho pocas veces le aprovechaba; pues por lo precipitado del galope, o por la violencia de los brincos, venía jumento y todo al suelo, con lo que recibía el hijo de doña Remedios tal cual golpe sin consecuencias, o uno o dos chichones que le hacían verraquear<sup>60</sup> estrepitosamente y coger una petera<sup>61</sup> de echar la casa a gritos, acabándose por ello el juego, y yéndose cada muchacho por su lado para volver a repetir la travesura al día siguiente.

Moncho crecía entre mimos y regalos de la cariñosa madre y debilidades y consentimientos del embobado padre. Quico, por su parte, espigaba con la rapidez de la yerba, robustos los brazos, ágiles las piernas, certera la mirada, firme el pulso y dura y cerrada la cabeza como clavo de remache, y ya hirqui-

---

<sup>60</sup> *Verraquear*: gruñir o dar señales de enfado y enojo o llorar con rabia y continuadamente los niños.

<sup>61</sup> *Coger una petera*: rabieta de los niños.



tallaba<sup>62</sup> con quiebro de voz en falsete, traía indicios de nuez en la garganta, la barba le apuntaba en el óvalo del rostro moreno, y el bozo negro y cumplido, le sombreaba el labio superior ondulado siempre para mostrar a toda hora dientes gelasinos.<sup>63</sup>

Para Moncho no había nada fuera de sus libros, de sus lecciones y de su escuela; para Quico todo estaba en el campo, en las tareas de la finca, en el ajetreo de las carretas, en la caldera del alambique, en las muelas del trapiche y en el pitío de la máquina; al oír, a las seis de la mañana, el toque de la campana que llamaba a los trabajadores a sus tareas matinales; era Quico el que se ganaba la delantera para concurrir; en la primera carreta que salía al corte de caña tomaba asiento junto al conductor y empuñaba la aijada<sup>64</sup> para acuciar en la marcha lenta los bueyes reposados.

Don Gabriel miraba todo aquello con mal disimulada complacencia; veía en Quico a su futuro sucesor allá cuando los pesados años y el trabajo duro le imposibilitaran por completo; tenía, pues, por el brazo y fuerza de aquella finca para tiempo no lejano; en Ramón soñaba al hijo inteligente que, apartado de la vida rústica del campo, conocería letras humanas y llegaría a ser persona ilustrada y de provecho, con honra de su familia y para lustre de su casa.

Doña Remedios no tenía ojos y manos sino para su hijo; en él reconcentraba todo el cariño de su piadoso corazón, sediento de amor fuera del que le inspiraban las cosas divinas, porque para don Gabriel no tenía más que sumisión, gratitud y respeto.

En la ropa de su hijo siempre anduvo la aguja pronta en el aliño más que en el repaso; las camisas de Ramón fueron diariamente blancas como palmito, los pañuelos con bordadas cifras y los calcetines con iniciales; el zurcir y el remendar quedaron para la burda muda del bastardo, tan llena de colga-

---

<sup>62</sup> *Hirquitallar*: mudar la voz al llegar a la pubertad.

<sup>63</sup> *Gelasinos*: se aplica especialmente entre los médicos a los dientes delanteros que se descubren al reírse.

<sup>64</sup> *Aijada o aguijada*: vara larga que en un extremo tiene una punta de hierro con que los boyeros pican a la yunta.

jos, sietes y rasgaduras que no daba a basto la diligencia de doña Remedios para poner parches, remiendos y zurcidos.

Cumplía Quico quince años; en las oscuridades de su nebulosa inteligencia bien pronto vislumbró la barrera insuperable que le separaba del hermanastro; para el hijo legítimo todas las preferencias, los regalos y los beneficios, y, para él, mísero huérfano, habido en unos amores livianos, los desdeños, los trabajos y las humillaciones; pero en medio de esta certeza, bien pronto echó de ver con simultánea clarividencia su obtuso entendimiento, que si las leyes morales y civiles le separaban, por el troque<sup>65</sup> llevado como marca, del hijo de doña Remedios, las de la naturaleza le daban a él, pobre desheredado y advenedizo insolente, ventajas sobre la raquitis y debilidad de Ramón; se sentía fuerte, vigoroso, sano, con sus molledos potentes, su pecho pleno y sus pulmones saturados por los olores campesinos que, al amanecer, transminaban en el bosque florido para aspirarlos con delicia en bocanadas francas y saludables; por ello, no había trabajo por rudo que fuera, que le desalentara; los peligros y las aventuras eran otros tantos acicates que le empujaban a ser temerario, arrojado e intrépido; los potros reducían sus ímpetus bravíos bajo la fuerza atlética de sus piernas, y por el impulso rudo de su mano tascaban el freno para que, dóciles y mansos, se sometieran a su albedrío; los toros cimarrones caían patas arriba dentro del lazo certero de su reata, ligera como el viento y como saeta atinada; los bueyes atendían más al ¡oh, oh! insinuativo de su boca que al pinchar iracundo de la vara; los jornaleros obedecían sus voces imperiosas de mando, que las turbas siempre se fueron tras los valientes, y a la hora del peligro, en vez de rehuirlo, lo buscaba; en los fandangos, era el primero en las galas y el último en dejar la tarima; las mozas robustas y zafias que habitaban por aquellos contor-

---

<sup>65</sup> *Troque*: posiblemente de troquel: instrumento o máquina con bordes cortantes para recortar con precisión, planchas, cartones o cueros.

Especie de botón que se forma en los paños cuando se van a teñir liando fuertemente con bramante una partecita de ellos para que no pudiendo penetrar el tinte lo que cubre el bramante se conozca después de salir del tinte qué color tuvo primero el paño.

nos, así como las zangarillejas<sup>66</sup> viripotentes que correteaban por los caminos, después de algunos requiebros y no pocas solicitudes, caían en sus brazos de atlante con bíceps duros como piedra; el machete en sus manos, tan recias y grandes que parecían guanteletes, era un arma ofensiva y defensiva; en la refriega, ante su fuerza de bisonte y su saña de fiera, todos volvían grupas, dejándole dueño del campo y del botín, de hembras las más de las veces, doncellas unas, casadas otras y no pocas viudas, porque en suerte de mujeres, no se andaba Quico con repulgos, donde ponía el ojo caía la caza, sin necesidad de rodeos, ni trampas, ni zancadillas; su voluntad era ley, y su antojo mandamiento en estos particulares.

A las quejas solapadas de los vecinos de los alrededores, don Gabriel contestaba con evasivas, y cuando le apretaban con acusaciones y protestas, porque Quico había hecho una gorda con alguna doncella que acababa de serlo dentro de la espesura susurrante de los cañaverales, respondía con sorna:

—“Pues, amigo, cuide usted sus gallinas que mi gallo anda suelto”.

Ramón estaba para cumplir los diez y ocho años; en el colegio del terruño seguía sus estudios preparatorios; las calificaciones semanarias y las notas mensuales eran excelentes; doña Remedios no cabía en sí de gozo; don Gabriel, si no lo publicaba a voces, también se ufanaba con la creciente sapiencia de su hijo; pero, en medio de este entusiasmo, aplaudía mucho la pujante laboriosidad y la entereza de Quico para los trabajos de campo; acaso porque relevaba con frecuencia a su padre en las faenas de la finca, pudiendo entonces salir don Gabriel sin apremio de tiempo fuera de la tierra para concertar negocios con los compradores, en los que la venta era abundante, los anticipos liberales y la ganancia segura.

Todo marchaba a bien traer en aquel apartado rincón, donde doña Remedios vivía con un ojo puesto en su hijo y otro en los santos de su devoción nunca amenguada, cuando el

---

<sup>66</sup> *Zangarilleja*: Muchacha desaseada y vagabunda.

demonio, que no duerme, cambió un momento el aspecto halagüeño de aquel tranquilo hogar.

Un día, don Gabriel andaba de aquí para allá sobre tablas que, a manera de andamios estaban encima de las pailas hirvientes de las “defecaciones”; vigilaba desde allí la ebullición para que se le diera el punto a la melaza, cuando en una de aquellas idas y venidas, resbaló en el borde mismo de una tabla y cayó de pies dentro del líquido ardiendo.

Quico fue el primero en correr al lugar del siniestro; mandó tocar la campana y pitar el silbato de la máquina como en los casos de incendio; todos los trabajadores abandonaron las faenas y se congregaron alrededor del cuerpo de don Gabriel, horriblemente quemado; de sus brazos y de sus manos se desprendían túrdigas erizadas cuando lo asían para moverlo; el pecho y las extremidades quedaron mondas de vellos; la respiración del infortunado era fatigosa, y un quejido lastimero le arrancaba cada racha de viento, al sentirla sobre sus carnes enrojecidas por atroces quemaduras.

Quico ordenaba y disponía todo; desvistió a su padre, arrancándole gritos angustiosos al sacarle las ropas. —¡Un catre!... ¡Sábanas!... ¡Pronto!

Llegaron doña Remedios y Ramón, y el cuadro del lamentable suceso que a la vista se presentaba fue desgarrador: doña Remedios bajaba toda la corte celestial en sus alharacientas deprecaciones, interrumpidas por hondos sollozos y lastimosos suspiros rociados por largo lloro; Ramón gemía también y se horrorizaba del estado miserable de su padre, hecho todo su cuerpo una llaga que, cruel y sin tregua, le hacía convelerse;<sup>67</sup> con sólo la cabeza sana, como para así ver el dolor de su familia y darse cuenta de la inevitable orfandad de sus hijos y de la viudez en que dejaría a su esposa, llorando con amargura la una y tratando de remediar la otra, antes de que la muerte cerrara sus ojos, enrojecidos por la fuerza de dolor tan duro y arrasados en lágrimas silenciosas por lo inesperado de la desgracia.

---

<sup>67</sup> *Convelerse*: agitarse violentamente; convulsionar.

Quico arropó a su padre, y levantándole muy delicadamente con ayuda de dos jornaleros lo colocó en el catre para luego conducirlo a la casa grande.

—Ahora, mientras le hacen la primera cura, voy al pueblo en busca del médico.

Y así diciendo, Quico en un brinco le puso la montura a su caballo, saltó con ligereza sobre los lomos del animal, le picó los ijares con los fieros talones y salió a galope.

En la casa las mujeres de toda la vecindad se atropellaban unas con otras, desatentadas, irresolutas; cada quisque —como es costumbre en casos tales— proponían un remedio, hasta que tío Toño, viejo sirviente de la finca que recibió una quemadura en el brazo derecho, amén de haber perdido el izquierdo en el trapiche, se creyó con autoridad, por el pasado accidente, para mandar “cal lavada en tres aguas con aceite de almendras untado con una pluma de gallina, y en vez de sábanas, que calentaban el cuerpo del enfermo, hojas de plátano”.

A la letra fueron obedecidas las órdenes del tío Toño y, ya preparado el medicamento, se lo aplicaron al cuerpo desollado de don Gabriel que descansaba sobre frescas hojas de plátano, las que a cada paso había que renovar; pues al instante se tostaban de igual suerte que si fueran puestas a la lumbre.

Don Gabriel se quejaba tan lastimosamente que parecía le iban arrancando la vida a pedazos; respiraba fatigosamente y tiritaba como si estuviese sometido a una temperatura baja.

Llegó Quico con el médico.

El reconocimiento fue corto, pero preciso; aprobó la aplicación del linimento óleo calcáreo y la envoltura con las hojas de plátano; mandó un lenitivo y salió con la certeza de que don Gabriel no duraría arriba de cuarenta y ocho horas.

A los pocos momentos, el enfermo entró en un reposo tan largo, que la buena de doña Remedios, con el rosario en la mano y la oración de la novena de san Francisco de Paula en los labios, achacaba la aparente mejoría a la intercesión de sus santos favoritos.

En la noche, don Gabriel se asfixiaba: su respiración era muy dificultosa, y se le dilataban las fosas nasales y el pecho de un modo espantoso; el médico recurrió entonces a las inhalaciones de oxígeno; Ramón era el encargado de aplicarlas y

Quico se ofreció a ayudarle; vino una calma engañosa y artera, precursora de la muerte; don Gabriel ya no se quejaba ni se removía en el lecho, hablaba tranquilamente y se manifestaba agradecido de tantos cuidados y atenciones; en medio de su lucidez, dijo a su esposa que como la muerte llega el tiempo menos pensado, una vez que se presentara, que ocurriera al Notario, quien tenía escrita su última voluntad. Doña Remedios seguía en sus devociones y esperaba mucho del milagro de sus santos, particularmente de san Antonio de Padua, tomando aquella idea de muerte de don Gabriel a ficciones de un cerebro debilitado.

A la mañana siguiente, el médico dijo con brusca palabra que no admitía réplica: —Don Gabriel morirá a la noche; pues la asfixia se lo llevará por ser ineficaces los procedimientos artificiales para sostener la respiración en el enfermo.

Aquí del llanto de Ramón, de las protestas de Quico y de las imploraciones de doña Remedios, quien pedía a grito herido trajeran al cura y el viático.

—Sí —afirmaba el médico— la calma es aparente; el sensorio estaba embotado por el ácido carbónico que provoca el estado creciente de la asfixia. Se despidió el doctor y a poco llegó el cura con el viático.

Doña Remedios adornó su san Antonio con frescas flores del día, y en ángulo de la alcoba, sobre una mesa dispuesta con albos manteles, se puso al santo milagroso; doña Remedios rezaba de rodillas, sus brazos en cruz y sus ojos anegados por las lágrimas mirando el cielo; Ramón y Quico, con las señales del dolor en sus rostros trasojados por la larga vela, atendían a todos los preparativos.

Don Gabriel confesó sus pecados para dejar arregladas sus cuentas con este mísero mundo y alcanzar un saldo acreedor en la vida eterna; recibió después cristianamente la extremaunción y entró en agonía.

—¡Pero esto no es posible, Dios mío! —exclamaba doña Remedios entre rezo y rezo. ¡Si ya la candela se apagó en el cuerpo de mi marido!

Después de la muerte trágica de don Gabriel, por disposición testamentaria, doña Remedios quedó dueña absoluta de los bienes de su esposo hasta la mayoría de su hijo legítimo;

Enrique administraría la finca con sueldo fijo y una cuarta parte en las utilidades de cada año; las otras cuartas partes, llegada la ocasión, se repartirían por cantidades iguales entre la viuda y el huérfano; el compadre de la viuda y el señor cura fueron nombrados albaceas.

Quico, con toda su natural rustiqueza, sintió hondamente la muerte de su padre; pero supo sobrellevar con resignación la desgracia, y para significar, a su modo, el respeto y cariño que por la memoria del difunto tenía, se dedicó a cuidar con empeño y a procurar aumentar con creces la finca para bien suyo y de los otros herederos.

Hubo junta de familia tal cual domingo, con asistencia del señor cura y don Prisciliano, a fin de marcar una línea de conducta en las afflictivas circunstancias en que los deudos de don Gabriel quedaban.

Don Prisciliano, por cortesía del señor cura, tomó primero la palabra, y propuso, desde luego, que el huérfano siguiera sus estudios en la capital de la República, ya que había terminado los cursos preparatorios en el colegio del terruño, según los certificados que se exhibían; que Enrique, en todo y para todo, fuera el jefe de la finca de caña; que doña Remedios se instalara, cuanto antes, en la casa de sus padres, ubicada en el pueblo, para evitarle, con su estancia en el campo, recuerdos tristes e impresiones fuertes por la reciente desgracia; pues, como era sabido, sólo iba a la casa paterna los domingos y los “disantos”<sup>68</sup> para pasar allí todo el día, y concurrir a misa y a las fiestas religiosas con su hijo, únicamente las mañanas de los intercisos, a modo de no perder el oficio divino.

El cura aceptó de plano; pero a condición de que el huérfano estudiante siguiera la carrera eclesiástica en algún seminario.

—Eso será cosa de consultarlo con mi ahijado —repuso sin recancanillas<sup>69</sup> don Prisciliano— porque las vocaciones no deben nunca torcerse. Si el muchacho está para ser cura, lo será, y no de “misa y olla”, a Dios gracias que tiene el ahijado

---

<sup>68</sup> *Disantos*: día santo, día festivo en la Iglesia.

<sup>69</sup> *Recancanillas*: fuerza de expresión que se da a las palabras para que las note y comprenda bien quien las escucha.

talento de sobra para hacer las cosas derechas; si no, tomará la carrera que mejor se acomode con sus aspiraciones y sus gustos, menos la de médico. La ciencia médica anda en pañales desde Hipócrates y Galeno. ¡Aquí estoy yo que adopté la medicina con el entusiasmo que rige todos nuestros actos en la juventud! Estudié años y años, me quemé las pestañas y me desojé<sup>70</sup> ante las páginas de innumerables textos. Viajé por Europa, visité las grandes clínicas de La Salpêtrière y La Charité. Gasté la mitad del caudal de mis padres juntamente con mis energías, me sequé el cerebro para venir a quedar en que la ciencia médica, entre todas las ciencias, es la que está enteramente en pañales, teniendo por andaderas la charlatanería de los veterinarios y la audacia de los albéitares.

—¡Es mucha la humanidad doliente para tan pocos verdaderos médicos!

—¡Esos “curalotodo” son unos solemnes bellacos! Esos alquimistas que se amparan en un título para matar, estafar y medrar son unos Sangredos<sup>71</sup> con mucha terminología indigesta que no alcanza a descubrir los microbios y los bacilos en muchas reinantes enfermedades! Muchos, con su decantado ojo clínico, mandan muy bonicamente a cualquier mortal a la eternidad. Han matado más gente que Napoleón Bonaparte en todas sus batallas. ¡Qué ya es matar!

Don Prisciliano puso a los facultativos “como digan dueñas”;<sup>72</sup> el cura le escuchaba teniendo cruzadas las manos sobre el abultado abdomen y sonriendo plácidamente por la esperanza de que Ramón se haría clérigo.

—Yo haré lo que mi hijo quiera, —exclamó reposadamente doña Remedios. Si desea ser médico, que lo sea; si sacerdote, él lo dirá.

Pero estoy tan achacosa, he quedado tan delicada con este último golpe, que le pido al Corazón de Jesús ilumine a mi hijo para que coja la carrera de médico. Así, él me curará, me cui-

---

<sup>70</sup> *Desojé*: mirar con mucho ahínco para ver o hallar una cosa.

<sup>71</sup> *Sangredos*: personaje de teatro. Comedia.

<sup>72</sup> *Como digan dueñas*: poner a una persona como digan dueñas: insultarla mucho o hablar muy mal de ella.



dará y me mimará, sin ver a esos doctores de que usted, compadre, habla con tan poco miramiento. Entonces me sujetaré a lo que mi médico diga, con la misma fe con que imploro la misericordia de Nuestra Señora de la Luz para que guíe a mi hijo en sus estudios.

—¡Será lo que Dios quiera, señora mía! —objetó el cura.

—¡A su santísima voluntad me atengo!

A Quico nada que le importaba lo que allí se discutía, y en toda la conferencia permaneció con la vista por el techo, pensando en las mejoras e innovaciones que introduciría en el tren de la finca, de la que se consideraba ya dueño y señor absoluto.

Ramón asumió, desde el principio, una actitud pasiva y dócil de niño mimado que se pliega a toda hora a la voluntad materna.

Despidiose don Prisciliano, salió enseguida el cura y, a lo último, fuese Enrique pretextando quehaceres urgentes.

Doña Remedios se quedó sola con su hijo.

—Con que dirás, Moncho, ¿qué partido tomas?

—Lo que usted desee, mamacita; mi mayor gusto es verla contenta.

—¿Contenta? Desde la muerte de tu padre —que Dios guarde en su santo reino— no es posible que haya para mí contento. Parece que con esa desgracia tan de sopetón todo ha acabado para mí, y pienso únicamente en tu porvenir.

Quiero —y a Dios se lo pido todos los días— que hagas carrera, que te labres una posición brillante. Porque tú no harás nada en lo que Enrique podrá hacer mucho. Tú naciste para cultivar la inteligencia con el estudio; para darle nombre a tu casa y honor a tu familia.

Peno y lloro por verte médico. ¡Sí, óyelo bien: médico! ¡Y lo serás, lo serás, Dios mediante!

Ramón callaba y reflexionaba; el problema era muy hondo para resolverlo de una plumada; se le hacía duro separarse de un tirón de la vida patriarcal de su casa, de la tranquilidad bucólica de su terruño; luego recapacitaba sobre lo largo de la ausencia, lo penoso de la partida y lo ingrato y duro de los estudios profesionales. Pero iría, sí. Su madre lo ambicionaba, y él habría de complacer a su buena madre.

Al cabo de largas discusiones con el reacio de su padrino, de las encomiendas y consejos del cura, de los preparativos y advertencias de doña Remedios, partió Ramón para la Metrópoli con su candor de muchacho mimado, su honradez de hijo bien nacido y su tozudo empeño de alcanzar la carrera que le imponía el cariño maternal.

Doña Remedios que, parte por los sucesivos abortos, parte por las dificultades del único alumbramiento, había quedado desmejorada, iba ahora con la muerte de su esposo argüellándose<sup>73</sup> más y más cada día, al mismo tiempo que su devoción por los santos aumentaba y se multiplicaba con los años y con los achaques.

De novenas sabía una tiramira<sup>74</sup>, que las aplicaba según los casos y las circunstancias de su monótona vida; contadas con los dedos —que era el modo de contar de doña Remedios— resultaban, después de repasar por tercera vez las manos, comenzando por el meñique de la derecha y terminando por el índice de la misma, dos docenas cabales: la de san Antonio para encontrar las cosas perdidas; para lo imposible, la de santa Rita de Casia, para abogar por la familia, la de Jesús, María y José se ganaba la primacía; la de la santa Eduwigis para las pobrezas; la del Corazón de Jesús, remediaba cualquiera dificultad; la de san Basilio le dio sabiduría para educar cristianamente a su hijo; la de san Francisco de Paula quedaba para conseguir cualquier favor especial; con la de san Rafael encontraba inspiración para suministrar las medicinas; la de san Isidro aprovechaba para recoger buenas cosechas en la finca; las de san Bernardo y san Judas Tadeo alejaban a los malos vecinos; la de san Expedito compartía con la de san Antonio la virtud de encontrar las cosas perdidas; la del santo Niño de Atocha remediaba todas las necesidades por apremiantes que ellas fueran; la de san Luis Gonzaga abogaría por la juventud de su hijo; la de san Roque ahuyentaría la peste y la de santa Mónica convertiría en buen muchacho al diablillo de Quico.

---

<sup>73</sup> *Argüellándose*: *argüellarse*: desmedrarse por falta de salud o mala alimentación.

<sup>74</sup> *Tiramira*: fila o serie continuada de muchas cosas o personas.

Con este rezar continuo, a las veces ocurría que al propio tiempo pedía a dos santos encontradas cosas, con lo que se provocaba, sin duda, algún conflicto en la corte celestial, para a la postre quedar victorioso san Antonio con menoscabo de san Expedito o san Judas Tadeo por derrota de san Bernardo.

En sus oraciones entremezclaba y confundía todo, compaginándolo con aleluyas, letanías y diversa suerte de imploraciones místicas y piadosas, en las cuales cabían, a bien traer, las once mil vírgenes con santa Úrsula a la cabeza; los cuatro evangelistas; los doce apóstoles; el caballo del Señor Santiago y la capa de san Martín; los leones de Daniel y el dragón de san Jorge; las cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo y los siete puñales de Mater Dolorosa; las parrillas de san Lorenzo y las flechas de san Sebastián; la muela de santa Apolonia y los guijarros de santa Eulalia; el perro del milagroso señor san Roque y el cerdo de san Antonio Abad; el buey de san Lucas, el león de san Marcos, el joven de san Mateo y el águila de san Juan; todo dicho a coro, sin punto ni coma de un pasaje a otro, para cerrar el catálogo del Martirologio con el “Señor mío Jesucristo” con que comenzó.

En la alcoba había una mesa cubierta de largos paños bordados que sustentaba la imagen del Santo Niño de Atocha, toda ella circundada de flores, sahumada de incienso y alumbrada por la lamparita que en todo tiempo tuvo luz, con lo que el santo milagroso se ennegrecía y las flores de trapo se tiznaban, juntamente con el blanco mantel bordado que cubría la peana donde el santo descansaba; en ninguna estación faltaron flores a este rústico y oculto santuario: por enero, los nardos, las moyas, las azucenas y los lirios; en febrero, el narciso, los capotes, el manto de la Virgen y la *ixora*; la primavera, llevaba gardenias, lluvia de plata, alfombrillas, jazmines, galanes de día y de noche; súchiles, allí blancos, amarillos, rosados, pálidos y encendidos; margaritas, quiscales,<sup>75</sup> clerolendos,<sup>76</sup> bugambilias, astronómicas; y sobre

---

<sup>75</sup> *Quiscales*: planta de tallos o ramos nudosos, que da flores de varios colores. Llamada así en Tlacotalpan y región de Sotavento en Veracruz.

<sup>76</sup> *Clerolendos*: arbusto trepador, originario de África tropical. Florece en la primavera y en el verano.

el intenso blancor y el penetrante aroma de tantas flores que mayo prodiga para obsequio de la Madre de Dios, los tulipanes, ya rojos, ya anaranjados, ya albos; ora vanos, ora rellenos; cuando con pintas purpurinas en el borde de los encarrujados pétalos, o con listas cremas en el interior de los abiertos cálices; de rosas, toda una gama de colores, desde la “concha” hasta la “melga de oro”; para remate de tan variado adorno, los floripondios exhalaban su perfume con todas aquellas flores que despiertan de noche cuando sus otras hermanas duermen, para que nunca jamás a la imagen venerada de doña Remedios le faltara ni incienso, ni aromas, ni oraciones, así de día como de noche.

Y no sólo el jardín silvestre de la dueña de la casa era el que enflorecía el altarito, sino también las amigas de la devota señora que, a la salida de misa de siete en los días de trabajo, o de la cantada en los de fiesta, acudían a la mesa, de diario dispuesta para las conocidas, a beber el chocolate después de la comunión, regalo cotidiano de doña Remedios, y las invitadas, correspondían a la cortesía, con llevarle odoríferos ramilletes para el santo, esquejes nutridos para trasplantar y toda clase de semillas para la siembra.

A la vera del Santo de Atocha, en un rincón, se escondía san Antonio, sin nimbo y sin vara, con el niño en porreta, el hábito descolorido, las manos sin dedos, los ojos faltos de pestañas, con telas de araña por aureola y partículas de polvo a guisa de sahumeros; estaba tan venido a menos, que daba lástima verle; desde el punto y hora en que murió don Gabriel sufrió aquel abandono la antes milagrosa imagen, acaso porque los reiterados ruegos de doña Remedios no alcanzaron a mover su misericordia para salvar al esposo moribundo de las garras de la muerte; sea de ello lo que fuere, no había para la antaño reverenciada escultura devoción diaria ni solícito cuidado; ahora se ganaba la preferencia el Niño de Atocha que haría el milagro de conservar bien y de llevar a feliz término la carrera del querido hijo ausente.

Don Prisciliano solía venir a la casa de doña Remedios para obtener noticias del ahijado; el cura acudía también con frecuencia, porque doña Remedios era hermana mayor de la Vela Perpetua, en servicio activo, y trataba con ella de asuntos relativos al culto.

En este cargo doña Remedios resultó insustituible: los cirios estaban de ordinario enteros, el fuellear para las velas de la Candelaria listo y a su tiempo; los gastos cubiertos, y al rendimiento de cuentas, a la cofradía le quedaban buenos pesos, sin olvidarse la devota de andar por el vecindario con la bacina<sup>77</sup> recogiendo limosnas para aumentar las oblatas<sup>78</sup> de la sacristía; por todo ello, doña Remedios era anualmente reelecta y mantenía viva la devoción entre las hermanas presidentas que siempre allegaron al concurso abundancia de veladoras. De eso sucedía que la lista nominal que llevaba doña Remedios se ampliaba día a día, las cuentas se exhibían claras y los cirios iluminaban resplandecientes, sin merma de cera ni chisporroteos continuados, por la buena hechura de los blandones y la legítima procedencia de la materia prima, con lo cual la asociación prosperaba y el párroco estaba satisfecho.

Las primeras cartas del estudiante fueron sucesivas y largas; venían a vuelta de correo, llenas todas ellas de lamentaciones, de extrañezas y de sinsabores: que si la mala comida, que si la rigidez de las clases, que si los compañeros impíos, que si el tutor, que si la patrona; a todo contestaba doña Remedios poniendo la fe por delante, la paciencia en medio, cual un eje del que dependían todas las acciones humanas, y la protección divina sobre todas ellas como resguardo y escudo.

De pronto escribió el rapaz que habría de irse a vivir con dos camaradas semipaisanos, porque en la casa de huéspedes le mataban de hambre; de momento, doña Remedios se alarmó ruidosamente; pero reparando en que su hijo se quejaba de hambre, vino su perspicacia, un tanto suspensa, a sacar en limpio, y sin mucho esfuerzo, que su hijo adorado comía, él que fue de costumbre inapetente, incapaz de comer dos platos seguidos, y casi alabó la causa del cambio de domicilio; eso no obstante, consultó el caso con el cura y con don Prisciliano para descargo de su conciencia.

---

<sup>77</sup> *Bacina*: caja o cepo que llevan los demandantes para recoger más limosna.

<sup>78</sup> *Oblatas*: dinero que se da al sacristán o a la iglesia por razón del gasto de vino, hostias, cera u ornamentos para decir las misas.

El señor cura, a vuelta de meticulosidades y malos augurios, redondamente condenó la libertad en que el chico quedaría lejos de la vigilancia severa de su tutor, expuesto a las mil tentaciones que brinda la capital a los jóvenes incautos; y las otras tantas asechanzas del demonio que jamás duerme para hacer caer en pecado a los mortales, viviendo bajo el mismo techo de estudiantes quizás calaveras y disolutos que sin remedio ni taxativas le llevarían por un voladero.

Don Prisciliano habló como un Salomón: Para él no había ningún peligro en que su ahijado cambiara de domicilio y se fuese a vivir con dos camaradas; así los jóvenes conocen más de cerca las cosas de la vida y están preparados para batallar en la lucha por la existencia, pudiendo salir vencedores; además, el muchacho tenía por resguardo su propia bondad de corazón y su candidez de alma, sus morigeradas costumbres y sus principios morales, donde se embotarían las armas que esgrime la perfidia y los vicios del mundo; si el mozalbete fuera de natural perverso y de reacia condición, bajo siete llaves y bajo la vigilancia de los cien ojos de Argos cometería desmanes y seguiría invariablemente por el mal camino para llegar a los umbrales del crimen.

Los hijos criados a las faldas de las madres —continuaba don Prisciliano— suelen salir irresolutos, apocados para todo; son tímidos y cobardes; la primera decepción los desarma, el primer fracaso los abre, la primera herida los rinde y el primer dolor los mata; van a tientas, con el gomecillo<sup>79</sup> del miedo por delante, sin poder asentar al pie en firme por el sendero de la vida, porque al menor tropiezo caen, ruedan y se precipitan por un desgalgadero<sup>80</sup> para nunca jamás levantarse. En los rosales del mundo no ven sino las espinas; en los zarzales del camino, garfios inquisidores, por lo que van dejando en el tránsito terreno las ropas, las creencias y la vergüenza.

Que Ramón siga su curso sin volver el rostro atrás, cual Lot, y, si como presumo, no se desvía de la ruta derecha, llegará a donde los que luchan, los que trabajan y los que esperan.

---

<sup>79</sup> *Gomecillo*: lazarillo.

<sup>80</sup> *Desgalgadero*: despeñadero, precipicio.

Doña Remedios cerró la boca ante tamañas razones, dichas campanudamente por don Prisciliano, más que por llevarle la contraria al cura, por sacar victorioso al estudiante.

Acabado el parenético<sup>81</sup> discurso del padrino de Ramón, discurso que estaba para paulina<sup>82</sup> en el concepto del cura, se fueron los dos amigos de la viuda de don Gabriel Pérez, y ésta se metió en sus quehaceres domésticos. Después de la que para doña Remedios fue nube de verano, vinieron las cartas de Ramón más tardías y menos expresivas, con el aditamento de pedir dinero a cada triquete; ya no era para compra de libros ni para gastos indispensables la demanda reiterada de metálico, ahora la urgencia de recursos venía porque el muchacho necesitaba ropa para vestir más decente y no ir trajeado de manera tan miserable como un cómico de la legua; además, los compañeros de estudios ¡valientes compañeros! se burlaban de sus trajes ridículos, de sus toscos zapatonos, de sus camisas con puños rabosos, de sus cuellos arrugados, de sus corbatas desteñidas y de su sombrero apabullado. Y el dinero corría por la posta, y el estudiante se bien “empaquetaba”, mientras que Quico, en vista de aquellos dispendios, se quejaba, a traque barraque,<sup>83</sup> de las repetidas situaciones de dinero para el estudiante, cuya carrera saldría más costosa, si el derroche no se modificaba, que dos calderas nuevas y seis yuntas de bueyes con sus carretas; acudía, en apoyo de su queja, a lo malo que en aquel año se presentaba la zafra y el poco rendimiento que recogería de ella.

Doña Remedios atajaba el reparo echando mano de sus pocas economías para enviárselas a su hijo, con intervención del compadre, quien opinaba que su ahijado habría de andar vestido como un caballero decente y no como un mozo de cordel; el buen señor daba muy liberalmente el consejo, pero nunca aflojaba el bolsillo, por ser un avaro recalcitrante, incapaz de pellizcar el mermado caudal que a pistos se iba comiendo.

---

<sup>81</sup> *Parenético*: exhortativo o amonestativo.

<sup>82</sup> *Paulina, estar para*: represión áspera y fuerte.

<sup>83</sup> *A traque barraque*: frecuente, a menudo, a cada paso, a cada instante. Con mucha abundancia o por cualquier motivo.

Doña Remedios sufría mucho, tanto con la ausencia de su hijo como con el cambio manifiesto que se iba operando en toda su persona y en la mayor parte de sus ideas; pues al través de algunas cartas recargadas de zalamerías veía, aquí y allá, la mentira solapada, el fraude descubierto, la engañifa artificiosa, para sacar con socaliñas<sup>84</sup> dinero antes de la mesada; condenaba al rapaz de plano; pero a renglón seguido, recordaba los sinsabores que pasaría el angelito lejos de su casa, y tenía por bien empleado el dinero que Ramón se gastaba en trajes de lechuguino y en afeites de petimetre, malrotando, así, la escasa hacienda de su buena madre; con todo eso, la viuda de Pérez fue creciendo en achaques: hoy tenía jaqueca, para el día siguiente quejarse de retortijones; unas veces era el hígado el que le dolía y otras el estómago; ya estaba para prodigorio<sup>85</sup> con tan agudas dolencias y tan repetidos alifafes,<sup>86</sup> y por algún accidente de esos temía la pobre entregar el espíritu; concurría menos a la iglesia, y acabó por dimitir el cargo de hermana mayor del Santísimo Sacramento y se conformó con ser llanamente “veladora”,<sup>87</sup> resolución que desagradó al señor cura, quien hubo de aceptar la renuncia por ver a la piadosa señora irse desmejorando a ojos vistas y sin remedio aparente.

—Es el alejamiento del ahijado —decía don Prisciliano. Usted se ha encariñado tanto con él que no puede vivir teniéndole ausente.

—¡Será, señor, será! Pero todo lo llevo en amor de Dios con tal de que mi hijo estudie y haga carrera.

---

<sup>84</sup> *Socaliñas*: truco o artificio con que se obtiene de una persona algo que no está obligado a dar.

<sup>85</sup> *Prodigorio*, *estar para*: posiblemente se trata de una metátesis de la palabra *podrigorio* que registra el diccionario de la RAE y que deriva de *podrir*: “Persona llena de achaques y dolencias”. O bien, tenga aquí un sentido jocoso relacionado con *velatorio* o *velorio* en el que se prodigan demostraciones de afecto y duelo.

<sup>86</sup> *Alifafes*: achaque generalmente leve.

<sup>87</sup> *Veladora*: persona que con vigilancia y solicitud cuida de algo. Guadiana. (Veladores perpetuos o adoradores del Santísimo).



—Pero, señora mía, usted se va consumiendo poco a poco; en su surtido botiquín ya no hay medicina que no pruebe y el mal en sus trece; creo, sin que me tenga por médico, pues he renunciado a serlo mientras viva, que el padecimiento de usted es todo menos físico; mas debe a usted servirle de consuelo la convicción de que mi ahijado estudia, adelanta y presentará unos exámenes excelentes, sin contar con los honrosos certificados que traerá de sus profesores. ¡Ya verá usted, señora, ya verá usted cómo Ramón nos va a resultar un portento en la familia!

—¡Dios lo haga! —exclamó doña Remedios entre un bostezo y una tosadura, que obligaban enseguida a despedirse a don Prisciliano y no volver a la casa en muchos días.

A los ocho meses de estar en México el hijo mimado, dejó de escribir por espacio de casi dos semanas; fue cosa tan inusitada, que puso en alarma a doña Remedios. ¿Estará enfermo? ¿Habrá muerto? ¿Me habrá olvidado? ¿Se habrá perdido en aquella Babilonia? Porque para los reducidos horizontes en que vegetó la bonaza madre, México lo tuvo siempre en sus preocupaciones como una moderna Babel en que las lenguas se confundían y los mortales se extraviaban en laberintos tan intrincados como el de Creta.

Nuevas consultas, mayores quejumbres y más grande consuelo para el corazón atribulado de doña Remedios.

—¡Un telegrama al punto, señora mía, un telegrama urgente y con respuesta pagada, y déjese usted de lacrimosas imploraciones, señora, que el tiempo vuela. Yo mismo lo redactaré y llevaré a la oficina!

Y don Prisciliano llevó el mensaje pagado por doña Remedios.

Dos días de angustias, de dudas, de conjeturas y de toda suerte de prejuicios, hasta el tercer día en que Ramón contestó que la proximidad de los exámenes, el rigor de las conferencias no le dejaban tiempo para nada fuera de sus estudios.

Renació la calma en el ánimo inquieto de la madre del estudiante y en la familia de doña Remedios —don Prisciliano y el cura se consideraban como de casa de la viuda de Pérez— y se echaron a volar proyectos al cual más aparatoso para cuando el futuro galeno se examinara y viniera al terruño por las vacaciones.

A los pocos días de este percance, llegó una larga carta de Ramón dando detalladamente cuenta y razón de la enfermedad que había pasado; de los fraternales cuidados de sus compañeros de vivienda, y de la necesidad que tenía de volver al seno de su familia a pasar la convalecencia.

La alarma cundió en el espíritu de doña Remedios, espantada a cada paso con soñaciones y conjeturas; habló de hacer viaje expreso para ir a traer a su hijo; rezó con el mismo fervor de antes a todos sus santos favoritos; dejó de quejarse de sus dolencias; sacó del abandono en que se desmejoraba a san Antonio, le quitó el polvo, le limpió el rostro, restituyole la vara y mandó ponerle las pestañas, retocarle las cejas y limpiarle el nimbo de plata que apareció, al fin de larga rebusca, entre mil retazos, cabos de velas, mariposas de lamparilla y otras variadas y revueltas menudencias que formaban un enmarañado almodrote<sup>88</sup> en las profundidades de un cajón; anduvo la novena de san Francisco de Paula que le concedía todo cuanto de él solicitaba, y encendió un cirio al renovado san Antonio, pidiéndole de paso el arreglo de aquel negocio que la traía tan desalentada, siempre que su Santo Niño de Atocha la desairara.

—¡Ta, ta, señora, déjese de viajes y de arrebatos que nada bueno traen! Mi ahijado vendrá como se fue: solo, que para algo es hombre y persona juiciosa y formal. Estará aquí un par de meses, y antes de terminarse el curso presentará examen, con lo cual no perderá gran cosa.

Doña Remedios se mantuvo en su dicho: emprender viaje para ir por su pobre hijito que estaría hecho una lástima, al faltarle los cuidados maternos; pero como empleara algunas semanas en alistarse para la marcha, y como por otra parte ya le había mandado para el retorno a su hijo mimado, y, además, don Prisciliano la retenía con bien combinados embustes, sucedió que doña Remedios no movió pie de su casa, por lo que llegó primero el estudiante al terruño muy flacucho, muy triste y muy desilusionado.

---

<sup>88</sup> *Almodrote*: mezcla confusa de varias cosas o especies.

Doña Remedios no se lo apartaba de los brazos y lo acariciaba como cuando era pequeñín:

—¡Venga acá mi regalo!... ¡Mi dueño!... ¡Mi querer!... ¡Pobre prenda mía y lo que habrá sufrido!

Y por ahí seguía la retahíla de melosas frases y el repetido estrujón de doña Remedios que lloraba y reía a la vez sin dejarle decir palabra al muchacho.

El padrino se comía a preguntas al ahijado; y como éste viniera de la Metrópoli, don Prisciliano se esmeró en la estructura de sus cláusulas, hizo gala de erudición y dio muestra de saber muchas cosas hasta entonces no dichas ni mucho menos oídas por nadie, para que viera Ramón, venido de un gran centro, que en su tierra había personas sabidas y leídas que podían competir con lo mejorcito entre los intelectuales de la capital.

El cura se conformó con bendecir al rapaz, para darle un buen abrazo y ofrecerle rogar por su pronto restablecimiento, puesto que el bueno de don Prisciliano no dejaba meter baza a nadie, y si allí se hubiese encontrado un Doctor de la Iglesia, con él hubiera discutido puntos de Teología como un Santo Tomás de Aquino, todo para que al querido ahijado se le olvidaran las eminencias que, sin duda alguna, en México había tratado.

Se despidieron cordialmente los amigos del estudiante, y quedose solo con su madre en el salón principal de la casa paterna, en el mismo lugar y en el propio asiento donde departieron largamente, formándose mil halagüeños proyectos, cuando el mozalbete emprendió el viaje.

La pieza, cuadrilonga, era amplia, ventilada por altas y rasgadas ventanas y puertas anchas y seguras; de las primeras, dos daban al comedor y otras dos caían a la calle, y de las segundas, una para el testero, una en cada tabique para pasar a la alcoba y al cuarto principal, e igual número que comunicaba con el comedor y daba salida a la acera cubierta por dilatado corredor.

Los muebles eran todos de caoba, pesados, cómodos y brillantes por el barniz frecuente que los puso casi negros; la consola, en mitad del espacio entre la puerta y la ventana que estaban para el comedor, amén de ser vasta, se veía más abul-

tada por la curva del pecho de paloma de la cubierta que sustentaba la ménsula en forma de ese, adosada al tablero, en cuyo fondo se encuadraba el ancho bastidor forrado de lacre rojo, con menudos pliegues en forma de rayos, contenidos en el centro por una chapeta circular de brillante latón con relieves y biseles; las patas, anchas, daban indicio del peso del mueble, sobre el cual, un no muy grande espejo, de marco de cedro con vistosos jaspes, retrataba, invertidos de derecha a izquierda, todos los objetos que alcanzaba a reflejar el rectángulo de su luna un poco empañada; en ambos extremos de la cubierta de la consola, sendos fanales guardaban flores de trapo, puestas simétricas en ventrudos jarrones de porcelana, desteñidas por la fuerza de la luz y venidas a menos por los agravios del tiempo; abajo, sobre el tablero, dos esferas plateadas por el azogue, hacían rabioso contraste con el rojo plegado del bastidor y la chapeta dorada del centro, extraños aditamentos usados por no sabemos qué moda de aquella hoy lejana época; en los cuatro ángulos del salón, veloneras,<sup>89</sup> también de cedro, ostentaban barrigonas y cristalinas guardabrisas,<sup>90</sup> al través de las cuales se veían esbeltos candeleros de pulido cobre que semejaba oro de tibar,<sup>91</sup> con erguidas velas de esperma, primitiva y elegante iluminación de aquellos tiempos; en el estrado, veíase una estera, rica por el tejido de las pleitas<sup>92</sup> y pobre por lo escaso de los colores, no obstante el intenso azul de parabás<sup>93</sup> que le daba consistencia; dos butacas, del fuste y madera que la consola, con respaldos y asientos de cuero ya lustrosos por el uso diario, así como dos sillones al frente de aquellos, iguales en respaldo por lo que mira al cuero aunque más altos y de notable derechura y con asientos menos cómodos y blandos.

---

<sup>89</sup> *Velonera*: repisa de madera u otra materia en que se colocaba el velón o cualquier otra luz.

<sup>90</sup> *Guardabrisa*: fanal de cristal abierto por arriba y por debajo, dentro del cual se colocan las velas.

<sup>91</sup> *Tibar*: oro de tibar: adjetivo en desuso, de oro puro.

<sup>92</sup> *Pleitas*: faja o tira de esparto trenzado en varios ramales, o de pita, palma, etcétera, que cosida con otras sirve para hacer esteras, sombreros, petacas y otras cosas. Cuerda entretejida.

<sup>93</sup> *Parabás*: ave, papagayo de colores vivos, rojo azul, amarillo.

En las paredes encaladas, con friso azul hasta donde llegaba el respaldar de las sillas y con rodapié carmelita de poca anchura, dos pares de cuadros con grabados litográficos que representaban los pasajes más culminantes de la vida de Moisés: aquí, la cuna en las riberas del Nilo, recogida por Termutis, hija del Faraón; allá, con las dionísicas despidiendo rayos luminosos, recibía de manos del Eterno las tablas de la Ley en el monte Sinaí, bajo el fulgor de los relámpagos y el estallido del trueno; acullá, los hebreos adorando el becerro de oro, al son del tamboril, al compás de la danza y con la algarrabía de los festejos; acá, los israelitas saliendo de Gesen pasan el Mar Rojo a pie enjuto, mientras el Faraón se hunde con su ejército en las revueltas ondas. Sobre el dintel de las puertas de los extremos del salón, dos retratos al óleo, salidos de la hábil paleta de Ferrando:<sup>94</sup> el uno representaba a doña Remedios cuando fue moza: había en él toda la belleza pastoril de las costeñas: cutis blanco, pero ligeramente pálido; cabellos abundantes y castaños, levantados en grandes trenzas cercadas por el rico cachirulo<sup>95</sup> de carey con incrustaciones de oro y piedras preciosas; la frente tersa, amplia y serena; los ojos grandes sin oscuros livores<sup>96</sup> ni profundas veladuras, sombreados por largas pestañas y coronados por la dulce pincelada de las cejas; la nariz fina, recta, con alas vibrantes y ventanas pequeñas; la boca carnosa, ligeramente ondulada, con tenues comisuras prontas a plegarse por la sonrisa franca; el cuello ni largo ni corto, robusto y débilmente inclinado como en las Madonas de Rafael; la barbilla redonda con hoyuelo en el centro, igual a los de las mejillas cuando la risa las contrae; sobre el busto, de curvas suaves que indican pechos vírgenes y castos, vistosa pañoleta de moaré<sup>97</sup> violáceo con vetas arrasadas de subido color púrpura; el cuello, a la manera de una reina de

---

<sup>94</sup> Don Salvador Ferrando notable retratista y pintor tlacotalpeño a quien no se le han hecho todavía los honores que merece su genio. [Nota del autor]

<sup>95</sup> *Cachirulo*: en México, adorno que las mujeres usaban en la cabeza a fines del siglo XVIII. Peineta semicircular que se lleva con el traje de jarocha.

<sup>96</sup> *Livores*: de color cárdeno. Ojeras.

<sup>97</sup> *Moaré*: tela fuerte de seda, lana o algodón que mediante cierto aderezo adquiere ondas o aguas.

Saba, está rodeado por luenga cadena áurea de multiplicados torces que caen ondulantes en dilatadas vueltas sobre la turgencia del arranque del seno, recatado por la pañoleta que va prendida en sus cruzamientos con un clavillo, ovalado, relicario y marco, según arcaica usanza, para un mechón de pelo y un retrato fotográfico.

El otro óleo es de don Gabriel en sus mocedades: el color apiñonado del rostro, curtido por el sol; la frente alta, el pelo escaso, la cara barbihecha; fijos y acerados los ojos; larga y aquilina la nariz; pequeña y apretada la boca sin punta de pelo, con un viso azuloso que denunciaba allí, y en todo el óvalo de los carrillos, la reciente rasura del barbero; las sienes descubiertas por dos profundas entradas, precursoras de la temprana calvicie, y de allí para abajo corrían, cual dibujadas por el carbón de Goya, las clásicas patillas de boca de hacha; la garganta vigorosa, oprimida con alto cuello ceñido obstinadamente por negra y lustrosa corbata; a la chaqueta de oscuro paño no se le veían más que las hombreras y las descomunales solapas terminadas en ángulos agudos que parecían hechos a escuadra, y se alcanzaba a mirar, por la intercepción del chaleco, la cadena gruesa de oro que bajaba desde el cuello de la camisa para perderse entre el cerco obstinado de la curva en que se encerraba el busto del retrato.

Ramón pasaba la vista por todos aquellos muebles que le recordaban su niñez, y los miraba con el respeto de reliquias; doña Remedios, después de aquel desbordamiento de ternura maternal, en tanto tiempo contenida dentro de su pecho por la larga ausencia, repasaba su rosario de quince misterios, señalados por gruesas cuentas, tamañas como avellanas; musitaba sus oraciones y por quincuagésima vez pedía a su Santo Niño de Atocha favores celestiales que hasta el presente no le eran concedidos.

El primogénito, repantigándose<sup>98</sup> en la butaca monacal, se ocupaba en poner orden y concierto a sus imaginaciones que, esfumadas unas veces, apeñuscadas otras, entraban y salían

---

<sup>98</sup> *Repantigándose*: arrellanarse en el asiento y extenderse para mayor comodidad.

cual enjambre de abejas por la piquera de una colmena; la idea primordial formaba el punto luminoso, alrededor del que giraban las otras en dilatada órbita: pensaba –y era muy de pensar– en la ocupación que de allí para adelante tendría; pues la vuelta a los estudios se la representaba como imposible; no sería él quien retornara a la capital, a secarse el cerebro y a enfermar del cuerpo para que al término de su carrera se encontrara, a mucho tirar, con un título de mediquillo que le valdría para superar en el pueblo las habilidades del barbero, no; él picaba más alto; él sacaba de la quintaesencia de sus ambiciones, antes dormidas, algo más grande, más extenso, más elevado, que necesitaba de espacio, de luz, de ambiente para volar, para brillar, para dilatarse; un ideal lejano, infranqueable ante la imposición de su querida madre; por intrincados y revueltos laberintos vino su conciencia a dar con el verdadero móvil de los deseos que le escarabajaban, de los estímulos que le agujoneaban y de los entusiasmos que le empujaban al centro mismo de aquel hervidero de pensamientos locos, alados y voladeros: sobre las pavorosas negruras de un porvenir incierto, se proyectaba una figura blanca como el mármol, dura como el bronce y perfecta como la línea: era Afrodita, desnuda, sonriente; hecha estatua y no carne, hecha verdad y no símbolo, hecha principio y no medio; dejaba de ser visión que pasara el incentivo de sus formas por aquellas noches de estudiante, y ahora se transfiguraba en una forma tangible, severa, augusta y real; era la encarnación y no el verbo; era el signo y no la especie; era el cálculo y no el número; era la pauta y no la nota; en espasmódicos estremecimientos cerró los ojos el tornadizo soñador para alejar su vista ofuscada de la quietud austera de aquel salón triste, vetusto y solitario, que traía a su memoria los días candorosos de su niñez, cuando el nombre de Dios encerraba un enigma y el culto de la religión, una promesa; cuando fuera de aquellos libros bíblicos, y de aquellos cuadros bíblicos, y de aquella vida bíblica no había más que el camino tortuoso y oscuro del Infierno y la ruta brillante y radiosa del Cielo; cerró los ojos con obstinación profunda; oyó el murmullo de las oraciones de su madre que cayeron sobre su cerebro como paletadas de tierra que entierran un pasado muerto, y

en el cortejo fúnebre que desfilaba para sepultarse dentro de lo hondo del olvido, vio la figura vulgar de su hermanastro, caballero sobre brioso corcel, ahuyentando la evocación blanca de Afrodita como un sátiro que corre en seguimiento de una ninfa desnuda. ¡Cómo maldijo del osado! ¡Cómo, todo el enojo, contenido de años atrás en su pecho, se desbordó en coléricas exclamaciones! Caballería y jinete llegaron a la ribera de un río. Afrodita como niebla se confundió con las aguas, y el osado, el aventurero, el sátiro, rodó con bestia y todo hasta lo profundo del barranco!

—El ángel del Señor anunció a María y concibió por obra del Espíritu Santo— oró doña Remedios, sacando a Ramón de sus alucinaciones, mientras las campanas de la iglesia doblaban fúnebremente el *Ángelus*. Ramón se puso en pie; cruzó los brazos, coreó el rezo de su madre, y al resplandor de un rayo vespertino que entraba por la ventana iluminando con vívido fulgor el retrato de su padre, vio vagar por los labios antes apretados de don Gabriel una sonrisa irónica.

¡Afrodita había triunfado!

El arte, como una revelación, señaló la ruta, evocado por la estatua helénica.

—Ahora, a calzarse las sandalias para emprender el camino —decía una voz armoniosa al oído de Ramón dulcemente ensismado.



### III

CON EL clarear del alba se levantaba Quico y a paso largo se iba a la orilla del río, a algunos palmos de distancia; allí se estropajeaba y zambullía para darse el baño diario; de vuelta bebía el primer desayuno, sobrio y a pulso, y de seguida mandaba al fogonero a encender la máquina, a cosa de las cuatro y media de la mañana, para que el alambiquero, ya en pie, destilara el aguardiente de las cajas que habían quedado llenas la víspera.

A las cinco en punto, reloj en mano, daba el primer pitío,<sup>99</sup> con el fin de que los jornaleros se apercibieran, y, antes de entrar al trabajo, dejaran cortada la leña, echada el agua y despachado el desayuno en sus rústicos hogares.

A las seis, volvía a tomar otro desayuno más copioso, mientras el silbato anunciaba el comienzo de las cotidianas labores.

Una veintena de jornaleros se agrupaban a la entrada de la finca; Quico repartía las tareas: seis para cortar leña, dos para el arado, dos para la limpia, cuatro para el carretón del bagazo y para meter los canutos al trapiche, y el resto para las otras faenas.

Del soltadero venían los bueyes frescos a doblar dócilmente la cerviz para uncirlos al yugo y, amadrinados, pegarlos a las carretas, y en el corral quedaban otros descansando de la brega del día anterior.

Salían las carretas ligeras por la puerta de golpe, tomaban vereda, y allá se internaban por tupidos cañedos verdegueantes, retornando luego con montones de cañas, apenas conteni-

---

<sup>99</sup> *Pitío*: silbido de los pájaros. Pitido.

dos por los estadojos<sup>100</sup> de los altos adrales;<sup>101</sup> la aijada andaba pronta, el trote era largo y el chirrío áspero sin que tesaran los bueyes ni se sonrodaran<sup>102</sup> las carretas; entre los trabajadores las canciones rústicas brotaban por sus bocas quemadas con el rascón del aguardiente, y caminaban lagañosos, extraños a las bellezas campestres que por todas partes les salían a su encuentro, ya en las elevadas ramazones que poblaban las hojas susurrantes, donde los pajarillos cuelgan sus nidos y las aves gorjean, trinan y cantan, saltando de rama en rama, sacudiendo el pintado plumaje en agitaciones ruidosas para que los rayos del sol, en mil quebradizos tonos, los colores y matices; cuando en las flores agrestes y coloridas que, en macizos ramilletes, exhalan al aire puro de la mañana el aroma fresco y penetrante de sus nectarios empapados de irisado rocío; ora en la oculta laguna de aguas muertas, sombreada por juncos flexibles y por espadañas puntiagudas que se coronan con enjambre policromo de volátiles mariposas y de tornasoles libélulas que mueven sus alas cristalinas, lagunas donde baja el ganado a paso tardío y bebe agua de la linfa quieta y espejada.

Atraviesan las carretas veloces al regreso a los cañaverales, pesadas y despaciosas al volver con carga; a la vera del trapiche se instalan: tres trabajadores van tomando los trozos de caña y los introducen con determinada regularidad en las muelas del molino que gira, exprime y devuelve por la tolva el bagazo para que, por otra parte, escurra el jugo meloso y por medio de una cañería vaya a las cajas de las baticiones; un carretón toma el desecho de la molienda para conducirlo a un escampado en que se tiende al sol, y una vez seco, se apila formando un inmenso cono que a distancia semeja una minúscula montaña toda ella de nieve.

Quico no quita ojo ni mano de estas operaciones; va de un punto para otro, corrige este desperfecto, enmienda aquel yerro, increpa a ese capataz; todo lo vigila, todo lo anima, todo

---

<sup>100</sup> *Estadojo*: estaca del carro.

<sup>101</sup> *Adrales*: cada uno de los zarzos o tablas que se ponen en los costados del carro para que no se caiga lo que va en él.

<sup>102</sup> *Se sonrodaran*: dicho de un carruaje o de sus ruedas: Quedarse detenido por algún obstáculo, no pasar adelante.

lo regulariza y subordina a su preciso mandato, con la palabra dura, con la atención penetrante, con la mirada certera y con la seguridad absoluta del que aprendió primero a ejecutar las maniobras para después saber mandarlas y dirigir las.

En la máquina cuida del manómetro, a modo de que la presión sea la indispensable; en la caldera, para que no falte el agua ni el combustible, está pendiente del atizador; cuando la tensión ha subido más de lo ordinario, da escape a la válvula, manipula las llaves de prueba e inyecta de agua la caldera hasta que baje a la debida graduación; del alambique no se preocupa ni mucho ni poco, porque allí está tío Toño, que hace veinte años desempeña el cargo de alambiquero por haber perdido muy muchacho el antebrazo izquierdo cercenado por las muelas traidoras del trapiche; por la vigilancia del tío Toño, el alambique marcha con la regularidad de un cronómetro; del destilador pasa el aguardiente al barril que lo recibe, de la espita de éste, al garrafón; a cada llenada, tío Toño se sirve de un gis y apunta rayitas en el pizarrón que tiene a mano derecha, fijado en el muro debajo del reloj que marca los grados de destilación que han de sostenerse; de manera que a cada raya que pinta, mira si los grados son los mismos; una vez que está lleno suficiente número de garrafones —que no bajan de seis o siete al día—, los trasiegan en altos y capaces toneles de cobre, donde se conserva el aguardiente hasta que sale para la venta; el trapiche —que está a dos pasos de la máquina— no lo pierde Quico de vista; con un ojo ve el manómetro y el fogón, y con el otro la muela, la llave y el regulador, para suspender la marcha cuando ha entrado mayor cantidad de caña en la molienda; pero estos cuidados los tiene y estas indicaciones las hace en las primeras horas del trabajo; pues ya que está todo al corriente, déjalo en manos de algún jornalero experto y entonces sube en tal cual carreta de las que se dirigen al plantío, y allí ve la marcha del corte; también se va a echar un vistazo por la limpia y los surcos que abre el arado en las hileras de las cepas sativas,<sup>103</sup> renacientes entre los serojos quemados y los tepes revueltos de los

---

<sup>103</sup> *Cepa sativa*: parte del tronco de cualquier árbol o planta, que está dentro de tierra y unida a las raíces. Que se cultiva, a distinción de lo agreste o silvestre.

camellones, al pie de los cuales corren, a veces, las zanjas por donde escurre el agua llovediza; de manera que Quico con esta obstinación, con esta constancia y con este empeño ha levantado a mayor auge la finca que dejara su padre al morir, sosteniéndose y produciendo mejores rendimientos y más y muy envidiable crédito por el celo y la eficacia del bastardo.

Desde la funesta caída de don Gabriel, se suprimió la fabricación de azúcares; sin embargo, a Quico ya le andaba en la cabeza la idea de volver a elaborar pilones, al propio tiempo que destilara aguardiente de 29 a 30 grados; pero se detenía en sus proyectos, a causa de que la caña sembrada resultaba mezquina para que las dos cosas produjeran lo suficiente, y pensaba en aumentar los plantíos, comprar tachos<sup>104</sup> al vacío, instalar transformadores de alta tensión, y otras mejoras de subido valor y de indudable importancia; había, pues, que esperar tiempos mejores para resolverse; pero de pronto, desmontó un pedazo de tierra baldía, la cercó de fuertes postes y puso a la ordeña una docena de vacas; tenía buenos pastos y uno que otro altozano y no pocos lagunajos en su predio, que permitirían al ganado beber agua a su regalado gusto y tomar tierra enjuta cuando las lluvias inundaran las partes bajas de aquella parcela; esto se debía, como queda dicho, a que Quico pensaba a menudo en innovaciones y reformas; cuando murió su padre (cuatro años atrás), la finca debía algunos centenares de pesos por resto del valor de la caldera nueva y de la máquina moderna, y Quico, a fuerza de puños, de asiduidad y de perseverancia, solventó aquella deuda, con lo cual se dio ánimos para emprender en valiosas restauraciones; de carretas sólo había seis, y ahora tenía el doble; las viviendas de los jornaleros eran de palma y yagua,<sup>105</sup> y, al presente, la casa gran-

---

<sup>104</sup> *Tachos*: vasija de metal de fondo redondeado más ancha que gorda. Paila grande en que se acaba de cocer el melado y se le da el punto de azúcar.

<sup>105</sup> *Yagua*: tejido fibroso que rodea la parte superior y más tierna del tronco de la palma real, el cual se desprende naturalmente todas las lunaciones, y sirve para varios usos y especialmente para envolver tabaco en rama.

Voz caribe. Palma de Venezuela que sirve de hortaliza y con la cual se techan las chozas de los indios y se hacen cestos, sombreros y cabuyas. En la estación de invierno da aceite que sirve para el alumbrado.

de estaba rodeada de algunas de madera y teja, pintados de brillante blanco los tabiques y de pálido y apacible verde los marcos y las hojas de puertas y ventanas; además, Quico entregaba a la familia de cada sirviente: molendero, metate, fogón y aún les facilitaba, si a mano veía, hachas y machetes para uso particular de ellos, con la franquicia encima de poder cultivar pedazos de tierra labrantía para la siembra de hortalizas y milpas, de cuyos productos dispondrían a su antojo.

Con eso en San Lorenzo —que así se le llamó por encargo de doña Remedios y en recuerdo de la manera cómo murió don Gabriel— nunca faltaban los trabajadores, y sucedía que se presentaban más de la cuenta a pedir jornal todos los días; a mayor abundamiento, en el salario no andaba Quico remiso: diariamente les daba dinero para su alimentación, aparte de que en las lagunas cercanas tenían abundante pesca, para la cual contaban con las redes y útiles necesarios por los domingos y fiestas de guardar; las rayas eran los sábados a prima noche por rigurosa lista nominal, donde se apuntaban los pedidos diarios para hacer el descuento respectivo en el momento de la paga semanaria; en la tienda, agregada a la casa grande, tenían todos los artículos de primera necesidad a precios del pueblo; con ello no sufrirían ningún perjuicio los jornaleros al comprarlos en San Lorenzo y se evitaban la ida diaria al mercado del terruño; se mataba una res cada semana, y en los días que escaseaba la carne fresca y la cecina, buenos resultaban los robalos, las tortugas y los galápagos, con las jaibas y los camarones, según la estación; a falta de pesca, quedaba la caza de zarapitos,<sup>106</sup> torcaces y “pichiches”,<sup>107</sup> cuando un venado, cuando un jabalí y muy repetidas veces algunos conejos; por Nochebuena, las huertas suministraban las frescas lechugas, los picantes rábanos, las dulces zanahorias, la redonda y apretada col, el blanco repollo y el pajizo

---

<sup>106</sup> *Zarapitos*: ave zancuda que abunda en las aguas y marismas del sureste.

<sup>107</sup> *Pichiches*: en Veracruz, pijije; pichichil. Lo mismo en la costa sur. Uno de los numerosos patos que habitan, por temporadas, en las aguas de los lagos exiguos de la mesa de Anáhuac.

pepino; la miel de las colmenas para las hojuelas y buñuelos, alternando con la de caña, y el rico robalo para el clásico escabeche colorado; en tiempo de sequía, la leche abundaba por la diaria ordeña en el apartado corral, y con los residuos se fabricaba mantequilla, se sacaban quesos de los expremijos<sup>108</sup> y todavía quedaba sobrante para las natillas que, con los plátanos, los cocos y los coyoles dejaban satisfecha la gula de aquellos estómagos, templados con buchecillos de aguardiente y abiertos al hambre franca por el incentivo del madrugar sempiterno y del trabajo sin holganzas.

Entre todos aquellos jornaleros que en San Lorenzo vivían con sus mujeres y sus hijos, existía un tal Mencho, candongo,<sup>109</sup> poltrón,<sup>110</sup> matasiete y fandanguero que se pasaba las horas enteras con la sonante vihuela siempre entre las manos y el perezoso cuerpo tumbado en la hamaca mecedora; para él todo era huelga y holgura por las migajas que de la mesa del amo recogía, y no pocas prebendas, si por tales pueden tenerse un jornal que cobraba sin trabajar y algunos pesos sacados con socaliñas para no pagarlos nunca.

Vivía Mencho en una casa limpia, pintada de ocre amarillo y de chillón almagre; al frente, su consorte Nicasia había sembrado algunas plantas florales; entre ellas espigaban los tulipanes de diversos colores, las blancas azucenas, las dalias de pétalos como diminutas conchas, los esponjosos mocos de pavo, los jazmines rosas y los floripondios de humillados y campanudos cálices; entre aquella agreste y lujuriosa vegetación, que extendía por donde quiera sus verdes distintos y brillantes, era aquel almácigo de matas cultivadas un microscópico jardín; la hija mayor de Nicasia —una muchacha que tenía hasta catorce años— lo regaba a mañana y tarde; podaba las dalias y trasplantaba los coditos a las macetas almagradas,<sup>111</sup>

---

<sup>108</sup> *Expresijos*: mesa baja, larga, de tablero con ranuras, cercada de listones y algo inclinada, para que, al hacer queso, escurra el suero y salga por una abertura hecha en la parte más baja.

<sup>109</sup> *Candongo*: zalamero, astuto, remolón. Que tiene maña para engañar a uno e huir del trabajo.

<sup>110</sup> *Poltrón*: flojo, perezoso, haragán, enemigo del trabajo.

<sup>111</sup> *Almagradas*: de almagre: arcilla roja empleada para hacer marcas.

pintado y florido cerco para la calzada de tierra apisonada que rodeaba toda la casa.

Mencho dejó los toques de la vihuela y las poltronerías de la hamaca para tomar el machete y cortar simétricamente varas con las que le hizo una tupida valla al rústico jardín, a modo de que las gallinas que andaban a la rebatiña en sus diarias correrías, no fueran a picar las hojas, ni a desmochar las ramas de los rosales, jazmines y dalias.

En San Lorenzo, que había también, como en toda tierra de cristianos, sus más y sus menos en corrillos y mentideros, bien a las puertas de las viviendas, o bien en el mostrador de la tienda, comentaban mucho la privanza con el amo de que Mencho se ufanaba; unos decían que era porque Quico le había puesto la mira a la hija de Nicasia; otros, más lenguaraces, que Nicasia, aunque sazona, sería la querida del amo; los menos dados a chismes y enredos, afirmaban que eso lo hacía don Quico porque Mencho fue quien sacó a don Gabriel de dentro de la melaza ardiendo; sea de ello lo que fuere, la verdad estaba en que Mencho siempre le andaba pisando los talones a Quico cuando éste salía de parranda por fincas y ranchos circunvecinos; que le acompañaba lo mismo a la caza que a la pesca, así a los fandangos de los alrededores como a los velorios y casamientos a pocas leguas de San Lorenzo; que le cuidaba el caballo de regalo como antes fue cuidada la vieja caballería de don Gabriel; que donde Quico ponía los ojos disparaba la mirada, de suerte que no estaba en el ingenio sino para servir a Quico en forma y ocasión que el amo mandara; en tiempo de pesca, las mejores redes, los sedales con anzuelos, los más afilados chuzos, los más flamantes redejones<sup>112</sup> y los más tupidos chinchorros,<sup>113</sup> los usaba Mencho, aunque bien es cierto que siempre regresaba con abundante y valiosa pesca que ponía a disposición de Quico, quien tomaba parte de todo y el resto se lo dejaba a Mencho.

---

<sup>112</sup> *Redejones*: Fragmento de red, de mallas angostas que usan en Tlacotalpan para pescar camarones poniéndolos en aros y colocando como carnada agallas de pescado.

<sup>113</sup> *Chinchorros*: red a modo de barredera y semejante a la jábega, aunque menor.

Uno de los deseos más vehementes de Quico, después de otros no menos vehementes que ya hubo satisfecho, consistía en poseer un caballo de raro mérito para pasearlo por el pueblo cuando allá fuera.

Mencho, que en eso de conocimiento de caballos le sacaba pierna a un gitano y le volvía lo blanco negro al más taimado chalán, fue el encargado de tamaña compra; y ahí tienen a Mencho de rancho en rancho, de potrero en potrero, viendo las yeguas, observando las crías y reconociendo los potros; todos le parecían malos: si éste tenía buena alzada, carecía de estimado color; si el otro presentaba buena estampa, llevaba los cascos escamosos; si aquél ostentaba la cabeza chica y enjuta como indicio de proceder en línea recta de ascendencia andaluza, los remos eran largos y encorvados, el anca flaca y el espinazo demasiado pandeado; se dio tal empeño con el encargo, que a vuelta de tanto buscar encontró un caballo moro limpio, cabos negros, remos nerviosos, cabeza gallarda adornada de ojos llenos de fuego, crines rizadas, orejas enhietas y pequeñas, entreabiertas fosas nasales de resoplido manso, dientes de nácar, sin contar con las ancas redondas y el pelo irisado por la brillantez de lo oscuro de la piel, cascos recortados y cumplidos, piernas finas e inquietas, paso asentado y carrera acelerada; fuese a la finca el comprador, caballero sobre el portento, con más orgullo que el mismísimo Alejandro montado en su Bucéfalo.

Quico quedó encantado de la elección; en plata pagó trescientos pesos a toca teja, y aun regaló veinticinco del águila a Mencho por lo bien que había cumplido el encargo.

La entrada del noble animal a San Lorenzo se tuvo como un acontecimiento: los habitantes del cortijo rodearon al caballo que hacía galanuras de corcovos, escarbaba la tierra con la afilada uña, atendía dócil a la rienda; a veces se repropiaaba<sup>114</sup> y entonces Mencho le sacudía repetidos talonazos en los ijares con lo que el moro se encabritaba para después dispararse en veloz carrera por sentir floja la brida en la mano del jinete, y espu-

---

<sup>114</sup> *Se repropiaaba*: dicho de una caballería: Resistirse a obedecer a quien la rige.



mando y tascando el freno volvía a hacer alto por el tirón brusco de la rienda, y acababa con un relincho prolongado por haber oído de lejos la frescura del pasto y lo cercano del pesebre.

Todos se hacían lenguas de la belleza del animal, subiendo más de punto las alabanzas y elevando hasta las nubes los elogios para contentar al amo, que de puro gozo no cabía en la ropa.

Mencho invitó a montarlo al embobado Quico, pero no aceptó de momento; eso sería más tarde, cuando el caballo se familiarizara con una nueva residencia y se instalara cómodamente en la caballeriza; pero en realidad no era esa la causa que impidiera a Quico montarle, sino que anhelaba hacerlo en tiempo y sazón que pudiera adornarlo con rica silla plateada, vistoso mantillón y pavonado freno, en tanto él se vestiría con la bordada chaqueta de lujosos alamares y puntiagudas sardinetas,<sup>115</sup> los ajustados pantalones de vistosos cachirulos, cerrados en la abertura de los pernils con sonantes monedas de plata, y para justo complemento del traje, el ribeteado sombrero de pelo, con gruesa toquilla de complicadas vueltas y ancha falda de bordes cubiertos por rutilante y dibujado galón, y argentado monograma en la copa elevada y cónica.

Como cada fin de mes iba a la casa paterna a rendir cuentas a Ramón y a darle la mesada a doña Remedios, aprovechó la coyuntura para consultarle a su hermanastro sobre el nombre con que llamaría al caballo; él había discurrido sobre el asunto algunos días con sus noches, y luego de andar cazando nominaciones a cual más enrevesadas, vulgares y altisonantes, no dio con ninguna que viniera a ser cabal y que se ajustara a las cualidades y a la estampa del celebrado solípedo; por esta dificultad insuperable pensó en Ramón, el que, como hombre de estudios, metido en letras desde muy temprano, de seguro conocería al dedillo un sartal de nombres brillantes y jerárquicos que vinieran a dar con la atinada designación, en concordancia con las bellezas y méritos del caballo; así fue, que ahora, sin muchos rodeos y saltando circunloquios, le habló del caso con muy subidas muestras de encarecimiento.

---

<sup>115</sup> *Sardinetas*: adorno formado por dos galones apareados y terminados en punta que se pone en ciertos uniformes militares.

—Pues, hombre, en vista de tu empeño, le pondremos nombre a tu cuadrúpedo; pero antes habrás de decirme cómo es su estampa, cuál su talla, cómo su color, porque sin conocerlo de cerca, mal podría yo acertar con el nombre que le corresponde por su figura, alzada y linaje.

Quico se quitó el sombrero, limpióse el sudor de la frente con amplio pañuelo de lacre, rascóse el cogote, tronó los dedos de la mano derecha, y exclamó:

—Es tan lindo el animal que *toa* ponderación es poca *pa* alabarlo. Yo no tendría palabra, ni grande ni chica, *pa* pintarlo. Es de aquellas cosas que se ven y se admiran sin poder decir *má* que son *bonita*; no encontrando modo ni manera de reflejar por qué lo son.

—Pues en ese caso, tráemelo para verlo que sin mirar por donde empiezan las gallardías que te dan pie para encumbrarlo hasta la jerarquía de Pegaso montado por las castas musas y enfrenado por Belerofonte, o también a la de Eton en que cabalgó Aquiles, no puedo yo sacar ningún nombre que le convenga.

Quico ofreció traer el caballo al día siguiente, no sin contrariarse, pues deseaba pasarlo en el pueblo ya que tuviera la silla plateada, y él la chaqueta, los pantalones ajustados y el sombrero galoneado para que la entrada del moro al terruño fuera triunfal y ruidosa; pero podía mucho en su imaginación la idea del nombre y optó por mostrarlo a su hermanastro.

En vista de la caballería, Ramón meditó un largo espacio; comenzó por recordar a Escifio y Arion; vinieron a su memoria los potros de las yeguas de Erictonio, los cuales en su rauda carrera pasaban por campos de espigas sin doblarlas y por cima de espumosas olas sin mojarse los pies; trajo al concurso a Incitatus de Calígula, que bebió en copa de oro y comió cebada dorada; a Bayard, protagonista de la leyenda belga, al Bucéfalo de Alejandro, a los corceles de la cuadriga que tiraban del carro de la Aurora guiados por Apolo, y al Babieca del Cid, cantado en el áureo poema de Ruy Díaz de Vivar; pero ninguno se avenía con la manera de ser del caballo de Quico; no podía sacar el nombre ni por la majestad de la talla, ni por lo fiero de la mirada, ni por lo airoso de los ademanes, hasta que hubo de fijarse en su color moro limpio, y la pinta túvola

por clave para llamarle, sin andarse con titulillos, Boabdil a secas, en recuerdo del infortunado rey de Granada que entregó las llaves de la ciudad morisca a los Reyes Católicos, bien que lloró como una mujer por no haber sabido conservar como hombre el reino; pero esas eran quisquillas históricas de poca monta que en nada menguarían los fueros de soberanía del noble caballo de San Lorenzo.

A Quico le pareció de perlas semejante alambicado nombre, y, acaso, por ignorar de donde era traído y por sonarle a lengua extraña, lo ponía arriba de todos los que él había rebuscado allá en sus largas e inútiles meditaciones; así pues, desde el punto y hora que la boca profética de Ramón pronunció Boabdil, Boabdil se llamó el moro, con perjuicio de que fuese adulterado por el habla de los sencillos campesinos, que lo buscarían, cercenándole letras, o adicionándole terminaciones.

—*Sabe, Nica, ¿cómo se llama el mentao moro de don Quico?*

—*¡Qué he de saber, crijtiano!*

—*Pué Bo... Bo... ¡mira que no reflejo!*

—*¡Habías de reflejar en otra cosa!*

—*¿En qué?*

—*En cuidar má de tu casa y no andar tan seguío en julepes<sup>116</sup> con ese jombre que, aunque el amo, a mí no me dentra ni tantito asina, ¿sabe? Porque ese mentao don Quico. ¡Má vale que me calle!*

—*Habla, habla jasta que se te salga la lengua y escupas por el colmillo. ¿Cres que yo me voy a poner a rezar y a pedir por las benditas ánimas, vamoj?*

—*¡Güeno, hablaré claro!*

—*Ese crijtiano viene aquí apenita tú te largas po ái; se aplasta en ese butaque, le pide agua a Lucía, y cuando Lucía está en la cocina, con la embajada de prender el puro se zampa jasta el fogón y quiere dentrar en retozo con tu hija. ¡Pajguato!*

—*¿Y a eso le pones jocico, Nica?*

---

<sup>116</sup> *Julepes*: poción compuesta de aguas destiladas, jarabes y otras materias medicinales.

—¡Qué retonta eres! Mira *pa toitas* las viviendas y verás cómo don Quico ha *jecho lo mesmito*. Aquí *too* es del amo. Mi trabajo, mis puños, mi covacha, mi...

—El pobre en el campo no le queda *má recurso*. O agacha la cabeza a *too*, o arrienda *por ái pa no golver*.

—¡*Devera, deverita*, que eres *sinvergüenzo*, Mencho!

—¡Y tú una *aspeventera, relamía* y pepita en comal caliente!

—¡Te tragas la grande y te asustan las chiquitas!

—¡Mi... mi... no *regüelvas* el agua que se pone turbia!

—¡*Pué si aterca* el amo en venir acá, me largo!

—*Haj* lo que te pegue tu *rial* gana, Nica.

—¡*Lo verá, alcagüete, descarao, sinvergüenzo!*

—*Ere una bruta a la vela*, Nica!

—¿Qué te falta aquí, dime?... ¡*Naa!*

—*Too lo tiene; además*, en el fondo del *báule* hay *argunos* pesos; *juera* tenemos una milpita y una hortaliza, que *güenos riales* rinde cuando va Tacho a vender al pueblo; de comida, *jasta* tentártelo con el dedo. ¡Mira cómo *ejtás* de gorda y ante *ejtabas* meramente como una *ejpina!* De ropa: *do paños pa* cuando repican recio, *naguas* a montón, pañuelos un titipuchal, cintas *pa* moño, ¡Ave María Purísima! Hay *pa* hacer con ellas una piñata *má* grande que la del Carnaval... ¿zapatos? hasta dos pares... ¿chinelas *pa* el diario?... a pila las *tiene*... ¿tumbagas?... ¡Vaya que te faltan dedos para enjaretarte la *ochaváa*, la de chapa, la de alianza y aquella que lleva *engarzáa* una piedra verde que *relumbrea* mucho con otra *coloráa* que *paece* brasa de tizón... ¿de aretes? ¡Ni se diga! ¿Y la *cade-na pa* los fandangos? ¿Y el clavillo?

—¿*Onde va a tener má ganga, crijtiana? ¡En nenguna parte!*

En el pueblo te metes a servir... cuatro pesitos al *mé* con tu *rial*... de *avío*... Trabajas como una mula trapichera y nunca *tendrá* medio *partío* por la *mitá!*

Refleja que con el tiempo tendremos un ranchito en terreno propio; algunas vaquitas, con corral, ordeña y *saldremo* de *probes*...

Entonces yo seré don Mencho *pa* lo que quieran mandar y tú, Doña Nica para servir a Dios, y Lucía se *amatrimoniará* con el *jijo* del mayoral que se bebe los vientos por la mocosa y traerá al *matrimonio* algún ganadito, *lo meno* *doj* toros *joscós* y

cuatro vacas entre pintas y barrosas, con *má la* yeguas y *lo rejone*.

¡Con que tú sabes si te *decide a dirte!*

*Ora* deja que don Quico torée a Lucía, que ella sabrá defenderse y no *caidrá*. *Ora* cuando se case con el *jijo* del mayoral que mi yerno la *vegile*.

¡Ah, ya reflejé<sup>117</sup> cómo se llama el moro: Bodil. Un nombre *uro-peo*, puesto por don Moncho, que es hombre *leído y escribió*.

Nicasia atendió a las razones de su hombre y cerró el pico; la sórdida avaricia que le comía acalló la voz de su conciencia y redujo sus escrúpulos, recibiendo a Quico con zalamerías y zirigañas<sup>118</sup> cada vez —y cuenta que no eran pocas— que venía a la casa de Mencho.

Lucía, taimada y ambiciosa como sus padres, se dejaba querer, y entre risotadas y manotones recibía besos y apeñuscaduras<sup>119</sup> de Quico que se las pelaba por los pedazos de aquella muchacha, y la cosa no podría ser menos, tanto porque Quico era de lo más enamorado del mundo, cuanto porque Lucía estaba hermosa, arrogante y gallarda; tenía alto el cuerpo y robustas las carnes, risueña la boca y salerosa el habla; con pechos firmes y dilatados, caderas suavemente onduladas, torneados y velludos los brazos, redondas y gordas las pantorrillas; labios carnosos, dientes blancos, cejas pobladas y unos ojos ¡pero qué ojos! negros, profundos, húmedos, que tan luego se entornaban con languidez amorosa, como se agrandaban y arrojaban llamas incendiarias.

Cuando en las mañanitas iba con el cántaro al pozo, a dos pasos de la máquina, habrían de verse el nacimiento provocativo de la torneada pantorrilla, lo reteso<sup>120</sup> de los pechos y lo carnudo de los brazos en tiempo que colocaba sobre su cabeza, resguardada por un rodete de trapos,<sup>121</sup> el cántaro pleno de

---

<sup>117</sup> *Reflejé*: de reflejar o reflexionar. Manifestar o hacer patente algo.

<sup>118</sup> *Zirigañas*: adulación, lisonja o zalamería. Friolera, cosa de poca importancia.

<sup>119</sup> *Apeñuscaduras*: apretujones.

<sup>120</sup> *Reteso*: plenitud de la teta llena de leche.

<sup>121</sup> *Rodete*: rosca de lienzo, paño u otra materia que se pone en la cabeza para cargar y llevar sobre ella un peso.

agua, y en echando a caminar, cómo se zarandeaba aquel cuerpo, cómo se gallardeaba aquella figura rústica pero bien tallada.

Quico la miraba desde el trapiche y se comía con los ojos hambrientos aquellos encantos femeniles en flor; pero cuando Lucía estaba de echarle el sombrero a los pies, era en los fandangos; llevaba la enagua blanca, la pañoleta celeste, las trenzas alisadas y brillantes, el pequeño cachirulo entre el peinado, el delantal negro con visos de colores, y hormigueándole los zapatos tonantes en “La bamba”, o cimbrándosele el cuerpo esbelto en “El palomo,” no había medio de apartar la vista de su persona y la admiración de la boca.

El hijo del mayoral del vecino rancho comenzó por echarle galas y pagarlas con largueza al recoger el sombrero perfumado por los cabellos de la bailadora, después le cantó versos al son de la vihuela y al compás del arpa, mientras zapateaba la muchacha el jarabe, y por último, se dio de machetazos con otro imberbe que le disputaba los amores de Lucía, saliendo vencedor en la contienda para obtener el sí apetecido en premio de la hazaña; al mayoral le gustó la futura nuera, y por ello se hablaba de boda en el rancho cercano; a mucho tirar se casarían por San Juan, pocos días después de terminada la zafra.

Chinto —que así se llamaba el novio— por las noches visitaba a Lucía y regresaba al rancho muy de tarde; a veces se quedaba los domingos a comer con sus presuntos suegros y su prometida, siendo ese día de festejo en la casa de Mencho y de Nicasia; pues a la comida ordinaria se le agregaba algún platillo delicado, con el complemento del vino y de las sardinas que nunca faltan en los convites campestres; Mencho templaba la vihuela y echaba por esa boca cantos y más cantos, en tanto Lucía y Chinto departían en sendos butaques, acomodados a la puerta de la casa, alegrada por el trino de los pajarillos que se aventuraban por ahí en pos de granzones<sup>122</sup> y paja para sus nidos, y perfumada por las flores aromosas que movían sus corolas al impulso de la fresca y apacible brisa.

---

<sup>122</sup> *Granzones*: nudos de la paja que quedan al cribar.

A Quico no se le daba nada el noviazgo; acostumbrado a seducir a las doncellas reacias y zahareñas que abundaban por aquellos contornos, no se contuvo nunca ante semejantes impedimentos, y se fue derecho a su asunto; si el ruego no prosperaba, venía la amenaza; dádivas para unas y ofertas para otras; él se las componía de manera que no fallaran sus propósitos, por lo que siempre salía vencedor en tales lides; pero con Lucía mudó de táctica y se anduvo con tiento, aunque se las prometía galanas; de allí su esplendidez para con Mencho (que era el pillo más redomado que existía por aquellos andurriales); por eso sus regalos para Nica y sus obsequios y franquicias para toda la familia, con murmuraciones de los vecinos de San Lorenzo; sobre todo ello, que era mucho, ofreciose para apadrinar la boda de Lucía con Chinto, ganándose la voluntad de los novios y el aprecio particular del hijo del mayoral, que lo veía con malos ojos por las aventuras y desmanes que conocía de aquel rústico tenorio.

En estas latitudes estaban las cosas en San Lorenzo, cuando llegó la silla juntamente con la ropa de charro que esperaba Quico. Boabdil, si no bebía en copa de oro como el caballo de Calígula, sí llevaría arreos de plata como el caballo de Belerofonte; se le cuidaba y mimaba por todo extremo; Quico, que jamás le faltó el tiempo y de nada quitaba su atención, lo mismo para las labores diarias de la finca que para las tareas del campo, lo mismo para el despacho y abasto de la tienda que para sus trapicheos y picos pardos, no le faltó tampoco para cuidar y aliñar al querido Boabdil, honra y prez de las caballerías en muchas leguas a la redonda.

La caballeriza estaba bien ventilada y escrupulosamente aseada; el pasto copioso y escogido, y los baños diarios hicieron que el solípedo aumentara en carnes lo que perdía en agilidad; por todos los ámbitos de San Lorenzo resonaba como clarín el relincho alegre de Boabdil; el único que lo recibió con tristeza fue el pobre Bola de Fuego, viejo caballo echado a la extensa sabana que daba a espaldas de la casa grande; aquel hoy despreciado cuartago lo tuvo por caballería de regalo el difunto don Gabriel; también Bola de Fuego, disfrutó del abundante pesebre y del crecido mimo; también relinchaba de alegría a la vista del verde zacate renaciente y al olor del pasto fresco y

nuevo, y ahora, menguado de talla, calvo de crines, enfermo de un ojo y cegajoso del otro con las piernas débiles, entecas las cañas, pelado de cernejas, escamosos y con yerba los cascós, comido de piojos y raído de la piel desde la cruz hasta la rabadilla, con más mataduras que pelos, las costillas a ras del flácido pellejo, el espinazo arqueado en dolorosa ondulación que tiraba de las ancas huesosas y acababa en el nacimiento del cuello, tan enteco que se doblaba a cada paso de las canijas piernas, ahora, vagaba por el campo y huyendo del solejar<sup>123</sup> se tumbaba desfallecido debajo de la ancha sombra de los árboles copudos; dormía al pie de los barrancos para cubrirse con las hojas de las trepadoras que en el cauce enjuto del río Chiquito tejían sus mallas esmeráldicas; comía la verde grama que bordeaban las tortuosas veredas y, como Job, a orilla de los caminos, se rascaba con la uña las purulentas llagas y se ahuyentaba con el repetido hopear<sup>124</sup> de la cercenada cola las moscas que le comían las mataduras.

¡Pobre Bola de Fuego!

Allí donde fue el campo abierto de sus correrías; el teatro de sus aventuras equinas con yeguas gallardas y potrancas esquivas; el lugar de su recreo y la habitación de sus años, teniendo por espacio la amplia y fresca pradera, por techo el dilatado cielo y por horizonte el campo verdino, cubierto de una vegetación embriagante, allí habría de morir, lejos de todo, apartado de todo, olvidado de todos.

¡Y pensar que allí cerca Boabdil, el decantado Boabdil, el ensoberbecido Boabdil, le usurpaba el lugar con orgullo, y le hacía arreciar el hambre de pasto bueno con el continuo rozar de sus golosos dientes, y se granjeaba todas las ternezas y obtenía todos los beneficios!

Boabdil, si no enjaezado como una jaca andaluza, sí muy airoso, salió un domingo muy de mañana para el pueblo; brillaba la silla a los toques suaves del sol naciente; el moro tascaba el freno y la montura rechinaba a cada movimiento del jinete; Quico iba hecho un primor de majo con su traje de cha-

---

<sup>123</sup> *Solejar*: solana, plaza o parte descubierta donde da el sol.

<sup>124</sup> *Hopear*: dicho de un animal, menear la cola.



rro; el sombrero era muestra de buen gusto y un desmedido lujo por su riqueza; la chaquetilla le hacía levantar y arquear los brazos; con una mano llevaba la rienda y la otra descansaba sobre el muslo apretado por las estrecheces del pantalón.

Boabdil fue proclamado una maravilla en el pueblo para mayor vanidad de su dueño; los inteligentes lo aclamaban como el más bello tipo de la raza caballar; los envidiosos, le ponían a hurtadillas tantas faltas como al de Gonela; pero todos en el fondo convenían en que el moro valía lo que pesaba con dos veces su valor encima.

Quico volvió a San Lorenzo antes de anoecer.

Sobre el horizonte las franjas rojas del crepúsculo teñían el cielo; las aves tornaban a sus nidos; las vacas de tetas peciluengas<sup>125</sup> salían del corral de la ordeña con sus crías que berreaban a la grupa, obstinadas en pegarse a las ubres agotadas; las yeguas corrían con sus potros en la sabana y relinchaban cada vez que sus hijuelos se alejaban de sus flancos; los perros ladraban continuamente a las puertas de las cabañas en las que comenzaban a parpadear las luces.

Quico, puesta la silla en el caballete, metía a Boabdil al pesebre, en tanto Bola de Fuego daba las últimas boqueadas, estiraba las patas, jadeaba, resoplaba y moría sobre la polvorosa vereda, donde ya los zopilotes acechaban su presa en caladas vertiginosas alrededor de la bestia muerta.

La noche tendió su manto negro sobre la infinita quietud de los campos, y, por la casa de Lucía, se oyó la voz timbrada de Chinto que cantaba al son de la vihuela, apagando el bramido de las vacas y el relincho de las yeguas, el conocido estribillo:

Te quiero más que a mis ojos,  
Más que a mis ojos te quiero;  
Pero más quiero a mis ojos  
Porque mis ojos te vieron.

---

<sup>125</sup> *Peciluengas*: dicho de una fruta: Que tiene largo el pezón del cual pende en el árbol.



## IV

—¡NICOLASA, tráeme unas horquillas!

¡Marta, no muevas tanto la cabeza!

¡Pareces un molinillo!

¡Si sigues así no acabamos en toda la noche!

Y Marta se quedaba firme como una estatua, contemplando su soberbio busto en la biselada luna, mientras doña Rosario carmenaba<sup>126</sup> esta crencha, alisaba ese otro pegujón<sup>127</sup> rebelde, y en mechones macizos levantaba los ricos cabellos por ambos lados de las sienes, dejando una porción suelta en medio, a manera de copete, para que luego cayera en forma de onda sobre la frente; la nuca, nívea, quedaba al descubierto, adornada con un cerco de temblones y diminutos rizos, por el pelo que se levantó hasta la coronilla para formar rodete en lo alto de la cabeza; todo el peinado estaba hecho a maravilla por las hábiles manos de doña Rosario que en eso de acicalar, pulir y empapirotar a su sobrina, no tenía rival, acaso porque la blonda cabellera, abundante y espesa, de la guapa Marta, se prestaba para tan esmerado aliño, sin muchos postizos, arrequives<sup>128</sup> y perejiles; aquella cabeza así peinada parecía ostentar una tiara de oro macizo, escamosa y nielada, ya por el brillo de la ondulación de este esponjoso tufo, ya por las inflexiones del copete, o bien por el color rubio, ni pajizo ni quemado, de la blonda mata de pelo.

---

<sup>126</sup> *Carmenar*: desenredar, desenmarañar y limpiar el cabello, la lana o la seda.

<sup>127</sup> *Pegujón*: conjunto de lanas o pelos que se aprietan y pegan unos con otros a manera de ovillo o pelotón. Mechón de cabellos.

<sup>128</sup> *Arrequives*: adornos o atavíos.

Del corsé recién ajustado –blanco con adornos azules– salían los hombros desnudos, los brazos mórbidos, el pecho lleno y henchido, cuyas curvas semiocultas asomaban, por entre las cavidades que las contenían, sus líneas suaves y redondas como alas de palomas castas que duermen plácidamente en el nido.

–¡Ya está el peinado, mi reina!

Porque tú serás la más bella de cuantas se presenten esta noche en el baile, aunque vengan de otras partes pretendiendo humillarnos con sus ricos trajes y sus rosadas mejillas.

¿Quién podrá competirme con la abundancia de tu pelo? ¿Quién con lo blanco de tu palmito? ¿Quién? Ninguna.

Las Sotabancos se pondrán la perilla de la cama y bajarán las estrellas del cielo, pero serán cursis y feas con todo y la mano de lechada que llevarán sobre sus caras trigueñas. Las Carabantes, a fuerza de colorete, *quedrán* ocultar la anemia que las consume. Las Magallanes, con esa gordura que las sofoca, reventarán tres corsés y sudarán más que cualquier cargador del muelle. Las Méndez, con sus cuerpos de percha, sus pies de cartapacio y sus bocas de a vara serán la caricatura del baile ¡Ja, ja, ja! y el viejo de su padre que les busca por ahí un partido. ¡Como si los maridos estuvieran en el garabato!<sup>129</sup>

Y así iba diciendo la “bachillera” de doña Rosario mientras vestía a Marta que, dócil y sumisa, se dejaba hacer como una muñeca todos aquellos menudos prendidos y complicados adornos.

Puesto hasta el último alfiler, Marta en pie se miraba en el espejo: era su cuerpo esbelto, más alto que bajo; las líneas de las caderas y las curvas de los pechos, sin haber llegado a su completo desarrollo, se marcaban más visiblemente por las rigurosas estrecheces del corsé; el traje de muselina color perla, con fondo de raso blanco, era tan vaporoso que parecía la túnica ceñida de una deidad griega, debajo del cual adivinaba la mirada escrudriñadora del artista las formas prematuras que ofrecen para mañana la opulencia de las salidas del

---

<sup>129</sup> *Garabato*: instrumento de hierro cuya punta forma un semicírculo. Sirve para tener colgado algo, o para asirlo o agarrarlo.

cincel de Canova al esculpir a Psiquis en el famoso grupo mármreo; la falda iba adornada con una cenefa de encaje inglés, en aplicaciones, que rodeaba todo el bajo, espumaba en la regia cauda, subía cubriendo el delantero y se perdía en buchetes<sup>130</sup> y bullones, ceñido por la banda del talle, hasta reaparecer en el pecho con trémulos ahuecados y rodear en delicadas ondas el borde del coletillo; entre las espumas de tenue encaje, asomaban, aquí y allá, guías de flores perlinas, semejando blancas rosas argentadas por pálidos rayos de luna; el corpiño, vaporoso, exquisito, era del mismo encaje, con escote cuadrado, donde el tinte, débilmente rosado del pecho, contrastaba con la blancura mate del adorno; las mangas hasta el codo, caían abullonadas y ligeras, y el antebrazo, de un dibujo perfecto, quedaba desnudo para indicar la riqueza de líneas y contornos que velaba el vestido; al frente, en el corpiño, una gardenia se balanceaba al compás de las palpitaciones del pecho; en el cuello, una menuda cadena de oro con sencillo colgajo; en las orejas, diminutas y sonrosadas unas dormilonas, y en la mano derecha un anillo con tres perlas; éstas eran las joyas que llevaba Marta para lucirlas en el baile.

¿Pero qué mayor lujo que aquella belleza en gestación todavía, con sus catorce años, cantando el comienzo de la adolescencia, ya en los ojos negros y húmedos, ya en la boca pequeña y arqueada, ya en la sonrisa infantil, ya en el andar majestoso de niña antes traviesa que ahora lleva por vez primera el vestido largo?

Marta parecía el blanco lirio que se abre en nuestras riberas a las deliciosas brisas primaverales: tenía un perfil delicado; la nariz recta, helénica; la boca roja, fina, rizada; las cejas eran dos arcos de oro debajo de los cuales brillaban como dos estrellas, los ojos de un negro profundo con pupilas centellantes, por uno de esos contrastes de la Naturaleza; el cuello ligeramente curvado; su cutis, blanco, de porcelana, donde las diminutas ramificaciones de las venas, en hilillos azulados, corrían por las sienes y se bifurcaban entre el tinte suavemente rosáceo de las mejillas para perderse en la blancura inma-

---

<sup>130</sup> *Buchetes*: mejilla inflada. El autor lo usa en sentido metafórico.

culada del pecho y renacer luego en sutiles mallas por las redondeces que comenzaban a henchirse iguales a los capullos de dos rosas blancas que, cual perfumes ignotos, guardan ocultas y calladas voluptuosidades; pero sin dejar de atraer tan manifiesta belleza, el adorno natural que más agraciaba a la doncella estaba en su cabellera blonda, de un rubio más fuerte que opaco, con reflejos dorados que rielaban en las salientes simetrías de las ondas, serpeando a un lado y a otro de las sienes, y en el espeso tupé de la nacarada frente, sombreada por el alto penacho del peinado.

—¡Qué loca eres, chiquitina!, ¿pues no olvidabas el abanico y el pañuelo? Tiempo hacía que la campana mayor de la capilla había sonado las diez. Doña Rosario recurrió a la última mano de gato para tratar de remozar su rostro marchito; tomó los abrigos de sobre la cama; dio órdenes a la criada, y fuese tras de Marta que, con la prestada arrogancia de una reina, salvaba el alto umbral de la puerta de la calle.

Afuera se oía el ir y venir de gente en sus paseos por noches de feria; en el zócalo afluía la concurrencia dando vueltas alrededor de los asientos que circuyen el dilatado perímetro de la visitada plaza, al frente de los cuales, y como sucesiva valla, se levantan los puestos, repletos de baratijas, juguetes, dulces, golosinas y toda una variedad de objetos vendibles por el excesivo desprendimiento y el creciente derroche de los compradores; se escuchaban los gritos de los que ponen juegos al aire libre; el sonar de los dados en los cubiletes al caer en cada tumbo; el rehilar de la tornejilla de la rueda de la fortuna; la voz gangosa del que canta la polaca; el saltar veleidoso de la bola marfilina que atrae la mirada codiciosa de los concurrentes a la ruleta; el ruido metálico de las argollas que se tiran con tan poco tino para no ensartarse en el clavo que tiene como cebo un billete de a cinco duros; el piñonear de los rifles que nunca dan en el blanco; la voz cascada, ríspida, de los fonógrafos, elevadas al aire las bruñidas bocinas como trompa de elefante por donde salen, a toda hora, lo mismo los trinos de la Tetrizzini que las canciones báquicas de algún peladito de barrio, el aria de *El Trovador* que la cavatina de *La Traviata*, las notas melancólicas del valse *Sobre las Olas*, que las alegres del paso doble de *Carmen*; más adelante, el aullido

de los vozarrones que gritan: ¡Cinco de oros! ¡Rey de bastos! ¡Caballo de espadas! donde las muchachas casaderas, los viejos verdes y los granujas callejeros se disputan la rifa de un jarrón de porcelana, o de un vaso de vidrio teñido con filetes dorados en el borde; aleteando sobre todas estas voces, exclamaciones y chillidos, el agudo anuncio de ¡el tostado de horno, niñas! ¡Al ruido de uñas! del cacahuatero que vende la torrada almendra envuelta en roñosa cáscara para que la monden los dedos con repetidos triquitraques; más allá, los portales plenos de rebozos, zapatos, sarapes, jarcias y todos los arreos del vaquero, desde los fustes desnudos como argadillos hasta las cabezadas con chapas de metal luciente.

Atravesando por todos estos escollos de gente, que hubieron de sortear con lagos rodeos, llegaron doña Rosario y Marta a las puertas del casino.

Frente, en la barbería, aún se atusaban y aliñaban algunos pollos y no pocos viejos para presentarse en el baile olientes a nuevo los unos y remozados, o poco menos, los otros.

En la puerta de entrada había apretaduras e impedimentos, no obstante la figura adusta y casi olímpica del gendarme que, firme como un poste, intentaba imponer orden y silencio.

Desde el zaguán hasta el último peldaño de la escalera, se extendía una larga alfombra de chillonas rosetas; a ambos lados, en fila como florida guardia, barrigudos macetones colorados, sostenidos por altos banquillos verdes daban al viente-cillo que se colaba por la puerta, sus verdinas hojas rizadas, las esbeltas y diminutas palmeras; en el rellano, un espejo, alto y bruñido, que cubría todo el lienzo de la pared, reflejaba la verdura y las guirnaldas de frescas y olorosas flores que en serpenteos caprichosos subían por las barandillas enroscándose en los balaustres, se humillaban en los antepechos hasta besar los peldaños, y ascendiendo vertiginosamente trepaban en curvas amplias hacia el marco de la puerta que daba paso a la sala de recibo, se extendían en floridos festones para luego inundar las cornisas, correr en espirales por las pilastras y desmayarse en ramos al pie de los plintos tapizados de palmas y jazmines.

Cuatro jóvenes vestidos de negro con corbatas blancas y caras recién afeitadas, recibían a las damas, ofreciéndoles el

brazo, en tanto los sirvientes tomaban los abrigos y los pasaban al guardarropa.

Cuando doña Rosario y Marta llegaron ya se había bailado el primer valse; el cuadro del testero anunciaba con grandes letras: MAZURCA. En la sala de recibo discutían algunos señores entrados en años recordando el entusiasmo y la llaneza que reinaban en las fiestas de su juventud, y como es de ley en estas quejas, el tiempo pasado siempre fue mejor.

En entrando al baile, Marta causó gran impresión entre sus conocidas a causa de llevar por vez primera vestido largo, y, entre los extraños, por su singular y nunca desmentida belleza: en los caballeros de simpatía, en las bailadoras de envidia y en los jóvenes de entusiasmo.

En un extremo del salón estaban Pepín y el hijo de doña Remedios departiendo amigablemente; cerca de ellos tomaban asiento las de Sotabanco, hechas un espantajo con los colorines de sus angaripolas y los faralaes<sup>131</sup> de sus garambainas,<sup>132</sup> fuera de las joyas de similar<sup>133</sup> que ostentaban, ufanas, en los cuellos entecos, en las manos esqueléticas y en las orejas descoloridas.

—Mira, tú, allí viene doña Rosario con la mocosa de su sobrina que la quiere hacer mujer antes de tiempo para pescarle un marido —decía una de las Sotabancos que eran cuatro.

—¡Sí, sí, la lleva a todas partes, y no tiene boca más que para elogiar la belleza de Martita!

—Para ella es una... una... ¿cómo te diré?... ¡una diosa! Y si no fuera por ese color tan claro que Dios le ha dado.

—¡Si parece una gata blanca con los ojos negros! ¡Una remendada!

—¡Jí, jí, jí!

---

<sup>131</sup> *Faralaes*: volante, adorno compuesto de una tira de tafetán o de otra tela, que rodea las basquiñas y briales o vestidos y enaguas femeninos, especialmente en algunos trajes regionales. Está plegado y cosido por la parte superior, y suelto o al aire por la inferior.

<sup>132</sup> *Garambainas*: adorno de mal gusto y superfluo en los vestidos u otras cosas.

<sup>133</sup> *Similar*: de símil y oro. Aleación que se hace fundiendo zinc con tres, cuatro o más partes de cobre y que tienen el color y el brillo del oro.



Pepín decía a Ramón:

—¿Cómo vamos de literatura? ¿Escribes algo largo y de sustancia?

—No pico tan alto. ¡Allá tú que hace un año estás destilando versos como miel hiblea!

—¡Hombre, cada quien se paga de lo que tiene!

—Mira, Pepín, ¡mira qué joven tan hermosa! ¡Qué talle! ¡Qué majestad! ¡Si le hace falta un par de pajecillos para que le sostengan la regia cauda!

Y es elegante. ¡Contempla ese vestido: ni un pliegue en la línea del talle; ni una arruga en el corpiño! ¡Y todo llevado con ese abandono que los franceses llaman *a la negligé* y que nosotros denominamos al *desgaire*.<sup>134</sup>

¡Voy a pedirle su *carnet* y bailaré todos los vales con ella!

Y Ramón se disparó hacia el lugar que ocupaba Marta, entre las Carabantes y las Méndez que le hicieron asiento para atraerse la mirada de la concurrencia y pescar algunas piezas en caso que los solicitantes llegaran tarde a invitar a Marta.

Ramón, después de los saludos de costumbre, se inclinó cortésmente, tomó con permiso de la dueña el *carnet* y estaba en blanco.

—¿Valeses?

—No los bailo, me marean.

—¿Mazurcas?

—Me cansan.

—¿Schotis?

—Me sofocan.

—¿Polkas?

—Me dan jaquecas

—¿Danzas?

—Las bailo, pero muy asentadas.

—Pues bailaremos danzas, si usted no dispone otra cosa.

—¡Cómo usted guste!

Y Ramón llenó con su nombre todas las danzas.

---

<sup>134</sup> *Al desgaire*: con descuido, afectado. Ademán con que se desprecia o desestima una persona o cosa.

—¡A los pies de usted! —saludó Ramón y se fue hacia donde Pepín con lápiz en mano tomaba el nombre de las damas concurrentes al baile, el color de los trajes, y otros menudos detalles para escribir la crónica en *El Correo de Sotavento*, cosa que nunca logró, bien porque otro le sacaba la delantera, o bien porque el director del periódico no se las admitía a causa de que en las comparaciones, símiles y metáforas se le iba a cada rasgo la pluma, y a veces comparaba a una de las Magallanes, redondas como bocoyes, con la casta Diana, o con la ligera Hebe, que en asunto de manosear la Mitología no se daba escritorzuelo por esas tierras que le sacara ventaja.

—¡Hola, mi buen Pepín, tomas notas para la crónica!

—¡Qué quieres, alguna vez he de espigar en *El Correo*!

—Pues mira, querido Gautier (Pepín llevaba melena larga y chaleco rojo para asemejarse, aunque fuera por la traza, el autor de *Espírita*), ¡la crónica la haré yo!

—Bueno, mi amado Duque, nada se pierde, estos datos te servirán.

—¡Gracias, generoso Pico de la Mirandola!

—¡Caramba, y cómo me endonas motes!

—¡Chico, los que te mereces! Tú con el tiempo serás una gloria de las letras del terruño, que ahora andan en pecadoras manos como las mías, en los apolillados manuscritos de mi padrino Prisciliano, en los editoriales de nuestro compañero “Ravachol” y en uno que otro novel que escribe su romance a una ella. Ya verás, inmenso Pepín, cómo en concluyendo ese famoso poema...

—¡Chist, que es un secreto... de redacción!

—Pero no puede ser un misterio... Todos saben que pulsas la lira y que tienes estro.

—¡Menos cuando no lo tengo!

—¡Modestia, modestia! Por ese camino no vas a ir a ninguna parte; has comenzado dejándote melena y poniéndote chaleco rojo, y es necesario que acabes haciendo un poema digno de tu nombre y de tu fama. Por lo demás, Fray Modesto nunca llegó a prior.

La orquesta preludió los acordes de una mazurca.

Por las tres puertas de entrada al salón penetraron jóvenes ansiosos de estrechar entre sus brazos a sus respectivas compañeras de baile.

El salón estaba profusamente iluminado; una sucesión de sillas se extendía en derredor y pegadas a los muros; tres arañas de cristal, con seis lámparas de pantallas transparentes cada una, derramaban su intensa luz; en los testers, altos espejos de lunas biseladas y marcos dorados con áureas guirnaldas por copetes, se empinaban sobre las repisas con tapas de mármol; entre cada espejo había tres lámparas, idénticas a las de las arañas, sostenidas por arbotantes y con flocaduras de irisados cristales; dos anchos sofás de Viena, y arriba de ellos dos espejos ovalados, ocupaban los lienzos en el muro de la parte de entrada al baile, a cuya izquierda estaba adosado el piano que, con sus candelabros de prismáticas irradiaciones, permanecía mudo, esperando las manos femeninas prontas a la caricia de domadora para arrancarle de su seno las armonías que guardaba; a la calle caía una balconada, que se cerraba por una arquería cubierta por ligeras cortinas de muselina labrada y que formaba un largo pasillo donde tomaban asiento en sillas austriacas las señoras mamás, las rígidas tías y las hermanas solteras de las bailadoras que adornaban en toda su amplitud el salón.

El aroma de las flores naturales que en copos, ramilletes y guirnaldas se prodigaban por donde quiera, el perfume de los polvos de arroz, de los pañuelos de lino y de las cabelleras adornadas, saturaban el ambiente para que en las ondas del aire, empujados por el fresco vientecillo que entraba por las puertas, se difundieran por toda la atmósfera humillando el humo del tabaco salido de las bocas de los señores graves que discurrían por los corredores, el olor del jiste<sup>135</sup> de la cerveza derramándose de las copas en las mesas de la cantina, y luego salir a la calle a incitar el olfato de los curiosos que se apiñaban en portales y aceras adyacentes para escuchar los acordes de la música, celebrar la cháchara de las picoterías, promover las murmuraciones de los maldicientes y ver girar en raudo vuelo a las parejas que como exhalaciones pasaban por los vanos de las puertas y el claro de las ventanas.

---

<sup>135</sup> *Jiste*: giste: espuma de la cerveza.

Los colores suaves imperaban en las telas: rosa, celeste, verde tierno, crema, blanco, perla y ámbar; entre los caballeros, unos iban de etiqueta, otros de media etiqueta y los demás vestidos como de ordinario; la mayor parte llevaban traje negro; no faltó quien lo llevara de color y hubo prójimo que se presentara de blanco como un Pierrot, o un don Tancredo; los concurrentes del terruño se complacían y esforzaban en obsequiar a los forasteros, que en buen número acuden a este baile, y aun hacen viaje expreso de los puntos cercanos sólo para no perder el sarao. Allí las frases de agradecimiento, los cumplidos, las lisonjas, los ofrecimientos, los apretones de manos y los abrazos efusivos; uno que otro frac exótico pasea sus faldones de ala de grillo por el salón; los chaqués, largos de faldones y de talle, también menudean entre los concurrentes; el saco ancho, con altivas hombreras, es de más uso en los bailadores; las corbatas suelen ser blancas; pero algunos las llevan de color, y allí se ven desde la de lazo de dos vueltas hasta la aplanada de plastrón; un joven circunspecto y ceremonioso lleva *smocking*, chaleco bajo, un gran brillante en la pechera y los dedos apretados de sortijas radiosas; hay bailarín que al caminar sobre la alfombra parece que va pisando huevos; aquella es una reunión heterogénea de elementos disímiles y antagónicos que se compone en su mayoría de gente forastera que viene de paseo a la feria de Candelaria y acepta de buen grado una invitación para bailar con las modestas hijas del terruño.

En la cantina se descorchan botellas; una multitud de jóvenes rodean las mesitas, puestas aquí y allí; nadie deja pagar a los fuereños.

—¡Aquí la moneda de ustedes no corre!, —dice uno del grupo dándosela de oportuno y galante.

Y bebían, bebían, mientras en el salón las guapas bailadoras se fastidiaban, o se conformaban con desollarse vivas las unas a las otras por el medio expedito y honesto de la murmuración.

Las Carabantes no se están mudas, las Sotabancos hacen el gasto, las Magallanes y las Méndez no les van en zaga; doña Rosario no hace más que encumbrar la guapeza de su sobrina entre un corrillo de viejos verdes.

—Verá usted, doña Chabela, cómo Marta no se queda sentada. El comer pavo se hizo para esas gordinflonas, aquellas chipujas<sup>136</sup> y las otras flacuchas que no han bailado una pieza *dende* que llegaron. ¡Bien merecido lo tienen! ¡Sí, señora, por no perder nunca fiesta! ¡Son perritos de todas bodas! Pero ellas se desquitan con hablar del prójimo. ¡Tienen unas lenguas así de tamañas! Figúrese usted que traen alcanzada en cuenta a mi sobrina! Todo, ¿por qué? ¡Porque ninguna de ellas, ni juntas ni separadas, sirve para calzar a Martita! ¡Qué han de servir, señora! ¿Qué tampoco Martita ha bailado? Sí, no ha bailado porque no quiere. Ella no baila más que danza. No se fijó cómo iban a sacarla. Ese señor que viene todos los años a las fiestas, que es muy rico y dicen que es diputado, no conforme con ir a rogarle a mi sobrina, vino muy empeñoso a ver si yo influía para que bailara un valse con él, pero no fue posible. ¡Martita sólo baila danza! Por cierto que todas las tiene comprometidas con ese joven que dicen que acaba de llegar de México y que escribe en los periódicos de *extranjis*... ese Ramón, o Moncho, como lo llaman las Carabantes para echárselas de que lo tutean y con intención que las pongan en sus escritos. ¡Cómo no sea para burlarse de ellas!

—¡Ah, ése es el hijo de doña Remedios! —dice doña Chabela.

—¡Pues bien poco que se parece a su madre! —afirma doña Rosario.

—¿Qué quién le hizo el vestido a mi sobrina?

—Aquí no se lo hicieron. ¡Qué iban a hacerlo igual! Lo encargué a México que para estas cosas no hay como la “metrópolis”. Se escoge el figurín juntamente con la tela. Se mandan las medidas y viene ¡que ni pintado!

El piano sonó por la presión de femeninos dedos que le arrancaron una escala.

—¿Quién toca el “peano”? —preguntó doña Rosario.

—¡Es Pachita! —respondió la señora de al lado.

—¡Ah, ya! La pinturera de Pachita que se *cre* una *notabilidad dende* que fue a México y tocó en unas posadas. ¡Cuidado que

---

<sup>136</sup> *Chipujas*: en Tlacotalpan y otros lugares del oriente veracruzano, *papujo*, por excesivamente pálido o descolorido, anémico e hinchado.

hace veinte años que toca lo mismo! ¡Y ni Dios baja de la *crú*<sup>137</sup> ni ella deja la cantaleta. En ayunas, ¡la Primavera! Antes de almuerzo, ¡la Primavera! A medio día, ¡la Primavera! En la tarde, ¡la Primavera! ¡Hasta el loro de mi vecina Plácida que tiene más oído que Pachita, canta la Primavera mejor que el Alabado.

—De seguro que ahora se arranca con... la Primavera.

Cual si fueran un aviso las últimas palabras de doña Rosario, Pachita comenzó rápidamente los primeros compases de la obertura de Beristain, después menos aprisa, y por último, atropelladamente; pero eso sí ¡tocaba sin papel!

Dos jóvenes, tiesos como pasmarotes,<sup>138</sup> estaban a los lados de la señorita que agitaba repentinamente la cabeza a cada nota fuerte y por cada pisada al pedal, y la columpiaba con suavidad para llevarse el compás.

Acabó la música, y una salva de aplausos voló con estrépito por el salón; los acompañantes ofrecen el brazo a Pachita que repartiendo sonrisas de triunfo a derecha e izquierda se fue a sentar cerca de las Méndez que, espetadas y serias, se aburrían en sus asientos y se abanicaban con indolencia.

—*Oyes, Pachita, eso que tocastes, ¿verdá que es la cavatina del Trovador. Te lo pregunto porque mi hermana Clementina atercaba que era algo de Traviata.*

—Pues no es ni del *Trovador* ni de *Traviata* —negó Pachita con arrogancia. Es la obertura *La Primavera*.

—No te lo dije que era cosa de *obetura*.

Se anunció la primera danza.

Ramón, que estaba departiendo largo y tendido con un caballero fuereño, con ribetes de poeta, sobre asuntos de literatura, se excusó a media charla como pudo y fue a presentar sus respetos a Marta, fastidiada ya de tanta quietud, hostigada por la insípida charla de sus compañeras y aburrida de los piropos que le prodigaban los pollos que, con el pretexto de pedirle piezas, le decían mil sandeces.

---

<sup>137</sup> *Crú*: en el habla de la costa: cruz, por supresión de la consonante final.

<sup>138</sup> *Pasmarote*: de *pasm*. Persona embobada o pasmada por pequeña cosa.

Ramón sintió en su brazo arqueado el esculpido de Marta; dio unas vueltas por el salón orgulloso de llevar como pareja a tan preciosa joven, y comenzó a bailar cuando la orquesta ejecutaba los lánguidos acordes de la danza.

—¡Cuánto placer y ventura tanta me llenan y ufanan al bailar con usted, que es la flor más preciada de este perfumado vergel!

—Favor que usted me hace.

—¡Justicia y aplauso, encantadora niña!

La cadena cortó el diálogo que se iniciaba.

—Es la primera vez que veo a usted en un baile.

—No había concurrido a ninguno antes de ahora; pero tía tu quiso traerme y yo siempre obedezco a tía tu.

—¿No le agradan a usted los bailes?

Ramón hubo de esperar la respuesta al término de otra cadena.

—Sí mucho... ¡pero como no sé bailar!

—¡Baila usted divinamente!

—Favor que usted me hace.

—¡¿Quién será el feliz mortal que logre hacer conmovier ese corazoncito?!

—¡Nadie!... No tengo ni he tenido novio.

Los hombres son muy malos, según dice tía tu y el padre cuando me fui a confesar en cuaresma.

—Según y conforme, ¡bella niña! ¿Usted cree que pueda haber quien quiera hacer daño a un ángel como usted?

Otra mudanza cortó el “favor que usted me hace” que iba a salir de la boca de Marta.

—Los hombres no son tan malos como los pintan. ¡Por lo menos respondo de mí!

—Dice tía tu que son ¡unos embusteros!

—Ésas son prevenciones para que usted no quiera a ninguno y odie por igual a todos. De mí sé decir, encantadora niña, que...

Hubo que cortar la frase por la indispensable dada de manos.

—De mí sé decir —prosiguió Ramón— que estoy rendidamente enamorado de usted desde el punto y hora que la vi entrar por esa puerta con la belleza celestial de un ángel rutilante. Desde ese momento soy adorador de esas perfecciones que

Dios, artífice supremo, puso en usted como en una de sus criaturas predilectas acá en la tierra. Mi musa, mi inspiración, mi estro son para usted, para usted...

Marta callaba y a punto estuvo de soltar otro “favor que usted me hace” cuando la música acabó la danza.

Los caballeros llevaron a sus asientos a las parejas; Ramón también condujo al suyo a Marta, y después de dar las gracias se perdió entre la multitud que tomaba la puerta para dirigirse a la sala de recibo y a la cantina.

—¡Ven acá, Pepín!: necesito hacerte confidente de mis penas. ¡Estoy enamorado!

—¡Zape! ¿Y de quién, mi querido poeta?

—¡De aquella rubia, de aquella deidad que entró al salón con la arrogancia olímpica de una diosa ¡helénica! A veces me pregunto, como si repitiera tus propias palabras: ¿Es Venus? ¿Es Hebe, escanciadora de los dioses paganos? ¿Es la más joven de las Tres Gracias? ¿Es Psiquis antes de la diablura de la gota de aceite? ¿Alguna de esas figuras mitológicas que pasaron por el cielo del Arte para hacer producir a Praxiteles y a Fidias y dar al mundo sensible la incomparable belleza de la línea griega?

—¡Hola, hola, inspirado como siempre!

—¡Enamorado como nunca lo estuve!

—¡Vaya, mi querido poeta, tomemos una cerveza para celebrar el suceso!

—¡Que sean dos, mi indiscutible Gautier!

Y Ramón y Pepín bebieron sendas botellas de cerveza.

Acá, en el pasillo del salón, doña Rosario no dejaba de hablar con su maledicencia incontinida, ni quitaba los ojos ni suprimía la admiración exagerada para su sobrina.

Tras del varillaje de los abanicos se ocultaban las picarescas sonrisas, se velaban las acres murmuraciones y se esbozaban los tan sutiles como nutridos discreteos; en los balcones, las señoras aspiraban el aire puro de la noche; los caballeros, pasados de edad, hablan de sus negocios, y los jóvenes de sus chichisbeos y de sus conquistas.

Llegó la hora de llevar a las damas al ambigú; cada quien tomó del brazo a su futura pareja de baile; Ramón se fue en derechura a Marta y la condujo al inmediato salón, donde una



surtida y larga mesa en forma de herradura esperaba a los comensales; allí agotó Ramón su verba y echó a volar su imaginación por los floridos campos de la poesía y del arte; habló a Marta de la juventud que todo lo troca en flores; de la dicha que, como una nube, como unas alas, como una luz, pasa fugaz en la vida dejando una estela en lo negro de noches insomnes y en lo hondo de penas sin fin; de todo aquello que en la edad adolescente suena y repercute tan armonioso en nuestros oídos con lejanas músicas que no caben dentro del pentagrama y que saltan ligeras en una sucesión de sensaciones nuevas y en resonancias sostenidas, tan extrañas como ignoradas...

Marta bajaba los ojos ante aquella lluvia que le refrescaba su alma virgen con un rocío divino jamás sentido; apenas si probaba bocado de los ricos platillos que le servía el obsequioso galán; las luces de encima de la mesa caían en rectángulos sobre la nivea blancura de los manteles, de la brillantez cristalina de la vajilla, el colorido de las flores y la belleza iluminada de los rostros femeninos; Marta, un tanto sonrosadas las mejillas por los pocos sorbos que le daba a la copa de vino que le brindó Ramón, estaba encantadora; sus ojos tenían mayor negrura y más dilatadas fulgencias; sus labios más encendido color y sus cabellos, por el reflejo que venía del techo, destellaban como una aureola; su charla, antes sosa y desabrida, tomó brío y ordenamiento, y se llenaba de orgullo en medio de su ingenua candidez porque aquel joven le hubiera dado la preferencia entre todas las bailadoras.

—Nada más deseo —repetía Ramón— tener una esperanza y como recuerdo de esta noche que vivirá en mí eternamente con la solemnidad de una resurrección, oscureciendo con su brillo de gloria todos los hechos de una vida triste y solitaria... déme esa flor que lleva en el pecho, encantadora Marta, para guardarla no como trofeo de un triunfo de que no puedo alardear, sino como reliquia de una fecha memorable.

Marta, por toda respuesta, desprendió de su seno la flor y se la dio al mancebo, quien, con la arrogancia de un príncipe Alberto que la toma de las manos de la infanta Victoria, la puso en el ojal de la solapa de su levita.

Comenzó a desocuparse la mesa para dejar espacio a otras señoras; Ramón, ebrio de felicidad llevó a Marta al salón de

baile; tomó asiento cerca de su pretendida, y allí le habló con el lenguaje de los enamorados, de mil cosas que, puestas aquí por menudo modo, parecerían nonadas, pero que para ellos resultaban elocuentes y bellas.

Doña Rosario, las Carabantes, las Méndez, las Sotabancos y las Magallanes cayeron como una bandada hambrienta sobre la mesa del ambigú; al principio anduvieron con dengues y melindres para a la postre hartarse de todo sin espacio de un bocado a otro; y ya que los estómagos estaban repletos a tente bonete, hicieron, como hormigas, provisiones que guardaban a hurtadillas en el fondo de sus largos bolsillos para comisquear<sup>139</sup> regaladamente en las soledades de la alcoba.

Serían las cuatro de la mañana cuando el baile terminó con desencanto de no pocos enamorados como Ramón, que esperaban el ansiado sí, y el contentamiento de algunas señoras que ya bostezaban de sueño.

Ramón se despidió de Marta; la interrogó por última vez, y la niña le contestó entre tímida y suspensa:

—Lo pensaré.

Poco a poco el salón quedó escueto; las señoras salieron embozadas en sus abrigos aparejadas con sus pimpollos; Ramón intentó seguir a Marta, pero un gracias de doña Rosario, imperioso y seco, lo contuvo.

Pepín se hacía lenguas de la belleza de una hija de Pluviosilla que estuvo en el baile y que lo impresionó hondamente.

—¡Ya sabes, Moncho, en la crónica no dejes de alabar a esa deidad que viene de lejanas tierras a cautivar nuestros sencillos corazones!

—Sí señor, no desespere su merced. ¡El cuerno de Amaltea va a ser pobre para volcar de él los dones con que será adornada tu belleza, “que viene de lejanas tierras a cautivar nuestros sencillos corazones”!

Ramón no pudo dormir las primeras horas de metido en la cama; la figura escultural y la candidez columbina de Marta le tenían suspenso el pensamiento y enamorado el corazón.

---

<sup>139</sup> *Comisquear: comiscar*: comer a menudo de varias cosas en cortas cantidades.

Doña Rosario de camino para su casa, le decía a Marta:

—*Hicistes* mal en bailar las únicas tres piezas con ese hipócrita del hijo de la “santulona” de doña Remedios; te *expusistes* a que las Carabantes, y las Magallanes, y las Sotabancos (nuestras vecinas hace poco), y hasta la pazguata<sup>140</sup> de Pachita te tijeretearan por la rabia que tenían de que casi a ninguna de ellas las sacaban a bailar ni los viejos, quedándose a comer pavo... que se les indigestará más que los “sangüiches” y la galantina con que se atipujaron en el “ambigús”. No, mi niña; en los bailes se ha de bailar una pieza con cada bailarín; nada de andar con preferencias porque se la comen a uno con todo y pellejo. ¡Son tan habladoras!

Marta no oía la filípica de la tía; su imaginación andaba muy lejos, allá en un país encantado, donde todo era armonías, perfumes, luces y colores. El amor tocaba a las puertas de su tierno corazón con sus dedos infantiles, y el niño ciego empulgaba la flecha para asestar el golpe certero.

Tampoco Marta pudo conciliar el sueño en los primeros momentos que estuvo en el lecho; a poco, no obstante la luz lechosa del alba que ribeteaba las rendijas de las puertas y los intersticios de las ventanas pugnando por entrar a la alcoba, cerró los grandes ojos, y arrullada por las impresiones del baile, se durmió dulcemente como Psiquis velada por Cupido.

A otro día no se hablaba sino de la esplendidez del baile, del atavío de las damas, de la discreción de los caballeros y de la franqueza y de la cordialidad de los costeños; la belleza de Marta se encumbraba muchos codos arriba que la de todas las demás bailadoras, y la bachillería y verba de doña Rosario se puso en punto menos que en subasta; los pollos envidiaban a ojos vistos la fortuna de Ramón y lo censuraban de lo lindo.

—Ya se ve, —decía un Narciso que tenía por fuente Castalia los espejos de las barberías— como Ramón escribe en los periódicos y les dice cosas bonitas a las muchachas, todas se lo disputan. Sin la presencia de Ramón no hay fiesta posible. En los casamientos, Ramón; en los velorios, Ramón; en las tamaladas, Ramón! ¡Por todas partes, Ramón! ¿Y qué es Ramón en

---

<sup>140</sup> *Pazguata*: simple, que se pasma y admira de lo que ve u oye.

resumidas cuentas? Un pobre muchacho que “destripó”<sup>141</sup> y que en México sólo pudo aprender que batea se escribe con b de burro y Verónica con v de vaca! ¡Ja, ja, ja!, –reían en el corrillo para celebrar la gracia del Adonis.

–Usted dirá lo que quiera, señor mío, –replicaba un joven con voz reposada y ampulosa– pero Ramón no escribe sólo en el periódico local, también escribe en los de la Heroica y hasta en los diarios metropolitanos.

–Bueno, ¿y eso qué prueba? –objetó el buen mozo.

–¡Que no es un “mancha-tinta”!, como Pepín, por ejemplo.

–¿Pepín? Pues Pepín sabe más de Mitología que Ramón. Lo que sucede es que Ramón estuvo en México para luego venir a aquí a darse humos con un atrevimiento literario que raya en insolencia.

–¡Al saber le llaman ustedes atrevimiento! ¿Y qué valen las mitologías de Pepín al lado de los estudios literarios de Ramón? ¡Un comino! Pepín no distingue de colores, con llenarse la boca de Diana, Venus y demás concubinas del Olimpo ya lo dijo todo.

Y por ahí siguió la intrincada disputa acerca de la importancia de Pepín y la insignificancia de Ramón.

Marta se había levantado aquel día del mejor humor del mundo; mientras se vestía cantaba alegremente haciéndole coro a los canarios que en las jaulas gorjeaban, de igual suerte, sin embargo de su cautiverio, queavecillas campestras despertándose alegres y vivaces a los primeros fulgores de la primavera.

Doña Rosario andaba metida de lleno en los ajetreos de la cocina; pedía la cuenta de la plaza a la criada y disponía el desayuno; Marta salió al comedor ligera y sonriente, dio mimosamente los buenos días a su tía y bebió el rico chocolate y el fresco vaso de leche acompañados con sabrosos panecillos. Después se fue al piano; los dedos alargados de la niña recorrieron el teclado con presteza, para enseguida meterse en el fastidioso y monótono ejercicio diario que asordaba a los veci-

---

<sup>141</sup> *Destripó*: en México, en sentido familiar, abandonar los estudios, ahorrar los hábitos.

nos y que, en opinión de doña Rosario, haría rabiar de envidia a las presuntuosas Carabantes que vivían frente por frente de la casa de doña Rosario.

El estudio del piano duraba un par de horas hasta que venía una de las pocas profesoras que dan clases a domicilio en el terruño; con la lección se iba otra hora.

Doña Rosario al encargarse de la educación de Marta por encomienda del padre de la blonda sobrina, viudo de la hermana de tía, puso todo empeño en que su sobrina recibiera una educación esmerada; por ese empeño, Marta como hembra de calidad, aprendió un poco de Aritmética, un algo de Dibujo, una mijaja<sup>142</sup> de Gramática, mucho de costura y de bordado en blanco, y ahora un tantito de tocatas en el piano, por donde se manifestaban las disposiciones de la chica en el divino arte de Beethoven; para cumplimiento de cultura, aprendería corte y confección de vestidos, y no se desdeñaría de ir a la cocina a darle el punto al principio y a espumar el puchero.

Sobre todo eso ponía doña Rosario la gentileza y el bien parecer de la muchacha, para orillarla a ser casquilucia,<sup>143</sup> presumida y muy ufana de su natural y a toda hora decantada hermosa.

La tía, como buena solterona casamentera, pensaba arreglar, con no mal disimulada codicia, uno de esos matrimonios de conveniencia, en ocasión y hora que se presentara a sus husmeos y alcances un viejo tonto y rico; todo por sacar adelante la desmedrada hacienda que consumía en perifollos y trapos para su sobrina, y en lujos y apariencias muy por cima de su propia condición de señora pobre y llena de preocupaciones ridículas y de vanidades ostensibles.

Para recuperar la hijuela<sup>144</sup> que a Marta le dejara su señora madre y aumentar la parca mesada que desde apartado lugarejo enviaba el autor de sus días, doña Rosario comenzó

---

<sup>142</sup> *Mijaja (meaja)*: migaja; porción pequeña de algo; nada o casi nada.

<sup>143</sup> *Casquilucia*: casquivana.

<sup>144</sup> *Hijuela*: documento donde se reseñan los bienes que tocan en una partición a cada uno de los partícipes en el caudal que dejó un difunto. Conjunto de estos bienes.

por vender agujas, carretes de hilo, alfileres y otras bujerías,<sup>145</sup> y acabó por comerciar con carbón, cal, jabón y géneros, lo que le ponía un arrimo al pequeño rédito que le producían sus haberes, hasta que Dios le permitiera ver colmados sus vehementes deseos: casar a Marta con un ricacho del terruño.

Marta crecía y se hermoseaba que era cosa de besarle los pies como si fuera la peana de la mismísima Virgen de Candelaria, patrona del pueblo; doña Rosario la rodeaba de todas las comodidades posibles, la mimaba por extremo y le satisfacía por entero cuantos golondros<sup>146</sup> tenía la niña temosa<sup>147</sup> y consentida.

—¿Qué un traje nuevo? ¡Sí, mi chiquitina, lo tendrás! ¿Qué un *peano*? Pronto tus dedos de reina lo tocarán a mañana y tarde.

Y a fuerza de vender más carbón, de cercenar las mercancías, de menoscabar su peso y su medida, de obtener más largo plazo en la compra de efectos para la venta diaria, doña Rosario compró —para pagarlo por mensualidades vencidas— un piano, que fue el cabal coronamiento del que tenía por superabundante lujo en aquella sala, toda ella llena de cuadros, cortinas y colgajos en el entrepaño y el claro de las paredes, columnas y macetas por todos los rincones, con jaulas, pobladas de canarios, pendientes del dintel de las puertas, y el alto espejo biselado en el fondo, empinaba sobre fuertes escarpías<sup>148</sup> su copete que llegaba hasta el cielo raso con sus disparados rayos de rutilante estrellón.

Dos días después del baile en el Casino, recibió Marta *El Correo de Sotavento*; lo abrió con curiosidad, y en la primera plana leyó el siguiente rótulo, estampado con gruesas letras: BAILE EN EL CASINO.

Los ojos de Marta pasaron indiferentes por la descripción minuciosa del salón y se fueron inquisitivos, por escudriño

---

<sup>145</sup> *Bujerías*: mercadería de estaño, hierro, vidrio, etc., de poco valor y precio.

<sup>146</sup> *Golondro*: deseo y antojo de algo.

<sup>147</sup> *Temosa*: tenaz y obstinada en sostener un propósito o una idea.

<sup>148</sup> *Escarpías*: clavo con cabeza acodillada que sirve para sujetar bien lo que se cuelga.

tenaz, a los nombres de las bailadoras; para cada una había un piropo y para todas una flor.

Esta era “una nube encarnada que pasaba por un cielo de primavera arrebatada por las vueltas del valse *Dolores*; aquella, “un capullo de azucena de pétalos odoríferos”; la otra, “con ojos de abismo y boca de mieles”; la de más allá, “esbelta como palmera y gallarda como lirio”; y así, por igual modo, todas llevaban sobre sus nombres sencillos epítetos sonoros y metáforas deslumbrantes; de unos y de otras no escaparon ni las “infulosas” Carabantes, ni las ridículas Sotabancos, ni las regordetas Magallanes, ni las espiritadas Méndez; Marta saltó por toda la ringla de apelativos que le eran tan familiares y por la apretada letanía de hipérbolos, para ella hasta entonces desconocidas, hasta que dio con su nombre al cabo de un punto final; aquí sí leyó despacio, emocionada y atenta:

Marta R... con su traje de hada, traída por la evocación de un cuento de Perrault, pasó por mis ensoñaciones de poeta como una angelical criatura; ni pincel mágico del pintor de las Madonas, ni la estatuaria magistral de Miguel Ángel, ni la mística paleta de Fray Angélico me bastarían en mi intento, que es arrobo de todos mis sentidos, para hacer un retrato de ella.

Irradió fugaz cual un meteoro por mis noches calladas de inspiración celestial, e iluminó el camino de la gloria para mis ocultas inspiraciones y para mis dolientes trovas.

Leyó y releyó aquel párrafo que le supo a regaliz y le olió a esencia de rosas; una vez que se supo de memoria toda la sucesión de ditirambos, comenzó con lentitud a leer desde el principio la crónica, para llegar al final que decía así:

Morfeo, envidioso de Terpsícore, pone su ramo de adormideras sobre la boca sonriente del cascabeleante Momo.

Las parejas, como en la escala de Jacob, bajan en aleteos seráficos desde el trono de su belleza y se pierden en las nebulosidades del sueño.

La madrugada toca con sus rachas los cristales de los balcones, y mi rubia Musa, con voz de querube, me dice al oído:

Escribe con lápiz blanco en la piedra negra del olvido la fecha luminosa de esta remembranza.

—¡Qué cosas tan bonitas sabe decir Ramón! ¡Me gusta más que las que me dijo en el baile! ¡Ninguno como él para estas crónicas!

Cuando la crónica de la tamalada de las Carabantes, la leí porque Lupe me la envió para que viera que ellas andaban en letras de molde, y no me agradó ni un poquito. ¡Esto sí es precioso!

Y repasaba por décima vez la loa que le enderezó Ramón, bien que ya se la sabía de memoria; pero lo hizo para darse el gustazo de compararla con lo que alcanzaron de la galantería del escritor las otras prójimas allí metidas en apretujones de letras de imprenta. Aquello de: “pasó por mis ensoñaciones de poeta como una angelical criatura: ni el pincel mágico del pintor de las Madonas, ni la estatuaria magistral de Miguel Ángel, ni la mística paleta de Fray Angélico me bastarían en mi intento, que es arrobo de todos mis sentidos, para hacer un retrato de ella”.

¡Oh, aquello era divino, jamás escuchado por castos oídos de niña mimada!

Y cuánto más leía, tanto más le afluía la sangre al rostro y los ojos se le incendiaban con luces del cielo.

Acabó por guardar el periódico en su ropero, entre pañuelos perfumados y cintajos olientes, para luego ponerse a la ventana con un inocente arranque de orgullo: quería que todos la vieran, que todos la admiraran, y que Ramón se extasiara ante aquella “criatura angelical” que pasó la noche del baile por las ensoñaciones del poeta.

Y estaba en lo justo: Ramón en la esquina la esperaba, la sentía venir por una de esas presunciones misteriosas de todo enamorado; al verla, la saludó cortésmente. Marta contestó con una sonrisa, y una inclinación de cabeza.

Ramón, resuelto, se acercó a la ventana.

—¡Buenos días, encantadora Marta!

—Usted siempre prodigando flores —como en su crónica— para cada una tiene usted un piropo

—Esas son cosas del oficio, adorable Marta; si usted leyera entre renglones, vería que lo único sentido allí es lo que se refiere a usted. Lo demás es agua del río. Cosa común y corriente.



—Eso dice usted para que lo crea, como le dirá usted lo mismo a cualquiera de las prójimas que nombra allí.

—Digo nada más lo que siento, Marta.

Hubo una pausa; Marta con los afilados dedos se arreglaba algunos mechones que se le venían a las sienes, y Ramón dijo de improviso:

—¿Qué me resuelve usted de lo que hablamos en el baile?

—Le dije que lo pensaría, y lo estoy pensando!

—No es la cabeza la que ha de resolver este asunto, sino el corazón.

—¡Ya veremos, ya veremos!

Marta con aspaviento, exclamó:

—¡Váyase usted, que viene mi tía!

Ramón atravesó la calle y se apostó en la esquina.

Las Sotabancos atisbaban por los visillos de las vidrieras de la ventana de su alcoba; una subida en una silla, otra levantada sobre las puntas de los pies, y las otras dos agazapadas husmeando por las rendijas.

—¡Mira, Charo, cómo la gatita mansa se despacha a su gusto ahora que la tía anda visitando cocinas!

—¡No te lo dije! ¡Si tengo un ojo!, —afirmó la otra.

—Y el tonto de Ramón creerá que la niña de la bolita tiene... ¡plata!...

—¡Y qué chasco se va a llevar el buen señor! —tarareaba para redondear la burla.

—Sí, cogerá el “peano”, como dice la estúpida de doña Rosario y los cuadros de la sala, porque lo demás no alcanzará para pagar a los acreedores de la carbonera.

—Ahora se retira Ramón de la ventana y la educadita de Marta la cierra de golpe y porrazo.

—Lo que es de hoy para adelante vamos a tener diversión con los osos y telégrafos de estos enamorados.

—“¡Como gotas de claro rocío...” —volvió a tararear la segunda de las Sotabancos que se creía una Patti por haber cantado en el Casino el aria de *La Tempestad*.

Ramón vio salir al corredor a doña Rosario y escabulló el bulto.

Marta se sentó al taburete, tecléo largo rato el piano y terminó por tocar *La Viuda*, para después quedar el barrio en silencio y en quietud por toda aquella mañana.



## V

DOÑA Remedios bajaba a menos cada día; los achaques aumentaron, y toda clase de pertinaces dolamas y de fastidiosos ajes iban minando aquel organismo enfermo.

Ramón se pegaba con fuerza al estudio de los clásicos y al conocimiento de la lengua en que escribía; ahora no se atiborraba, ni con cien leguas, de novelas folletinescas, no se engolosinaba con libros pornográficos; la lectura de *Afrodita* en aquel cuartucho de estudiantes fue para él, al cabo de largas vigiliass y de no menos intensas reflexiones, una revelación clara, firme y sostenida: se volvió hombre por las exigencias naturales de la carne flaca, y se sintió artista por las necesidades imperiosas de un espíritu recto, elevado por la inspiración que nace espontánea y sostenida por la belleza que brinda dulzuras.

Don Prisciliano fomentaba en su ahijado esta decidida afición a las letras; pero siempre conteniéndola dentro de una cautela tenaz y un silencio muy discreto; instintivamente el padrino del literato en cierne odiaba, no por prevención, sino por sistema, la publicidad inmoderada y el aplauso ciego, sintino ni mesura, que hace en los noveles más daño que la crítica acre y el reparo duro; de joven, él también pagó tributo a la vanidad mundana de ver estampado su nombre en letras de molde al pie de producciones literarias, y, hoy, al recordarlo, se avergonzaba, como un chiquillo cogido en falta, de haber publicado en sus mocedades algunos versos y nutridos y efervescentes artículos de actualidad que le valieron el odio de sus coetáneos, la envidia de sus compañeros y el varapalo de Zoilos que atisban y avizoran la minúscula ocasión y el menor descuido para hacer crítica burlesca y dar palmetazos de dómine iracundo.

Aconsejábale a Ramón el estudio atento, con medida de tiempo y con límites de espacio, de lo que le importaba saber; nada de atracones de libracos para publicar al proviso articulos diarios que salen por toneladas y se olvidan por centenares, sino escribir parco, cerrado y sustancioso como parte fragmentaria de lo que, al correr de los años y al pulsar de la experiencia, podría ser una obra grande, duradera y resistente; pero Ramón, por ímpetu de su juventud, tan incontenido como difuso, que rendía parias a una fecundidad ilimitada, a hurtadillas publicaba trabajos calzados con un seudónimo hoy y otro mañana, a modo de que don Prisciliano no cayera en la cuenta.

Una de tantas veces, hubo de llenarle de sorpresa al meticoloso padrino, un artículo salido de estampa en *El Correo de Sotavento*, con tal cual seudónimo de los muchos que usara Ramón por entonces; había en él sensatez en el fondo, pulimento en el estilo —que se iba mostrando brillante—, propiedad en el lenguaje —sin curarse de arcaísmos—, y soltura y flexibilidad que corrían con mansedumbre sonriente por entre cláusulas armoniosas y periodos rotundos.

Don Prisciliano no pudo contener el entusiasmo que traía guardado bajo la llave maestra de la reserva obstinada, y alabó el trabajo delante de Ramón con ardentía muy poco en consonancia con su recato; la vanidad, que apunta a las veces aun en aquellos más modestos, alentó el encogimiento del ahijado, e hizo que se confesara padre de la maravilla al suspenso de don Prisciliano, no sin reticencias y rodeos.

Cuando el padrino preguntó entusiasmado por el nombre del autor, contestó Ramón:

—¡No sé quién sea! ¡Lo desconozco!

—¿Cómo así? ¿Ignoras el nombre de un compañero, de un colega que comparte contigo las tareas del periodismo?

—¡Lo ignoro!

—¿Lo ignoras? ¡Eso no es verdad, no es posible, aunque me lo juren padres descalzos, ¿que tú no sepas quién ha escrito ese artículo tan bien medido, tan hondamente pensado y tan sabiamente resuelto, que en los primeros momentos, después de su lectura, pensé que fuera un plagio, hoy que es de buena ley meter la hoz en mies ajena? Pero yo, aunque pobre y peca-

dor, tengo mi erudición bien despierta y no encontré robo, ni hurto, ni despojo.

Está bien —prosiguió—; me lo ocultas con obstinación. Y si yo no te conociera y leyera de corrida en tu pensamiento, creería que le cobrabas envidia a su verdadero autor. Porque, óyelo y tenlo presente, de eso no se escribe todos los días, hoy que todos los días se escribe. Esos renglones bastan para darle nombre al autor más desconocido.

Ante tales y tan subidos elogios, el rostro de Ramón se coloreó como si una llama intensa que le salía de muy adentro y le llegaba a la cabeza quemara todo su ser; sus ojos entornados siempre, por largos coloquios con sus pensamientos, se agrandaron bajo el mirar escudriñador de don Prisciliano; su boca, cerrada por largos mutismos que acusaban un natural taciturno, se abrió para con la vista baja decir al instante:

—¡Lo ignoro!

Don Prisciliano, que daba grandes zancadas por su biblioteca, se detuvo ante su ahijado, le puso cariñosamente una mano sobre el hombro, y le dijo con retintín: —El día que escribas así, cuenta con que serás un escritor que nada pedirá al más aplaudido entre los afamados.

Ramón estaba radiante de gozo, temblaba emocionado, el sudor inundaba su frente, y por el demonio del orgullo que le cosquilleaba el cuerpo hizo confesarse autor del portento a don Prisciliano, diciéndole con no encubierto sonrojo: —Padrino, yo escribí ese artículo.

Don Prisciliano, saltando por cima de sus sequedades de solterón huraño, lo estrechó entre sus brazos en un arranque de intimidad; después, extendió majestuoso sus manos, abarcando con un amplio movimiento toda la extensión de su bien surtida biblioteca, y le ofreció con inconmensurable liberalidad, poco avenida con su egoísmo de viejo avaro:

—Desde hoy puedes disponer a tu albedrío de cuantos libros hay aquí, que como ves, no son pocos. Estudia en ellos, consulta en ellos, medita en ellos, y después trabaja, lucha y alcanza, que tuyo será el porvenir si no tuerces el camino; y la gloria, esa gloria tras la cual nos vamos ciegos e ilusos; esa gloria que cuanto más cercana la creemos, mucho y mucho se aleja, burlando nuestros desvelos, frustrando nuestras esperanzas, vol-

viendo humo nuestras caras ilusiones y mostrando con una saña fiera la realidad cuando los sueños habían pintado espejismos deslumbrantes y lejanías accesibles; esa gloria será toda tuya, como casta desposada en las nupcias del Arte con la Belleza.

Desde ese día, Ramón se pasaba las horas muertas en la biblioteca: allí tenía cuanto pudiera apetecer su sed antes insaciable de saberlo todo, de leerlo todo, de consultarlo todo, comenzando por los clásicos griegos y latinos que había gustado a pistos,<sup>149</sup> hasta los autores modernos que conocía muy de cerca; además, don Prisciliano, lejos de sus roñerías, se pagaba el lujo de estar suscrito a varias revistas extranjeras que le ponían al tanto del movimiento artístico, científico, político y literario de ambos mundos.

Allí Ramón frecuentó el trato con los picarescos que sacan del caudal de la lengua, a vuela de asperezas, ruindades y menudencias, su índole eufónica y su abolengo latino; con los místicos, graves, circunspectos, que se elevan en alas de la fe y por impulso de la inspiración a serenas alturas, sin entusiasmos ni lirismos, como águilas que, cerniéndose en un punto y deteniendo sus vuelos, fijan la ruta cuando el sol no deslumbra sus ojos ni las nubes estorban su arrogancia; con los líricos españoles, que apagando su sed en las fuentes de Horacio y su hambre en las espigas de Virgilio, dan el epónimo al siglo áureo de la Literatura Hispana.

Allí Berceo con sus tres mil coplas que llenan las alforjas de los eruditos; allí Alfonso el Sabio con sus *Siete Partidas* sacando del acerbo del vulgo la lengua que andaba balbuciente y ruda en el *Fuero Juzgo*, y haciendo pinitos con caballerescos alardes y fantasías orientales, como cuentos de niños, en la *Crónica* y en el *Poema del Cid*, para contaminarse de sarampión con Fernán González, héroe en tierras de Castilla, por un hibridismo de bíblico y mahometano, hasta sacarla del atascadero Alfonso X, y llevarla por los campos sin cultivo de la lírica y hacer brotar las *Cantigas*, donde la parla va perdiendo su aridez para enriquecerse con nuevas locuciones, picadas de

---

<sup>149</sup> *A pistos*: poco a poco, con escasez y miseria.

gallego y provenzal, y con variados y elegantes giros llenos de gallardía y limpieza; allí el Arcipreste de Hita cosquillea con la sátira fina de sus incomparables agudezas en una maraña de misticismo e inmoralidad; allí el Infante don Juan Manuel, como para contrarrestar los desmanes del Arcipreste, escribe de moral y chispea orientalismo en el *Conde Lucanor*; y la literatura caballeresca, con su rey Artús y el encantador Merlín, con Palmerín de Inglaterra, Palmerín de Oliva y más Palmerines, con Tirante el Blanco, y otros, y otros, para sólo quedar sobre el tapete el *Amadís de Gaula*, alardeando pertinaces y altaneros derechos en el dominio absoluto del gusto que predominó en España hasta que Don Quijote arremetió con todas aquellas singulares andanzas que detuvieron y estancaron el curso de la lengua; y luego, Juan de Mena, que en el *Laberinto* esboza un cuadro alegórico de la vida humana con la traza y el simbolismo que Dante; y de seguida, las *Serranillas* del Marqués de Santillana, que respiran toda la vida montaraz con la “Vaquera de la Finojosa”, que dan el opio y quitan el sueño; y más arriba y menos abajo, el *Diálogo de Bías* y el *Centiloquio*; y el venero toma otro curso, y nacen las coplas de Jorge Manrique; y el lenguaje, antes estorboso y rígido, cobra perfección al par que el estilo se depura de escorias, se deshace de impedimentos y se torna en conciso y suelto; y las coplas dejan su sencilla y pastoril rusticidad para volverse satíricas en las libres mordacidades del anónimo interlocutor de ellas, Mingo Revulgo, de quien toman fama y nombre impecederos; y más adentro, y fuera de todos esos escarceos poéticos, vienen los novelistas con Sotomayor y Fernando de Rojas a la cabeza, para seguir con Hurtado de Mendoza, Cervantes, ¡oh, el prodigioso manco!, Espinel, Vélez de Guevara, Quevedo.

Aquella biblioteca era un falansterio<sup>150</sup> en que cabían todos los ingenios españoles, sin que por ello se crea que no tuvieran su puesto en los anaqueles repletos, los grandes autores franceses, alemanes, rusos e ingleses, que allí, a Dios gracias, había de todo como en la viña del Señor, uvas, pámpanos y agraz.

---

<sup>150</sup> *Falansterio*: alojamiento colectivo para numerosa gente.

De aquel montón de libros fue el joven literato tomando pulso a las Bellas Letras, y no así como así, sino muy bonicamente.

Cuando apartaba los ojos de la lectura de algún autor favorito y los dirigía al hacinamiento de volúmenes, a la variedad de títulos dorados de todos aquellos libros, veniale pasajero desaliento, se amenguaba un tanto su entusiasmo, y se repetía interiormente, para condenar su soberbio esfuerzo: “Ni con diez vidas leo toda esta biblioteca”. Pero el consejo reposado, la dirección atinada y la advertencia sana del padrino, le guiaban poco a poco por la senda escabrosa de la Literatura.

Escribía mucho y leía más; casi a diario andaba ejercitándose en el manejo de la pluma; un editorial hoy; un cuento mañana; una sátira para otro día, este apólogo para el domingo.

Pepín, sin ocultarlo –cosa que disminuía su pecado– le enviaba aquella pasmosa fecundidad, y don Prisciliano, la motejaba y ridiculizaba.

–Sí –decía a Ramón sin ambages–; menos escribir y más estudio. Recuerda la fábula de “La Cigarra y la Hormiga”, guarda provisiones para el invierno. No hagas lo que esos zarramplines<sup>151</sup> escritorzuelos que sin conocer de la misa la media, quieren repicar y andar en la procesión; es decir, que ponen manos en cualquier asunto, olvidando el proloquio de “no toques lo que no hermostees”, para salir con cosas quintaesenciadas y muy distantes de lo que se proponían tratar.

Ramón no contaba más que con dos aficiones: la literatura y su novia.

Marta, al cabo de algunos repulgos y de no pocos rodeos, dio el “sí” apetecido al enamorado Ramón.

Doña Rosario, cuando supo de estos amores, puso el grito en el cielo; de mimosa que era con su sobrina, se trocó en rígida, severa y exigente; le prohibió andar por las ventanas y condenó las salidas al corredor; así la traía sujeta con aquellos mandatos, que no admitían réplica, a la pretina de las enaguas, y no la dejaba ni a sol ni a sombra.

---

<sup>151</sup> *Zarramplines*: zarramplín: hombre chapucero y de poca habilidad en una profesión u oficio.



Esta manera de ser de doña Rosario hizo que la niña se encaprichara más de su derecho, y de amores sencillos y efímeros, volviéronse amores románticos y contrariados, por donde el lazo se apretaba con las dificultades y el deseo se avivaba con las prohibiciones.

Ramón se dio sus mañas para cartearse diariamente con Marta, y Marta no hizo menos, que los enamorados por cándidos que sean, sacan artificios y cuentan con engañifas que el mismo diablo no inventara tales tretas mejor ni más a pelo; con todo eso y con mucho que ponían las vecinas, los amoríos iban como agua de remanso muy menuda y sosegadamente.

Las Carabantes recibían la visita de Ramón a toda hora del día, y desde allí el amartelado mancebo echaba vistazos para las ventanas de la casa de doña Rosario, y le hacía complicados amoricones<sup>152</sup> a Marta, por lo que Marta se dejaba querer y el asunto marchaba por la posta y salía a pedir de boca; las mismas Carabantes se encargaban de hacer llegar a manos de los enamorados la correspondencia cotidiana, a cambio de uno que otro obsequio de Ramón y no escasos regalos de Marta.

Don Prisciliano contrariaba aquellos tempranos amores, quizá porque él, allá cuando fue mozo y tuvo el alma en su almario, hubo de tener noviazgo que duró largo de cuatro lustros, al cabo de los cuales murió la prometida, quedándose don Prisciliano con algunas decenas de años encima y en calidad de célibe empedernido.

A doña Remedios tampoco le agradaban aquellos amores; quería para su hijo una muchacha hacendosa, modesta, llevadera, no mocita tan pagada de sus encantos y tan presumida por su elegancia y cultura; además, no le parecía bien doña Rosario, tenía la por presuntuosa, malévola y bachillera, zurcidora de voluntades y amiga de enredos, capaz de cambiar lo blanco en negro por quítame allá esas pajas; conocía la de tiempo lejano, y sabía que de atrás le viene el pico al garbanzo; pero como no ignoraba el enamoramiento de Ramón —que nada puede ocultársele al corazón de una madre— cerraba la

---

<sup>152</sup> *Amoricones*: señas, ademanos u otras acciones con que se manifiesta el amor que se tiene a alguien.

boca para entregarse a sus oraciones renovadas, pidiendo en ellas con fervor creciente que su hijo cambiara de parecer.

Ramón concurría una que otra vez a la Redacción de *El Correo de Sotavento*; allí se encontraba con Pepín y “Ravachol”, los dos escritores militantes que con él y el Director formaban el personal del periódico; “Ravachol” escribía los editoriales, y, saliéndose de ellos, todo era agua de cerrajas.

—A mí no me vengan —decía a Pepín— con literaturas que sacan la esencia de la cursilería por alquitara,<sup>153</sup> y poesías huecas que repican como castañedas consonantes y consonantes y nada de dar en el clavo; esas son cosas de mujeres; aquí lo que se necesita son calzones, “tente duro y palo tieso”, para levantar la opinión que como gallinácea anda rastrera por el suelo; formar los partidos disueltos y encauzar la política que es ahora de campanario. ¿Leyó usted mi artículo sobre alcoholismo? ¿No? Pues sepa usted que ha sido reproducido por toda la prensa del país. Mire usted nuestro “canje”. Aquí está *El Heroísmo*, aquí *El Observador*, allá *El Régimen*, todos lo reproducen. A ver, señor Pepín, ¿cuándo le reproducen a usted algo? Porque en cinco años contados que tengo de andar metido en estas cosas no he visto de usted nada reproducido.

—¡Hombre, “Ravachol”, no se meta en dibujos!, que muchas veces la reproducción viene por falta de material y sobra de tijeras.

—¡Bueno fuera ello, señor Pepín! ¿Qué casualidad que todas las tijeras cortan por lo sano, digo, reproducen mi artículo sobre alcoholismo?

—¡Las coincidencias que nunca escasean!

—¡Usted qué dice de todo esto, señor don Ramón?

—Pues, señores, cada quien para lo que sirve: usted nació para escribir editoriales mientras viva, y Pepín para hacer también de su capa un sayo o “florituras” cuando le venga en gana.

—¡Bien dicho! ¡Música celestial con letra de Mitología!

—Poco a poco señor “Ravachol”, que usted también se mete de hoz y coz en Barcelona. ¡En su artículo sobre alcoholismo nombra usted a Baco!

---

<sup>153</sup> *Alquitara*: alambique, aparato para destilar.

—¡Mire usted qué caso! ¡Como podría nombrar a Sileno, o a Noé, o a cualquier célebre mortal que haya pescado estupendas papalinas!

—Están ustedes a dime que te diré y el material del periódico, no obstante ser hoy viernes, por hacerse, señores —dijo Ramón para cortar la disputa.

—¡Manos a la obra!, —exclamó “Ravachol” para darse ánimos y poniéndose ante sí un rimerero de cuartillas.

Ramón ojeó el cambio; después de leer aquí, husmear allá y buscar por todas partes, arrojó el montón de periódicos para decir desalentado: “Nada entre dos platos”.

—¡Ya ves, Pepín candoroso, hay que creer en las casualidades, en las coincidencias. Ese es el título de mi artículo, míralo: “Nada entre dos platos”, y estaba estampado antes que don Ramón vertiera tales palabras... que tengo llenas cinco cuartillas; pues no soy de aquellos que se ponen a rastrear por el techo lo que no encuentran en el caletre

—Cosas de telepatía— murmuró Pepín que andaba a mal traer con las nueve musas, el ovillo de Ariadna y el Pegaso de Perseo, la fuente Hipocrene y el monte Hiblea para hilvanar un articulejo titulado “Añoranzas” que, por la antipatía literaria de “Ravachol”, serían “Arañazos” a las musas y a toda su encumbrada parentela.

Ramón escribía algo más sólido: sobre la carencia de lectores y la falta de periódicos; hablaba de la ignorancia del pueblo, no para escarnecerla, sino para pedir remediarla; de la rutina de los mentores, de la apatía de los gobernantes y de la negligencia de las autoridades para sacar a flote la enseñanza popular, que naufragaba en el tumulto de las ambiciones políticas y de los servilismos palaciegos.

“Ravachol”, encastillado en su valentía periodística, se despachaba a rodo.<sup>154</sup> Traía al redopelo la cuestión de la industria pecuaria; la avilantez de los abigeos, la tolerancia de la policía, la connivencia de las autoridades y las tretas de algunos hacendados. Contundente y seco, sin rebuscamiento prolijo de metáforas, ni citación indigesta de autores, se iba en línea recta al

---

<sup>154</sup> *A rodo*: en abundancia.

asunto; parco para decir, firme para asentar, duro para señalar, sacaba unos artículos que levantaban ámpula, según expresión de un asiduo lector de *“El Correo de Sotavento”* que se preciaba de persona ilustrada y de crítico sagaz.

Cada quisque concluía su tarea; Pepín era el primero en pedir un cigarro al intransigente “Ravachol”, daba las cuartillas a Ramón para que se las revisara, quien de un vistazo se enteraba de aquello, que resultaba la misma cosa siempre, y lo entregaba a las cajas; “Ravachol” cerraba su artículo con alguna imprecación espeluznante, tan espeluznante como su seudónimo, tiraba la pluma con el ademán del galeote el remo, y presentaba el trabajo a Ramón, quien, por ausencia del Director, apechugó con el encargo de darle vida al periódico.

—Bueno; aquí está todo el material —decía al Regente—; luego enviaré las gacetillas y los recortes; si viene hoy la “Correspondencia Europea”, insértela en primera plana y suprima algo del original de Pepín, pongo por ejemplo.

Ya Pepín se había despedido asegurando —él, que no tenía ninguna ocupación determinada— que le precisaba hacer cosa muy urgente.

“Ravachol”, enhiesto sobre su soberbia de escritor independiente, con las manos metidas en los bolsillos, el bisunto bombín ladeado, los hombros encogidos como si lanzara un “poco me importa” a toda la humanidad, y el paso largo, tomaba rumbo para meterse en el mentidero de la barbería, y allí echar de su ronco pecho contra el Gobierno, contra las influencias perniciosas de la época, y contra todo lo que para él significaba opresión, tiranía y libertinaje.

Ramón se fue —como de costumbre— a la casa de las Carabantes, quienes vivían casi contiguas a las Sotabancos.

Allí era recibido siempre con ruidosas muestras de afecto; la mayor, Lupe, andaba por la cocina aderezando el almuerzo, entre canturreos alegres y zapes menudeados al gato, que ya había hecho algún estropicio al menor descuido de la ilustre fregona.

A la de en medio, Clara, le tocaba en turno el trasteo; en trapillos, sin polvos ni colorete, enmarañada la negra cabelleira, haldas en cinta, en pernetas con sonantes chanclas, sin gran alboroto ni mucho golpear en los muebles, barría manso,

y asentado, y no dejaba ni tamo, ni polvareda, ni rastro por donde pasaba aquel prodigio de escoba; tampoco sacudía con estruendo, y mucho menos aporreaba el ajuar con menudeados trapazos, asordando a todo bicho viviente so pretexto de medida en la limpieza y exageración en el aseo.

La menor, Rosita, en su butaque desde bien temprano, se atareaba con la aguja, por estar menos diestra en chamusquinas de fogón y ajetreos con escobazos y muebles; ahora repasaba y zurcía junto a la ventana que daba al patio, todo él lleno de tiestos, macetas y plantas florales, amén de altos y copiosos árboles que a su debido tiempo daban frutos opimos para regalo de sus dueñas e industria casera; Rosita no se daba tregua en eso de enhebrar la aguja, poniendo con presteza y acierto el hilo en el hondón, en halar la puntada larga pegando remiendos, o en meterla menuda en el repulgo, o en los zurcidos y repasos, aparte de la firmeza con que fijaba los botones.

Las Carabantes fueron ricos años atrás; malos negocios de su padre, el apego al lujo, tan de la entraña de las mujeres, y la ostentación creciente de la madre, redujeron poco a poco su caudal y vinieron a quedarse a la cuarta pregunta; el padre murió pronto, no pudo resistir la bancarrota y la penuria que se le vino encima como inevitable desgracia, y la viuda le siguió presto al sepulcro, quedando huérfanas las muchachas; a duras penas impidieron que la miseria, después de la pobreza a que se vieron reducidas, entrara en casa, y con la economía por un lado, la hacendosidad por el otro y el trabajo asiduo repartido entre todas, la fueron pasando; a estas virtudes tan propias de las costeñas, se oponía un orgullo íntimo, una vanidad hosca y una arrogancia mal encubierta; se creían nobles, descendientes, no sabemos a través de qué intrincados cruzamientos, de la nobleza española que en la época colonial sentó sus reales en la antigua Nueva España; Lupe, un tantito marisabidilla<sup>155</sup> por su frecuente lectura de novelas de capa y espada decía que su bisabuelo era hermano del misionero Carabantes, teólogo español que vino al Nuevo Mundo allá por el año de 1665, hermano que obtuvo el título de Marqués por

---

<sup>155</sup> *Marisabidilla*: mujer que presume de sabia.

limpia prosapia y no por adulaciones y bajezas con ningún monarca; y doña Rosario, dada a espulgar linajes desconocidos y a cardar en honras ajenas, aseguraba con esa su lengua viperina que el abuelo de las Carabantes fue un buhonero pobretón, luchista y taimado que, a fuerza de vender baratijas y zarandajas por villorrios y rancherías, hizo fortuna; sea de ello lo que mejor se fuere, las Carabantes se soñaban linajudas, encumbrando su alcuernia más allá de las siete cabrillas que vio Sancho, montado en el Clavileño, y aun pensaban, no sin contarle con vislumbres de historia, en un escudo remoto con leones rampantes en campo de gules; por estas extravagancias, todas las hijas del terruño eran de poco más o menos, y las miraban con el más olímpico desdén por cima de la pobreza progresiva que minaba el hogar de las descendientes del Marqués de Carabantes.

Ramón —que sabía dónde radicaba la chifladura de estas buenas muchachas— encarecía, para ganarse sus voluntades, los títulos nobiliarios y aumentaba para obtener confianza y simpatía, que era a todas luces inicuo que unas marquesas que podrían tener coche a la puerta de un palacete con escudo, lacayos con librea, palafreneros con vasta caballeriza y otros menesteres de subido lustre, hubiera llegado tan a menores, echando de paso la culpa a las democracias incipientes e igualitarias que bajan a un mismo nivel a todos los mortales. Con estos reproches se ganó el aprecio, obtuvo la consideración y hasta el aplauso de las Carabantes que veían en Ramón un futuro sabio, un escritor erudito, quien, cuando menos lo pensarán, a vuelta de remover papeles, consultar archivos y recoger noticias, sacaría en limpio el puro linaje de tan infortunadas doncellas para que murieran de rabia desde doña Rosario, “la carbonera”, hasta las Sotabancos, las “pelantrinas”;<sup>156</sup> además, el buen acopio de libros y novelas que le suministraba Ramón a Lupe, era motivo para que tuvieran a nuestro literato en opinión de hombre leído, sabido y escrito.

Lupe lo mismo leía a Schopenhauer que a Leopardi, al Padre Rivadeneyra que al impío Voltaire; se picaba de libre

---

<sup>156</sup> *Pelantrinas*: pobre y con poca educación.

pensadora, y aun había concurrido a dos o tres sesiones de espiritistas; Clara sólo leía novelones de Pérez Escrich y de Antonio de Padua, que alternaba con los interminables de Carlota Braemé y Carolina Invernizzio; para ella Schopenhauer era un hombre feo, mal educado y blasfemo, que odiaba a las mujeres porque nunca lo habían querido; Leopardi un loco; Poe un ebrio consuetudinario; a ella que no le salieran con filosofías y cosas de ultratumba que le quitaban el sueño y le provocaban pesadillas, se quedaba con sus novelas que leía a porrillo, soñando a veces, como la Angélica de Zolá, en un príncipe que vendría en su carroza tirada por alados corceles a llevarla al palacio encantado que le correspondía por su alcurnia, por su abnegación y por su cultura; la menor no leía ni mucho ni poco; cualquier cosa, acaso algún cuento de Daudet, o de Maupassant, dejando el libro cuando el autor de “Bell Ami” se permitía subir a mayores con relatos pecaminosos; porque a la menor le tiraba para la iglesia y concurría a prédicas, sermones, cuaresmales y vísperas, sin contar con la misa diaria; comulgaba cada y cuando se creía empecatada por cualquier minucia, y repartía su tiempo entre la aguja y el rezo.

—Eso le viene —aseguraba la libre pensadora, dándosela de aguda— porque salió en línea recta a nuestro pariente el teólogo; si mi hermana vistiera sotana, ya estuviera en ruta de Roma, con el sayo, el bordón y la venera del peregrino, para besarle la mula al Santo Padre y regresar misionero e internarse entre los indios de lejanas tierras a catequizar salvajes.

La visita diaria de Ramón en nada que alteraba el modo de ser de estas pobres muchachas; pues seguían sus quehaceres domésticos invariablemente por tratarle como amigo de mucha confianza; Lupe, sobre todo, mantenía sostenido el palique cuando Ramón llegaba, hablándole de sus lecturas, aventurando juicios y atreviéndose a discusiones; por eso aquella mañana el abanico soplaba más fuerte en la cocina, se escuchaban más repetidos los golpes en el tajo y el manipuleo en el molcajete, chirriaba con aspereza la manteca en la sartén, y los zapes al gato eran muy reiterados; pues no la dejaban a la impaciente Lupe meter baza en la charla las obligaciones culinarias.

Ramón hubo de entablar parloteo con la menor que no daba reposo a la aguja.

—¿Cómo van esos amores?

—¡Así, así! Doña Rosario me tiene una ojeriza atroz.

—¡Quién le hace caso a doña Rosario! Con que Marta quiera a usted lo demás le debe importar bien poco.

—Sí, muy bien pensado. Pero por esa oposición tienen que soportar todos los días estos plantones que han de molestar a ustedes.

—Viva usted sin cuidado. A usted lo tratamos como de la casa. Usted es el único que comprende nuestras desgracias y las remedia con sus cariñosos consejos, mientras que otros se burlan de ellas. ¡Ahí tiene usted a doña Rosario que ahora nos ha cogido una tirria!

—¡Todo por mí! Si yo no frecuentara tanto esta casa, tal vez...

—No señor: si nunca nos ha mirado con buenos ojos. ¡Todo porque somos más que ella!

—¿Y Marta no las quiere?

—Marta sí, hasta nos manda regalos y bocaditos a espaldas de esa furia de su tía; por supuesto, con mucha mortificación por nuestra parte.

Marta aparece en la ventana, ve a Ramón y le hace una seña con el pañuelo.

—¡El campo está solo! Con permiso de usted voy en una carrerita a hablarle a mi novia

—¡Cuidado, amigo mío, con una celada! ¡Esa doña Rosario las pesca al vuelo!

—¡No abrigo temor ninguno: con que usted me cante con esa voz que Dios le ha dado aquello de “Es el amor tirano audaz”... yo tomo las de Villadiego, doy vuelta por la esquina y me marcho muy campante.

—¡Lo haré! Pero los enamorados son sordos y ciegos... —dijo Rosita reprimiendo un suspiro que no escuchó Ramón porque ya estaba a media calle, para luego aproximarse a la ventana, tomar las manos de Marta y entablar un dulce y amoroso coloquio.

—Déjate de cosas, ¡amor mío! Eso lo dice tu tía para despresgiarme. ¿No crees en mis palabras? ¿No es suficiente prueba



de mi cariño soportar las humillaciones, las amenazas y los desprecios de doña Rosario?

—Sí; pero cuando el río suena...

—Aquí no hay más sonido que tu voz angelical que me fascina.

—¡Siempre con palabritas tiernas para tenerme contenta!

—Nada, bien mío, arroja de ti esa sospecha. ¿No ves que si dejo de visitar a las Carabantes no nos veremos en muchos días? Sé reflexiva, atiende a mis indicaciones y verás cómo me sobra razón.

De la ventana frontera salió una voz no mal timbrada que cantaba:

“Es el amor tirano audaz que no respeta autoridad ni Dios”.

—¡Ya ves; ellas mismas parece que les duele que tú me quieras. ¿No oyes como cantan?

—¡Ah, sí me voy, me voy! ¡Viene tu tía!

—¡No viene, señor mío, sino que ya está aquí! —exclamó doña Rosario con rabia, subiendo al corredor, echando por esa boca:

—Es usted un atrevido, que espía los pocos momentos que puedo salir a la calle para ponerme espantajos en la ventana y andar con visajes en la esquina. Estar encerrada todo el santo día en la casa porque usted, que es un vago y mal entretenido, anda siempre de azotacalles poniendo santiaguitos a las personas ocupadas.

—Doña Rosario, refrene usted la lengua porque...

—¿Me amenaza usted? ¡Lo que debía hacer es tener mejor educación! ¡Ya se ve, es usted un haragán que hace su santísima voluntad! Su señora madre...

—¡Silencio, señora, no me toque usted a mi madre porque entonces sí que no me contengo!

—¡Pues lárguese de aquí!

Y Ramón tuvo que separarse de aquella furia, porque ya los curiosos se amontonaban y se abrían las ventanas de las casas vecinas; el herrero que ocupaba la esquina, dejó de darle al fuelle para enterarse de la pelotera; las mujeres salieron al corredor, y las Sotabancos habían cerrado sus puertas y husmeaban por el ojo de la cerradura.

Doña Rosario entró como un huracán; golpeó los muebles, increpó duramente a la criada que se ocupaba en los quehaceres matinales, y enseguida se encaró con Marta.

—¡Oye, puerca, atrevida, ¿por qué te pones en la ventana a pelar la pava con ese “espantapájaros”, dime? ¿No te lo he prohibido repetidas veces? Vamos, ¿qué me respondes? ¿Así pagas mis desvelos, mis economías y mis favores? ¿No recuerdas que te recogí pequeña cuando eras para tu padre viudo un estorbo? ¿Te olvidas que te hice mujer, te vestí como princesa y te doy trato de reina? ¿Para qué, dime, para qué? ¡Para que un don Petate, un don Nadie, de la noche a la mañana, con sus manos muy limpias, se lleve todo lo que a mí me ha costado dinero, trabajo y lágrimas!

Marta comenzó por cubrirse el rostro con las manos y a llorar quedadamente, y acabó por gimotear y lamentarse con fuerza.

—En vez de llorar debías de darle su portante a ese mequetrefe que te ha engañado con el gancho de sus palabras almiaradas; que te promete el oro y el moro y las perlas de la virgen para ver si cae el pez en la remanga. ¡Pero no “caidrá”, no “caidrá”, que para eso estoy alerta! Tú te casarás cuando tengas más edad y con persona pudiente y de mi agrado; no con ese cualquiera, que porque escribe en los periódicos, y las infu-losas de las Carabantes lo ponen más alto que a un Salomón, tú ya tragas el anzuelo...

—No, mi hijita, serénate —esto lo decía con más calma y casi con dulzura, después de una corta pausa—, y piénsalo bien. Más tarde me lo agradecerás. Tú necesitas un marido de cierta edad, rico, de buen apellido y de sanas costumbres. ¡Ya aparecerá, ya aparecerá! Que por eso no he escatimado gastos ni sacrificios para darte la educación que tienes. Ya tocas el “peano”, bordas que es una maravilla, cosas que pareces una hada, y eres hermosa y bella como pocas. Conque dime, ¿qué te falta para casarte con un hombre maduro, podrido en pesos, que te traerá en la palma de la mano y te vestirá con lujo y te tratará con decencia? ¿O quieres ser esposa de ese “cucufate” sin una peseta, falto de nombre, sin porvenir, sin esperanzas, con una triste “finquita” de caña que a duras penas produce para que coman, gracias a los jarretes del hijastro de doña Remedios? Que si no, yo te contaría otro cuento. Déjate de llorar, chiquitina, y ponte al “peano” que no tarda en venir la profesora, pero antes ofrécame que no te casarás con ese badulaque y le darás hoy mismo su portante. ¡Anda, ofrécemelo!

—¡Ay, ay, si no puedo! ¡Lo quiero mucho!

—¡Eso dices ahora; pero dentro de dos semanas que dejes de verlo, como con la mano se te pasará todo!

Marta no respondió a las astutas insinuaciones de su “tía”, se enjugó el llanto, se compuso el cabello desordenado, dio un fuerte suspiro, sentose al piano y tocó con furia, pedaleando fuertemente, *El Caballero de Gracia* de la *Gran Vía* que privaba mucho en aquel tiempo.



## VI

QUICO redoblaba sus esfuerzos para mejorar la finca; los rendimientos eran mayores y los productos no escasos; seguía en su vida de rudos trabajos, placeres continuados y trapicheos escandalosos, por ayuda de las alcahueterías de Mencho que cada día eran más y más prodigadas.

Quico venía los domingos al pueblo —como él decía— para lucir la ropa flamante y vistosa de charro, y pasear el afamado Boabdil de noble estampa y de majestuoso paso; traía concertada una “pareja”<sup>157</sup> con el Palomo, caballo que en cualidades y condiciones rivalizaba con Boabdil; la carrera sería en terrenos de Los Melonares —parte oriental del terruño—; unas mil varas a salida limpia y al grito.

Por este asunto, dio de mano toda ocupación que no fuera alguna de las habituales tareas de la finca de caña, y por ello, escapó de sus garras de milano la Lucía que, a grupas del caballo de Mencho, tomó lindamente las de Villadiego yéndose a vivir con el hijo del mayoral.

Mencho, al principio, se hizo el ofendido; su mujer juró que haría esto y lo de más allá, y todo quedó en calma cuando Mencho, al ver tantos aspavientos, le dijo a Nicasia de manos a boca.

—¡*Dende* cuándo acá tantos humos! Tu hija se casó como yo: ¡*Detrá* de la puerta! ¡Y vete callando que no *toos ejtán en el sicreto!*

Dando tregua a estos desaguizados que no le quitaban el sueño a Mencho, trajo a Quico el mejor preparador de caballos

---

<sup>157</sup> “*Pareja*”: *correr parejas*: correr dos caballos emparejados; carrera de caballos o competencia.

para carreras que había en la comarca: un viejo amojamado, negro por los rigores del sol y la mugre que le cubría el cuerpo por la abstinencia absoluta del agua; le llamaban Tío Varo, y en cuestión de conocer yerbas, brebajes y otras cosas de mayor enjundia para que el caballo sujeto a un régimen preventivo saliera vencedor, no había en muchas leguas quien le sacara ventaja; Quico tuvo por un buen hallazgo el conocer a Tío Varo, y desde hacía algunas semanas lo había instalado en San Lorenzo, donde el marrullero del viejo se daba todo el tono de un Salomón rústico, por sus conocimientos que rayaban en brujería, según el supersticioso modo de ver las cosas aquella buena gente.

Desde los primeros días Boabdil fue sometido a un rígido método de vida, a él que le gustaba en las tardes frescas correr libremente por la extensa sabana de mullido césped, ora en seguimiento de las jóvenes yeguas que sólo se rendían a los potentes rejonos, ya en largo trote, azuzado por los perros que le ladraban a la grupa, ahuyentándose los entonces con acertadas coces; por este rigor se le reducía a un apartamiento severo dentro de la cuadra, con pienso escaso y pesebre pobre, agua dada por medidas dosimétricas, vigilancia para sus menores movimientos y ejercicio asentado, con una graduación que no obedece a ninguna escala, pero que sí se ceñía a la voluntad del viejo Varo, tan hábil en estos menesteres, que el caballo iba con el tiempo perdiendo en gordura de carnes lo que ganaba en elasticidad de músculos, en presteza de paso y en velocidad de carrera; aparte, desde luego, de las frotaciones con aguardiente por todo el cuerpo antes de obligarlo al paseo diario; los relinchos de Boabdil y sus inquietudes resueltas en violentas sacudidas de la poblada cola, en amusgar<sup>158</sup> de las orejas, en incendio de los ojos, en resoplidos de los ollares, en espumarajos por la boca y en ofensivas y duras coces, a la vista indicaban que el bruto, una vez puesto en la pista, aflojada la rienda, oprimidos los ijares y en alto la vara, se dispararía como una flecha por los paralelos carriles, entre el grito de

---

<sup>158</sup> *Amusgar*: echar hacia atrás las orejas en ademán de querer morder, tirar coces o embestir.

la multitud confusa y alharaquenta y el ¡jupa! ¡jupa! del anheloso y ágil jinete.

Llegó la noche de la víspera de la “pareja”; Tío Varo dio a beber a Boabdil ciertas esencias de muy subida importancia terapéutica para el buen resultado de la apuesta, a las doce de la noche en punto, no sin musitar antes quién sabe qué palabras, tan oscuras de sentido y tan extrañas de origen, que a cualquiera que las oyera —y cuenta que había algunos que a buen recaudo las escuchaban— habríansele de antojar ensalmos cabalísticos, o chismes de cartomancia y magia.

Con el competidor de Boabdil seguramente que se emplearían semejantes manejos y tan rebuscados fines, con los cuales también se barruntaba entre sus partidarios que sacaría ventaja en la carrera; al individuo que preparó el Palomo se le achacaban de igual suerte virtudes de muy alto intrínquilis, condiciones especiales de las que carecerían todos los que alistaban caballerías para carrera, y que sólo fueron conocidas así de abstrusas y complicadas, por Belerofonte, domador de los indómitos potros de la Tesalia.

La “pareja” entre Boabdil y el Palomo era muy sonada, no sólo en las rancherías y villorrios comarcanos, sino también en el terruño y pueblos vecinos.

Hubo chusco de esos que nunca faltan en todas partes, que propalara la especie, con subidos visos de verdad y bajo la doble llave del secreto y del ministerio, de que los contrarios de Boabdil habían sobornado al viejo Varo para que la víspera de la carrera y en punto de la madrugada, a modo de que nadie se diera cuenta de la treta, corrieran los caballos que tenían convenida la puesta, y que en esa prueba oculta el Palomo le sacó ventaja al moro.

Como todas las cosas que se cuentan en secreto, la mala nueva llegó a oídos de muchos y despertó la codicia de ellos, tan desmesuradamente y por la certeza del triunfo, que las mujeres del campo apostaban sus cerdos, sus tumbagas, sus cadenas, sus vacas, toda suerte de prendas y bienes muebles, por la seguridad que tuvieron de que el Palomo vencería con motivo del embuste.

El día de la carrera fue un domingo de agosto, sofocante por el sol canicular que calcina la tierra, llena de vapores asfixian-

tes la atmósfera, empolva las carreteras, agrieta los caminos, puebla el cielo de nubes, calienta el viento tenue, tuesta y abarquilla las hojas de los árboles, marchita las flores delicadas y enciende en colores las aguas del río.

Muchedumbre compacta se arremolinaba, se oprimía, se apretujaba en culebreos por el extenso llano donde pleno caía el sol que chamuscaba las carnes, hacía echar vaho al césped y azotaba el rostro como si una llama ondulara a cada movimiento del aire; la gente estaba a pie firme, desafiando las insolaciones, sin temor a las oftalmías secas ni preocuparse por las fiebres perniciosas; las mujeres, con paños de vistosos colores, se arrebozaban el busto, llevaban sombrillas chillonas de tintes oscuros que más las sofocaban que las resguardaban de los rayos caniculares; los hombres se guarecían de la lumbre del cielo con el sombrero aludo de palma, o con paraguas negro que absorbía el calor y ponía sobre sus cabezas una estufa candente; las caras se enrojecían muy al vivo, los cuerpos se empapaban con un sudor copioso y cálido; los jinetes, que andaban de aquí para allí, jadeaban sobre las caballerías picadas de sol; a uno y otro lado de los carriles se extendió una verdadera muralla humana, apiñada, vocinglera, chillona, contenida en su invasión por una valla de estacas y cuerdas para dejar libre la pista por la que correrían los caballos; fuera del cerco inquieto se formaban grupos que manoteaban, gesticulaban, cerraban las apuestas y se cambiaban palabras crudas; de todas partes salían gritos, juramentos, estrépitos y una vocería indescriptible, en todo lo cual se confundían los trinos atiplados de las mujeres con los vozarrones ásperos de los hombres; distinguíase, sobremanera, el agudo vocear de los vendedores con cajones a la cabeza que pregonaban su mercancía: “¡Dulces! ¡Dulces!” Por acá se acerca un mocetón con un cubo pintado de rabioso verde con franjas coloradas, que canta con voz gangosa: “*Yeve, yeve! Yeve frejca!*” “¡A los *heláos* de lecheee!” Por allá andan los granujillas y las zangarillejas con canastas al brazo y ollitas en las manos, ofreciendo: “¡Empanadas de carne! ¡Calientitas! ¡Calientitas!”

A ambos extremos de la lienza, aguaduchos, tendales al aire libre, con refrescos, licores y frutos de la estación. Allá, al comienzo de la pista, se ven diminutos los caballos; el moro,



encubertado por un lienzo blanco con orla de roja cinta y con letras del mismo color de la cinta, lleva un rótulo a los lados de las ancas, que dice: BOABDIL; el contrario, trae otro paramento rojo y en letrero blanco el nombre de PALOMO.

Como la “pareja” es en punto de las doce, y aún son las once, los dos caballos, con sus jinetes en cueros vivos, sólo cubiertos con pañetes y un pañuelo atado a la cabeza, pasean por los carriles de arriba abajo; al pasar por la dilatada muralla, son saludados con aclamaciones y vítores. ¡Cuidado, Piojo, como *noj aces* quedar mal! ¡*Aí* va el moro que corre *má* que una flecha! ¡Yo *apajtaría* al Palomo *jasta el pejcuezo* segurito de que no me han de ahorcar! ¡Cállate, “papero”, que sólo juegas una peseta! ¡¡¡Yo!!! ¡*Ejtán casáos*, aquí lo deposito! ¡Vayan los *dié peso*! Y las apuestas se cruzan por fuera, aparte de los mil pesos que se juegan por dentro.

Quico andaba de charro sudando la gota gorda debajo del peludo sombrero jarano, sin chaqueta y con pantalón ajustado, de popotillo color de yesca y cachirulo negro, que lo iba quemando a fuego lento; montaba un caballo colorado, trotón y un tanto flaco que no se compadecía con la rica indumentaria de su jinete; Mencho discurría entre los grupos encomiando las cualidades de Boabdil y la pericia del Tío Varo para aquello de alistar caballos, a modo de que se casaran nutridas apuestas; Quico, desatendiéndose de los mil pesos que jugaban por dentro, apostó cincuenta por fuera, en plata sonante, y por cima de eso un potro nuevo; todos los que creían estar en el secreto de la corrida clandestina por la madrugada, apostaban al Palomo, de suerte que la carrera se presentaba de una importancia nunca vista en muchos años atrás.

En la pista, en el lugar de la salida, estaban dos jueces por cada parte, y en la de la llegada, igual número de ellos. ¡A prepararse! ¡Falta un cuarto para las doce, y la arrancada es al grito!, —anunció uno de los jueces, reloj en mano.

Por esta advertencia, los “parejeros” dejaron los paseos, quitaron las mantillas a los caballos, se montaron en pelo y comenzaron a poner uniforme el paso de los animales; llegaban a la lienza y retrocedían; dos o tres veces se repitió el asunto, hasta que a la cuarta vez un grito formidable de ¡Ahora!, que acalló toda la algarabía y suspendió el aliento

de los espectadores, puso en movimiento a los jinetes y los caballos se dispararon por la pista; una tolvanera los cubría, y sólo se vio avanzar un remolino de espeso polvo como una ola inmensa que viniera extendiéndose en línea recta a todo lo largo de los carriles.

En medio de aquella muchedumbre imperó el silencio; todos estaban suspensos, atentos a aquella nube de polvo que avanzaba, avanzaba siempre con el ímpetu del simún, y sólo se oía el ahogado grito de los jinetes que aullaban ¡upa! ¡upa! atajados sobre las cabalgaduras, con las “varas” en alto y los talones repiqueteando por los ijares.

Lo que sucedió al llegar los “parejeros” al extremo opuesto de la pista no puede describirse: Boabdil, como un rayo, alcanzó la lienza sacándole un cuerpo al Palomo, casi negro por el sudor que brotaba de su estampa y el polvo que le cegaba la vista y parecía asfixiarlo al introducirse por las fauces llenas de espuma; el moro siguió corriendo, corriendo; no quería obedecer la rienda, tascaba el freno y, vuelto un dragón, arrojaba fuego por la boca, ollares y ojos; el jinete se echó sobre sus lomos húmedos, tiro entonces con fiereza de la brida, le hizo dar vuelta en redondo y el bruto paró el vuelo de repente.

Un murmullo ensordecedor apagó los resoplidos frecuentes de los caballos; la gente invadió los carriles y vino abajo la valla; se apeloaban, se exprimían, manoteaban y echaban ternos y picardías por sus bocas descompuestas. ¡Eso no *puée* ser! ¡Aquí hubo trampa y de las gordas! ¡A medio terreno el Palomo sacaba ventaja! ¡El “parejero” *ejtá vendió*, llevaba el *láo* de la vara! Nadie quería rendirse a la evidencia; nacieron las disputas, vinieron las reyertas y llegaron las injurias; la policía hubo de imponer el orden, y, de grado o por fuerza, los que apostaron al Palomo aflojaron los bolsillos y soltaron las cantidades casadas en las apuestas.

Quico no cabía en sí de gozo; se echaba al cogote el sombrero peludo, espoleaba al manco, prodigaba parletas a troche y moche, gesticulaba con ademanes arrebatados y ponía a Boabdil por sobre la cuadriga de la Aurora guiada por Apolo; quería que todos supieran que él era el dueño de aquel prodigio que le sobró tierra para correr y dejó con un cuerpo en claro al derrotado Palomo, y lo proclamaba ruidosamente a voces.

En los aguaduchos y tendales se agolpaban las gentes, bebían, hacían rebotar las monedas sobre la tabla mojada de las mesas que servían de mostrador; se emborrachaban de aguardiente cuando estaban ebrios de sol y de entusiasmo; las mujeres abandonaron el campo en parvadas, bajo el dombo<sup>159</sup> quemante de sus chillonas sombrillas; también ellas disputaban y le escatimaban al caballo vencedor las aclamaciones de triunfo, todo por la esperanza fallida, alentada por la mentirosa especie que había circulado muy de mañana; una de tantas perdió su rico cachirulo venido a sus manos pecadoras de madres a hijas, juntamente con su tumbaga de oro; la de más allá, sus gallinas con sus cerdos y guajolotes; aquélla, cinco pesos que, hechos una bola, trajo envueltos en el rojo pañuelo después de haberlos sacado del apartadizo de la olla enterrada donde los guardaba; ésta perdió sus largos aretes de blancas y brillantes perlas; de suerte que las rancheras fueron las más entusiasmadas por la carrera y las que más sufrieron por creerse de nigromancias y de estratagemas. Entre los hombres, las apuestas fueron casi todas de dinero; unos entregaban al momento lo “casado”; otros iban de aquí para allí en busca del perdidoso para recabar la apuesta; ese tal, arrebañaba todo lo que tenía en los bolsillos y entre la copa del sombrero para contarle sobre la mesa misma del aguaducho y entregar sin chistar lo perdido; el de acá, recibía peso sobre peso la apuesta ganada en la lid, rechazaba esta moneda por ser trefe,<sup>160</sup> cambiaba la otra por tener alguna lacra, y a todas les ponía falla, meramente parecía que deseaba ganar moneda recién salida del troquel; ese cual, arramblaba con lo de un envoltorio que representaba una apuesta, desataba el nudo del pañuelo, y eso era meterse morralla y más morralla, que no todo había de ser duros relucientes, por la secreta y los bolsillos del pantalón sin hacerle mucho asco a las monedas, porque, como él decía, todo era ganancia loca.

El Palomo y Boabdil, después de los paseos de ordenanza para refrescarlos, fueron llevados a la sombra de los árboles

---

<sup>159</sup> *Dombo*: domo.

<sup>160</sup> *Trefe*: falso, falto de ley.

que bordean la llanura de Los Melonares, con el propósito humanitario de que descansaran, al cabo de lo cual, se encubertaron con los respectivos paramentos y salieron rumbo a sus pesebres; Boabdil rodeado de una multitud que lo aclamaba, y el Palomo de otra cola que no dejaba de protestar al aire y de repetir al viento que hubo trampa.

Dentro de las tiendas acrecentó el entusiasmo; sobre todo, en las cantinas y tabernas; la cerveza corría espumosa por el borde de las escanciadas copas; el coñac y la ginebra resque-  
maban las gargantas, y el hablar bullanguero crecía a medida que rondas y más rondas circulaban entre los bebedores, así fueran perdidosos o vencedores.

## VII

PASARON algunos años y Ramón seguía en sus trece, no obstante las repulsas y oposiciones de doña Rosario; Marta se mantenía también en sus amores y las Carabantes los protegían y llevaban adelante con muy estudiada diplomacia.

Rosita, acaso, era la única que no miraba con buenos ojos aquellos amoríos; sin darse cabal cuenta, sentía repulsión por Marta; la hallaba insípida, soberbia y muy pagada de su bonitura y de su arte para tocar el piano; poco señora para hacer las delicias del hogar y la felicidad del matrimonio; no intentó disuadir a Ramón de tales relaciones, y una vez que se atrevió a decir algo como venido al paso en el curso de la plática que sostenían, Ramón, enamorado y ciego, creyó ver en semejante actitud la astucia de doña Rosario que hasta la casa de las Carabantes llevaba la preponderancia de su odio, minándole aquellas sanas amistades que tanto y tan evidentemente protegían sus amores.

Rosita, aunque no tan bella como Marta, contaba con ese no sé qué, con ese don particular que tienen algunas mujeres de bien parecer; el conjunto de sus facciones era agradable; los ojos negros y expresivos, la nariz fina, la boca grande, pero perfectamente dibujada, la dentadura menuda y brillante; las manos como las de una reina, limpias, cuidadas y rollizas; los pies pequeños y bien calzados, el talle esbelto sin las estrecheces del corsé, el pecho abultado, los brazos mórbidos y en la voz una armonía tan dulce, que cautivaba a quien le prestara atento oído para escucharla; jamás tuvo novio; uno que otro galanteo en las reuniones a que, de higos a brevas, concurría, y después... ¡Si te vi no me acuerdo!

La frecuencia del trato con Ramón, sus continuas visitas y sus inveteradas confianzas, bien pronto hicieron nacer en el

cerrado corazón de la doncella un afecto hondo, sumiso, dispuesto a cualquier sacrificio y pronto al rasgo noble y generoso; Rosita ignoraba qué fuera aquello, o aparentaba desconocerlo; cuando Ramón faltaba a la cotidiana visita, entraba la joven en desasosiego; ella que no dejaba la aguja de la mano con el bordado a veces y con la rejilla casi siempre ante los ojos, entonces salía al corredor con algún pretexto, retornaba a su asiento y a su aparente quietud, para de seguida volver a la puerta; cosía con agitación y se pinchaba los dedos; cuando Lupe extrañaba la visita del ausente amigo, la inquieta muchacha respondía aparte: —Como bien temprano salió Marta con doña Rosario, andará tras de ella huyéndole el bulto a la tía y pelándole los dientes a la sobrina. Yo en el pellejo de Ramón, dejaba a esa majadera. ¡Cuidado que ha sufrido por ella!

—Por eso la quiere tanto —replicaba Lupe—; si no se hubiera opuesto doña Rosario tan abiertamente, ten por seguro que Ramón no pensaba a estas horas en Marta.

—Esa es la condición de los hombres: no apetecen lo que tienen a la mano y van a buscar lo que anda por las nubes —objetó Rosita.

—Barrunto aquí para mis adentros, que toda esa aparatosa rebeldía de doña Rosario no es más que pura soflama de la vieja carbonera para que el ciego de Ramón apesure las cosas y se case cuanto antes. Porque, ¿vamos a ver?, ¿qué pero le pone al pretendiente?, ¿qué es pobre? Ella es más pobretona que Ramón. ¿Qué no es de elevada alcurnia? Ella es hija de una tamalera. ¡Vaya, que no tienen por dónde desechar el partido que se le presenta a su sobrina!

Rosita callaba más y más, se picaba los dedos con la aguja, dando de vez en cuando entrecortados suspiros.

Cuando Ramón volvía, la casa toda se llenaba de contento: Clara cantaba, Lupe reía, la bonaza de Rosita a hurtadillas contemplaba a Ramón sin darse éste cuenta de la muda admiración de que era objeto, y hasta el gato, hecho un ovillo en el asiento de cómodo butaque, salía de su modorra para saltar tras un burujo de hilachas que andaba por los pies de la costurera; los jarrones de la mesa tenían flores frescas y fragantes, puestas por las manos diligentes de Rosita; el suelo brillaba de

limpieza por la habilidad de Clara, y algunos libros favoritos de Ramón estaban bien a la vista para si al afortunado literato le venía en gana leerlos. Era legítima y sincera aquella alegría: las Carabantes no tenían amistades, vivían sin sociedad; unos las tomaban por altivas damiselas encastilladas en sus ilusorios títulos nobiliarios; otros, por unas pobrecitas que sólo abren la boca para pedir limosna, y todos las criticaban por su rebelde aislamiento y por su orgullo necio; Ramón, pues, era el único amigo de aquel hogar modesto; él las consolaba, él hacía soportable aquella vida de abandono, de desgracia y de pobreza, ahora con sus atinados consejos, ahora con sus ocurrentes pláticas; de vez en vez les hacía encargos de costuras, de bordados, de plantas florales, de conservas y dulces, a modo de que el trabajo y su producto no faltaran para el sostenimiento honesto de la casa.

En el patio había un derroche de flores coloridas y olorosas; Rosita, en verano, todas las mañanas y todas las tardes regaba las plantas, podaba las ramas marchitas y los renuevos quemados por los vientos invernales; y en ramilletes fragantes y profusos enviaba su ofrenda a la Virgen por el mes de mayo; cuando abría el primer jazmín-rosa, hermano de leche de la gardenia, su corola altiva y perfumada en la rozagante mata, lo cortaba con cuidado, lo besaba repetidas veces y se lo ofrecía a Ramón al tiempo del saludo diario, diciéndole con voz timbrada y tímida: “Tome usted este jazmín... ¡para Marta!” Y con cualquier excusa se iba a su alcoba y allí lloraba, lloraba, mansa y calladamente, hasta que de su pecho salía en hilo la honda pena que la atormentaba.

Doña Remedios iba consumiéndose poco a poco; el médico decía que aquello era cardíaco; la enferma que cosa del hígado, y entre récipes, potingues y cuidados se estaba quedando como una momia.

Ramón veía claramente cómo la muerte se avecinaba al lecho de la valetudinaria señora; el golpe fatal lo veía venir por sus pasos contados, y temblaba su alma y domeñaba su cariño para no alarmar a su querida y santa madre.

Antes, doña Remedios, si no se oponía por redondo al proyectado enlace de Ramón, dábalo a comprender con sus reticencias cada vez que se hablaba de la boda, con su mutismo

siempre que don Prisciliano le pedía parecer sobre el asunto; pero ahora que con esa clara videncia propia de ciertos enfermos veía su próxima muerte, casi anhelaba que Ramón se casara cuanto antes; así no quedaría solo en el mundo, y a su lado otra mujer, con menos cariño que ella, le cuidaría y acompañaría no haciéndole tan amarga, solitaria y triste la orfandad en que se viera sumergido para siempre.

Marta hizo creer a doña Rosario que ya había terminado las relaciones con Ramón; doña Rosario bullía de contento, compró un vestido nuevo a la huérfana y la llevó a la retreta, con gran alegría de Ramón que pudo mirarla a su sabor por dos horas y al son de la música que tanto hace soñar a los enamorados.

Desde que doña Rosario creyó en el rompimiento con Ramón, le metió a Marta por los ojos a don Jerónimo, viejo verde, rico, alegre, parrandero y decidor, que después que deshonró a la hija de su ama de llaves, la abandonó a la miseria.

Don Jerónimo, con sorpresa de Marta, venía a la casa jueves y domingos; luego de mil reverencias, ridículas y estudiadas, tomaba asiento en el estrado cerca de doña Rosario; al cabo de corta conversación, la tía llamaba a su sobrina y la mandaba sentar junto al viejo, a quien se le encandilaban los ojos tras de los espejuelos de gafas de oro cuando alababa la gallardía de la niña y la miraba largo y detenido, por una obstinación de cegato, para enumerar todas las perfecciones de la muchacha, entonces doña Rosario espantaba el embobamiento y la sosería del viejo mandando a Marta con ruego:

—¡A ver, chiquitina, toca algo en el “peano” para obsequiar a don Jerónimo!

—¡Si no sé, tía! ¡Lo hago muy mal!

—¡Qué no vas a saber!...¡Anda, no seas remolona!

—¡Sí, que toque! —afirmó el vejete con una risita que le ponía convulsa la barbilla con riesgo que se le saliera la dentadura postiza.

Marta se fue respailando<sup>161</sup> a destapar el piano; recorrió el teclado y tocó *El dúo de los paraguas*.

---

<sup>161</sup> *Respailar (Respailando)*: Moverse rápido y atropelladamente. Se emplea, por lo común, en el gerundio y con verbos en movimiento.



—¡No, mi hijita, no! Algo serio.

Y Marta ejecutaba *La marcha Jone*.

—¡Jesús, María y José! ¡Eso es cosa de muertos!

—¡Sí, mi señora doña Rosario, es muy fúnebre! —y el viejo reía, reía, temblándole la barbilla convulsivamente con peligro de la dentadura.

—¿Pero qué toco?, ¡por Dios!

—¡Cualquier cosa que no sea eso, chiquitina!

La niña, después de algunas escalas de registro, metía en solfa el “Coro de los martillos” del *Trovador*.

—¡Vaya, hasta que te salió algo serio!

Pero cuando el viejo comenzaba a tomarle sabor a la música, manifestándolo con movimientos suaves de cabeza y balanceo de su flácida pierna cruzada, Marta cambió de sonata y de sus dedos salieron traviosos, retozones, como risas reprimidas primero, como carcajadas estruendosas después, “Los enanos”, el estribillo que se les canta a los niños y a los memos.

Doña Rosario no sabía dónde poner los ojos, reprimía la corajina, entrelazaba las manos sobre su desarrollado abdomen, se removía en el asiento en tanto que don Jerónimo comprendió la burla, descruzó la pierna, se levantó de un saltito, tomó el sombrero y se despidió ceremoniosamente, diciéndole a Marta que no dejaba de darle manazos al piano: ¡Adiós, mi niña, ensaya *Los cangrejos* para otra ocasión que vuelva!

Por la despedida del vejete, doña Rosario tuvo un sofocón; echaba chiribitas, cerró con estrépito las puertas y se fue hacia su sobrina con las manos crispadas en los labios convulsos.

Marta tuvo miedo y huyó a refugiarse en su alcoba; hasta allá la siguió doña Rosario, y con los brazos puestos en jarra escupió por esa boca: —¡Esas tenemos, malcriada! ¡De ese modo te he enseñado a recibir a las personas que me merecen aprecio y consideración!

Mira, no te doy de pescozones porque nunca te he maltratado de obra, pero ¡mereces una felpa por tu proceder poco decente!

¿Qué dirá don Jerónimo? ¿Qué te burlas de él, que lo tomas por su espantajo, cuando es una persona de calidad, rico, deditivo y buen cristiano!

¿Y ahora con qué le salgo, dime?

Porque el buen señor, como persona decente que es, vino a pedirme tu mano para enseguida tomar tu consentimiento. ¡Desea hacerte su esposa!

—¡Primero me tiro al río! —exclamó con entereza Marta.

—¿Amenazas tenemos? ¡Ya sabes que a mí no me asustas con esos “berrinchines”! ¡Usted se casará con quien le mande!

—¡Lo veremos!

—¿Te me insolentas?

—¡Me defiendo!

Cree usted, sin duda, que soy un fardo que se vende al primero que llega. Pues usted se equivoca de medio a medio; yo mando en mi cuerpo y en mi alma, y no seré más que de quien yo quiera!

—¡Y mis desvelos, y mis economías, y mis...

—Hace años que me viene usted con lo mismo; al principio por ignorante callé; después por prudente; pero ahora no estoy dispuesta a que usted me ultraje de esa manera. En mi ropero guardo una carta de mi padre que tenía usted en su gaveta con otros papeles; entre ellos mi fe de bautismo y en esa carta...

—¡Venga esa carta!

—¡Nunca! Esa carta es mi salvaguardia; por esa carta conozco que usted me acariciaba y mimaba por vil interés; por esa carta sé que nada ha puesto usted de su bolsillo para criarme y educarme; por esa carta supe sus mentiras y sus calumnias al decirme que mi padre mandaba una miserable pensión; por esa carta exigirá mi esposo cuenta detallada de la hijuela mía que recibió usted al morir mi madre.

—¡Atrévete, atrévete!

—¡Sí que me atreveré! ¡Soy mayor de edad y me atreveré a todo!

—¿Tú eras la gatita mansa? ¡Hipócrita!

—¡Usted me enseñó a ocultar mis inocentes pensamientos desde muy pequeña; usted me adiestró en el disimulo y en la mentira; por usted parecía una niña bobalicona que no sabía más que decir cuando alguno me alababa: “Favor que usted me hace”.

—¡Hipócrita, lengua larga! Tienes muchos bríos, pero yo te los reduciré. ¡Mañana mismo veré al Juez!

—¡No se moleste, que si usted no acepta que me case con Ramón, el Juez mismo hará una visita por esta casa y la obligará a que me deposite en domicilio de confianza hasta que Ramón y yo nos casemos!

—¿Conque era una celada la que ustedes me tendieron? —gritaba doña Rosario espumarándole la boca y partiendo las palabras con los dientes.

—No, señora: del enemigo, el consejo; usted me aconsejaba la mentira, el engaño y la falsía; que apareciera como una niña sin voluntad propia, plegándome, en todo y por todo, a los caprichos de usted y no puede quejarse: durante mucho tiempo hice todo lo que usted quiso, todo, todo, ¡hasta sufrir con paciencia las visitas de ese vejestorio ridículo que me guardaba para marido! ¡Ya ve usted que no tiene por qué poner el grito en el cielo!

—¡Pero si tú no eres Marta, mi sobrina, la que me decía tía con los ojos bajos y las manos cruzadas!

—No; ahora soy la futura de don Ramón Pérez y Mora.

—¡Eso lo veremos, señora mía! ¿Acaso crees que me has vendido? ¡A la hora del freír será el reír!

—¡Usted sabe lo que se pesca!

Esta es la disyuntiva: o me caso como Dios manda con Ramón en haz y en paz y sin escándalo, o interviene el Juez del Registro Civil y salgo para siempre de esta casa que ha sido para mí un doloroso cautiverio. ¡Escoja usted!

Doña Rosario con esa perspicacia que no le escaseaba ni en los momentos más difíciles de su vida, cerró el pico, recapacitó, y allá en los rincones de su memoria se puso a hacer cuentas y encontró un saldo enorme a su cargo: la hijuela de Marta se había evaporado como por ensalmo, y a mucho estirar, los gastos hechos en la tutela no daban para obtener la suma de que dispuso doña Rosario al comprar la casa en que vivía, ni aún agregándole las mensualidades liberales que recibiera hacía algunos años.

—Bueno; te casarás. Pero ya sabes, por un lado sales tú para la iglesia y por otro me largo yo de esta tierra ingrata.

Marta se encogió de hombros y se metió en su lecho.

A la mañana siguiente, acabadas las tareas matinales, Marta, ya acicalada y peripuesta, un tanto pálida y ojerosa, se

puso al piano, y a vuelta de algunos acordes, salieron potentes y límpidas las notas de la obertura de *Semíramis*. Fue la señal que convino con Ramón para darle a conocer el triunfo.

En vista de los impedimentos de doña Rosario, Ramón, de acuerdo con Marta, escribió una carta lacónica y seca pidiéndole las cartas y las prendas que tenía de él para simular un rompimiento; la carta, por estudiado intento, fue a dar en poder de la enfurruñada tía, quien creyó a pie juntillas el dicho de su sobrina, tanto más, cuanto que Marta lloró y moqueó que era una lástima oírlo; tomó confianza la entonces cándida señora, y aunque veía llegar a Ramón a la casa de las Carabantes, bien que no tan menudamente, como notara que Marta no se ponía a la ventana ni Ramón lanzaba la vista para el frente, tragó sin mucho esfuerzo la engañifa de las calabazas propinadas a su sobrina. Así las cosas, Ramón instruyó a Marta de todo lo que debía hacer, con cautela y tino, para dar un golpe decisivo que le dejara salida a la engañada tía; Marta tomó tan de cerca las lecciones y las aprendió tan a la letra, que en el momento culminante no se aturrulló ni se volvió atrás; antes bien, recobró sus nulificados fueros y alcanzó los derechos usurpados; la carta de su padre, en la que le hacía una relación completa de las disposiciones que daba para antes que muriera por una enfermedad que los médicos declararon incurable, de las cantidades que recibió doña Rosario y del monto de la hijuela de la madre de Marta, así como en ella se asentaba menudamente el nombre del notario en cuyo protocolo radicaba su testamento, fue la clave, la circunstancia más inmediata que hicieron venir por tierra las combinaciones y enredos de doña Rosario.

Ramón al oír *Semíramis* se puso tan alegre que estuvo a punto de abrazar a Rosita que salió, como de costumbre, a recibirlo a la puerta.

—¡Qué cara de Pascuas trae usted hoy! Hace meses que la tenía usted de pocos amigos.

—¡Cosas de la fortuna loca!

—¿Le cayó el premio de la lotería?

—¡Algo mejor!

—¿Puede saberse?

—¡Me caso!

—¡Cómo! —exclamó Rosita como pudiera decir: ¡Qué desgracia!

—Sí, mi buena amiguita, las cosas han variado por completo, y una vez que mi madre mejore de sus males, doblo humildemente la cerviz y me rindo sumiso a la coyunda.

—¿Con quién? ¿Puede saberse perdonando la indiscreción?

—¿Con quién ha de ser? ¡Con Marta!

La costumbre de dominar sus impresiones contuvo a Rosita; se le veló la vista, vio todo negro a su alrededor y sintió que se le hacía un vacío debajo de sus pies; se repuso pronto, y luego en un salto corrió a la puerta del comedor y con fingido gozo, gritó: —¡Muchachas, salgan que aquí está Ramón hecho una sonaja porque se va a casar con Marta! En diciendo eso, precipitadamente se metió a su alcoba, se tumbó de bruces sobre el lecho, y apretándose el rostro con las almohadas, ahogo los suspiros dentro de ellas y las empapó con sus lágrimas.

Lupe fue la primera en tomarle el pulso al palique.

—¿Conque dio resultado la estratagema?

—¡Mejor de lo que yo me imaginaba!

—Tenía que ser; yo aunque estaba en el secreto, se lo oculté a todas; ni Clara ni Rosita se dieron cuenta de nada, y luego que usted dejó de venir por acá; se sentaba, cuando venía, en ese sillón, quedándose las horas mudo, triste y con una cara de herrero que cualquiera la tragaba hasta doña Rosario que es un tiburón.

—¿Y cuándo es la boda?, —preguntó Clara.

—A punto fijo no puedo señalar fecha determinada; es cuestión de que se alivie mi madre; como puede ser dentro de tres meses, puede ser mañana.

—Y la furia de doña Rosario, ¿cómo consintió?

—Me extraña la pregunta, Lupe. Usted sabía, igual que yo, cómo andaban las cosas, me guardó el secreto para todos y aún me ayudó con su malicia y curiosidad de mujer.

—¡Gracias por el piropo!

—Me ayudó a desentrañarlas. Todo salió a medida de mis deseos: nada más espero que me escriba Marta para conocer el caso con todos sus detalles.

—Fue un gran recurso lo de la carta del padre, su futuro suegro.

—¡Ya lo creo! Para algo había de servir la curiosidad de las mujeres.

—¡Ahora me toca a mí dar las gracias por el piropo! —interrumpió Clara.

—Sin esa curiosidad, la cosa hubiera salido más tardada y enojosa; como Marta entra en la mayoría de edad, puede disponer a su antojo de su albedrío, si no el Juez del Registro Civil pone a la tía más suave que una malva.

—¿Y Rosita?

—Ha de estar encerrada con sus santos.

De poco tiempo acá menudea más las oraciones y no piensa sino en rezar y en pedir por nosotros los pecadores.

—¡Dios la oiga!

—Dígame usted, Ramón, ¿y van a tener boda?

—No puedo afirmarlo; ¡más tarde veremos!

—Eso fuera bueno, que hubiera boda para que rabiara más doña Rosario —insinuó Lupe.

—Yo creo que con boda o sin ella rabiará.

¡Cómo que se le fue la sopa de la mano a la boca!... ¡Pues, no quería casar a Marta con ese estantigua<sup>162</sup> de don Jerónimo!

Nosotras ya extrañábamos las visitas del viejo; pero creíamos que eran por asuntos de negocios.

¿Qué mejor negocio que el querer casar a Marta con el viejo? No ven ustedes que así doña Rosario mangoneaba en todo, y al cerrar el pico el Matusalén, quedaba con pandero en mano, rica y envidiada?

—¡Pero qué es de tantas agallas la carbonera!

—Sí, Lupe, y dura de pelar. ¡Esa señora no se muere ni de aquí a cien años, y aunque nos infestemos de peste bubónica, es inmune!

—¡Peor para usted que tendrá que apechugarla de suegra!

—¿Suegra? Ella en su casa, y yo en la mía y Dios en la de todos, y desde lejitos y con la punta de los dedos ¡adiós! y ¡buenos días!

—Pero dirán que Marta fue una ingrata con ella.

---

<sup>162</sup> *Estantigua*: persona muy alta y seca, mal vestida.

—Si fuera uno a darle crédito a todo lo que se dice, no viviríamos para disgustos.

—Eso sí es la purita verdad. ¡Ya ve usted cómo nos tije-rete-a a nosotras!... Todo porque somos pobres y venimos de gente linajuda..., que si no.

—¡Bueno, ya les di la noticia! Ahora me voy a la Redacción a escribir un artículo; luego o mañana, vuelvo...

—¡Cuando guste!

—¡Adiós! ¡Salúdeme a Rosita!

—¡Rosita, Rosita, se va Ramón, ven a despedirte!

Salió Rosita con los ojos llorosos y la cabeza ceñida con un pañuelo.

—¿Qué tienes? —preguntó Lupe.

—Jaqueca —dijo blandamente.

—¡Esa es la enfermedad de las mujeres! ¡Adiós, Rosita, que se mejore!

Y Ramón salió y en medio de su regocijo no pudo notar una mirada de tristeza que irradió de los grandes ojos de Rosita, y dos lágrimas que temblaban en sus pestañas sedosas y negras.

Ramón llegó a la Redacción de *El Correo de Sotavento* en el instante mismo en que “Ravachol” y Pepín andaban a la greña.

—¡Eso no es poema ni Cristo que lo fundó!

—Tú dirás lo que quieras, ¡pero es poema! Oye este comienzo:

El ronco teponaxtle con quejumbre resuena

En el viejo teocalli de los reyes aztecas.

—¡Si esos son versos, que me nombren Arzobispo de Toledo o Archipámpano de Sevilla!

—Tú quieres versos al estilo antiguo; ¡a lo Lope de Vega, a lo Calderón, a lo Zorrilla! Eso ya no se usa; se ha olvidado de puro viejo; ahora priva la manera nueva, el modernismo, decadentismo que dicen los necios.

Bien se conoce que nunca has leído a Rubén Darío, ni Lugones, ni a... ¡vaya, que no has leído nada!

—¡Para leer simplezas con tus versos me basta!

—¡Mira, aquí llega Ramón! Oye, dime con franqueza, ¿qué te parece el comienzo de este poema? Pero fíjate bien:

El ronco teponaxtle con quejumbre resuena  
En el viejo teocalli de los reyes aztecas.

—¡Hombre, me parece, la verdad, muy hueco y muy vetusto para ser *teponaxtle* y *teocalli*!

—¿Tú también te burlas? Pues mira, en el *teponaxtle* tienes el recuerdo de todos los cantos guerreros de aquella heroica raza; el *teocalli* despierta la remembranza de los sacrificios humanos.

—¡Sí, todo suena a chirimía, señor poeta!

—¡Calla, “Ravachol”, calla, que tú no entiendes de rima; no sabes más que hablar de... alcoholes!

—¡Cosa que se lee más que tu poema!

—Lo prudente, señores, es dar cima a nuestra tarea; el periódico está por hacer, y por chirimía de más, o teocalli de menos, nos vamos a estar aquí mano sobre mano y con los brazos cruzados.

Pepín siguió rumiando su poema; contaba las sílabas con los dedos y musitaba otros versos que traía en la cabeza.

“Ravachol” y Ramón se pusieron a trabajar silenciosamente.

De pronto salta “Ravachol” de su asiento con un periódico en la mano, gritando: —¡Esto es infame, esto es inicuo!

—¿Qué pasa, hombre? ¿Le han prendido fuego a San Juan de Ulúa?

—Topara allí. ¡Nos insultan desde este periodicucho! Oiga llover:

El Director de *El Correo de Sotavento* es un tráfugo; su artículo acerca de la “Zona Libre” es un ataque solapado a nuestras instituciones democráticas, a la obra magna de nuestros constituyentes; no creímos nunca que su pluma se manchara de esa manera.

—¿Qué les parece? Bien se conoce que el periódico es de por la frontera y que el autor del articulejo está muy lejos, que si no.

—¿Qué le contestamos?



—¡Nada, “Ravachol”, hágase cuenta que no ha leído el periódico!

—¿Pero nuestra entereza periodística, nuestra valentía de pluma?

—¡Guárdelas para cuando sea oportuno! ¡Mire, ahora se necesita fustigar con dura mano la ley sobre terrenos baldíos!

—Sí, bueno; pero yo no me dejaría insultar por un papelucho de la frontera!

—¡Pues por ser papelucho, tíralo al cesto de la basura!

“Ravachol”, a más no poder, arrojó el periódico a los desperdicios, cogió la pluma y se puso a escribir, tratando de la ley sobre terrenos baldíos, con el texto de ella a la vista, reproducido por un diario.

Pepín andaba a caza de asonantes allá en las estrechas reconditeces de su cerebro; había escrito dos títulos, y dos veces los había tachado. Arrojó la pluma con furia y exclamó con desaliento: —Hoy no estoy para nada! ¡Ese endiablado poema me absorbe los sesos!

—¡Y dale con el poema! ¿Quieres callar? —dijo “Ravachol” que estaba en caliente escribiendo largo y tendido sobre terrenos baldíos.

Pepín volvió a la carga y empezó a pergeñar:

#### CON TU DOLOR A SOLAS

Eres, niña, un lucero prendido en la noche negra de mis tristezas; a tus reflejos, se ilumina el hondo abismo en que estoy sumergido; son mis noches fúnebres y solas, ni el quejido del viento en mi ventana, ni el sonar de las hojas otoñales que ruedan secas por las lobregueces de mi jardín; ni la trova del enamorado que canta en la florida reja.

Y por ahí seguía su prosa, hilvanada y hueca, para llenar con apretada letra cinco cuartillas.



## VIII

RAMÓN, estando de visita en casa de las Carabantes, recibió aquella mañana la siguiente carta:

Queridísimo mío:

He sufrido como no puedes tener una idea en estos tres meses que llevo de fingir con mi tía. Bien hice el papel de indiferente y desdeñosa cuando me hablaban de nuestros amores y a todo ponía buena cara, cuando por dentro ocultaba mi amargura. Mi tía creyó en nuestro rompimiento, no porque viera la devolución de mis cartas, del retrato y del gajo de pelo, sino porque chillé y lloré por las calabazas y después porque nunca me ponía a la ventana a las horas que tú estabas de visita allí enfrente, y porque también me acostaba temprano para estar sola con mis pensamientos y mis recuerdos que todos volaban a ti, bien mío.

Yo me daba mis mañas para verte: me sentaba en la sala y en el espejo te miraba cuando entrabas y te acomodabas en aquel butacón metiendo cada ojo para acá, que del espejo a mí se me encajaban esas miradas como puntas de alfileres en mi corazón entristecido.

Tocaba el piano de mala gana; mi maestra lo advirtió varias veces y para fastidiarme más, me hacía repetir los ejercicios. ¡Con qué dolor ejecutaba el *Miserere*! ¡Parecía que tocaba a muerto! En medio de este sufrimiento, vino aquel jazmín, el primero del año, a decirme que tú existías para mí y que tu amor vivía fresco y perfumado como la flor que me enviabas. No te rías, queridito mío, pero nosotras las mujeres vivimos siempre de ilusiones.

Mi tía ya no me menciona nada de lo que ella llama mi locura; me lleva a todas partes y hasta me deja sola en casa cuando se va de visitas; por esta libertad, tuve intenciones de escribirte con la criada; pero como es chismosa y enredadora y hechura de mi tía, me guardé de hacerlo con dolor de mi corazón, de este

pobre corazón que llora por dentro con lágrimas de tierno huerfanito.

Las instrucciones que me diste en tu última carta, antes del fingido rompimiento, las seguí al pie de la letra. Me mostraba contenta, a nada oponía reparos, y así, poco a poquito, gané la confianza de mi tía, de tal manera, que yo pude andar con más libertad y con menos sofocos dentro de casa; ir a la calle todos los días con la criada, a misa los domingos, y una que otra vez a la retreta. En misa te veía de reojo por la puerta del costado, a la salida, en el atrio y en la esquina del zócalo cuando torcía la acera para coger el camino de casa; en las retretas también te veía siempre aprovechando la oscuridad en que está la plaza. Mayor disimulo no pude tener, amor mío.

Mi tía trajo de visita a ese espantajo de don Jerónimo; un vejeterio ridículo que se tiñe el pelo, usa dientes postizos y babea de lo lindo, por no decirte de lo puerco. Muy al principio, yo creí que sus visitas eran por asuntos de negocios (ya sabes que a mi tía le gusta el comercio), y no le hice asco al viejo; pero cuando comprendí que otras eran las intenciones de mi tía, me dio tanto coraje, que por poco me coge un patatús. ¡Figúrate que a ese estantigua me lo presentaba como a mi futuro! ¡Qué atrocidad! ¿Verdad?

Pero buen chasco se llevó el matusalén ese; no contaba con la huésped, y ahí tienes que le di con la puerta en las narices. Tía quiso que tocara algo en el piano para darle gusto al viejo; después de fastidiarlos con una pieza así, una tocata del otro modo, se me crisparon los dedos de rabia y toqué los... “¡Enanos!” Sí, desesperadamente, con una alegría casi diabólica. Ya me figuraba ver al pobre viejo alzarse, achicarse, movido por manos extrañas e invisibles siguiendo la canturrea de: “hazte chiquillo, hazte grandote!” Te digo que al vejete por poco le da una pataleta de rabia; pues comprendió la burla: para descargar mi conciencia me dije recordando tus palabras: “Tú lo quisiste, Fray Mostén, tú te lo ten”. Don Jerónimo se levantó del asiento como si le hubiera picado un zancudo, y con melosa sonrisa, que no pudo ocultar un gesto de desagrado, me dijo: “Otra vez niña, me tocará *Los Cangrejos*, y en medio de reverencias ridículas que lo sofocaban, tomó la puerta y se largó hecho un basilisco. Mi tía cerró las puertas con estruendo, apretó los puños y echó chispas por los ojos como un demonio; yo corrí espantada a la recámara; allá me siguió ella y me dijo tantas cosas duras que todo lo que yo tenía contenido dentro del pecho, desde que tropecé con la carta de mi padre que me aclaraba muchas cosas, salió fuera con fuerza. Tuvimos un altercado; yo

misma no me conocía, así de resuelta y firme estuve. Mi tía reflexionó un poco en medio de todo aquello y concluyó por decirme: “Bueno, te casarás con ese... (aquí te insultó muy feo), pero por un lado sales para la iglesia y por otro me largo yo”. Si vieras que después de lo sucedido casi me arrepentí; mi conciencia me acusaba de cruel y de ingrata con la pobre tía; pero recordé la carta de mi padre que me escondió, como ha hecho con otras, y vi claramente que mi tía era una interesada y malévola que me alejaba del cariño de mi padre para que lo olvidara y cifrara toda mi suerte en ella; que sus halagos y finezas eran el gancho para que yo cayera en el garlito.

En fin, queridito mío, todo está hecho como tú deseabas; ahora dispón lo conveniente que seré siempre tuya.

Marta

Ramón leyó la carta por dos veces, mientras Rosita cosía silenciosa en su “butaque”, Lupe andaba en los ajetreos caseros y Clara en los de la cocina.

—¡Ahora sí va la cosa de veras! Y no tengo tiempo que perder porque esa bendita de doña Rosario es capaz, con esos hígados que tiene, de poner de patitas en la calle a la sufrida de Marta.

—¿Qué pasa, puede saberse? —preguntó tímidamente Rosita.

—¡Ahí verá usted! —y le alargó la carta a Rosita.

La pobre muchacha tomó los pliegos y comenzó a leer. A medida que avanzaba en la lectura, los suspiros salían reprimidos de su pecho, le temblaban las manos y movía el pie derecho precipitadamente.

Ramón andaba muy ocupado pensando en el casamiento, y se hacía toda suerte de programas para la boda, y formó calendarios para el porvenir.

Rosita acabó de leer la carta y se la devolvió a Ramón, diciéndole:

—¡Muy bien! ¡Así se hace! Cuando se ama de veras hay que arrostrar todos los peligros y vencer todas las dificultades, —y al decir esto pensaba sin duda en lo oculto y quimérico de su amor.

—Ahora me preocupa una cosa: la enfermedad de mi madre. Cada día está peor. Se consume, se me va de entre las manos.

Esa sofocación continua, ese desvelo diario me la están matando. El doctor hace lo que puede, bien lo sé, pero es imposible detener la mano del tiempo.

—Dice usted bien: doña Remedios está muy grave; anoche que le tocó velar a Lupe me dijo que tuvo dos accesos de tos que creyó que en ellos se quedaba. Pero las cucharadas la calmaron a eso de la madrugada. Esta noche voy a velar yo, ya sabe usted que tenemos que turnarnos.

—Ya les he dicho a ustedes que no es preciso que velen; con la vieja que tenemos y yo basta. Además, no faltan vecinos caritativos que nos acompañen; Marta no ha ido por decoro, y aunque yo quisiera que fuese, me abstengo de indicárselo, ya conoce usted cómo andan por aquí las murmuraciones; ella podría ir porque es mi prometida y estamos en vísperas de casarnos; pero tiene escrúpulos muy en su punto y razón, y es preciso que yo los respete.

—Y doña Remedios, ¿qué dice de la boda?

—No sabe más que nuestras relaciones; de boda no le he hablado nada todavía, y en el estado que está me parece imprudente.

—Digo, ¿si le gusta... la nuera...?

—Tampoco me ha dado su parecer; pero creo que no le desagrade.

Hubo una pausa; Ramón leía por cuarta vez la carta de su amada, y Rosita seguía cosiendo; a poco entró Lupe, saludó placenteramente, y encarándose con Ramón, le espetó:

—¡Hola, caballero, tantos días sin venir por aquí! Y si no fuera porque anoche fui a velar a doña Remedios, no sabría nada de su real persona.

—Esos son reproches injustos, mi estimada marquesa de... ¿Cómo le diré?

—¡Como le dé la gana!

—Bueno; dejaremos a un lado los títulos nobiliarios. Esos son reproches injustos, mi estimada Madama de Sevigné...

—¡Menos, señor literato, ni Sevigné ni Staël! Estoy tan lejos de semejarme a esas dos grandes señoronas, como usted parecerse al Nuncio. A propósito de Madama de Sevigné. ¡Qué cartas esas que le escribe a su hija! ¡Me han hecho pensar en el amor tan sublime que se tiene por los hijos! Si yo me hubiera

casado (aunque nació para vestir imágenes), creo que sin escribir esas famosas cartas querría tanto a mi hija como esa Madama a la suya!

—¿Y por qué no se casó usted?

—Eso es largo de contar.

—¡Lupe, déjate de literaturas y de novelas! ¡Tú no te casas-te, por lo que no nos casaremos ninguna de nosotras dos: porque somos pobres y feas!

—¡Eso no! ¿Qué acaso la felicidad está en la riqueza? ¿La bonitura es necesaria para formar un hogar?

—¿Quién sabe, Ramón? Pero eso es lo que buscan los hombres; cara bonita y bolsa llena.

—¡Mira, Rosita, que eso no reza conmigo: ni Marta es una Venus, ni mucho menos rica!

—Rica, ¿quién sabe? Bonita, ¡sí!

—Me dejan contar mi historia, o doblo la hoja.

—No, no; ¡cuéntela usted, Lupe! Me encantan las historias de amores; y más si se trata de una mujer tan discreta como usted.

—No iré muy largo. He tenido, aquí donde usted me ve, tres novios. El primero fue un buen muchacho, inteligente, trabajador..., pero pobre. Aquí en esta bendita tierra de Dios. No lo comprendieron. Ya sabe usted, nadie es profeta en su tierra y tuvo que marcharse fuera. De aquí vino mi desgracia. Muy al principio de su ausencia, me escribía dándome esperanza de casamiento; después fueron escaseando las cartas y venía uno que otro recado que me hacía esperar, con lo que desesperaba, porque el que espera, desespera. Parecía, mala la comparación, una Penélope esperando el regreso de Ulises. ¡Pero fue tan largo aquel esperar, que la tela se acabó bien pronto sin ocuparme en deshacerla de noche! ¡Vaya que apareció el segundo pretendiente! Un buen mozo, hablantín hasta taparse uno los oídos; embustero hasta decir basta y chistoso hasta hacer reír a cualquiera aun con dolor de muelas... Por oírle un chiste, me olvidaba de exigirle palabra de casamiento. Y ahí tienen ustedes que cuando ya la cosa formalizaba, el primer novio me envía con persona seria y de confianza un recado enloquecedor. ¡Pensaba casarse conmigo! Iba arreglando todo poco a poco y estaba decidido a presentarse aquí el día menos pensado. ¿Qué hacer? No lo medité mucho. El buen mozo reci-

bió tremendas calabazas y, al recibirlas, me mandó decir, como última gracejada, que era ese el primer chiste que hacía yo en toda mi vida. Acabado todo eso, me puse a disponer lo necesario. Estas manos tan torpes para la aguja, no se dieron punto de reposo y ¡a coser, a coser! ¡No la tela de Penélope, sino las ropas de la prometida que pronto sería desposada!

Pero mi gozo en un pozo, Moncho.

—¿Por qué?

—Porque el buen señor siguió alargando el plazo indefinidamente.

Entonces apareció el tercer novio; éste no era inteligente como el primero ni buen mozo como el segundo; pero contaba con una buena ejecutoria, y aún creo que en su ascendencia había nobles. Entramos en relaciones; me escribía todos los días. ¡Con una letra! ¡Qué letra! Nunca me cansé de admirar aquellos rasgos elegantes y aquellos finales gallardos. ¡Si parecían hechos por manos de Evangelista que escribiera inspirado por Dios con la pluma de san Juan en Patmos! Yo contestaba dando tropiezos; nada de caligrafía limpia y airosa; pero sí me salían una cartas. ¡Vaya, que ni las de Eloísa al infortunado Abelardo!

Confieso ingenuamente que aquello era más literatura que amor, pero; me entretenía y me hacía llevar pacientemente esta vida de privaciones y de pobreza con el lejano casamiento por remate. Estaba en lo mejor de nuestra correspondencia, cuando vino otro recado de mi Ulises. ¡Ahora sí iría la cosa de veras! Y vuelta a coser y a prepararse para esperar a mi prometido, mi primer novio. Di unas solemnes calabazas a mi Abelardo, nos cambiamos las cartas y hasta la fecha de hoy espero al infiel Ulises que sin duda está encantado en ese Veracruz de mis pecados por alguna Circe recién salida de las aguas.

—Tiene gracia la historia.

—¡Pues a mí no me hace ninguna! —dijo Rosita con enojo.

—¿A ti? Ya lo creo, ¡porque nunca has tenido novio!

—Para tenerlos como tú, de entra y sale como personajes de una cursi comedia, mejor me estoy sin *noviazco*.

—¡Quién quita, Lupe, que Ulises entre cualquier día por esa puerta y la emprenda con sus rivales y haga una hecatombe como lo que hizo el desterrado de Ítaca?



—No, no lo crea usted, a este Ulises, si vuelve, no lo reconocerá ¡ni su perro!

Y Ramón rió de buena gana la ocurrente salida de Lupe.

—A otra cosa, señoras mías —dijo Ramón cambiando de tono al variar de conversación—, yo necesito arreglar las donas para mi casamiento. ¿Pueden ustedes encargarse de ellas?

—¡Allá Lupe que se ha alistado tres veces!

—¡Nada de pullas, Rosita, que la cosa urge!

—¡Bueno; yo coseré lo de menos “viso” y Rosita hará la ropa blanca!

—El camisón de desposada, sobre todo —indicó Ramón—, que para bordar en blanco tiene Rosita unas manos que ¡ni las de Arácnica! Perdonen ustedes, pero como estoy la mayor parte del tiempo en compañía de Pepín, me he contaminado de su mitología.

—Ya oyes, Rosita: tú harás el camisón y yo otras piezas más sencillas.

—No serán muchas, porque Marta por su lado coserá también, aparte de lo que mande hacer su tía.

—Pues ¡manos a la obra! Mañana me trae usted el género necesario; Rosita escogerá los dibujos para el “blus” y las mangas, que para eso tiene muy buen gusto. Yo te ayudaré porque con Clara no hay que contar, sólo sirve para los repasos y remiendos; para zurcir medias no tiene rival, mas para estas cosas de esmero, ¡no!

Ramón se despidió pensando en las donas y en los preparativos de su boda; Lupe quedó charlando largamente con Rosita, y la pobre muchacha se echó a llorar.

—¿De qué lloras, dime?

—¡No ha de ser por ningún Ulises!

—¡Vuelta a las andadas! Esas lagrimitas a cada rato y sin motivo no me gustan. Tú estás enferma del corazón; el médico dice que hay algo de anemia. ¡Tú no procuras tomar medicinas, y cuando no tengas remedio vas a querer echarle la botica encima!

—¡Botica!, ¡botica! ¡Como si todas las enfermedades se curaran con botica! Yo envidio tu carácter; a ti todo se te pasa como con la mano; a veces creo que eres insensible; pero veo que te preocupas por nosotras, que trabajas por sostenernos y entonces no dudo que tienes corazón.

—¡Vaya con la niña! ¿Tú crees que para ser sensible es necesario gimotear y lloriquear por la cosa más simple? ¡Pobrecita! Es más doloroso guardar las lágrimas, ocultar los suspiros, ponerse una máscara de indiferencia para andar por el mundo. Los hombres se burlan de nuestras lágrimas porque nunca las suponen nacidas del sentimiento; nos tienen por hipócritas, presumidas y coquetas. ¡Infelices de nosotras! Ese Schopenhauer que Dios confunda, dice que nosotras tenemos el disimulo como los gatos tienen las uñas y los toros las astas, para defendernos. En el mundo, la peor parte es para nosotras las desdichadas mujeres. ¡Si amamos de veras, nos desprecian; si no amamos, nos adoran!

Mira, yo aún quiero a ese tunante que se fue de aquí hace diez años. Si volviera me encontraría la misma. En nosotras hay un germen oculto, una atracción natural ¿Cómo te diré?... Un anhelo inconsciente que nos acerca a los hombres. Pero muchos ¡desgraciados! confunden eso con el impudor; se la dan de moralistas, y la pobre mujer que no esconde sus sentimientos y manifiesta sus simpatías por un hombre, se le llama impúdica y cosa peor. Es que el instinto de la maternidad está en nuestro sexo por ley natural. ¡Ay, Rosita! Si tú supieras que cuando me dieron el último aviso de que mi Ulises (seguiremos nombrándole así), venía a casarse conmigo, en medio de mi espontáneo regocijo y desbordado atolondramiento, al par que cosía mis ropas pensé en la canastilla, en el gorrito así y en el pañal asado. ¿Qué dirás? Me tacharías de loca, de visionaria, de... ¿Quién sabe qué cosa más? ¡Los hombres, los hombres, unos pobres diablos, unos presuntuosos, unos ingratos! —Y Lupe y Rosita lloraban a dúo.

A mí me tienen por descocada, por hombruna, por libre pensadora, porque no ando con esa hipocresía sosa, con esa reserva taimada de otras mujeres. ¡Qué quieres, Dios me hizo así!

Cuando veo a un chiquitín mamón, sonrosado, sonriente y mofletudo, me vienen ímpetus de comérmelo a besos. Envidio a esas madres fecundas que tienen hijos por docenas. Y no supongas que por una liviandad de mi persona, por una degeneración de mi organismo pienso en eso, no; todo está contenido dentro de la castidad más pura; mis hijos nacerían conformes con nuestras leyes civiles y morales; serían hijos de

matrimonio. A veces me reprocho esta manera tan singular de pensar; la condeno, huyo de ella como de un pecado, pero no lo puedo evitar. ¡Sería tan hermoso ser madre de un rollizo chiquitín!

Ya ves, yo no soy gazmoña, ni mojigata; frecuente poco la iglesia, confieso por cuaresma, comulgo por Pascua Florida y no acostumbro santurroneerías ni santiguadas; pero tengo tal devoción por el Niño Jesús, que es mi único santo favorito.

En mi ropero guardo una colección de niños de porcelana, de cera. A los de cera se los han comido las cucarachas ¡pobrecitos!, pero me quedan los otros blancos como la leche, con ojos azules y rubia cabellera unos, con ojazos negros y pelo de azabache los otros. A veces me pongo a vestir aquellos muñecos y ustedes se burlan de mí!

Rosita dejó de llorar; se enjugó sus ojos con el pañuelo, miró a su hermana mayor, y le dijo entre triste y gozosa:

—¡Ya veo que tú también eres desgraciada! —y calló obstinadamente por lo que Lupe se metió de rondón en la cocina.

Doña Remedios, en tanto, se moría.

No bastaban las recetas del médico, los ungüentos de las vecinas curanderas y los cuidados de su hijo para arrancarla de los brazos de la muerte.

La neumonía iba acabándola.

Los años se deslizaron apacibles desde la vuelta de Ramón, tan parecidos unos a otros que nunca tuvieron cambios manifiestos, fuera de las grandes festividades de la iglesia, como el Corpus, la Asunción, la Semana Santa, días en que doña Remedios pasaba para la Capilla a mañana y tarde, cuando de ordinario sólo concurría a misa los domingos y días de precepto, porque los achaques y las dolamas le detenían en casa muy a su pesar.

Los consuelos espirituales del cura y las visitas de don Prisciliano no fueron aliciente para que el espíritu de doña Remedios no decayera; visible y paulatinamente se consumía aquella buena señora que todo lo esperaba de la Providencia Divina; a raíz de la muerte de don Gabriel, la resignación, más llevadera, empezó a tomar asiento en su cándida alma; entonces imaginó que cuanto existe en este mísero mundo es perecedero y que habría de conformarse con la voluntad absoluta de

Dios; y aquel estado de alma ahora se convertía en un acto de insensible dejadez que endulzaba las horas mortales de su incurable enfermedad.

Sintiose libre de inquietudes y reparos una vez que confesó lo que tenía por pecados, y halló sosiego y tesura de conciencia para recibir el viático, con unción religiosa, y morir cristianamente para que se cumpliera la soberana voluntad del Señor.

Rosita por sus propias manos arregló en el extremo de la cerrada alcoba el altarcito; un lienzo blanco cubría toda la mesa, sobre la cual se puso una grada forrada también de alba tela; después colocó vasos de cristal y jarrones de porcelana, repletos de flores que exhalaban fragante perfume por toda la estancia, ya de jazmines, ya de rosas conchas, cuando de gardenias, cuando de nardos y azucenas; compacto unas veces, aislado otras, el desbordamiento de flores lozanas bajaba hasta la reducida alfombra, o subía hasta la grada; cuatro candeleros de acendrada plata sostenían rígidas velas de cera, puestos simétricamente en la mesa; en la grada había dos candelabros con cirios severos y fúnebres.

Mientras llegaba el viático, las mujeres rezaban quedamente las oraciones de difuntos ante el Santo Niño de Atocha, alumbrado por la perenne lamparilla; Ramón, sentado en una poltrona, tenía la cabeza entre las manos, y lloraba en silencio abundantes lágrimas.

Doña Remedios, cerrados con fuerza los violáceos párpados, abierta la boca por respiración fatigosa y cruzadas beatíficamente las manos sobre el pecho, esperaba la eucaristía para después entregar el alma a su Señor.

Por su imaginación pasaban en rápido vuelo los sucesos más culminantes de su sencilla vida: la primera comunión, cuando entre un coro de niñas vestidas de blanco se acercó a la barandilla, en momentos que el sacerdote alzaba la mano para bendecir, y luego bajaba al presbiterio y se acercaba al enfilamiento de niñas, y los monaguillos extendían el paño blanco para que el oficiante fuera dando la hostia entre musitados latines; en cuanto sintió el pan eucarístico entre la lengua, se estremeció como un lirio, movido por la brisa, mientras todo su ser resplandecía de ternura. Después vienen sucesos borrosos, oscuros, hasta llegar a su casamiento; por un instante

ocupó su memoria la figurilla demoniaca de Quico rapaz, y en una llamarada inmensa, desoladora, vio unas parrillas, donde san Lorenzo se achicharraba lentamente de un costado. Su recuerdo se reconcentró más en aquel tormento y creyó distinguir en el rostro apacible del santo, que recibía con entereza el fuego, las facciones de su marido, de don Gabriel, muriendo consumido por terribles quemaduras. A esto sucedieron cosas y hechos sin conexión, disímiles y antagónicos. La marcha de su hijo, el regreso. Por último, se encontraba en la iglesia; el cura estaba sentado en el sitial frente al facistol, con el extremo de la casulla puesto sobre el respaldo del alto sillón; el misal del lado del Evangelio; los acólitos en fila junto al sacerdote; los ciriales al pie de cada ambón; la cruz alta a la derecha; allá, bajo el ábside, se veía opaco un cuadro al óleo de la Santísima Trinidad, más cerca, en lujoso nicho, la Virgen de Candelaria; laterales al tabernáculo, dos ángeles en escultura abrían sus rizadas alas y extendían sus manos ofreciendo guirnaldas.

Se perdía aquella fantasmagoría en brumosas recordaciones y volvían otras. Estaba por segunda vez en la iglesia. El perfume penetrante del incienso lo aspiró con delicia; el oficiante había cantado la salve. Al pie de la última grada del altar, se abría el palio que hombres vestidos de negro sostenían con las pértigas de plata; el sacerdote bajaba metido en la capa pluvial sujeta al pecho con brillante manecilla; llevaba la custodia sostenida con el albo y dorado superhumeral; las campanillas sonaban con agudo retintín en las manos de los monaguillos que echaban a volar, por cada movimiento, las mangas perdidas de las sobrepellices bordadas; el crucero enhiestaba<sup>163</sup> la sacra insignia procesional y los ceroferarios<sup>164</sup> alzaban los argentados ciriales; les seguían el guión llevado por un anciano; luego se sucedían las hermanas de la “Vela Perpetua” con blancos escapularios de estadales<sup>165</sup> azules sobre el embozo de sus paños; la presidenta portaba el estandarte de la

---

<sup>163</sup> *Enhiestaba*: de enhiesto, levantado, derecho.

<sup>164</sup> *Ceroferario*: acólito que lleva el cirial en la iglesia y en las procesiones.

<sup>165</sup> *Estadales*: medida de longitud que tiene 4 varas.

cofradía; éste era también blanco con el blanco de la pureza y la castidad; en los extremos del travesaño del asta pendían cordones de oro, las farpas<sup>166</sup> remataban con borlas macizas y rutilantes, y en el centro de la tela se ostentaba el cáliz, coronado por la hostia divina, radiada y circuida por áureas espigas; en el coro resonaban las notas graves del órgano y la salmodia de los sochantres;<sup>167</sup> los acólitos, con sendos turíbulos,<sup>168</sup> sacudíanlos y los volcaban ante el Santísimo Sacramento para sahumarlo reverentes; las ondas del incienso, el perfume de las flores, el chisporroteo de los cirios, el canto de las mujeres, los sonidos del órgano, el brillo de la pedrería de la custodia por el fulgor de las velas, los latines del cura, el repique de las campanillas y el estruendo de los bronces echados a pino, todo formaba un murmullo ensordecedor que arrobaba y adormecía a la agonizante de doña Remedios.

De pronto abrió penosamente los ojos y vio la alcoba iluminada, sintió el olor del incienso, vislumbró las azuladas espirales que salían del incensario que oscilaba en las manos del monago con retoque transparente; más inmediato, al sacerdote de estola morada que, con el píxide irradiando reflejos por la luz de las ceras, se acercaba pausadamente al lecho.

*Ecce Agnus Dei, ecce qui tollit peccata mundi.*

Doña Remedios abrió la boca, recibió sobre su lengua la forma consagrada y volvió a cerrar los ojos, mientras el párroco hubo dicho:

*Accipe frater... viaticum corporis... Domini nostri Jesu Christi, qui te custodiat ab hoste maligno, et perducat ad vitam aeternam. Amen.* Y enseguida se alejó del lecho, se aproximó al improvisado altar, colocó el copón sobre la mesa, se lavó las manos con agua presentada por el monaguillo, y dijo:

—*Dominus vobiscum* —a lo que contestó el acólito:

—*Et cum spiritu tuo.*

—*Oremus...* —prosiguió el presbítero.

---

<sup>166</sup> *Farpa*: Cada una de las puntas agudas que quedan al hacer una o varias escotaduras en el borde de algunas cosas, como las banderas, los estandartes, etc.

<sup>167</sup> *Sochantre*: director del coro en los oficios divinos.

<sup>168</sup> *Turíbulo*: incensario.

Todos cayeron de rodillas: un solemne silencio imperó en la alcoba, sólo interrumpido por la respiración fatigosa, y las tosaduras de la enferma, y las oraciones del ritual; el incensario, en oscilaciones lentas corríase sobre las cadenillas, y exhalaba espesas columnas de humo cada vez que el turiferario le ponía nuevos granos de la naveta, le bajaba la tapa y lo sacudía fuertemente de “arriba abajo”.

Doña Remedios tosió con furia, se le arrugó notablemente el rostro y se le afilaron las facciones, los labios se contrajeron y la lengua se quedó paralizada: la muerte se acercaba.

Un hipo, entre tos y tos, levantó su pecho cuando su cuerpo todo se convelía por la frialdad que le apagaba la vida; allá, en el altarito, continuaban los rezos, se escuchaban sordamente los *Kirie eleison* y *Ora pronobis* de la letanía, el incienso en volutas densas se esparció por el lecho. Doña Remedios, en su agonizar, lo aspiraba con místico arrobamiento; después bajó los párpados de livor sombreados; los latidos del corazón se fueron acabando como por cansancio; poco a poco se redujeron las pulsaciones, y cuando espiró en un estertor supremo, la postrera visión que deslumbró sus pupilas fue la transparencia de los cielos que, como el velo del tabernáculo, se rasgaba para recibir su alma, donde una custodia inmensa como un ojo que despedía resplandores centellantes, le señalaba la ruta radiosa que conduce al trono del Eterno.

Solamente se oyeron dolientes gemidos y ecos fúnebres que repetían: “En tus manos, Señor, encomiendo su espíritu”.





## IX

ACABADO el luto por doña Remedios, Ramón y Marta se casarían.

Las Carabantes cambiaron de casa por las crecientes exigencias del arrendador, a quien le debían algunos meses de renta, y por la insoportable vecindad de las Sotabancos; Lupe encontró una casita en punto casi opuesto al que vivieron, y allí se instalaron, sin mucho tráfago en la mudanza por no ser numerosos los muebles con que contaban aquellas muchachas.

Rosita quiso llevarse todas las plantas que había sembrado; pero no fue posible, y sólo cargó con aquellos tiestos y macetones fáciles de ser trasladados sin gran dispendio; Lupe, empero, se llevó la hierbabuena, el epazote, el “acuyo” y el “moxte”, tan necesarios para el aderezo y condimento de ciertos apetitosos guisos costeños; Clara, encariñada con el gato que vino todos los días a comer parte de las cuchipandas de las gallinas y del cerdo, para quedarse en casa y dormir la siesta a la amplia sombra de un guayabo, no pudo menos que llevárselo por considerarlo de la familia.

Rosita cosía asiduamente el camisón de Marta; al cabo de no pocas semanas estuvo hecho y resultó un dechado de buen gusto, laboriosidad y limpieza; de su santiscario sacó la forma del dibujo, tan bien repartido en zarcillos airosos, y campánulas abocardadas, botones rellenos y flores dispersas, y con la puntada tan ceñida, lustrosa y simétrica, que era por su brillo y lisura un modelo en labores de ese género tan de la competencia de las hijas del terruño.

¡Cuántas lágrimas ¡ay! había vertido en el transcurso de su obra!

Aquella prenda de vestir cubriría el cuerpo de Marta, de Marta que, sin sospecharlo siquiera envenenaba los días,

enlutaba las noches y mataba en germen el amor que, apacible primero, recatado después e impetuoso ahora, culebreaba su cálido fuego por las venas de la casta doncella, y en tumultuoso empuje llegaba hasta el corazón, arrancándole hondos suspiros y haciéndole derramar frecuente llanto.

¡Pobre y siempre desventurada Rosita!

Nunca había sentido aquella muda zozobra, aquella pena honda, aquel llorar amargo que enturbiaron sus horas llenas de fingidas alegrías y que entenebrecieron sus noches pobladas de diabólicas pesadillas. En su inconsciente misticismo, Rosita vio en todo aquello una tentación, una celada del demonio que acechaba sus pensamientos para asaetarle el cráneo con proyectos imposibles y con esperanzas vanas, y modificarle la carne púber, honesta, con llamaradas candentes que le coloreaban sus pálidas mejillas con sonrojos súbitos, a igual del sol que entinta los pétalos de las flores nacidas a la humedad de la tierra de aluvión.

No sabemos qué palpar acelerado y brusco sintió su corazón cuando acabó de poner debajo de la tela bordada el papel de china amarillo que resaltaba los rellenos artísticos de guirnaldas y zarcillos; se volvió en su asiento, ahuyentó con un ¡zape! iracundo al gato que rehilaba cerca de sus pies, todo su cuerpo se caldeó con un calor sofocante, dejó la sala y metiose al baño; fresca aún, con gotitas temblonas e irisadas escurriéndosele por la bruna cabellera suelta, entró a su alcoba, cerró tras sí la puerta, allí, sobre la blanca camita de virgen estaba el camisón de Marta, doblado y embutido en una caja; al verlo, un arranque loco, un ímpetu desenfrenado, un impulso irreflexivo, todo en una pieza, hízola precipitarse al lecho, tomar el camisón, extenderlo en toda su longitud con un movimiento nervioso; después, comenzó a desnudarse desatinada; cayeron una a una las ropas de vestir; la camisa estaba levantada sobre los hombros cubriéndole los redondos pechos con el último escrúpulo púdico de la mujer honesta que aún a solas oculta sus encantos; pero la resolución era tenaz en su pensamiento y violentamente arrojó la camisa como la pluma de un ave que se sacude; entonces el espejo, iluminado por el alto postigo abierto, reflejó el cuerpo desnudo de Rosita en toda su magnífica opulencia, en todo su impudor desordenado: del espejo bajó la

vista a sus carnes mórbidas, a sus formas ondulantes, y en aquella mirada había deleite insano, caricia candente, triunfo vanidoso; sus ojos húmedos, negros y profundos, se asomaban a aquel colorido de la piel desnuda que se exhibía como un abismo de tentación demoniaca que atrae y fascina; la luz reflectada por el indiscreto espejo ponía en las líneas de los curvos perfiles de hombros, busto, caderas y piernas, tonos suaves, transparentes, que abrazaban a aquellas fugaces titilaciones para sombrearse en una palidez mate; los redondos brazos se levantaron en arco triunfal en aquella orgía de carnes para anudar el revuelto cabello que enmarañado revoloteaba sobre la frente y se iba en serpenteos por las espaldas; aquellos redondos brazos que, alzados como ofreciendo a no se sabe qué oculta deidad la prenda de la negra cabellera, dejaban entrever la luz acorada en la sombra de la axila que mostraba hilos rizados en la claridad de la luna del espejo; en el pecho avante, lleno, dos pomas redondas, con brillo de seda y suavidades de plumón, se erguían soberanos con los pezones elásticos y las aréolas rojizas; la vista se fue a las inflexiones de las caderas, contenidas, estrechas por la juventud y la virginidad, no se combaban en amplitud hasta bajar al punto en que comienza el arco de los muslos; el talle, sin indicio de ataduras, mostraba la cintura serena y recatada; del talle, se bajaba a la redondez plástica del vientre púber, estéril, de una ondulación pura, contorneado delicadamente y curvo con fineza en la suavidad rosácea de sus carnes; de la convexidad de las caderas se iba la mirada penetrante a los muslos pulposos, simétricos, a las rodillas con dormidos hoyuelos, a las piernas, de finas y dibujadas pantorri-llas, que se adelgazaban en el tobillo, fuste y coronamiento del delicado y diminuto pie.

Todo aquel conjunto de bellezas escondidas a las miradas mundanas, lo miró Rosita con ojos rápidos, inquirientes,<sup>169</sup> como si su pensamiento en estos delirios fuera el de Ramón, para al cabo espantarse de su desacato, cruzar tímidamente los brazos y cubrir con las manos rollizas de alargados dedos, los salientes y erectos pechos, unir las piernas, y con rubor velarse sus encantos

---

<sup>169</sup> *Inquirientes*: inquisitivos.

y envolverse bajo el peso de una turbación que caía sobre su cuerpo desnudo como los atisbos de un observador intruso que asomara sus ojos de sátiro en la diafanidad del espejo; entonces corrió a la cama y tomó el camisón hecho para Marta, se lo encapilló rápidamente, y allá dentro, donde se acurrucaban los pensamientos adormecidos, escuchaba una voz interior que le decía: “Ya que otra será la que posea como dueña absoluta y como reina soberana este amor que me consume, que en la camisa de desposada quede algo de mi carne, de mi cuerpo, de este cuerpo que desprecian porque no sostiene una cara bonita, una de esas caras que ofrecen muchas cosas y que al final no dan más que engañosos y deleznable placeres; así Ramón me abrazará, aspirará la esencia de mi piel suave, el perfume de mi cuerpo limpio, virgen y honesto”. Y la voz calló en tanto que a la puerta de la alcoba se escucharon repetidos golpes.

—¡Rosita, Rosita, sal pronto!, ¡que aquí está Ramón!

La enamorada doncella se vistió en un periquete; puso el camisón bien doblado donde antes estaba; echó una mirada al espejo indiscreto, adorador de sus gracias femeninas, y salió mostrando alegría en su rostro y ligereza en sus ademanes.

—¡Vaya, hasta que se le ve a usted la cara! Vengo a participarle que dentro de ocho días me caso. No habrá comida de bodas, no tendré invitados. Mis compañeros de periódico, el cura, mi hermanastro y ustedes —si es que aceptan la invitación—. Mi padrino tampoco irá por estar ausente. Aunque ya pasó el luto de mi madre, deseo no mostrar público regocijo por mi casamiento.

—Nosotras no podemos ir, nuestras ocupaciones no nos lo permiten.

Que sea tan feliz como se lo merece, y allá irá nuestro humilde regalo de bodas. Rosita ya concluyó el camisón. Tráelo, niña, ¿no ves que Ramón se pirra por verlo acabado?

Y a la indicación de Lupe, Rosita fue por él.

—¡Rico dechado, hermoso dibujo, segura y fina puntada! Y Ramón al tomar la prenda para admirarla mejor, aspiró un perfume suave, delicado, de violetas recién cortadas, olor a mujer limpia y voluptuosa, y pensó en que tal vez sus sentidos despertados por el deseo del matrimonio, le traían al olfato aquella esencia de carne joven.

–Bien, ¡me lo llevo! Luego mandaré el resto del importe de todas las donas hechas por ustedes, y el mismo que venga con el dinero se llevará lo demás.

–¡Convenido y aceptado, señor mío! –dijo Lupe con su vehemencia acostumbrada.

–¡Ustedes parece que ya se avinieron con la nueva casa!

–¡Qué remedio! Pero todo ha cambiado al cambiar de domicilio; las visitas de usted son menos frecuentes... ¡Ya se ve, aquí no tenemos frente por frente a su Dulcinea!

–¡No, señora mía! El duelo por una parte, el arreglo de nuestro casamiento por la otra, me han obligado a estar metido en casa. Ustedes siempre serán para mí buenas amigas.

Rosita tenía la vista baja, tal estaba de ruborizada; creía, en su pueril manera de ver las cosas, que Ramón y sus hermanas leerían en su rostro las atrevidas exhibiciones a que se había entregado ha poco.

Ramón no paró mientes en nada; acostumbrado a ver a Rosita triste y taciturna, la encontraba como todos los días.

–¡Zape, zape! ¿Pues no se atreve este *micifú* a subirse a las rodillas de las visitas?

El gato salió ahuyentado hacia la puerta de la calle después de saltar de las rodillas de Ramón, y como viera un perro que le mostró los dientes entre furiosos ladridos, se hizo el felino un arco, erizósele el pelo, encurvó la cola esponjosa, se empinó sobre sus patas ondulando el espinazo, y bufó con los bigotes hirsutos como púas, tornó a la sala y quedose echado debajo de una silla rehilando continuamente, con los ojos fosforescentes y la boca apretada entre las extendidas patas delanteras.

–La culpa de estas gracias gatunas o felinas, señor literato, es de Clara que se empeñó en traerse el “miche” porque el tal nos visitaba todos los días para que yo anduviera siempre con cuatro ojos en la cocina, pues el animalito es más ladrón que Caco, come por veinte y nunca se harta.

–¿Qué me dice usted de doña Rosario? –preguntó Lupe después de una pausa.

–Ahí la tiene usted como siempre, refunfuñando y haciéndole asco a nuestra boda. ¿Creerá usted que no ha consentido que visite a Marta, no obstante que ya se hizo nuestra presen-

tación, se han corrido las publicatas y estamos “rodando” desde el mes antepasado?

—¡Rencorosa es la señora!

—¡Más que rencorosa, mala, infame! ¡Un aborto de Satanás! ¡Si no fuera por el escándalo, con el Juez sacaba a Marta de ese infierno!

Bien que ha sufrido Marta con ella, pero pronto, según nos dijo, se irá con viento fresco a sentar sus reales a otra parte.

—¿Se marcha?

—Tan luego nos casemos.

—¿Y Marta no lo siente?

—¡Tal vez! Pero mejor es que nos deje en haz y en paz para evitarnos discordias en nuestro matrimonio.

Rosita no abrió los labios; de soslayo miraba a Ramón, y en su fantasía, despierta a tantas alucinaciones, bordaba miles de quimeras; cada palabra que se refería a Marta era una espina que se clavaba en el corazón; ella, en medio de su locura, esperaba un suceso inesperado que viniera a deshacer aquella boda... ¡esperaba, esperaba siempre! Y hasta que no viera que el cura le daba la bendición a la pareja, no perdía la esperanza que alentaba y sostenía su amor oculto y ciego.

Ramón, al término de unos instantes de charla, se despidió encareciendo a las Carabantes que no faltaran al casamiento, Clara y Lupe salieron a despedirlo al corredor, Rosita se quedó en la ventana, y desde allí vio partir al único hombre que hasta entonces le había abierto el corazón a las delicias del amor y que perdería si la boda se realizaba.

Doña Rosario, al ver apresurarse el casamiento de su sobrina dejó aquella calma y aquella indiferencia estudiadas; volvió a ponerse de un humor endiablado; regañaba a la criada por el más disculpable desacierto; se encaraba con Marta por la cosa más baladí, y todo se le volvía abominar del matrimonio, echar pestes a los jóvenes que se casan sin porvenir, y poner por los suelos a las niñas que se ofuscan con unas cuatro patrañas para rendir el cuello a la coyunda y formar un hogar pobre y desgraciado.

—Sí —le decía a Marta— con que tú te sientes al “peano” y toques el brindis de *Traviata* y el otro te lea versos de Bécquer, la pasarán divinamente; con eso que es una delicia,

no importa que el fogón esté sin lumbre y los cuerpos sin vestidos. ¡Qué vida tan angelical tendrás, sobrinita mía! Tu marido te dirá que eres una Beatriz, una Laura, o cosa por el estilo. Y con eso basta, ¿verdad, palomita sin hiel?

¡Tonta, tonta, eso de “contigo pan y cebolla” es letra muerta! Lo escribieron para que se lo aprendan de memoria los enamorados y los cándidos. Pero los que conocemos el mundo, nos reímos de esas simplezas, buenas para los tiempos de Maricastaña, cuando se representaban “Los Amantes de Teruel, tonta ella y tonto él”.

Ahora una doncella que se estime, debe pensar en el matrimonio como en un estado de conveniencia; la mujer, óyelo bien, no se casa para tener a un hombre a quien pueda decirle a toda hora: “¡cuánto te quiero, monín! ¡Maridito mío, buenos días!”, aunque estén a la luna de Valencia y anden a la cuarta pregunta. ¡No, no y no! La mujer ha de pensar que en el matrimonio vienen los hijos, las exigencias y las privaciones; y es muy criminal, ¡sí, muy criminal!, una mujer que se casa con un don Nadie porque sólo le hizo tilín.

Dime, ¿qué harás tú cuando tengas numerosa prole y tu... marido no disponga de medios de subsistencia?...

Ya sé lo que me vas a contestar: “¡Trabajaré día y noche; coseré ajeno; daré clases de “peano!” ¡Ya, ya, eso dicen todas antes de entrar al cautiverio; pero después...!

Además, el sacrificio se hace cuando se lo merece el hombre por quien uno se sacrifica. ¿Crees que el hijo de doña Remedios te hará feliz? ¡Sí! —me responderás—; ¡pero yo te digo que no! Tú has visto en él al hombre que escribe, que hace literatura y estampa frases bonitas y ruidosas en los periódicos; crees, la muy ilusa, que esa música celestial te arrullará toda la vida.

Luego de una larga pausa, prosiguió:

—¡Piensas mal, hijita, piensas mal! La gente de pluma no gana ni para zapatos y ese Ramón no tiene otro oficio que embarrar papel para que se lo lean las muchachas románticas y avispadas, como esa Lupe Carabantes que, como se la da de leída y escrita, no sabe más que hablar de autores y de novelas, de filosofías y de cuestiones que ha aprendido en los libros del siglo, en esos libros en que Dios es menos que nada, las mujeres unas tales y los hombres unos benditos.

Yo, si te hago estas reflexiones que te parecerán exagerados pronósticos, sangrientas burlas y ásperos regaños, es para descargar de mi conciencia, para que mañana o pasado no vengas a decirme que no supe advertirte, no quise orientarte, o no pude dirigirte.

Si tú en vez de darle rienda suelta a la imaginación, fueras más reflexiva en estas cosas, seguirías mis consejos y tomarías estado con otra persona de más categoría y viso que ese Ramón que no tiene tras qué caerse muerto. Cuenta con lo que le produce el ingenio que heredó de sus padres. Y eso sólo de una parte, porque el dueño y señor de todo es Enrique, ese montaraz, ese hijastro de doña Remedios que recibió entre los regalos de boda cuando se matrimonió con don Gabriel. ¡Bellísimo regalo!, ¿verdad?

Por otra parte, el ingenio ése no produce, que digamos, un Potosí; apenas si sus rendimientos bastan para que viva con holgura campesina Enrique y con estrecheces de soltero pobre, Ramón. ¿Crees tú que Enrique, eje y fuerza del ingenio, no mira con malos ojos esta boda? Y es natural, muy natural, porque él trabaja como una mula noche y día en el trapiche para que el otro coma a pasto sin importarles nada que su hermano postizo eche los bofes.

Tú no contestas nada; te encierras en un silencio hipócrita y sueñas en una felicidad eterna. ¡Bendita tu conformidad cristiana que te llevará a la más cruel de las torturas!

Haciendo a un lado todo eso, dime, si un hombre honrado a carta cabal, rico en caudales, de influencia y prestigio en el terruño, me pidiera tu mano, ¿te casarías con él?

Aquí Marta que cosía la ropa de su ajuar de desposada, levantó la vista de su labor, clavó una mirada intensa en doña Rosario como para escudriñar los más recónditos pliegues del alma de su tía, y respondió con entereza:

—¡He dicho a usted que me caso, y por nada de este mundo seré esposa de otro que no sea Ramón!

—¡Bien, muy bien! ¡La misma terquedad de siempre! ¡Ya te cantarán en responsos lo que tú tengas de dicha en ese matrimonio!

Y salió con ademán airado de la sala donde Marta cosía moviendo la cabeza para exclamar rotundamente:

—¡Nunca! ¡Nunca!



## X

QUICO, hecho un Sancho en su ínsula Barataria, medraba y prosperaba en San Lorenzo; al revés del escudero, las doncellas eran para él y los palos y linternazos para los trabajadores que a todo desmán del amo daban la callada por respuesta; en medio de este sosiego patriarcal y de esta libertad selvática, Quico tuvo su inquietud cuando supo del casamiento de su hermanastro.

Ciertamente que él jamás tuvo un sí ni un no con el hijo de doña Remedios; pero ahora estaba dispuesto a hablar claro, a discutir apretado y a no conceder nada; para él se hicieron los trabajos duros, las responsabilidades inmediatas y las privaciones cotidianas, y para el otro, toda suerte de holganzas, dispendios y harturas. Ramón se casaría con una real hembra, rubia, blanca, hermosa, con majestad de princesa y con imperio de reinado, y él, mísero intruso que entró por la puerta secreta de una condescendencia matrimonial en el seno de aquella familia, se quedaría con las mozas reacias, zahareñas y montaraces de los cañaverales, de las que tenía una prole numerosa y alharaquenta que, domingo con domingo, venían a besarle la mano como a un obispo y a pedirle la bendición como a un pontífice para, al cabo de estas angulemas campes- tres, sacarle algunos centavos, jugar bajo la sombra de los árboles seculares que en hila se extendían desde la casa grande hasta la puerta de golpe, entrada al ingenio, con el derecho de filiación que tenían sobre la chusma de diablillos que moraban por aquellos andurriales.

Antes de tomar una resolución firme, consultó el caso con su consejero Mencho, el parásito de San Lorenzo, y el taimado le indicó, sin andarse con muchos repulgos ni meterse en

nutridos considerandos, que dejara las cosas en su jugo y no las sacara de su punto, ya que Ramón maldito lo que se ocupaba del melar y de las zafras, de todo lo cual era don Quico el dueño reconocido y aceptado por toda la cristiandad, a causa de que su hermano apenas si ponía los pies en la finca una vez al año.

Por el guiño de los ojos, por las torceduras del gesto y por lo intencionado de los ademanes, más que por las palabras deshilvanadas, comprendió Quico lo que intentaba decirle Mencho; por ello cerró el pico, se metió en sus faenas y se quedó pensando en la nueva conquista amorosa que traía entre manos.

Llegó el día del casamiento; muy de mañana, entre dos luces, el cura bendijo a la enamorada pareja ante una escasa concurrencia; Pepín, poco madrugador, no fue a la ceremonia eclesiástica; “Ravachol”, enemigo del matrimonio como sacramento que santifica las fuentes de la vida, tampoco acudió, y de las Carabantes sólo asistió Rosita, bien rebujada en su paño negro; desde la sombra que proyectaba un confesionario vio toda la ceremonia, y cuando los desposados recibieron los anillos y las arras, cuando se dieron las manos y cuando el sacerdote dijo el salmo que comienza: *Beati omnes qui timent Dominum, qui ambulant in viis ejus*, entonces no pudo menos que murmurar, con lo que sintetizaba el pensamiento que dentro le hurgaba, las palabras de Jesús después de beber hiel y vinagre: *Consummatum est*, y escurrirse pegada a los muros, coger la puerta y llegar a su casa en tiempo que Clara andaba aventando el maíz a las gallinas y Lupe, entre canturriar y canturriar, en los tempranos quehaceres de la cocina.

—¡Ya se casaron! —exclamó entrando, como si dijera: “¡ya todo acabó para mí!”

Ramón y Marta, embriagados por una felicidad que los ahogaba, se encaminaron a la casa materna, transformada por la mano del hijo de doña Remedios en “un nido fresco y perfumado”, como decía Pepín.

Se tomó el chocolate de reglamento en el vasto comedor, con asistencia del cura, Quico, Pepín y dos vecinas; y a mediodía, vino el Juez del Registro Civil y se firmó el contrato matrimo-

nial; después siguió la comida silenciosa por falta de comensales, y gracias a que Pepín echó a volar un epitalamio con el dios Himeneo por protagonista y Pronuba de intermediaria, aquello no resultó fúnebre; Quico iba vestido de charro, con aquel traje que encargó a Puebla para montar a Boabdil y que creía que le sentaba tan de perlas que toda mujer al verle exclamaba maravillada: “¡qué majo está este pedazo de hombre!” Entre vaso y vaso de vino dirigía miradas curiosas a su cuñada, estudiando sus menores ademanes y teniendo que confesar, muy en sus adentros, que Ramón había tenido un gusto exquisito para escoger mujer tan hermosa y llena de encantos celestiales.

A los postres fue recibido con subidas alabanzas un plato con cortezas de naranja rellenas de pasta de coco, salido de las manos monjiles de Lupe Carabantes, quien, para estos intrín-gulis de repostería conventual, no encontraba par, sin embargo que en el terruño tienen bien conquistada fama por este aderezo muchas mujeres.

Y acabó la comida sobretarde; Marta se sentó al piano a ejecutar algunos trozos selectos, entre los que descollaron la *Serenata* de Schubert, el *Ave María* de Gounod y la *Romanza sin palabras* de Mendelsohn; Pepín aplaudía a más y mejor, y en su afán de declararse artista, pidió la ejecución de una rapsodia de Liszt, la *Octava Sinfonía* de Beethoven y un nocturno de Chopin, y a punto estuvo de pedir, para mostrarse goloso de la música clásica, la *Marcha Fúnebre* de Wagner.

Marta no pudo acceder a tamaña exigencia filarmónica, y se declaró impotente para interpretar a los grandes autores indicados por Pepín, quien para desquitarse de la repulsa, tomó la palabra para hablar de músicos compositores, con tan poco acierto que confundió a Verdi con Rossini, a Meyerbeer con Weber, y de seguida la emprendió con las fusas y semifusas, no sin referirse a las cuerdas de la lira de Apolo, a las del gibo-so de Tebas, para bajar al infierno y sacar de él a Orfeo, ya que éste no pudo salir con su mujer Eurídice, encararse con Marsias, quedando todos más desollados que el competidor del gemelo de Diana, por la verba desmedida y la audacia sin límites del gárrulo Pepín, que a la postre hubo de confesar que no sabía una jota de música.

Todos rieron de las cosas del escritorzuelo, Ramón le buscó la lengua y Pepín, como despedida, endilgó un discurso que impacientó al novio e hizo desternillarse de risa a la recién casada.

Los pocos invitados tomaron la puerta; Quico los siguió luego, danzándole en la cabeza, por la fuerza del vino, una turba de chicuelos panzudos y harapientos que cogidos de la mano formaban un círculo vertiginoso en medio del cual, como una diosa en su trono, aparecía Marta con su traje de desposada. “Lo que es Ramón nació de pies, y yo de cabeza y con cucharón. ¡Qué hembra!” Y a toda prisa despersogó a Boabdil del pilar del corredor, montose presto, fuese a San Lorenzo, repitiendo por el camino, de vez en cuando, y lanzando bocanadas del rico tuxtleco que fumaba: —¡Qué hembra! ¡Pero, qué hembra!— y se metió de prisa en la finca como huyendo de una tentación y de un deseo que le agujoneaban.

El literato que había tomado a sorbos el gusto de los grandes autores que formaban la biblioteca de su padrino, a la sazón ausente en gira por Guadalajara y Puebla, tuvo ahora el ensueño de sus anhelos juveniles, hecho realidad, al codiciado alcance de sus propósitos; su imaginación se mecía al dulce vaivén de tiernos pensamientos movidos por el soplo vivífico de locas y desatadas ilusiones. La luna de miel era un largo himno de amor y de ventura que acallaba todos los gemidos de aquellas almas huérfanas y de aquellos corazones nutridos en la desgracia y forjados en el yunque de los dolores sin consuelo.

Marta sacaba subidas armonías al piano; de su corazón más que de sus dedos salían raudales de notas sentimentales, profundas como suspiros y tiernas como caricias; su espíritu, cerrado antes por el egoísmo y la avaricia a los goces puros del Arte, se abrió en la primavera de la vida y en los umbrales del amor, a la melodía que adormece, al arpegio que dulcifica, al ritmo que sustrae, para en un encadenamiento de sensaciones nuevas y en una sucesión de sentimientos pasionales, subir cerca de las inaccesibles alturas en que Chopin, con la sobriedad del estilo puro y la fuerza de la expresión poética, domina en el imperio de la música escrita por el dolor que sueña con la muerte y escuchada por el amor que piensa en la inmortalidad; y otras veces, sacaba la esencia de las populares composi-

ciones de Verdi, de las clásicas de Rossini y de las místicas de Gounod, para elevarse en alas de un ideal con Beethoven y olvidar así las flaquezas de la humana arcilla. Cuando evocaba a sus autores favoritos al conjuro mágico de una ejecución limpia y sentida, se arrobaba, se transfiguraba, pensaba en un mundo superior, en una dicha ultraterrestre, en tanto Ramón, a su lado, leía los autores de su regalo, y hallaba en ellos más sentimiento, más claridad, más concepción; los pasajes eran interpretados por el tranquilo estado de su alma, olvidada de sinsabores y alejada de angustias, satisfecha y anhelosa de traspasar aquellos horizontes que en la lejanía de sus ensueños simulaban inmóviles montañas adonde había de trepar con el bordón del peregrino y el calabazo del romero a beber en las fuentes ocultas de la inspiración divina.

La vida para ellos era bella, santa, benéfica; no concebían las miserias humanas porque no las palpaban; no querían acordarse de las bajezas de la tierra porque las despreciaban; todo parecía un *hosanna* cantado a la Naturaleza pujante, fecunda, pródiga, que convida a vivir, a amar, a procrear para que las leyes del Cosmos se cumplan y el ansia de perpetuarse se propague. De la pluma del escritor, de suyo recatada, salían torrentes impetuosos de savia exuberante que corre hasta las yemas para abrir los brotes, de arranques atrevidos que traspasan los linderos de la impotencia, de figuras potentes que resisten el corrosivo de la crítica mordaz; todo ello se resolvía como dentro de un crisol que purga de las escorias, ya en metáforas gallardas, ya en periodos de una rotundidad calderoniana, ya en antítesis supremas que cerraban la elipse de una creación magistral, y envolvían el concepto armónico en manto tenue de poesía pastoril, sin tapujos retóricos ni decadencias malsanas, cuando no en la púrpura imperial del “rey de la florida barba”; sus escritos eran más sólidos, más largamente pensados, más hondamente sentidos; no era aquella sutilidad de la frase inconsistente que acusa la poca robustez del pensamiento para ilusionar a los espíritus infantiles que se enamoran del sonido sin preocuparse de la virtud del instrumento que lo provoca; ahora Ramón era menos fecundo que antes, pero más preciso; sus frases no salían oscuras sino claras; no abusaba del hipérbaton que retuerce

la cláusula y la deforma como nudos que se desatan, ni de la elipsis que la encoge como un hilillo de oro dentro de reducido estuche; se contenía en los límites que le señalaron los clásicos, tomando de ellos el germen, o el núcleo, de esa habla española que peca por su abundancia y que seduce por su eufonía.

Ramón escribía, pero no a destajo, cuando para la pequeñez de la prensa local, cuando para la abundancia de las revistas metropolitanas y de los estados que se disputaban su colaboración, y por fruto de sus afanes y premio de sus desvelos, obtenía el aplauso efímero, el elogio hiperbólico y la alabanza indiscreta, amén de que sus escritos eran reproducidos por toda la prensa de la República; y eso que en otros espíritus menos reflexivos que el de nuestro literato sería miel sobre hojuelas, resultaba para Ramón demasiado mortificante y muy atentatorio contra su modestia genuina, recóndita y huraña; hubiera querido la crítica sana, severa y docta que depurara su estilo, aquilatara su lenguaje y robusteciera su forma, y así sacar a flote las bellezas en el naufragio de los manifiestos desaciertos y en el fracaso de los intentos vanos.

Marta, por muy artista que se sintiera ante el piano, por mucho que soñara en su nueva vida de espirituales delicias, no miraba –¡mujer al fin!– con buenos ojos aquella abstracción constante de su esposo; le dolía, por mucho que lo ocultara, verle despestañarse inclinado sobre el libro abierto, o sobre las cuartillas que llenaba, llenaba, con incansable escribir; en sus infantiles rencores, odiaba allá en los pliegues del alma, en que se esconde, con encogimientos de felino, el instinto de la hembra, tales y tan frecuentes trabajos, y deseaba que ya que el fuego de su amor no los consumía, el fastidio, el tedio, los royera como destructible carcoma, y que aquel tintero, fuente inexhausta de la que sacaba la fórmula de donde brotaría el signo máximo como la rama potente de un árbol genealógico, se volcara y quedase seco por una eternidad; no sabía qué fuera aquello que le enturbiaba su dicha con pasajero reparo, lo olvidaba cuando volvía a sus tocatas y lo reconstruía cuando la acción benéfica de la música pasaba sacándola de su sonambulismo; con todo ello, se contenía, se callaba y bien que se cuidó de consultarlo con su marido.

Una noche, Ramón, como de costumbre, escribía a la luz de la lámpara, velada por amplia pantalla verde; de pronto dejó la pluma, púsose de codos sobre la mesa y el rostro entre las manos, la vista vagaba por el techo y el pensamiento andaba cavando hondo, muy hondo en las profundidades del cerebro; Marta, entonces, se acercó de puntillas, rodeó con sus brazos el cuello del ensimismado y le estampó un beso; la caricia no fue suficiente para arrancarlo de su meditación; Marta se retiró a su alcoba, allí suspiró, gimió y lloró sintiéndose herida en su orgullo de mujer hermosa y codiciada. Ramón oyó los sollozos, escuchó los gemidos, y ahuyentando las quimeras que le embebían, se precipitó en la alcoba para inquirir tan intempestivo llanto, quejumbre tan inmotivada, y Marta, a vuelta de algunos rodeos, después de menudas reticencias, le dijo con el rubor de una colegiala que sentía celos por esa mujer que llamaba su musa y que tan suspenso y distraído le traía.

Ramón, entre carcajadas francas y mimos cariñosos, le decía estrujándola con sus abrazos y quemándola con sus besos:

—¡Tonta, mil veces tonta! ¡Tonta, sí, porque tú sólo eres mía! ¡Tú eres mi esposa, la dueña de mis pensamientos, el ideal de estos ensueños que me arroban! ¡Ninguna otra mujer de forma tangible es capaz de robarte el cariño que te tengo! ¡Voy en pos de la gloria, de la gloria que purifica, de la gloria que redime, de la gloria que inmortaliza, y esa gloria, toda, toda, es para ti, para ti sola, y al poseerla, arrancaré de sus sienes olímpicas la corona que pondré sobre tu cabeza de reina de mi hogar y de soberana de mi corazón!

Con todo ello, Marta vio de cerca la realidad, había desperdado demasiado pronto del letargo, y consideraba un peligro para su amor el saber que la mente y el anhelo de Ramón estaban en otra parte, lejos, alto muy alto, donde no es posible llegar; y por más que aquella mujer fuera invisible, era una sombra que se interponía entre su dicha pretérita y la incertidumbre presente; y en su egoísmo de mujer enamorada, quería todo el pensamiento, toda el alma, todas las potencias de Ramón para ella, para ella únicamente, con atroz avaricia y con manifiesto celo; pero se contenía en sus cavilosas propias de niña mimada, aparentaba indiferencia, y en reposo, se

prometía confesarle al cura sus sordas sospechas, sus pueriles arranques y sus nerviosidades morbosas; mas a poco, desistía de semejante propósito y lo tachaba de necio devaneo, de estúpida hurañía y de tonta candidez, impropias quimeras en sus años y en su estado, y venía a la cuenta de que el cura apenas le echara la absolución la reprendería por llevar al tribunal de la penitencia cosas baladíes que nada tienen de pecaminosas y sí mucho de puerilidades; a su tía nada que le escribiría, y aún en el remoto caso que fueran reales los motivos de sus celos, aunque Ramón pasara por delante de ella con otra mujer, no comunicaría lo doloroso de su decepción a doña Rosario, que al marcharse para Veracruz, la desavenencia más cruda había puesto una infranqueable barrera entre ellas; concluyó por dejar sus alucinaciones y continuó en sus quehaceres de ama de casa y en sus deberes de esposa, cerrando herméticamente la imaginación a los desvaríos, mientras Ramón escribía a toda hora en su despacho.

Aquello fue una alegría de que se llenó toda la casa: Marta sería madre.

¡Con qué regocijo reservado en que el sentimiento maternal mata todo rubor infantil, comunicó a Ramón el fausto acontecimiento!

¡Y qué de proyectos desatinados y de locas insinuaciones!

Que si sería hembra, que si varón, que si se parecería a su padre, que si a su madre, ¡qué sé yo! ¡Todo un enjambre de anhelos y deseos disparados en el locuaz desbordamiento de júbilo intenso!

Marta deseaba una niña que fuese la compañera de sus soleadas y la confidente de sus cuitas cuando Ramón se entregara a sus excesos literarios; y el padre, un vástago fuerte y entero que, como robusto ramo, diera el báculo para su vejez.

Marta olvidó aquellos infantiles temores que le asaltaban a menudo, y ahora, cuando los recordaba, el rubor le encendía las mejillas y le sonrojaba la frente; abandonó el piano, refugio de su aislamiento cuando Ramón andaba en coloquios con su musa, y se dedicó en cuerpo y alma a coser la canastilla con primor y laboriosidad.

Tenía toda la nerviosidad de la mujer encinta; todos esos sobresaltos súbitos al menor ruido; todas esas sacudidas vio-



lentas a la más ligera impresión; todas esas emociones renovadas y todos esos golondros insaciables que anuncian la próxima maternidad; nada tan sugestivo como aquella mujer inclinada sobre su labor, suspenso el corazón y convulsas las manos, que concentra su pensamiento en el primer hijo que está por venir, rodeada del misterio y del cariño con que se espera al primogénito.

Marta, dulcemente lánguida, trabajaba horas enteras en su costura, cerca de la ventana que mira al patio, sombreada por un alto floripondio, cuyas blancas flores, pendientes como humilladas campanillas, se mecían al vaivén de la brisa y envolvían en efluvios perfumados la canastilla, como un incienso de la Naturaleza que jubilosa también esperaba la llegada del nuevo ser.

En aquellas tardes de primavera, ¡qué de proyectos irrealizables! ¡Qué de insinuaciones atrevidas! ¡Qué rica fragancia la de las campanillas florales que parecían tocar a gloria en el corazón de Marta, abierto deliciosamente a todas las emociones delicadas que por cortos intervalos se renovaban! Cada vez que sus manos trabajaban en la puntada suelta de la aguja fina, en el rápido corte con las tijeras diminutas de bordar y en el prendimiento de la tela con alfileres, concentraba su pensamiento en aquellos primores de costura que eran la medida de sus prematuros ensueños maternos y la medida fija de sus tareas diarias.

Cuando su vista se extasiaba ante la pequeña ropilla, la primera que ha de servir, falta del almidón que la endurece y sobrada del jabón que la puso suelta, aquella que se tiene a mano a la hora del alumbramiento, le hacía verter llanto en medio de dulces sonrisas; creía a su hijo nacido ya, que lo apretaba en sus brazos y lo acercaba al pecho henchido, pleno de la savia de la vida. ¡Oh!, ¡sí, tendría un niño robusto y lindo, blanco como la porcelana, con ojos grandes y negros, como ella, expresivo e inteligente como su marido!

Otras veces se lo imaginaba haciendo pinitos, coronada su cabecita redonda con incipientes rizos, extendiendo las manecitas en sus aleteos y gritando al caer entre los brazos maternos, refugio y amparo donde encontraba ruidosas caricias: “¡ma...! ¡ma...!”

El padre, por su parte, también fabricaba castillos en el aire y echaba a volar la loca de la casa.

Su hijo sería robusto y sano como Marta, sin la delicadeza y aspecto enfermizo que él sacara de doña Remedios; ágil, vivaz, de imaginación contenida por el estudio. Tomaría carrera: ¿De abogado? ¡No! ¿De médico? ¡Tampoco! ¿De eclesiástico? ¡Menos! Sería ingeniero; su cuerpo estaría hecho para todas las fatigas y su cerebro organizado para todos los cálculos. Y así pensando, escribía sus artículos, esbozaba sus futuros trabajos literarios, poniendo entre su infatigable pluma y su pensamiento versátil la figurilla retozona y rubia del primogénito próximo a llegar, que se adelanta a la realidad con los misterios de un inescrutable enigma y con el cumplimiento de una promesa solemne.

## XI

LA VÍSPERA del alumbramiento, Marta dijo a la comadrona que tuviera todo preparado y que no dejara entrar a nadie a su alcoba.

Y llegó el momento de las crueles torturas y de los agudos sufrimientos; cerró los ojos para abstraerse del mundo exterior y concentrar su pensamiento en la dolencia que la sacudía y la atormentaba; con los dientes fuertemente apretados para triturar los ayes que se le iban a la boca y que le arrancaba el desgarramiento de sus entrañas, de donde se desprendía, en un esfuerzo ulterior y supremo, el ser que venía a la vida y dejaba el albergue de gestación, para tomar su lugar en las miserias de la tierra; durante horas, que fueron siglos, se interrumpía el silencio de tumba de la alcoba a cada instante con lamentos dolorosos sobre los que el grito desgarrador, ligeramente contenido, iba poniendo su nota fúnebre de desesperación y espanto; después, el sollozo de la maternidad y el vagido del niño que nace, concluyeron la obra de la Naturaleza, y Marta, desencajada, ojerosa, abatida, aniquilada por haber luchado contra la muerte que la acechaba y triunfar al cabo de la fatiga para con vida dar a luz al hijo querido, desde el borde del sepulcro que vio abierto en su inconsciencia, preguntó con voz enronquecida por los quejidos:

—¿Es niña?

Y el llorar débil del recién nacido y la voz gangosa y chillona de la partera aclararon todas las dudas:

—¡Sí, es chancleta!

Al ver colmadas todas sus esperanzas, la madre exclamó, olvidándose de su pasado martirio:

—¡Hija mía!

En tanto, Ramón se apartaba del lecho donde estuvo en el peligroso trance, iba de la comadrona a Marta y de Marta a la niña, reía, gesticulaba, se acercaba al montón de carne tierna, casi roja, escudriñaba en aquellas facciones rudimentales, deseaba ver al través de aquellos párpados tenazmente cerrados el color y el tamaño de los ojos; se extasiaba ante el puño cerrado de manecitas delicadas, y se ensimismó cuando la pequeñina en porreta recibía el primer baño; al ver todas aquellas carnes redondas, sanas, con hoyuelos en los codos, en las rodillas y en la pulpa de las posaderas, y luego aquella cabecita monda de pelos, rasa, con protuberancias en el occipucio y amplia comba en la frente, dentro de todo su ser el instinto de la paternidad realizada y el grito de la generación cumplida levantaba un entusiasmo inefable de dichas y de promesas satisfechas. ¡Era padre!

Acabada la delicada tarea de la partera, presentó la criatura a la madre, se la puso a la vera del cuerpo desfallecido, y entonces ella pudo a su sabor contemplarla bien envuelta en ropillas ligeras y suaves.

Era una niña diminuta como un juguete, de respiración corta; un ser acabado de venir a la vida que, deslumbrado, cerraba los párpados con insistencia; un pedazo de carne de su carne, carne sonrosada y blanda, que la ligaba con más fuerza y nudo a su destino que el cordón umbilical que la hubo unido a sus entrañas en el claustro materno.

El hijo esperado con miedo y obtenido con fortuna, estaba allí para cumplir el deseo manifestado en el embarazo por las caricias que Marta tributaba a otros niños; cada vez que miraba a la criatura, sentía un nuevo arrobamiento, cada vez que oía el lloriqueo que aún no era trino, otra sorpresa la embriagaba, y cuando la niña se encogía al contacto del aire, le daba calor con su cuerpo febril y la amparaba entre sus brazos debilitados.

¡Y qué ansia tan desmedida la de aquella boquita de querebe cuando se atragantó con el pezón del pecho henchido de leche!

Las visitas, más por curiosidad que por cortesía, la mareaban con aquel charlar no interrumpido de alumbramientos felices, de abortos peligrosos, de operaciones cesáreas y toda

suerte de percances que registra un tratado de obstetricia; y luego las viejas, cómo narraban sus partos, sus cuidados, sus dolores, sin importarles una higa el estruendo de sus voces atipladas y el carraspeo de sus gargantas cascadas, ni la presencia de niñas y doncellas.

Lupe Carabantes entró desalada; se fue en derechura a la cama; tomó entre sus brazos a la chiquitina, y la hamaqueó tarareándole de lo lindo, con miedo de la madre que creía que iba a ahogar a su retoño entre aquellas caricias desbordadas, entre aquellos mimos ruidosos, entre aquellos besos repiqueteados. “¡Qué linda la monina! ¡Qué primorosa mi “chancleta”! ¡Bonita como su madre! ¡Tiene la nariz de su padre y la boca de doña Remedios!”

Y en aquellos párpados siempre cerrados, en aquellas manitas apretadas, en aquella boquita ondulante con la intempestiva sonrisa en medio del tranquilo sueño, en aquella nariz sin abultado caballete con dos diminutas fosas nasales, aseguraba Lupe encontrar rasgos fisonómicos de familia, aire de parentesco con la madre o con la abuela.

Lupe, después de haber zarandeado a la pequeña como un sonajero, de haberla besado, no como besaba a sus niños de cera y de porcelana, sin hacerles daño porque eran insensibles, sino con creciente arrebató que la sofocaron e hicieron prorrumpir en agudo llanto, entonces la llevó al lado de la madre, ya temerosa de que la descoyuntara la vehemente solterona con sus arranques de mimos extremados y la asfixiara con besuqueos tan ruidosos como repetidos.

Ramón estaba orgulloso con la primogénita y andaba haciendo proyectos para lo porvenir; se creía más entero, más perfecto, más dueño de su destino, porque le encontraba finalidad a su vida después de haberse quedado huérfano y de haber gustado las delicias de la luna de miel.

—¡Ésta es la primera y la más lujosa edición de tus futuras obras! —le decía muy campanudo Pepín, y si no le tapa la boca Ramón con una ironía fina, seguramente que hubiera campado por su respeto en los dominios de la mitología, hablándole de Eleuto, Ilitia y Lucina, diosas de los partos, de Juno y de Hércules niño, para demostrar el origen fabuloso de la Vía Láctea, y de otras lindezas que si impertinentes eran en labios

del arrendajo caquiversista, peores serían si se catalogaran aquí.

Quico, por su parte, también fue a conocer a la sobrina.

—¡Sí, es tan “güerita” como su madre!— Y enseguida, para que se viera que él sabía los deberes de la paternidad y los riesgos de la crianza, añadía a guisa de consejo: “—No la críen como hace la gente rica. Si quieren que sea saludable, que le dé el aire, que resista el sol y que no le haga “fo” al sereno. Y a bañarla seguido, *muncha* agua y *muncho* jabón aunque sea “güera”!”<sup>170</sup>

Marta amamantaba a su hija; le velaba el sueño, y entonces, con una curiosidad infantil, como si se tratara de una muñeca, le examinaba los dedos de sus manitas, así como la palma y los nudillos; pasaba a los piecitos con igual inspección, como si quisiera por indicios y señales en su loco intento sacar en consecuencia la futura suerte que le estaba reservada a su hija; se extasiaba en solitarias y largas contemplaciones; iba viendo con ojos amorosos y con nimios cuidados cómo crecía aquella criatura, igual que el jardinero observa el crecimiento de una planta rara; ya a la niña no le molestaba la luz, ya no lloriqueaba cuando caía en los brazos inquietos de Lupe Carabantes, ya miraba a la madre, ya sonreía entre gorjeo enloquecedor y sílaba incipiente, ya reconocía al padre y se espantaba de Quico. Y Marta husmeaba el menor movimiento, estudiaba hasta los mínimos ademanes y gestos de la rapazuela.

—¡Chiquitina mía! ¡Adoración de tu madre! ¡Mi angelito! ¿Quién es la linda de la casa?, y por ahí se desbordaba el cariño maternal con ese lenguaje mágico, incoherente y cadencioso con que nos arrullan en la cuna y que rememoramos y bendecimos cuando somos padres.

La niña sonreía a todos estos halagos; se asustaba cuando una lluvia de besos, canoros como arpegios, la envolvían desde su mofletado rostro hasta sus pies sonrosados en una escala de armonías maternas. Después del desbordamiento de

---

<sup>170</sup> *Güera*: en México, se dice de una persona que tiene los cabellos rubios, ojos claros y piel clara.

Marta, la niña miraba con ojitos azorados, la pupila dilatada y fija, sin un guiño, sin un pestañeo, el rostro sonriente de su madre, con los pies y las manos en continuos movimientos sobre el regazo y con la boca abierta por donde salía una respiración tibia y blanda. Marta la levantó en vilo, se la llevó a los labios para que otro diluvio de besos inundara el cuerpecito de la chiquitina. Y vuelta a los besuqueos y a los abrazos, y torna a tomarle una de las piernitas por la parte de la pantorrilla para moverla en el aire de arriba abajo y al compás de cada movimiento decir con canturía:

¡Menea la pata de conejo,  
menea la pata, perro viejo!

Y así, entre mimos, caricias y blanduras fue creciendo la hija de Ramón.

Pasó la lactancia de la criatura, salió de los rigores de la dentición y se quedó canija, enfermiza, anémica, dócil y callada, sin estruendo en sus infantiles juegos ni travesuras y alharacas en sus dilatados ocios.

Quico venía más menudo a la casa de Ramón con el pretexto de la sobrina, a quien le cobró singular cariño; charlaba con Marta y acariciaba a la niña. El tío quería ganarse la confianza de Marta con el gancho de la sobrinita; pero Marta, al fin mujer, vio en la mirada del vulgar tenorio algo de extraño y de atrevido; un modo de mirar que no había sorprendido en otros hombres: cuando Quico miraba con insistencia parecía que besaba, y cuando besaba, parecía que mordía; Marta, por su parte, se guardó muy bien de aclarar estas dudas y de poner en limpio estos temores que pudieran ser meras imaginaciones, se refugió en una reserva muda y en una indiferencia fría que desesperaba y humillaba a Quico sin darse cuenta por qué.

Marta era su cuñada; diferencias de cuna, de educación y tibieza de trato, le alejaban de ella; y aunque la intimidad naciese con la visita diaria, él, que nunca supo lo que fue timidez al hablar con las mujeres, ahora se contenía, se achicaba ante Marta, no porque llegara a cometer algún desmán, sino

porque temía cometerlo. ¡Era tan seductora su cuñada! Ya no tenía su cuerpo aquellas líneas firmes y rígidas a fuerza de ser perfectas; las ondulaciones de su cuerpo se habían ampliado, los pechos estaban más desarrollados, la curva de la cadera parecía más prolongada; sus carnes, sin llegar a esa gordura sofocante y grotesca que tanto busca a las jamonas, se henchía bajo la piel sedosa y blanca; y como Quico en las mujeres sólo miraba lo que el diablo saca a la vista en esta subasta del deseo, veía en Marta una mujer excepcional si la comparaba con las otras mujeres que hasta entonces había tratado.

Marta, tan diplomática como toda señora que se paga de su rango y de su estado, supo contener y matar esa chispa de lujuria que había encendido en el disoluto cuñado, con esa reserva y ese disimulo tan propios de la mujer honesta, condiciones de tácita defensa que suben de punto y de fortaleza cuando la mujer está refinada por el influjo de una educación superior y por recatos venidos de una ascendencia casta.

A Ramón, bien que por instinto le era repulsivo su hermanastro, nada que le extrañaban aquellas visitas de Quico, antes las tomó por el cariño que le manifestaba a la sobrina, la que era objeto de sus caricias montunas y de los regalos nutridos del cuñado de Marta; para Martita —así se llamaba la nena— eran todas las atenciones y todos los obsequios de aquel advenedizo en el hogar de Ramón; a ella la paseaba a caballo por San Lorenzo, montada sobre la cabeza de la silla que tenía por cojín una almohada; para ella las mejores frutas de la estación; la llevaba en las tardes estivales a la finca de caña, donde correteaba de lo lindo a cielo abierto en el campo renaciente, aspirando con delicia el aire impregnado de olores selváticos y saturado de oxígeno puro, libertad y ejercicios tan necesarios para su tenaz raquitismo.

Marta, más perspicaz que su marido, no obstante su ciego amor maternal, comprendió que aquel salvaje quería ganarse su voluntad por medio del cariño que le prodigaba a su hija; y esta malicia, le sirvió para seguir encerrándose dentro de las leyes del decoro y de la prudencia con un hombre capaz de atropellar con todo al ver la más inocente complacencia, tan del uso de las mujeres aunque no sean casquivanas.

Ramón recibió una tarde la siguiente carta:



Mayo 23 de 1889.

Señor Ramón Pérez Mora.  
Tlacotalpan, Veracruz

Querido Pangloss:

Seguramente que ya te habrás olvidado de mí, de tu compañero de cuarto, de aquel amigo que te curó cuando atrapaste una pulmonía por irte con él de parranda. Yo te recuerdo muy a menudo, y cada vez que veo algún artículo calzado con tu firma, me vienen ganas de escribirte; no lo había hecho antes por el temor, muy justificado, de ir a distraerte de tus labores periódicas; pero he dejado todo escrúpulo para suplicarte que me envíes tu valiosa colaboración para un bisemanal que publicaré en la primera quincena del próximo junio, Dios mediante.

Hace tiempo que tengo el título de médico; mi tesis trató de las neumonías... ¡figúrate si habré dado en el clavo!

En este rincón ejerzo hace más de un año y tengo mucha clientela; con una consulta gratis para los pobres, me han tomado por un caritativo que se aflige con las miserias humanas ¡yo que nunca me duelo de nada! Con la oposición que le hice a un sacapotras<sup>171</sup> de por estos rumbos tengo más autoridad en asuntos de medicina que el mismísimo Esculapio y Galeno vivitos y coleando.

Soy el pretendiente de la moza más bella y rica de esta comarca, con la cual me casaré tan luego me otorgue el “sí”, que no obtengo todavía, pero que he de alcanzar a fuerza de constancia y epístolas, para que luego el cura del pueblo nos lea la de San Pablo.

Conque envíame pronto la colaboración que te pido para mi periódico, y no olvides a tu camarada de antes que te quiere ahora como ayer:

Fortunato

Y aquí una rúbrica tan enmarañada que parecía la minúscula redecilla de un chulo hecha a punto de pluma.

—¡Yo que daba por muerto al bonazo de Fortunato!

¿Recuerdas, Marta, a aquel estudiante de quien te dije me salvó de la pulmonía que me obligara a salir de México y a

---

<sup>171</sup> *Sacapotras*: Mal cirujano.

truncar mi carrera por causas que vinieron después, pero que dependían de aquello? Pues hoy me escribe; mira lo que me dice.

Ramón leyó la carta, cuidando de saltarse lo relativo a la parranda.

—Pero ese amigo tuyo es un loco... su carta lo denuncia, sobre todo, parece que se casará por amor... al dinero.

—¿Crees tú acaso que todos se casan por verdadero amor?

—¿Por qué no? Tú te casaste conmigo por cariño, por simpatía... Yo me uní a ti por lo mismo.

—Sí; estoy seguro de ello... Yo soy un hombre sin bienes de fortuna... mi único anhelo es mejorar... hacerte feliz.

—La felicidad no está toda en el dinero. Somos pobres, pero no tenemos privaciones... carecemos de bienes de fortuna, pero no estamos en la miseria.

—¡Ciertamente!

Ramón se sumergió en un hondo mar de cavilaciones. Buscaba el puerto, la anhelada playa, bregando, luchando sin tregua; por más que sus brazos no descansaban, la orilla estaba lejos y el faro muy distante.

Marta lo dejó solo con sus meditaciones.

Ramón sufría; alejado de esas capillas ardientes de los mediocres, dejaba que pasaran sobre él nulidades encumbreadas que llegaran a la cima por el manejo del turíbulo en una época de servilismo lacayuno y de analfabetismo crudo: algo interiormente iba minando su organismo; de ordinario fue delicado y enfermizo; una sed de saber, una ansia de gloria al par que le abatían el espíritu en vuelos dilatados por el anchuroso campo de las investigaciones profundas, le desmedraban el cuerpo enclenque y quebradizo. Su hermanastro estaba fuerte, robusto, lleno de vida y sobrado de salud que le salían en coloración permanente por todo su rostro y en exudación abundante por todos sus poros. ¡Cómo envidiaba aquella musculatura atlética! ¡Qué miserable y ruin era la débil armazón que guardaba el espíritu inquieto del laborioso literato!

Por otra parte, Quico no envidiaba menos lo que consideraba vida regalada de su hermano. Allá, en la infancia, para éste fueron todas las caricias, todos los mimos, todos los cuidados, y para él, miserable advenedizo en una familia extraña, toda

la indiferencia hosca, todo el abandono premeditado, toda la incuria dañina, por lo cual vino a la libertad selvática, a la salud plena, a la educación descuidada que cubrieron de una corteza dura como roca su cuerpo de toro y redujeron a mezquindades frenológicas su estrecho cerebro de cretino.

En sus mocedades fue un triste desdeñado ranchero, metido entre cañaverales, andando entre carretas y arado, esgrimiendo el machete como instrumento de labranza y como arma defensiva, acuciando los bueyes con la púa de larga aijada, amante de las mozas campesinas y padre de una prole ignara; mientras que su hermano entraba en estudios, radicaba en la Metrópoli, y venía a la casa paterna a cruzarse de brazos y a mandar como dueño por la fuerza de su entendimiento y el dominio de la inteligencia.

Y aquellas que de adolescente parecieron quisquillas, se recrudescían ahora con mayor y más fijo predominio.

Ramón sentía escrúpulos de recibir de manos de Quico la parte que del ingenio por cláusula testamentaria le tocara; cuando el corpachón del bastardo entraba por la puerta de la casa materna a darle cuentas de la zafra, Ramón se encogía de hombros y todo lo aceptaba de plano y aprobaba de buen grado, y al salir el hermanastro de aquel balance, Ramón pensaba en hacer algo que se alejara del común escribir de todos los días; los artículos ligeros le hostigaban, los fragmentos literarios le hastiaban, le parecieron cosa sutil, con esa sutilidad hueca de las futesas y esa hinchazón inútil de las minucias. Su criterio, reforzado con sanas y bien digeridas lecturas, salía de la primera senda, ese primer círculo de la selva oscura en la que todo se resuelve en tanteos infantiles, en vacilaciones cobardes, en tropiezos dolorosos y en desmayos prolongados; sus ideas cristalizaban ahora en formas y en conceptos más graves, en resonancias más robustas; aquella obra fragmentaria, débil, tornadiza y volandera que iba de pensil en pensil y de vergel en vergel, con vuelo inconstante de mariposa que aletea dejando polvo de oro que se lleva el viento pasajero de la publicación diaria, aquella obra, le sonrojaba, por más que a la sordina se la envidiara “Ravachol” y con alharacas mitológicas Pepín, que no se la envidiaba poco; aquella obra la tenía por indigna de un hombre de letras; bien que le concedía razón a su padrino sobre

estos particulares, cuando recordaba los reparos que oponía a esa literatura de relumbrón, a esa palabrería vana que deja vacío el cerebro y seco el corazón sin producir emociones estéticas, por lo que sólo seduce a los tontos y hace sonreír a los discretos; pero con todo y estas reflexiones que le afluían a Ramón en la cabeza, no era tan necio ni tan obcecado que no comprendiese que toda aquella labor que hubo echado por delante como un fardo, se necesitó para que su formación literaria fuera, por ser únicamente los genios los que nacen de una pieza al mundo de las Bellas Artes; y con estímulo dispuesto para ello, con brío nacido de natural emulación y de imperiosa necesidad, pensó en la obra grande, meditada, reflexiva, subordinada a un plan, a un desarrollo y a un desenlace, no hija de la inspiración del momento, hecha por ejercicio diario y escrita por costumbre inveterada; pensó con sosiego de espíritu y con amplitud de visión en la forma más propia de interpretarla; pensó en la novela; pero no en la novela de tesis que, con símbolos más o menos abstractos, pretende sacar por alquitara la resolución inmediata de un problema social, político o religioso; tendió la vista por el campo donde habían espigado los mayores novelistas, y vio con desaliento que los problemas se plantearon en un gran número de ellos, pero no se resolvieron; la novela de tesis fracasaba; tomó por otro derrotero, y hallose con la novela psicológica, tan intensamente ligada a la de costumbres, para relegarse al olvido la de ficción y enredo con fallidas aspiraciones a histórica; allí hizo un alto, miró para dentro de su alma, y se reflejaron como en un espejo los desbordamientos de ideas que se estampaban en su cerebro, y halló piedra angular donde descansaría aquello que tantas veces había soñado, y que ahora venía a presentársele vigoroso para conquistarlo con sostenido esfuerzo y ganarlo con tozudo empeño.

Escribiría una novela; el primer paso estaba dado; faltaba trazar el plan y exponer el argumento, seriar y distribuir los caracteres para insuflar de vida a los personajes.

Y de codos sobre la mesa, con los ojos en el distante faro y abierto el espíritu al nuevo viento, que, como un soplo divino, le empujaba suavemente, haciendo aletear con fuertes impulsos su inspiración hasta entonces dormida, hacia las regiones desconocidas en que anida la gloria y se entroniza el genio.

## XII

ERA don Prisciliano recalvastro<sup>172</sup> de cabeza, duro de perfil y recio de cuerpo, más alto que bajo, con abdomen de canónigo y manos abaciales,<sup>173</sup> despreocupado en el vestir y afinado en la bucólica; en verano iba en mangas de camisa, con lengua cadena de oro que pendía del robusto cuello, caía sobre el pecho avante, ondulaba en la descomunal barriga y se perdía en la secreta del pantalón, ceñido por duro cincho, lustroso y sobado por su respetable vejez y su diario y tenaz uso de cordón de franciscano; calzaba cómodas pantuflas de alfombra para alivio de los callos que lo ponían paticojo; cuando llegaba el invierno, recataba el cuello bovino con espesa bufanda de estambre, roja allá en sus mocedades y casi desteñida y deshilada a la sazón; cubría el abultado busto con un chaquetín de paño sedán, verdino por las inclemencias y raído por su miseria; dejaba las pantuflas, que ya iban para chanclas, por unas botas de media caña, todas ellas de gamuza con ribetes de ante en el cierre de la pantorrilla; cubría la cabeza con un amplio pañuelo de lacre a modo de preservarse de traidor constipado y de seguro romadizo, y contra la furia del viento norte se resguardaba con una cachucha de nutria que envidiarían los cazadores de gorras de “Tartarín de Tarascón”; llevaba, además, a buen recaudo, en la bolsa de pecho del chaquetín, un frasquito que contenía alcanfor disuelto en alcohol, al que acudía repetidas veces en demanda de frecuentes inhalaciones; así vestido y presentado, antojábase figura pictórica

---

<sup>172</sup> *Recalvacastro*: calvo.

<sup>173</sup> *Abacial*: perteneciente o relativo al abad, a la abadesa o a la abadía.

arrancada de una aguafuerte de Alberto Durero; pues parecía fraile sin cerquillo y santo sin aureola. En medio de su edad propecta, se ufanaba con la perdonable coquetería, muy en su punto, de poseer un pie, pequeño en relación directa con su corpachón, de alto y curvo empeine, sin juanetes pronunciados, pero con callos mortificantes que a cada trique lo traían a la pata coja. Cuanto a su condición moral, había ganado fama muy divulgada de avaro, tal vez porque fuera de su casa nunca gastaba un real, iba siempre sin dinero en el bolsillo, se preocupaba poco con no llevar ropas flamantes y de moda impuesta por figurines, y todo se lo gastaba en comer a manteles, en surtir su despensa, en abastecer su bodega, en variar cotidianamente el orden y calidad de las comidas, y en tener por domingo y días de guardar, platillos extraordinarios de subido valor culinario, para no desmentir que era un cabal *gourmand* y no un postizo *gourmet* de esos que sólo comen trufas y eructan tocino.

Por supuesto, que se daba estos regalos de festín de Baltasar, gracias a los buenos oficios de doña Plácida, ama de llaves que servía en la casa de don Prisciliano desde tiempo muy atrás; es decir, desde que vivían los padres de nuestro conocido, quienes, uno a uno y por su turno, habían ya pagado el inevitable tributo a la naturaleza.

Doña Plácida, al revés de otras mujeres, sostenía el bonachón significado de su nombre de pila; pues era de muy buen componer, enemiga de disputas acaloradas y de intromisiones impertinentes; muy metida en sus obligaciones caseras y muy dueña y señora de su habilidad culinaria. A pesar de que ya los años ¡ingratos!, pesaban sobre su vida sosegada, no resultaba una estantigua; antes al contrario, a través de algunas canas, por sobre el surco de pocas arrugas se barruntaba su hermosura de joven manola, pregonada por las trenzas rollizas que en dos vueltas se anudaban por la nuca en vez de levantarse en macizos rodetes, anunciada por los ojos muy abiertos de hondo mirar y pupilas negras para recoger la luz y despedirla en fulgores juveniles; de todo a todo, reclamaba, como una evocación, el triquitraque de las castañuelas y el rasgueo de la guitarra; la mantilla de encajes, con altiveces de pirámide coronada de curva peineta de teja; la trapeada paño-

leta prendida al pecho con rojos claveles de picados pétalos; la curva armónica de las caderas que se movían al compás del paso firme, por donde venía a quedar, sin faltarle el abanico pericón entre las inquietas manos, en una maja pintada por el picaresco carbón de Goya.

Los exquisitos guisos de doña Plácida hicieron su fortaleza y labraron su fortuna, para que a la postre don Prisciliano sintiera, en todo su rigor, los síntomas alarmantes de la dispepsia, y leyera en el último atracón, como en los muros del palacio del rey babilonio, las fatídicas palabras de fuego que en lengua vulgar se traducían por el regalado gastrónomo en “Magnesia, Tila y Dieta”, y se manifestaban con los regüeldos sonoros que no le dejaban hablar dos voces seguidas, con el ardor de la “pirosis” que le quemaba el esófago y con las intermitentes “acédías” que le provocaban salivación abundante y contenidas náuseas; con todo este compendio de indisposiciones, sentíase orgulloso de ser comilón y de poseer cocinera de diccionario y almirez, y en su entusiasmo por Brillat-Savarin, creíase acreedor al cordón azul, que encumbraba más arriba del “Toisón de Oro”, así como la boina y el mandil albos, los colocaba muchos grados por cima del hábito de Santiago y la Cruz de Calatrava.

Después de su afición por la cocina, don Prisciliano estaba encariñado con su biblioteca; si en aquella se mantenía siempre el fuego sacro del hogar; en ésta se conservaba el culto por la lectura; en aquélla se hacían las ofrendas a la Diosa de la Gula y en ésta las oblaciones a la majestuosa Minerva.

La biblioteca era considerada por don Prisciliano como un santuario, al que no podían penetrar más que los fieles, y en el que sólo oficiaba como un benedictino, ayudado por doña Plácida con verdadera unción religiosa, tanto por el respeto que le infundían las letras a causa de su ignorancia, cuanto por la alta estima y el singular aprecio que don Prisciliano tenía para aquel apartado rincón en que atesoraba su callada sapiencia y ocultaba sus juveniles recuerdos.

Doña Plácida, cada y cuando era necesario, que siempre lo fue cada sábado, sacudía, limpiaba y ordenaba los volúmenes en los anaqueles; y como no era señora de letra menuda y sí solterona de letra muerta, con frecuencia en la semanal tarea

realizaba los trastrueques más chuscos y las alteraciones más risibles; a tal extremo, que hubo vez que junto a las *Cartas de Santa Teresa* pusiera las *Cartas Persas* de Montesquieu; pared de por medio, el *Diccionario Filosófico* de Voltaire con los *Ensayos* de Montaigne; a la vera de la *Vida de Santa Mónica*, las *Vidas Paralelas* de Plutarco; *Genoveva de Brabante* codeándose con *La Dama de las Camelias*; arrimado al lomo de la *Vida de Jesús* por Renán, *La Biblia* de la Vulgata; tú a tú, *Las Ruinas de Palmira* de Volney con la *Jerusalem Libertada* del Tasso; rabiando por verse vecinos, *Los Comentarios* de Julio Cesar y *El Judío Errante* de Eugenio Sué; y así, alteraba el orden, rompía la serie y modificaba el alineamiento de aquellos libros que don Prisciliano tenía catalogados por familias, jerarquías y edades, no sólo por un plan bibliográfico, sino con el propósito de tenerlos, sin muchos rebuscos, al inmediato alcance de sus manos en el momento de alguna consulta.

Con estos desaguisados de doña Plácida, don Prisciliano salía de quicio y se subía a mayores, condenando la ignorancia y maldiciendo la estupidez de doña Plácida en eso de colocar los volúmenes; venía la agria amonestación y la dura repri-menda, con lo que la antigua ama de llaves soltaba el trapo a llorar, y don Prisciliano arrepentido de su ruidoso arrechucho, la traía a la persuasión indicándole que bajara la tiramira de libros, los pusiera en secciones, sacudiera los huecos que ellos dejaran, y enseguida, ya que había limpiado volumen por volumen, los colocara en la misma disposición en que antes estaban. Doña Plácida prometía la enmienda, y sobre ella, para hacerle olvidar a don Prisciliano el percance del sábado, el domingo echaba la casa por la ventana en eso de condimentar sabrosos platillos y aderezar succulentas salsas, que más y más le estropeaban el estómago a don Prisciliano, pero que le satisfacían el gusto de empedernido y nunca harto *gourmand* costeño.

Aparte de estas genialidades de doña Plácida, repartía su atención entre sus tres o cuatro novenas que rezaba en determinadas horas, sus guisos cotidianos, su repostería barata, y el loro, que, en grande y oronda jaula de hoja de lata, colgaba de un garfio, bien en la cocina, bien en el comedor, cuando no



estaba de centinela en la puerta de entrada del dilatado portal que daba para la calle.

Si pudiera haber mayor cariño para las cosas mundanas, fuera del que le profesaba a don Prisciliano, sin pizca de gatuperio, desde luego que el loro se ganaba el de doña Plácida casi por entero; y muy puesta en razón esa preferencia; pues el tal, entre los de su especie, era la cosa más remonona<sup>174</sup> y delicada que pueda darse, tanto por lo variado y discreto de su parlería siempre resuelta, como por su malicia socarrona y su perspicacia nunca tardía, así para señalar a las personas, como para conocer los objetos y anunciar los sucesos. Aunque en el comedor había viejo y circunspecto reloj, encerrado en larga y angosta caja que bien contenía pesado péndulo, para envanecerse con dar las horas a su tiempo, como si siguiera las indicaciones de un cuadrante, y desde las ventanas que caían a la acera se viera el público de la plaza, el loro cantaba las horas precisas en los ajetreos domésticos, avisaba las del desayuno, almuerzo, merienda y cena, anunciaba las visitas, despedía a los que salían, y ponía al corriente a su dueña del estropicio del gato, del amaño de algún intruso, y, muy campechanamente, mandaba con cajas destempladas a los vendedores que porteaban por las casas con gritos de granujas y silbidos de carreteros, y daba con la puerta en las narices a los pedigüeños que se atrevían a implorar limosna antes del sábado, día en que doña Plácida practicaba con celo evangélico una de las obras de misericordia.

Al romper el alba, ya el loro se disparaba con: “¡Alabar a María, que es linda y bella!”... para después cantar la letanía; en oyendo el run, run, del molinillo deshaciendo la pastilla de chocolate en el fondo del jarro, gritaba con voz entre atiplada y gangosa: “¡El Chocolate, el chocolate, Prisci, que se va la espuma!” A renglón seguido remedaba a las mil maravillas la cuenta de la plaza: “De carne, veinte; de frijoles, diez; de manteca, sesenta!”. ¿Qué no te dieron el tuétano para la “olla” y las piltrafas para el gato? A la hora del almuerzo: “El almuerzo

---

<sup>174</sup> *Remonona*: se dice de los niños y de las cosas pequeñas y delicadas: bonito, lindo, gracioso.

está servido, ¡que se enfría la sopa!"; para la merienda, vuelta a anunciar el chocolate, y cuando la cena, repetía la misma canción de: "La cena está servida, ¡que se enfría la sopa!"... En el corredor hacía de portero, con más tino y vigilancia que cualquiera persona grande: "¡Buenos días, buenos días, buenos días! ..." "¡Doña Plácida, aquí buscan a *usté!*" Si la visita era de gente amiga de la casa, luego añadía el loro: "¡Pase *usté* a sentarse! ¡Pase *usté!*" Si no la creía persona de confianza para las entendederas del loro, la atajaba, diciéndole, después de haberla anunciado: "¡Espere *usté* un momento, que no tarda en salir!"

Con los vendedores era implacable: "¡Largo de aquí! ¡Que no compro nada! ¡Silencio que está durmiendo Prisci! ¡Fuera! ¡Fuera!"

Con los limosneros usaba de otra táctica: si el pordioseo era entre semana, se contentaba con decir lastimosamente: "¡Perdone *usté*, perdone *usté*, será otro día! ¡Vuelva el sábado!"... En tiempo que el gato se subía de un salto a la consola con peligro de romper los fanales y las figuras de porcelana que la adornaban, chillaba desafortadamente: "¡Zape! ¡Zape! ¡Que rompes los muñecos!"

Sucedió tal cual vez que a la puerta se acercaba un ciego con estudiada cantinela a pedir limosna; después que el loro hubo de decirle la acostumbrada repulsa, el ciego siguió en su empeño y el loro en el suyo, hasta que el descendiente del inmortalizado en el Lazarillo de Tormes apaleó con duro tranco la jaula, por lo que le arrancó gritos feroces al loro, que echaba abajo la casa con su guirigay<sup>175</sup> atronador; salió presto doña Plácida y puso al ciego y al gomecillo como digan dueñas, cerró con estrépito la puerta, metió el loro a la cocina, e hizo una corajina de padre y muy señor mío, ella que nunca jamás se alteraba por otras cosas de mayor alcance.

Sucedió otra ocasión que el astuto loro había aprendido el mote con que acosaban los rapaces a un pobre hombre que callejeaba por el pueblo, y lo retuvo tan a cuento en su memo-

---

<sup>175</sup> *Guirigay*: gritería y confusión que resulta cuando varios hablan a la vez o cantan desordenadamente.

ria, que en viendo venir al astroso hominicoaco, le gritaba: “¡Tío come sebo, tío come sebo!”; al principio, el injuriado con esa simple y grasa designación, veía de aquí para allí; subía y bajaba corredores, buscaba tras de los pilares de las sucesivas arquerías de los portales de las casas de todo hijo de vecino; dejaba la acera, se ponía en medio del arroyo, y no acertaba con quién fuera el atrevido que le taladrara los oídos con “¡tío come sebo, tío come sebo!”, repetido y zumbón. Dos o tres veces se repitió la burla, hasta que el obtuso entendimiento de aquel pobre hombre y la vista de cegato de aquel miserable, pudo dar con quien lo injuriaba tan a lo vivo, y se fue a él con buen acopio de cascote tomado de mitad de la calle, y lapidó despiadadamente al loro, que a cada pedrada gritaba a más y mejor: “¡Tío come sebo, tío come sebo!”, y conforme se repetían los gritos se iba menudeando la pedrea,<sup>176</sup> hasta que la jaula quedó abollada, se introdujo un proyectil por ella y dio en una de las patas del irascible loro que gritaba entre ayes y lamentos : “¡Tío come sebo, tío come sebo!”. En este trance, doña Plácida llegó en un vuelo, tomó la desvencijada jaula, vomitó pestes contra el estúpido hombrecillo y de un golpe cerró la puerta, para ya segura de que no sería molestada por el callejero pobrete, dedicarse a la curación del loro que, rengueando, fuera de la jaula, subía y bajaba gritando tozudo: “¡Tío come sebo, tío come sebo!” El infeliz animal tenía rota una pata, desplumado el copete y el ala derecha que daba lástima; doña Plácida, llorosa y compasiva, le entablilló como pudo la pata, que fue a buen poder, porque donde hay maña hay gana; le alisó las plumas, le espurreó el cuerpo con agua alcoholizada; le dio sopitas de marquesote con vino jerez; lo cubrió con un paño de lana, lo tomó en brazos hamaqueándole como a un recién nacido, y se lo llevó a la cocina, mientras el loro, como una obsesión, cada vez que le dolían las heridas, gritaba, sofocado por el embozo: “tío come sebo, tío come sebo”.

Ramón concurría a menudo a la biblioteca; era el sólo iniciado en los misterios de aquel hacinamiento de libros, tan

---

<sup>176</sup> *Pedrea*: combate a pedradas.

cerrados para muchos que los consideraban como los misterios de Eleusis y Samotracia juntos.

No es necesario muy por menudo dar otra vez cuenta y razón de todas aquellas maravillas de arte, baste saber que Ramón tuvo allí siempre a mano recurso expedito y puerta franca para salir airoso en cualquiera duda, y no desaprovechó ocasión para tomar a pistos notables enseñanzas que otros absorben a bocanadas.

Por de pronto, lo que preocupaba a Ramón era el asunto de su novela; ya había esbozado no pocos planes, desarrollado nutridos argumentos, delineado muchos caracteres, pintado un buen número de personajes y englobado los indispensables episodios; todo en barbecho, puesto en cifra y hecho en fáfara,<sup>177</sup> sin decidirse todavía a poner mano a la obra para llevarla a término dentro de los cánones modernos. Le detenían escrúpulos necios, le impedían prejuicios rancios, le atajaban vacilaciones pueriles. Su honesto afán de hacer una novela que pintara las costumbres de su natío, lo contrariaba el temor de parecer vulgar y soso, no obstante que en la mezcla de tipos, paisajes y descripciones avizoraba un tesoro de arte inexplorado por mirada certera y traído al acervo de letras de molde por pluma experta; cuanto al asunto, lo había tomado de uno de esos dramas familiares que, a fuerza de repetirse, casi no impresionan; pero precisamente en eso radicaba el nervio de la acción; pues el arte y el talento sacarían por alquitara los quilates quintaesenciados de una novela realista, no maculada con las crudas exhibiciones “sicalípticas” de que abusan aquellos que carecen de la amplia visión de la vida, tan llena de singulares contrastes y tan pletórica de dulces combinaciones, donde lo horroroso se enlaza con lo placentero, lo terrible con lo sublime, lo feo con lo bello, lo noble con lo despreciable, en una extensa escala que, cerrada a la investigación de los mediocres, no produce más que fiemo,<sup>178</sup> fetidez y podredumbre, y deja en el ánimo una decepción de amargura, de tedio y de recelo, para maldecir de la vida y abominar

---

<sup>177</sup> *Fáfara*: a medio hacer o sin la última perfección.

<sup>178</sup> *Fiemo*: Estiércol.

de la naturaleza humana, deleznable y quebradiza, cuando al fuego del amor, bajo la consumación del sacrificio, la producción se fortalece y hace dura como el mármol pentélico, y brillante y resplandeciente como joya pulimentada.

Así, de tan extraña manera, pensaba Ramón acerca de sus intentos de novela y sobre las dificultades de escribirla, sin que fueran parte para tomar otro rumbo las indicaciones de don Prisciliano, quien, muy metido en juicio, hijo de sus años y propio de su experiencia, enderezaba la torcida ruta tomada por su ahijado, le empujaba por el camino abierto de la investigación menuda, del estudio profundo y de la práctica continua, con el santo propósito que saliera triunfante en la tremenda prueba sin que tuviera que llorar un fracaso ni sufrir una rechifla. Ramón, quizás por su juventud, tal vez por su impaciencia, acaso por su temor, condenaba aquellas taxativas<sup>179</sup> de su padrino, las llamaba chocheces<sup>180</sup> y las calificaba de imposiciones; quería subordinar a su criterio de viejo egoísta y solterón, metido en clásicos pesados y arregostado con el gusto añejo de literaturas románticas, el pensar de gente joven, enemiga de doblar la cerviz al yugo de autoridad omnímoda, ajena a tomar por pauta lo dicho por otros, tres o cuatro siglos atrás; y no quedaron allí los resquemores del novel escritor, sino que traspasaron los límites de la prudencia, llegando en un arranque de desesperación, que nunca tuvo por despecho, a suponer, no una envidia solapada del viejo de su mentor, sino un egoísmo congénito del literato que, después de sus mocedades, había escrito largo y tendido para leerse a solas y para su regalado gusto, sin que nunca jamás fueran maculadas las cuartillas por las manos entintadas de los cajistas, ni por las miradas inquisitivas de los aristarcos actuales. Y sobre todo, lo que más desesperaba a Ramón y lo ponía de diez mil demonios, era ese modo conminatorio de castigar con rudas censuras a los preceptistas para luego encare-

---

<sup>179</sup> *Taxativo, -va*: que limita, circunscribe y reduce un caso a determinadas circunstancias. Que no admite discusión.

<sup>180</sup> *Chocheces*: despectivamente, se dice del dicho o hecho de persona que tiene debilitadas las facultades mentales por efecto de la edad.

cerle el dilatado estudio del *Diccionario de la Lengua*, la lectura cansada de muchos librotos y la atenta de críticos y críticos, desde Don Manuel de la Revilla, don Juan Valera, don Marcelino Menéndez Pelayo hasta llegar al inexorable “Clarín”, no sin haberse antes digerido *El Arte de Hablar* de Gómez Hermosilla, que le saca pierna a todos los Zoilos, Aristarcos y Mevios habidos y por haber, ayer y hoy, mañana y a cualquiera hora.

Después de pasar largos soliloquios con sus encontrados pensamientos, sostener extensas y acaloradas discusiones con don Prisciliano, en las que el padrino se declaraba vencedor porque metía en un puño a su ahijado con teorías rancias, pero indispensables para toda obra de arte; después de todos esos detalles y minucias, y de otras quisquillas y menudencias que se callan, Ramón se decidió a comenzar su novela, aprovechando el momento supremo, inicial de cualquier concepción por mezquina y débil que sea, en el que todo se le presentaba con claridad meridiana en el sensorio, sin que se interpusieran de punto a punto, vacíos, ni interrupciones, ni lagunas, sino un desarrollo armónico, en el cual los acontecimientos se enlazaban por natural coyuntura, y las peripecias venían solas a encajar en parte y sazón que el rigor del argumento lo pidiera.

Sin andarse con muchos arrequives ni pagarse de titulillos, arregló la mesa de trabajo; puso a buen recaudo los apuntes, los libros de consulta, las acotaciones en sus largas lecturas; apercibió la pluma, alistó las cuartillas, y a la luz de una lámpara con pantalla verde, en cuyo radio luminoso veíase una *Divina Comedia*, ilustrada por Gustavo Doré; una *Iliada* en prosa con nutridos comentarios, un “*Quijote*” poco maltratado y un *Diccionario de la Lengua*, bisunto<sup>181</sup> por el manoseo y desencuadernado por la rebusca constante, se metió en la tarea, teniendo el primer libro como fuente de sus inspiraciones; el otro, como faro de sus naufragios; el siguiente, como celda de sus meditaciones literarias, y el último, como oráculo sagrado en sus consultas diarias.

---

<sup>181</sup> *Bisunto*: sucio, sobado y grasiento.

Y todo fue que pusiera: “Primer Capítulo” y estampara las líneas preliminares, que lo demás vino por sí solo, sin mucho esfuerzo, sin ningún tropiezo; rápido, suelto, con afluencia desencadenada, con vertiginosa carrera de agua mansa y cantarina; pujantes las palabras por salir fuera en una potente y desbordante sonoridad de cláusulas y periodos, sujetos a la disciplina de la armonía y atentos a los cánones del arte; los epítetos se adosaban muy donosamente al sustantivo propio y atinado; el verbo dejaba correr toda su escala cromática en inflexiones sonoras, en ritmos musicales, en matices fonéticos para sacar gentil el ímpetu generoso y aventar iracundo el anatema condenatorio; el adjetivo, indómito, rebelde, se pegaba ahora con marca de realeza hispana a las bien concurridas enumeraciones y a las no menos brillantes descripciones; sin dislocarse por el hipérbaton, que acusa lamentable descuido y contagiosa epidemia literaria; sin estrecheces forzadas de elipsis, que denuncian pobreza de dición y miseria de vocabulario; sin silepsis adventicias, que ahogan la concordancia en abrazo de muerte, la sintaxis se enseñoreaba de los párrafos con proclamados fueros de soberanía castellana.

Y allá se iban gallardeos de repicapunto, suelta la pluma, claro el decir, preciso el concepto, y ordenada, limpia y rotunda la narración, en la que espigaban, aquí y allí, atinadas citas y discretos idiotismos.

Y escribió, escribió, capítulo tras capítulo, hasta sentirse rendido, desmadejado y opreso, noche con noche, sin medir el tiempo, sin contar las cuartillas que, una enseguida de otra, caían sobre la mesa, volanderas cual hojas desprendidas de un florido jardín oculto, rico como el de las Hespérides, cuidado por el dragón, y exuberante como los de Armida, donde la Hechicera detiene al bello Reinaldos con la fascinación de sus filtros.

Al cabo de este desatado escribir, vino a suceder que Ramón, ya en el meollo de su novela, una de tantas noches, encontró torpe la pluma, irreducible el vocablo, tardía la expresión, trivial la metáfora, premioso el estilo, el giro pesado, y la antes fecunda inspiración, estéril, impotente, como cansada de producir en poco tiempo; y no se presentaba el fenómeno porque el escritor quisiera forzar la imaginación y

hacerla concebir contra la feliz espontaneidad pasada; no; la dificultad venía a causa de que no encontraba la manera de poner de acuerdo el desarrollo del pasaje con la soltura y eficacia de la palabra escrita, que diera la expresión diáfana de un estado de conciencia del protagonista en la parte más culminante de la obra; la ligazón entre el sentimiento que crea y la palabra que exterioriza, resultaba sutil, ligera y débil, para no resistir la fuerza potencial del raciocinio y romperse al primer análisis de rigurosa lógica; la duda, el desaliento, sostenida la una por la decepción y estancado el otro por la incertidumbre, ponían a Ramón en condiciones de llamarse infecundo, y de declararse loco por haberse creído fuerte y constante para llevar a la cima aquel engendro de novela que le quitó el sueño, le amenguó el apetito y le estaba poniendo en los puros huesos. Y de codos sobre la mesa, con la mirada errante por el techo, las manos en las quijadas, los pensamientos taladrándole el cráneo, quedó largo espacio suspenso, mudo, absorto, indiferente al mundo sensible que le rodeaba. De pronto Marta se acercó con paso cauteloso, rodeó con brazos lagotosos<sup>182</sup> el cuello de Ramón, quien, displicente, casi huracán, la apartó de su lado con un movimiento de impaciencia, para luego sumergirse en las profundidades de una meditación hosca, quieta y sostenida.

Marta, como en otra ocasión, siente cerca de sí el vacío, el desamparo, el abandono; vuelven con más furia a su mente aquellos celos morbosos de recién casada; maldice otra vez de la musa, del arte y de la literatura; se declara humillada en sus fueros conyugales por el renaciente y brutal despego de su marido; los celos, irreflexivos, lacerantes, airantes, como de antaño, acuden presurosos en tropel a desgarrarle el alma con las curvas uñas y el acerado pico de las harpías, y por su imaginación vesánica pasan las Furias con sus horripilantes cabelleras de sierpes y su puñal envenenado en la diestra, oscureciéndole el entendimiento y torturándole el corazón que destilaba sangre, hilo a hilo, por la abertura de la herida,

---

<sup>182</sup> *Lagotero*: De lagotería, zalamería para congraciarse con alguien o lograr algo.



antes cerrada por la alegría de ser madre, y ahora recrudeciéndose por la afrenta de verse repudiada. Ella sentía el arte, lo comprendía y lo interpretaba a su manera; pero un arte dulce, sumiso, afable, sin fierezas ni hurañías, que gustara de confidencias, de reciprocidades; no ese arte extraño que se ausenta del trato humano, que se labra duras cadenas y que mata toda intimidad, para sólo en su torre de marfil, alejarse de las miradas profanas, encerrarse en un mutismo de anacoreta, aislarse de todos los afectos, y gustar de su belleza sin testigos; acaso por ello se dolía de la literatura que, como dueña absoluta, se había apoderado, por el efecto mágico de sus hechizos, del alma toda de Ramón, apartándole de su lado y robándole su albedrío. Repuesta de estos devaneos de alma enferma femenina, loca, desatinada, no pudiendo refugiarse entre los brazos de su hija para llorar su pena, por dormir en la inmediata alcoba, se fue derechamente al piano, ha mucho tiempo cerrado como un ataúd de ébano, en el que había enterrado sus ilusiones juveniles de soltera y sus blancos azahares de desposada, tristes recuerdos de un pasado muerto; abre, febril, la tapa: el teclado blanquea brillante a la luz temblona de las bujías que fueron encendidas y que parecían blandones funerarios; pone sobre el atril el cuaderno de música clásica, cogido a la ventura del librero atestado de papeles, y de sus dedos rígidos sale una escala cromática queda, lastimosa, como un suspiro, para enseguida venir un tremol rápido, con tonalidades de carcajada sardónica; las notas gimen, suplican, imploran, en no sabemos qué íntima quejumbre; tan luego son risas infantiles que desgajan su hilillo de perlas, como torrente impetuoso que arrebatada y despeña, para al proviso tornarse en dulcedumbres infinitas de plegaria de náufragos, de serenata de enamorado; ora se atropellan como hojas secas del otoño que ruedan sus despojos por las marmóreas losas del solitario parque, alumbrado por los rayos tenues y enfermizos de la luna, ora saltan y revolotean fugaces como alas de pájaros que dejan con la aurora el abrigado nido; cuando en un sostenido absoluto suben en espirales de incienso a las inaccesibles regiones del genio; ya serpean, ya se encabritan, ya ruedan, ya reclaman, para al final, en un sordo gemido de angustia, estrujar el corazón dolorido y arrancar a los ojos, secos de

tanto sufrir, unas lágrimas que mitigan los pesares y refrescan con lluvia celestial las arideces del alma huérfana, pronta a dejar su carnal envoltura y así, pura y diáfana, abandonar las miserias de la tierra. Un nocturno de Chopin pobló de armonías la soledad de la estancia...

El espíritu de Ramón sintió muy hondo el maravilloso efecto y el influjo potente de aquella música divina: los pensamientos que se le apelmazaban en la cabeza, se fueron disgregando, uno a uno, haciéndose sensibles y encarnando creaciones estéticas; aquellas notas plañideras, alegres, saltarinas, graves, trajeron al sensorio de Ramón, como evocadas por la pitonisa de Endor, las formas vagorosas de Francesca y Paolo atravesadas, trasfijas, por la espada fratricida: un quejido de muerte, nacido de un penar que nunca acaba porque es eterno, resuena fatídico en el espacio; Dante cae desmayado ante la visión de aquel amor condenado al abrazo perdurable, y Ramón, sugestionado por dolor tan cruento y por tan triste armonía, emanada de la música de Chopin, escribe y escribe, y produce la página magistral que salvará su obra del fracaso; entonces deja la pluma, se va de puntillas al piano, echa sus brazos amorosos sobre los hombros semidesnudos de Marta que prosigue tocando aquel prodigio, y le estampa un sonoro beso, mientras la ejecución se suspende y las notas postreras crujen como un quebrantamiento de huesos, y saltan como una carcajada que brotase de las mandíbulas de miserable calavera.

### XIII

LA ZAFRA estaba en todo su apogeo: con las primeras nieblas de noviembre comenzó la siembra, después de la roza por Todos Santos; en enero principió el corte de caña, y en pasando las “misas de aguinaldo”, era una bendición de Dios ver aquellos sembradíos de matas enhiestas y susurrantes, con hojas como espadas verdinas que, al menor impulso del viento, se cruzaban, se apartaban, se confundían, arrancándose en la brega sinfónica sonidos casi metálicos, y ondulando en dombos móviles de olas que se sumergían y levantaban en vaivenes rítmicos y coruscantes, aparte de los penachos florales, semejantes a cimeras de invictos guerreros selváticos, que se erguían, aquí y allí, en una sucesión armónica y simétrica, como signos máximos de la madurez y abundancia del codiciado fruto que lleva en su seno el jugo meloso, promesa del producto sacarino y esperanza de próxima y segura ganancia.

Quico, que tenía larga experiencia para estas cosas campes- tres, no hacía lo que otros cultivadores de cañaverales, sino que ejecutaba la roza, la quema y la siembra en tiempo oportuno, sin darle mucha importancia al augurio inveterado de las cabañuelas; así, pues, no hacía siembra eventual por junio, para por la codicia loca sacar más rendimiento, porque con esa siembra sucedía a menudo que las lluvias se venían encima tempraneras, y con sus aguaceros torrenciales y el perenne caer de las cataratas del cielo, no dejaban que los retoños llegaran a tener pelillo y a levantarse más de un metro del suelo, sino que se inundaban los terrenos por salirse de madre el Papaloapan, se perdía la cosecha que por el desmandado invadir de las aguas pluviales quedaba sepultada bajo una sábana líquida y turbia para pudrirse y morir luego; no; él sembraba

de noviembre a febrero, según que la época de lluvias se adelantara o retrasara; rozaba entrando noviembre y sembraba ya que sobre las cenizas de la quema el aluvión había dejado una capa espesa y blanda como benéfico abono; de esta suerte, la caña crecía sin obstáculos y alcanzaba mayor abundancia.

En San Lorenzo la molienda seguía su curso; el aguardiente brotaba muy bonicamente por el serpentín y los toneles se henchían con frecuencia.

Mencho apartado de todo ajeteo —para él se hizo sólo la holganza— se pasaba las horas muertas acostado en la hamaca que colgaba pendiente de dos robustos y copudos “apompos”,<sup>183</sup> le sacaba consonancias a la bien templada jarana y echaba por esa boca coplas campestres de muy subida melancolía montuna:

Con mi sangre he de *escribir*  
De nuestro amor el contrato,  
Y al firmarlo he de decir  
Que sin estar insensato  
Te he de amar *jasta* el morir  
Porque mi amor no es ingrato.

Hacía punto, rasgueaba y seguía:

Con infinito placer  
De mi amor te di la llave,  
Guardarla fue tu deber,  
Pero es tu silencio tan grave,  
Que cuando me siento a comer,  
Ni la comida me sabe.

Y volvía a rasguear la jarana, tintineaban y gemían las cuerdas bajo la fuerza de los dedos que ágiles pasaban y repasaban arrancando nutridos sonos costeños.

---

<sup>183</sup> *Apompos*: se le dice zapote reventador en Veracruz.

Mientras Mencho tumbado a la bartola se desgañitaba con ese su cantar alharaquiento, Nicasia andaba por la cocina de hollinado techo moliendo la masa, sacándole sacudidas al molendero cada vez que echaba sobre el metate su busto y en movimientos acompasados desquebrajaba el maíz con la mano para obtener la molienda blanca y compacta y palmear las gordas; los tizones enrojecidos llamareaban a impulsos del viento, humeaban en hilillos que se levantaban hasta el techo en espirales azulinas para escaparse luego por los intersticios del caballete de palma de la rústica vivienda; el perro guardián, agazapado a la entrada, se adormecía al calor de un rayo de sol que se disparaba pleno por la puerta de la cocina; las gallinas discurrían por debajo del molendero hurtando a pico famélico los desperdicios de la masa; aprovechaban la rapiña en tanto durara la quietud del perro; más una vez que hubo satisfecho su modorra y calentado su cuerpo, se fue en carreras y con dentelladas sobre las gallinas, las que huían medrosas en vuelos rastreros para zamparse a tiempo en el corral, donde los gallos las cortejaban con galanuras de rápidos ruidos y las pisaban con fiereza de sátiros sueltos.

Ya terminados los menesteres de la cocina, Nicasia llamaba a grito herido a Mencho para que se regalara con el almuerzo; entonces Mencho abandonaba la hamaca, pendía la jarana de un clavo, se iba a una botella que por sobre una mesa lucía el ámbar de su contenido, y se la empinaba a tente bonete, para hacer largos bucheros del licor de nanche y melaza, y así redondear un aperitivo tan rico para estos paladares quemados con aguardientes y sahumados con el constante fumar de no menos apetecible tabaco tuxtleco.

Y allí en la mesa de blanco mantel con churriguerescos dibujos de perfiles rojos de muy chillona pasamanería casera, junto al asado tasajo con ribetes de gordura derretida, los plátanos soasados al rescoldo, el vaso de untosa leche, el bollito de blando elote y los chicharrones sonantes a cada mordisco, para saborearlos con largos tragos de café “clarinete”.

Mencho comía como un canónigo y Nicasia no le iba en zaga, a poco de este yantar cotidiano, Mencho le dijo a su mujer:

—¡Oye, Nica, lo que es *pa* san Juan, cuando se acabe la zafra, “cristianamos” al hijo de Luciana, nuestro nieto, que ya

tiene sus dientes y camina con más saltos que agachona por vereda.

—¿Y por qué no *ejperamo jasta* febrero? Con la feria vendrá el *señó* Obispo, y ansina<sup>184</sup> *too* será una *vía* y *doj mandáos*, porque *entonce* se bautizará el macaco y en *despué* lo llevará don Quico a que el del anillo le de la *cachetáa*... *¿ejtamo?*

—¡Tú siempre me te atraviesas en mi asunto! ¡Digo que *pa* san Juan será *crijtianáo* y *naiden* me lo aparta de la cabeza... *¿sabe?*

Ya tengo *apalabráa* a la madrina... Charo, mi compañera de “jelengue”<sup>185</sup> en el “guapango”... y di mi palabra que es de tanta *juerza* como la del rey, pongo por *ligítima comparancia*...

—¿Charo?... Ya reflejo: esa relamá que porque baila el “jarabe” con *cáa patáa* que rompe la tarima, se codea con los *bailaores* en la cadena y le hace *ñudo* a la banda en el son de la bamba, la mientan<sup>186</sup> en el estribillo, le *jechan* galas a *carretáas*, baila el *zapateáo* con un vaso de agua en la cabeza, ya se va *criendo* una señorona de alto copete.

Mira, esa pelandusca me choca *muncho*, y cualesquier día le araño su cara de gatita mansa y le rompo el cachirulo que le ofrendó don Quico.

*¿Cres* que no sé sus *sinvergüenzáas*?... Y tú, que no *sirve pa naa*, que te llenas el jergón sin trabajar, que *too* te lo da el amo porque le sirvas de alcagüete, ora quieres echártela de rumboso con esa Charo, y le compras zapatos, y le ofertas cinta *pa* moño, y le haces la *cucumaña*, cochino, *malagradecío*, *sinvergüenzo*!

—¡Mira, *demoño*, no me *saque* de mis casillas porque te rompo el *jocico*!...

—¡Atrévete, atrévete! —y Nicasia cogía con furia una raja de leña y la blandía como una macana por fuerza de la amenaza.

—¡Miren a la vieja, que me quiere asustar con el brujo como a los macacos!

---

<sup>184</sup> *Ansina*: así: todavía entre la gente rústica.

<sup>185</sup> *Jelengue*: desorden o guirigay.

<sup>186</sup> *Mientan*: nombrar o mencionar a alguien o algo.

—¡Arrempújate *pa acá*, y *verá*, *condenáo*, y verá como ya le *ejtamo* tejiendo a los guamazos!!<sup>187</sup>

—¡Hum, *dejemo* la fiesta en *pá*, porque te tiene *má* cuenta!

—¡Qué fiesta ni qué *dianche*!<sup>188</sup> Escoge: ¿o esa Charo, o yo!

—¿*Esa tenemo*? *Pué* mira: entre una furia como tú y Charo, o cualesquiera otra, la *elición* no es *mu peliagúa*!

—*Arrastráo*, *sinvergüenzo*! —Y Nicasia salió correteando a Mencho hasta el corral, en tiempo que aparecía por la puerta Quico.

—*Haiga pá* entre los *príncipe crijtiano*!

Tú, Mencho, cierra el pico, y *osté*, Nicasia, guarde la tranca, que ya están *vejaranos* para andar con *ejtas* tremolinas...

Si Mencho baila con Charo, hace bien, que no se va a poner a cantar misa y a rezar el rosario... *Pa* eso nació en *ejtos* campos, *pa* ser libre como el aire y dueño legítimo de su persona... Las mujeres *pa* concebir, coser y moler en el metate...

*Oste* dirá lo que quiera, Nica, pero a mí me *guta* llamarle al pan, pan; al vino, vino, y al *corduno*, cabrón... Ora lo que debe hacer es vivir en *pá* que los años se van corriendo mismamente como el agua del río, y el día *meno pensáo* estiran la pata y san se acabó... ¿me entienden?

Nicasia cerró la boca de muy mala gana, dio la callada por respuesta, y a regañadientes se fue a sus quehaceres; Mencho volvió a su hamaca y echó por ese pecho al son de la jarana:

¡Que ofrezca por ofrecer  
Eso nunca me ha *gujtáo*,  
Te ofrecí corresponder  
Y cumpliré lo *tratáo*  
Como sepas sostener el amor  
Que me has *juráo*.

Si por desdicha perdiera  
Tu amorosa estimación  
Sin que motivos te diera,

---

<sup>187</sup> *Guamazos*: en México, guantada o manotazo.

<sup>188</sup> *Dianche*: diantre, diablo. Interjección familiar.

Prefería, y con razón,  
Que la serpiente más fiera  
Me arrancara el corazón.

Quico volvió a la casa grande; allí le esperaba un viejo ranche-ro, sombrero en mano y machete al cinto; y en viendo al amo, se encaró con él y le dijo:

—Ya estoy *jarto* de que *osté* estire y afloje en *toitas* las cosas de *nonsotros* los *probes*... A mi hija, que quería como a la niña de *bisojo*, mala la *comparancia*, *osté* la echó al mundo, y la *verda*, no estoy *pa* que *naiden* me atropelle, *unque* sea el nuncio!...

—¡A mí con esas soflamas, viejo *atrevió!*... En mi casa mando, en mi finca mando, y como a mi santísima *voluntá*, ni *osté*, ni otro *má bragáo que osté*, le pone pero, porque no tengo madre ni perrito que me ladre, rásquese la barriga y récele a Santa Rita, *abogáa* de *imposible*... Conque su hija... ¡Vaya, me da risa!... ¡Qué *mojquita* muerta!... ¿Y por qué no se defen-dió, vamos?... ¡Siempre la *mesma* cantaleta! Y *osté* no refleja que si ellas *cáin* es porque *quedrán*.

—Eso dice *osté* siempre que hace una de sus *trajtáas*; pero por el santo de mi nombre y por estos *güesos* que se han de comer la tierra, que yo no me voy a quedar con la burla sin castigo... Mañana *mesmo* veo al *señó* Alcalde del pueblo, al *Jué*, o a quien sea, y verá *osté* cómo se me hace justicia... Y si no, la haré con mi *mesma* mano... —y el viejo hizo a desenvai-nar el machete.

Quico no perdió el menor movimiento agresivo del iracundo viejo, se le fue encima con arrebatado empuje, le quitó el arma de las manos antes que pudiera utilizarla, y lo sentó de un furibun-do empellón en un hacinamiento de bagazo que por allí había.

—¡La *josticia* la tengo en casa, viejo *atrevió!* ¡Ya verá *osté*, ya verá *osté!* Y Quico al concluir la amenaza, mandó por dos mocetones que amarraron codo con codo al pobre viejo, e hizo que Mencho —hábil para estos enguajes— escribiera una comu-nicación para el Alcalde en la que remitía “a ese hombre por haber atentado contra la autoridad del “Ministro Conservador” —ese cargo desempeñaba Quico, que era entre-gar la Iglesia en manos de Lutero —y agregó otras acriminacio-



nes<sup>189</sup> para mandar al “reo” juntamente con el machete como cuerpo del delito.

El viejo echaba espuma por la boca, le temblaban los pocos dientes que en ella le quedaban, pateaba con la furia rabiosa de un condenado vivo, y a revienta cinchas lo condujeron, por vereda trillada, para la cárcel del pueblo, donde llorará su desventura, pasará la condena, o saldrá presto, según los tinterillos o rúbulas que intervengan en el asunto, al sonido metálico de algunos pesos.

Tío Toño –viejo policía del pueblo– en camino para la cárcel, le decía al cuitado para consolarlo: –Hizo *osté retemal* en quererse parar al amo; no sabe, mi *señó*, que *onde* manda capitán no gobierna marinero; *aemás*, no *semos* nadita de gente, sino cosa en estos andurriales, valemos *meno* que un caballo con piojillo y *non* sacan el quilo como la miel al trapiche: a jalones... Me conformo con mi suerte; *osté* confórmese con la suya... Y a Roma por *too*... ¿*Queder* hacer el valiente con don Quico?, vamos, ¡qué es locura *ansina* de mayor como la de atajar con la mano la corriente del río y detener con el dedo la *cáida* de los barrancos...

A lo lejos se escuchaba el rechino de la rueda del trapiche exprimiendo la caña, el chirrío de las carretas conduciendo bagazos, los toques de la jarana y el canto de Mencho que estruendoso entonaba:

Si tú me diste licencia  
De hablarte, presto lo haría,  
Y al hallarme en tu presencia  
Lo que sufro te diría  
Para saber mi sentencia,  
Negrita del alma mía.

Ramón, en tanto, allá en el terruño, se enfrascaba en discusiones literarias con don Prisciliano, de la envidia de esta:

---

<sup>189</sup> *Acriminations*: acriminar; incriminar: acusar de algún crimen o delito. Exagerar o abultar un delito, culpa o defecto, presentándolo como crimen.

—El plan no lo tengo por malo; el argumento está bien desarrollado; lo que creo fuera de asunto, es la parte accesoría, los incidentes, los episodios... Yo suprimiría algunos, ampliaría otros y reduciría los demás...

—Pero son necesarios para darle color al cuadro...

—No; estás en un error: la fuerza y el color hay que sacarlos de la entraña misma de los personajes.

—Sí, entiendo: usted quiere una acción movida, intensa e impresionante. Me parece bueno; pero no hay que olvidar que en toda obra de arte, bien sea pictórica, bien sea musical, bien sea arquitectónica, se necesita el claro oscuro, la nota baja que le dé el relieve a la nota alta, la sombra que le dé brillantez a la luz... En los matices ha de haber combinaciones y de las combinaciones tienen que surgir los detalles; el toque está en saber colocar esos detalles, en atinar con la ocasión para aprovecharlos...

—La novela de hoy no es la novela de antaño...

—Eso no admite réplica porque es una perogrullada; mas hay que tener en cuenta que de la arcilla antigua, de los sedimentos viejos, tenemos que sacar las formas nuevas...

¿Arte nuevo? ¿Esas tenemos? Yo no acepto más que un solo arte: el que está en la naturaleza. Podrán variar las costumbres, aviejarse las modas, pasar los caprichos... pero la naturaleza es siempre la misma... A no ser que esos virtuosos, como se les llama ahora a los artistas consumados —por imperdonable galicismo— quieran enmendarle la plana a la naturaleza.

—O no me explico bien, o usted no quiere entenderme... ¿Quién se atreverá, por ejemplo, a escribir hoy una novela por el corte de *La Dama de las Camelias*? Y cuente usted que su éxito fue extraordinario. La tisis, antes de que los sabios se preocuparan en buscar el bacilo, fue una enfermedad de moda puesta en solfa por Chopin. Una joven que moría entre espantos<sup>190</sup> sanguinolentos y toses asfixiantes era una heroína cantada por los poetas.

—Ya caigo en la cuenta: te refieres al “romanticismo” en todo su dominio; pues sábetelo, autor en ciernes, que el “roman-

---

<sup>190</sup> *Espantos*: lo que se arroja de una vez en cada expectoración.

ticismo” no se lo han quitado a cuatro tirones los llamados “naturalistas”, o, por mejor nombrarlos, “zolistas”; el “romanticismo” siempre asoma su faz, y lo único que han hecho los “naturalistas” es exornarle<sup>191</sup> de flores como el cadáver de un niño para ocultar las líneas rígidas de la muerte. Ya no te diré de Zolá, ni de Daudet... Flaubert, con todo y su observación y su meticulosidad retórica era un romántico vergonzante... allí *Madama Bovary*.

—No me convencen tales razones.

—Entonces no te convencen los hechos consumados, concretos. Has de saber que las perspectivas se confunden como en una decoración de teatro. No se han de tocar los extremos y habremos de quedarnos en el justo medio. Y aquí el justo medio es el... “realismo” bien comprendido, y ese está en la naturaleza misma, así de las cosas como de las personas. Por ello hay que ver muy de cerca la Psicología en estos intrincados asuntos de novela; pero no esa Psicología convencional, esa Psicología escrita, esa Psicología de palabra con que se llenan la boca algunos críticos para irse por los cerros de Úbeda, sino la Psicología que entra en el estudio del espíritu de los personajes, en la extensa combinación de los caracteres de esos mismos personajes; existen caracteres que son una línea recta, otros son curvas sin ser ondulantes, otros forman una hipérbola. Te parece todo esto muy geométrico, pero es muy cierto, porque así es la Psicología experimental..., quien pierde el valor de las líneas desfigura los rasgos salientes, las aristas de sus personajes en lo que mira a su verosimilitud; no es preciso que la índole del tipo relativo —hay que obrar por semejanzas— sea punto por punto igual a una *vera efigies*, basta que sea verosímil.

—Los personajes principales de mi novela son tomados del medio ambiente en que vivo. Tienen, desde luego, las modificaciones que el arte debe imponerles. No son imágenes sorprendidas por una cámara fotográfica, ni hablan como si un fonógrafo hubiera tomado todas sus palabras... Tengo el gesto

---

<sup>191</sup> *Exornar*: amenizar o embellecer el lenguaje escrito o hablado con galas retóricas.

de ellos, su idiosincrasia, su fisonomía: ese aire de familia por el cual un individuo no se confunde con otro aunque no muestre su partida de bautismo.

—Bueno: veo que te has formado una particularidad para cada personaje; no lo motejo, y bien comprendes que lo aplaudo; ahora lo que se necesita es que en el choque de las pasiones, en el contraste de antipatías y simpatías, esas particularidades subsistan, no cambien.

—Según y conforme. De un choque, de un incidente, de un percance, depende muchas veces el cambio manifiesto y hasta radical de un carácter. Yo no sé, ni lo afirmo, si la Psicología de que me habló hace poco anda metida hasta lo recóndito en estos tiquismiquis;<sup>192</sup> pero la experiencia propia, la observación diaria, me han hecho ver de bulto, y de cerca, y a pie quedo, todas esas modificaciones, alteraciones y cambios de caracteres.

—Sí, naturalmente; aquí entra aquello de la línea recta que, en ese caso, se quiebra y forma ángulo.

Y por ahí siguieron muy nutridas las discusiones literarias de don Prisciliano con el autor de la novela en gestación.

Sucedió, pues, que a vuelta de tanto pensar hondo y espacioso, y al término del mucho escribir a destajo y sin medida, Ramón se sintió enfermo: punzadas agudas en el occipucio, dolores terebrantes en las sienes, zumbidos sordos en las orejas, laxitud en todo el cuerpo, mareos continuados y falta absoluta de apetito; además, en el momento menos pensado, sentía el vacío bajo sus pies, se tambaleaba y había de asirse de los muebles para no caer; en las noches el insomnio era tenaz, y cuando lograba coger el sueño, las pesadillas frecuentes. Por todos estos síntomas, el médico le prohibió trabajar en lo adelante; quietud, reposo, lejos de libros y de cuartillas; y para mejor y más pronta cura, salir al campo, caminar, correr, trepar a los árboles, asolearse, madrugar a diario y recogerse temprano; montar a caballo, remar en el banco, cazar en el monte, y pescar en el río; ejercicios corporales, pues, a mañana y tarde, nada de ocupar la imaginación con quimeras y aluci-

---

<sup>192</sup> *Tiquismiquis*: escrúpulos o reparos vanos o de poquísima importancia.

naciones, ni pensar en literaturas; de leer, ni una letra, y de escribir, ni sílaba; tras del reposo asentado vendrían presto a recuperarse las fuerzas perdidas, y entonces, con mayores bríos, emprendería de nuevo la tarea.

Con estas francas y acertadas prescripciones del médico quedó resuelto que todos irían a San Lorenzo; al comienzo de semejantes insinuaciones, Marta opuso algunos reparos, pero en vista del estrago que en el organismo de Ramón iba marcando el cansancio, no tuvo más que rendirse a la evidencia y consentir en que la familia se ausentara del terruño, por algunas semanas, para arrancar a Ramón del empeño de seguir escribiendo y escribiendo; y como la nena, por otra parte, necesitaba de las delicias del campo para combatir la anemia que la consumía, se pensó en la partida; Marta todavía manifestó alguna resistencia al viaje –instigada quizás por las continuas persecuciones de Quico– y aun se aventuró a decir que se quedaría en el pueblo; pero después de algunas indicaciones de don Prisciliano y de Ramón, que más se afirmaron con asegurar el padrino que su ahijado necesitaba de los cuidados de Marta, y que la niña no había de pasarla sola con su padre, Marta consintió en ir, ahuyentando sus temores con el imperio de su fortaleza que la sacaría triunfante contra las asechanzas perennes de Quico, disoluto y sobrado.



## XIV

RESUELTO el viaje, la casa de Ramón, antes quieta y silenciosa, era una Babilonia: empacar algunos muebles, los indispensables; descolgar cuadros; amontonar trebejos; liar ropas; asegurar puertas; disponer provisiones; dictar órdenes y determinar programa. Se discutió si el piano se trasladaría a San Lorenzo, Marta opinó que sí y Ramón se opuso luego, pues temía que las sonatas fueran más frecuentes en el campo y que, al influjo de ellas, se viera impulsado a tomar la pluma contra la prescripción médica.

Quico, advertido de la visita, enjalbegó las paredes de la casa grande, mandó barnizar los muebles antiguos que se guardaban en la “finca” como un recuerdo, quitó cachivaches, arritrancos, menudencias todas que se amontonaban en las piezas contiguas a la sala, y adornó la que serviría de comedor con flores odoríferas y jaulas vocingleras; para recámara escogió la que fue de doña Remedios allá en sus mocedades, y en el corredor que da para una plazoleta, amplia y alfombrada de césped, puso macetas pintarrajeadas de almagre, floridas y vistosas. No se daba punto de reposo en asear, mejorar y alegrar el que sería albergue de sus huéspedes inesperados.

Una hermosa mañana de marzo partió Ramón con Marta y su hijita para San Lorenzo: en espaciosa carreta tomaron en sendos butaques<sup>193</sup> pasaje para la finca; tras de ese vehículo venía otro que cargaba no pocos pesados bultos y menudos envoltorios de esas mil baratijas que se llevan en cualquier viaje.

---

<sup>193</sup> *Butaques*: voz caribe: asiento pequeño de madera, forrado de cuero y con el respaldo inclinado hacia atrás.

El sol no estaba todavía alto cuando tomaron el camino abierto; el cauce del río Chiquito, enjuto y polvoroso arracimado de quiebraplato, “mala mujer” y otras yerbas que prosperan en las tierras húmedas, serpeaba a la vera de la carretera circundada de *cocuites* ramosos, jobos florecientes, *cochiquelites* cimbradores, laureles tupidos, amates corpulentos, *muchites* barbudos, en que todos ellos, vestidos de verde oscuro, a porfía se engalanaban con las parásitas de flores violetas, azules y amarillas, dando al viento apacible de la mañana primaveral sus racimos apretados, *corimbo*s florecidos, umbelas<sup>194</sup> erectas y cimas encorvadas como incensarios que arrojaran al ambiente tibio la fragancia de sus cálices; y entremezclándose con esa vegetación exuberante, alternaban los limoneros y los naranjos con salpicaduras de azahares; los mangos con sus verdinos frutos; los aguacates de anchas hojas; los zapotes de redonda copa; los platanares de abanicadas ramas; las altaneras palmas que sostenían en sus vértices plumíferos los redondos y colgantes cocos, un cerco obstinado que se dilata de margen a margen del río Chiquito, seco al presente y abundante en aguas por la época de las lluvias.

Ramón iba sumergido en honda meditación, y no fueron parte a sacarle de ella el paisaje que recorría sus bellezas pictóricas en maravillas de colorido, en portentos de aromas campestres y en sinfónicos susurros musicales.

Marta llevaba en el regazo a la nena; para la rapaza sólo parecía cantar la naturaleza su himno de vida y de bullicio: el fuerte olor de las plantas y el nutrido gorgear de los pajarillos le mostraban un mundo nuevo, un mundo aparte, que nunca, ni en sus ensoñaciones de niña mimada, había columbrado. Palmoteaba siempre y cuando alguna mariposa, con alas de coloridas ocelas semejantes a la paleta de algún pintor ocioso, revoloteaba sobre su cabecita siguiendo el curso de la carreta; desgajaba su risa argentina en viendo cruzar el espacio con vuelos y giros vertiginosos a la áurea oropéndola, a la cantarina primavera, al rojo cardenal y al alegre azulejo que abando-

---

<sup>194</sup> *Umbelas*: grupo de flores o frutos que nacen en un mismo punto del tallo y se elevan a igual o casi igual altura.



naban el nido de sus amores para picotear en las ramas renacientes y coquetear con los pájaros canoros; al sentir los tum-bos, ocasionados por la frecuencia de los baches y por lo inevi-table de los relejes, lanzaba un grito más de alegría que de susto; para cada árbol, para cada flor, para cada insecto, para cada ave tenía una pregunta de curiosidad o una exclamación de asombro.

El astro rey empezó a lanzar sus rayos cálidos, y entonces, bajo el dombo del amplio quitasol, Marta y la nena formaban un grupo interesante que hacía por defenderse de las aceradas flechas del potente luminar del día.

Más arriba, un horno derruido, empinándose en verdoso montículo, se veía abandonado allí por años, mostrando su miseria que piadosamente tapaban las trepadoras coronadas de campánulas azules y violáceas, de extendidos bejucos eriza-dos de zarcillos volubles sobre la oquedad de la boca por donde el fuego había cocido el barro para fabricar ladrillos, y las grietas y los desconchados eran cubiertos por yerbecillas empena-chadas de espigas que medraban en lujuriosa andanza por toda la mole inactiva y olvidada entre lo intrincado del nemo-roso paisaje costanero. A la vuelta de un recodo, entre la espe-sura de la frondosa arboleda, mezquina para ocultar el verde-gueante ondular de los cañaverales, se erguía la chimenea de la máquina de San Lorenzo; después apareció la casa grande de paredes blancas por reciente lechada y con su cenefa azul índigo; al frente, el corredor rodeado de macetas, y en la puer-ta Quico con su traje de charro, aquel que tantas veces lució montado en el invencible Boabdil.

Al “¡oh, oh!” del que guiaba la carreta con puntiaguda aija-da, se detuvieron los bueyes de la yunta, rechinaron un tanto las ruedas, se movieron de improviso los viandantes y saltó a tierra el boyero, mientras que Quico, luego de los saludos estruendosos, puso por la zaga del rústico vehículo un taburete para que les sirviera de zancajera a Ramón y a Marta y aparezca presto, que en cuanto a la nena, Quico la tomó en vilo y de un impulso la puso en el suelo. Ramón, con torpes equili-brios bajó primero; después le tocó a Marta, y como viera temor en ella para descender al taburete por el cejar de los bueyes, mandó Ramón a su hermanastro que acudiera en su

auxilio, y Marta, a más no poder, cayó en los forzudos brazos del barbarote para en peso ponerla pronto en tierra. ¡Qué impresión tan imprevista para las rustiquezas de Quico al sentir el calor, el perfume y las morbideces de aquel hermoso cuerpo de mujer codiciada! ¡Qué incentivo tan ardiente, qué provocación tan intensa al rozar el rostro tostado del bastardo los sedosos rizos de la cabellera de Marta!

—¡Ahorita mesmo!<sup>195</sup>—exclamó Quico, chispeándole los ojos— ¡a tomar descanso y fresco en el corredor, para después almorzar!

¡Y tú, remonona, ven acá, siéntate en mis rodillas, cuéntame si te *gujtó* el camino. Y Quico le metía las púas del bigote por la carita, a la sobrina, cuando la besuqueaba con chasquidos de caricias salvajes.

Ramón se obstinaba en su silencio; Marta había adoptado una reserva de persona resignada a todo; enseguida de corto descanso, Ramón se fue a la recámara que le había destinado su hermanastro, seguido por Marta, y la nena se quedó charlotteando con su tío.

Una vez cambiados los trajes que llevaban, Ramón y Marta salieron al comedor, donde ya humeaba la comida exhalando tufaradas apetitosas para estómagos menos delicados que el de Ramón; se comió de todo; la nena hizo las delicias de la sobremesa y Ramón apenas si probó bocado.

A otro día se procedió a desembalar los bultos y a colocar algunos muebles; en esa pared este cuadro, en aquel clavo ese otro colgajo, las ropas en los armarios olientes a cedro y a mejorana; los baúles al pie de cada catre; sobre una mesa redonda, Ramón puso algunos libros y un cartapacio con papeles, el tintero y plumas, recado, todo para cuando pudiera pegarse a la interrumpida tarea, que hubo dejado con tristísima pena y que se prometía reanudarla en tiempo menos pensado, pero que sería pronto por la impaciencia de terminarla.

Bien de mañana, antes que el sol quemara los campos con su ardentía creadora, ya Ramón estaba en pie, Quico lo aguardaba a la puerta con una yegua de asentado paso, mansa como

---

<sup>195</sup> *Mesmo*: adjetivo coloquial en desuso, mismo. Pronombre en desuso, también, igualmente, del mismo modo.

un cordero, ensillada y enfrenada para la caminata diaria, y junto de aquella, un potro inquieto esperaba a su jinete para dispararse por lejanos andurriales.

El paseo matinal era largo y benéfico: los pulmones de Ramón respiraban aire puro, saturado de emanaciones campestres; su cerebro se fortalecía, su imaginación dejaba tanta quietud forzada y su organismo se iba templando con pujanzas y arrebatos momentáneos.

De vuelta, al desayuno, del desayuno a la carrera en la amplia plazoleta, y de allí a pegarse al remo para encallecerse las manos, tostarse el rostro con el sol y volver a la casa echando los bofes.

Al cabo de tres o cuatro semanas, Ramón se creía otro; los desvanecimientos se amenguaron, los dolores de cabeza se ahuyentaron, el apetito cobró su imperio y las facultades intelectuales aparecieron lúcidas.

Marta, en tanto, no se apartaba de su hija: era su defensa y su escudo; con ella correteaba por los campos, la seguía loca como una colegiala cuando la rapaza iba en pos del vuelo de las mariposas; la acompañaba en sus excursiones al rancho vecino, no la dejaba en sus paseos por bosques y cañaverales, la dormía en sus brazos y la despertaba con sus besos.

Quico tenía un cuidado y un interés por su hermanastro que otro menos perspicaz que Marta lo hubiera tomado por manifestación de la buena entraña del bastardo; pero ella, al fin mujer, comprendió que todo aquello era fingido, una pura comedia para ganarse la voluntad de Ramón, para alcanzar su agradecimiento y para obtener su confianza, y de esa hipócrita manera realizar algún plan formado con el propósito firme de seducirla.

En donde Marta besaba a su hija, Quico ponía su caricia brutal, como queriendo aspirar el aliento de aquella a quien deseaba con una lujuria de sátiro; y no se detenía ahí en sus anhelos, sino que bajaba a la minucia de beber agua en el vaso que Marta bebía, a entrar de hurtadillas a la recámara y oler con ansia de bestia en celo las almohadas en que Marta ponía su cabeza de blondos cabellos para entregarse a las delicias del sueño.

Los días pasaron soleados y hermosos hasta ajustar dos meses cabales; la zafra se concluía y mayo se acercaba; Ramón

ya no se entregaba con tanto ardor a sus ejercicios cotidianos y provocados, se sentía renacer y se consideraba curado; ya andaba metido en la lectura de sus libros favoritos, no se desdeñaba de escribir a pistos y de abrir la imaginación de par en par a las alucinaciones retóricas y a las quimeras literarias; le faltaba un capítulo para acabar su novela, y se prometía escribirlo; Marta, con mucha diplomacia, trataba de disuadirlo y aun llegaba a esconderle el tintero y las cuartillas como si se tratara de un niño enfermo; pero Ramón recurría a complicadas artimañas y escribía a hurto de la mirada inquisitiva que le espiaba de continuo; artimañas tales como llevar papel y lápiz en sus repentinas ausencias por el campo, para tenderse bajo la sombra de extendido ramaje y allí, acompañado por la nota quebrada de la calandria, el gorjeo melodioso de la primavera, el zurear tímido de la torcaz, el trino arpadado del tordo, la parlería del loro y el estridente chirrido de las cigarras, a cielo abierto, con los olores selváticos adormeciéndole los sentidos, escribir, escribir, escribir siempre, a la continua, sin reparo ni atajo, escondido a las miradas indiscretas y a los acechos femeninos, como si fuera un malvado que consumiera un crimen y no un escritor de numen que escribiera una novela.

Mayo seguía su curso con sus noches límpidas y estrelladas, con el boscaje constelado de la luz verdina e intermitente de los cocuyos, con las flores moradas de los bejucos del rosario vistiendo de gala los viejos y roñosos troncos y extendiendo su palio floreciente de rama a rama, de arbusto a arbusto; con los súchiles abriéndose en estrellas por sobre las hojas verdinegras de los cornizuelos para servir después de sarta a los hilos que penderán en ondulaciones místicas sobre el duro leño de la redentora cruz, con los colibríes de diminutos y tornasolados cuerpos libando miel en el néctar de las flores.

Y la quema comenzó su destrucción de hojarascas, de malezas y de matorrales inútiles; el fuego corría serpeante por sobre los despojos de la roza; se levantaba en llamaradas movibles, culebreaba en inflexiones ígneas: el bosque tremía, las ramas se tostaban, las flores y brotes se enlaciaban, las aves huían de los nidos, los insectos y las sabandijas ocultas salían en legiones para morir en un círculo caliginoso, candente y asfixiante; el humo, espeso, tenaz, se extendía en la atmósfera que sofoca-

ba, subía en columnas imponentes y se desparramaba en nubes dilatadas que obscurecían el sol, empañaban el aire y cerraban el horizonte con una línea fúnebre.

Acabada la quema, concluida la zafra, Quico se estaba mano sobre mano, y como su magín de cerebro estrecho buscaba modo y manera de saciar sus torpes deseos en la persona de Marta, ideó celebrar el término de las faenas con un fandango, anunciado en muchas leguas a la redonda por la boca pregonera de Mencho, y al que, sin duda, como invitada de honor, iría Marta.

Con la misma rapidez como lo pensó lo hizo, y de tan buena manera que ya por toda la finca y ranchos circunvecinos no se hablaba más que del guapango de San Lorenzo; y la misma Marta, de suyo tan advertida, no cayó en la cuenta, y se prometía ver el holgorio que tanto esperaba y encumbraba la gente campesina.

Llegó, pues, el día de los preparativos para la fiesta; muy de mañana ya una cuadrilla de trabajadores desmontaba un claro de monte en lo empinado de una dilatada loma, lugar en que el de tarima se llevaría a cabo.

Preparado el sitio a propósito para el fandango, colocaron la tarima, espaciosa y rectangular, y sobre ella fueron poniendo cajones vacíos en número suficiente para bien sustentar largas tablas en toda la extensión del cuadrilongo; de seguida estiraron una lona por medio de tensas cuerdas amarradas en las horquillas de los árboles que se erguían al pie del altozano, con la mira de servir de toldo a los bailadores; de tres en tres, a cada lado de los improvisados asientos y por la parte de fuera, se encajaron altas estacas, a manera de varales, de las que penderían los faroles, indispensable alumbrado para el “guapango”, y la inventiva de Quico, director de escena en estos apercebimientos de fiesta, llegó hasta la coquetería, que no se ajustaba con su rusticidad, de adornar con guirnaldas y coronas de frescas flores y ramos fragantes la medianía de aquellos palitoques, amén de floripondios y “pongolotes”,<sup>196</sup>

---

<sup>196</sup> *Pongolotes*: de las maderas corrientes tropicales, el palo amarillo, rosa amarilla o pongolote.

blancos y abocardados los unos, y amarillos y rellenos los otros, con que estrelló el cielo del blanco toldo.

Poco a poco y a prima noche, iban llegando los invitados y concurrentes; los que tomaron la delantera fueron los vendedores de aguardiente, licores, refrescos y golosinas, quienes en mesas traídas para el efecto, colocaban la vendeja<sup>197</sup> a campo raso; después comenzaron a llegar los bailadores y sus compañeras, algunos jinetes en briosas caballerías, y pocos a la pata llana, y, los que restaban acudirían como pudieran; las mujeres no se desdeñaron de venir a la grupa en el caballo de su consorte, o de su novio, y hubo mozuela emperejilada que fue traída en silla de manos cual virgen milagrosa en peana; los músicos, como de costumbre, llegaron los últimos; primero se presentó el del violín, un viejo enteco, ennegrecido, y pintojo del rostro aguileño y de las manos huesudas por fuerza de la pigmentación anormal que le salpicaba la piel con manchas blancas lechosas; pisándole los talones al “pinto”, apareció el de la jarana, mozo avispado y metido en carnes, de rostro redondo, con parte de los dientes superiores al aire por tener labio leporino que le obligaba a hablar gangoso y en falsete; tras de este filarmónico se allegó al grupo el de la guitarra, panzón, regordete y rojo por las frecuentes libaciones de aguardiente con su punta de alumbre, cojo de un pie a causa de las niguas que le comieron a cercén casi todos los dedos, y tuerto del ojo izquierdo por unos perdigones que en él se le metieron al disparo de su carabina cargada más de la medida cabal; el del requinto y el del arpa concurren juntos por vivir en el mismo rancho; el del requinto era alto como una chimenea y erguido como una “yagua”, por lo que el instrumento de cuerda, hecho con el caparazón de un armadillo, resultaba juguete de poca monta en sus hábiles manos de tañedor incansable; cuanto el del arpa, no era ni bajo ni alto comparado con el del violín, el de la jarana, o el de la guitarra; pero junto al del requinto resultaba menudo como perinola, y se echaba de ver en su cara lampiña un cachirulo que le partía de la sien derecha para terminarse en la comi-

---

<sup>197</sup> *Vendeja*: venta pública y común como en feria.

sura del labio, rasguño que sacó en un zafarrancho de fandango, en tiempo y ocasión que un perdonavidas blandía el machete y la emprendía con las cuerdas de los instrumentos para acabar con el baile.

Cuando estuvieron juntos todos los músicos, que alcanzaron a cinco, se acomodaron en un ángulo de la fila de asientos, lugar destinado para la orquesta; el del violín fue rascando las cuerdas con el arco repetidas veces sin sacar ninguna consonancia; el de la jarana probó algunos registros; el de la guitarra echó no pocos tientos; el del requinto pespunteó menudo y el del arpa tintineó fino y bordoneó hondo; con ese prelude, las bailadoras tomaron sitio unas después de otras en toda la extensión de los “tablones”, los cantadores se encucillaron haciendo rueda a los músicos, con los sombreros echados sobre los ojos y las manos prestas para ponerlas a guisa de bocina a ambos lados de los mofletes y aventar coplas y chillar estribillos; los concurrentes se instalaron donde hubo espacio para ellos; pero fuera de la “tarima” para dejarla libre a la hora del jaleo, acodándose en los asientos cerca de las bailadoras.

Quico andaba de aquí para allí preparando y dirigiendo el fandango, hecho un brazo de mar con el traje de “charro” de acachirulado<sup>198</sup> pantalón y de ajustada chaqueta, con el pelo del sombrero jarano de ancho galón y gruesa toquilla, y en medio de sus idas y venidas avizoraban sus ojos encandilados hacia la vereda que conducía a San Lorenzo, impaciente porque ni Ramón ni Marta parecían por ninguna parte.

Concluidos los registros, templados los instrumentos, el jarabe hizo oír sus acordes con acompasados tonos, y después de los primeros sonos, se oyeron voces atipladas y aguardentosas que cantaban el prólogo de la fiesta:

Comienza con diplomacia  
Mi amor a desvanecerse,  
Como en ti reina la gracia  
Encantadora mujer,

---

<sup>198</sup> *Acachirulado*: de cachirulear: Arreglar cuidadosamente el aspecto personal. Parche, remiendo.

Pareces árbol de acacia  
Cuando empieza a florecer.

Dos garridas mozas, con sus respectivas parejas, ocuparon el centro de la tarima, y puestas en fila y cada una enfrente de su compañero, podían verse en todo su esplendor las gallardías y gentilezas de sus cuerpos campesinos: llevaban con natural donaire el clásico cachirulo de carey con incrustaciones de oro y engastes de perlas y piedras brillantes, que parecía contener en su cerco de teja las abultadas trenzas, negras como tizones apagados y rollizas como leños, adornadas en el cruce arriba del frontal con moño de ancha cinta de subido color, y al lado derecho de ese imprescindible tocado, se ensartaba un ramo de *virsúchiles*, o el fragante y albo jazmín rosa, complemento y galanura del aderezo de la cabeza; de las orejas pendían aretes de luengos calabazos áureos que cascabeleaban a cada mudanza; colgante del cuello, la gallarda cadena de oro que se sucedía en varias vueltas sobre la turgencia del pecho, recatado por la pañoleta de seda, o de trapeado punto, que el clavillo, repujado con minúsculos relieves, sujetaba en el cruzamiento del frente y dejaba libres las puntas, caídas por delante al desgaire, y hacia la cintura, que ceñía la apretura del negro delantal de flotantes flecos en toda la orla, bordado con imaginerías de rosas y claveles de genuina flora costeña, para por detrás, en la curva de la opulenta anca, irse en serpenteos la volante cinta que lo sostenía; las enaguas de blanco linón, trasparenteaban las delicadas rejillas, y eran circuidas en su ruedo por faralaes, vistosamente encarrujados, con el complemento de encajes en toda la orilla; las mangas de la camisa llegaban más arriba de la mitad del codo, para dejar al descubierto los bien torneados brazos; las manos se cuajaban de tumbagas con nitescencia<sup>199</sup> de granates, esmeraldas o zafiros; pero el taconeo repetido y sonoro obligaba a dejar la contemplación de esos graciosos detalles para concentrarla en los pies, calzados con zapatos bajos de no muy alto tacón, término y asiento de la modelada pierna.

---

<sup>199</sup> *Nitescencia*: esplendor, luminosidad intensa.



Los mancebos vestían pantalón y camisa, blancos como armiño, banda de burato y zapatos con rechino; bailaban con el sombrero puesto y con las manos cruzadas por la espalda a lo alto de la cintura.

En concluyendo la copla, siguió el estribillo del jarabe, y las parejas iniciaron la cadena, cruzándose en gallardeos las mujeres con los hombres, para tomar la fila contraria, que al hacerlo, daban vuelta en redondo taconeando con repiques los pies en la sonora tarima; y allá se iba el canto quejumbroso y dulzón del obligado estribillo:

Escuchen, señores:  
Qué les cuento a ustedes  
Una tramoyita  
Que hay en las mujeres:  
Como todas tienen  
Patio de gallinas,  
Riegan el maíz  
Entre la cocina;  
Cogen la gallina  
Le meten el dedo,  
Y así es como saben  
Si ya tienen huevo.  
De ahí se la llevan  
A cualquier esquina,  
Y con la canasta tapan,  
Tapan la gallina.  
Según pone el huevo  
Se lo van juntando,  
Y así de ese modo  
Se va “enculecando”,  
Y así que la ven  
Que ya está “culeca”,  
La llevan a un rincón,  
Donde está mejor,  
Y la recomiendan  
A san Salvador.  
Piden diez pollitos  
Y un cantador,  
Y a las tres semanas  
Que se levantó.

La dueña le dice  
A la otra vecina:  
Si supieras, mi alma,  
Sacó mi gallina  
Ocho o diez pollitas  
¡Qué cosa tan fina!  
Siempre a una pollita,  
Que se me enfermó,  
Le cayó pepita;  
Mi hija la curó,  
Y un pollito giro  
Que se me extravió,  
Ayer en el patio  
Muerto apareció.  
Y me he imaginado.  
Y supongo yo,  
Que fue el *tacuzín*  
El que lo mató  
Porque la cabeza  
*Na más le mascó.*

Mencho, que andaba metido hasta los codos en el fandango, gritó, al concluir el último verso del jarabe: ¡Bomba!... Entonces los músicos enmudecieron y las parejas tomaron asiento, para después de corto reposo, ser relevadas por otras guapas bailadoras.

En el intervalo, se hace el gasto de copas de aguardiente por los músicos, bailadores y cantadores; las mujeres entran en murmuraciones y en paliques, y ya que todos han bebido de lo fuerte, vuelven a la tarima, discurren por ella cortejando a las mozas del cotarro, ofreciendo bailar con una, prometiendo galas y prodigando flores a otras, hasta que los músicos, al cabo de nuevo y fastidioso templar, se arrancan con “El Pájaro Cú”.

A las primeras notas, los concurrentes que invaden el tablado, lo despejan, vuelven a sus lugares, escogidos para su asiento, y una docena de hembras, enjovadas, poco más o menos, como las primeras que zapatearon, se colocan en actitud de bailar, sin acompañamiento de varones, y atentas al compás de la copla que empieza:

Yo soy el pájaro Cú  
Que canta en la madrugada...

De seguida viene el estribillo, y a su música alegre y a su canto alharaquiento, se cruzan las parejas femeninas, zapatean fuerte sin olvidar el acorde de la tonada que afirman con cada verso:

Y yo ya me voy  
Como lo verán,  
A vuelta de viaje  
Me la pagarán.

A poco se callan las voces, los músicos siguen tocando en seco, y las mujeres vuelven a sus asientos.

Quico no podía disimular su impaciencia: sube a la tarima, baja, vuelve a subir, para al cabo tomar rumbo a la vereda, punto y norte de sus pesquisas...

¿Vendrán Marta y Ramón? ¿No vendrán? Y con estas interrogaciones que no son contestadas por ninguna afirmación, se le mete muy dentro la duda y prende la desconfianza en el ánimo del rústico enamorado...

Ve por la vereda venir dos bultos, que no alcanza a distinguir porque la luna en llena se cubre por la espesura de plomizos nubarrones, pero que su ojo certero adivina que es pareja de hombre y mujer... ¡Ellos son! ¡Ya vienen!... Y se disparó con dos zapatetas<sup>200</sup> en el aire y tronó los dedos como castañuelas, saliéndole el gusto por todo el cuerpo.

Se adelanta a recibirlos, y cuando ya estaba cerca de la pareja, la luna asomó su redonda faz burlona sobre el borde de las nubes, nacarándolas al iluminarlas con su argentina luz...

—¡*Güenas noche*, don Quico!

—*Ostedes* por acá...

---

<sup>200</sup> *Zapateta*: golpe o palmada que se da en el pie o en el zapato, brincando al mismo tiempo en señal de regocijo.

–Llegamos tarde porque el macaco no se dormía, *unque* le cantara meramente como si estuviera en el fandango...

–Éste, –y señalaba a su hombre– *quedría* venir sin mi compañía, pero yo no lo *arriaba*, y hasta ahorita *podimos* llegar...

–*Pue* pasen, que el guapango está de rechupete.

Y Lucía con Chinto, el hijo del mayoral, tomaron rumbo a la tarima, mientras Quico se daba a todos los diablos por el chasco que se había llevado.

–“¡No vendrán! ¡No vendrán”... “Esa *güera* es muy *taimáa!* ¡Ofreció a Ramón venir y no cumplirá su promesa!... ¡Las mujeres!... ¡Las mujeres!” Y con este monólogo a gritos se zampó otra vez al baile, en momentos que “El cascabel” comenzaba a soltar sus notas retozonas y metálicas, y una voz atiplada entonaba:

Joven del perfecto amar,  
En mi amor no hay viento escaso,  
Si yo tuviera un lugar...

Aquí se detiene el cantador, y la concurrencia corea:

Joven del perfecto amar,  
En mi amor no hay viento escaso,  
Si yo tuviera un lugar...

Para luego proseguir el que lleva la tonada:

Te había de seguir los pasos,  
Y con gusto te había de dar  
Con cada beso un abrazo...

Y repite el coro:

Te había de seguir los pasos,  
Y con gusto te había de dar  
Con cada beso un abrazo...

El cantor sigue con el estribillo:

Joven del perfecto amar,  
El amor precede aumento,  
Es mi obligación rogar,  
Y viviría muy contento,  
Si te dejaras besar  
Y abrazar al mismo tiempo.

El tablado repica, truena, trepida y retumba bajo el frecuente taconear de las parejas de mujeres que, en lucidas y perfectas mudanzas y en airosos pases se enfrentan, se cruzan, revolotean en redondo, con los brazos en jarra, sosteniéndose con la punta de los dedos las enaguas, cambian de lugar, menudean los pies, giran sobre los talones, con el busto erguido, casi rígido, para imprimir al cuerpo, de cintura abajo, movimientos rítmicos que se acompañan con el son de la música y la letra del canto; y luego vienen las galas que son ofrecidas a porfía, así por los imberbes como por los barbudos, así por los mozos como por los viejos; consiste la gala en presentar el sombrero a la favorecida con semejante preferencia, quien lo toma de buen grado y se lo coloca muy guapamente en la cabeza para bailar con él todo el tiempo que dure el son; una vez que termina, el galanteador recoge el jarano del poder de la que distinguió, y el dueño de la prenda con todo garbo da un peso, reluciente y sonoro, que se recibe muy cristianamente por la bailadora en fuerza de la costumbre; sucede a veces, y con bastante frecuencia, en fandangos del prestigio como el de San Lorenzo, que son dos galanes los que ofrecen sus sombreros; entonces, la bailadora, para no ofender a los que hacen el regalo, evitando así una riña segura, toma un sombrero en cada una de sus manos y baila con ellos sin poner ninguno en la gentil cabeza, adornada en muchas ocasiones con flores y con cocuyos, presumir de mujer que tiene marcado sello de cortesía mundana.

Aún no había concluido de bailarse “El Cascabel” cuando de improviso llegaron Ramón y Marta; ésta con traje jarocho, igual al de las bailadoras, pero rebozada en un paño de bolita,

azul arrasado, con el que vela el desnudo de los brazos mórvidos y blancos y las turgencias de los abultados pechos.

Al llegar a la tarima hubo un movimiento de sorpresa por parte de las mujeres; repuestas de ella, hicieron lugar a Marta que tuvo que sentarse muy a sus anchas entre Charo y Nicasia, que no habían bailado todavía.

Quico, que dio por cierto la ausencia de Marta en el fandango, y por toda la noche, estaba muy desatendido entre una rueda de rancheros que concertaban una pareja para el día de san Juan; al oír el murmullo de la concurrencia y escuchar a los músicos que tocaban diana, no pudo menos que inquirir lo que tanto alboroto causaba, y se volvió al tablado donde vio a Marta que ostentaba en soberana plenitud su belleza aristocrática entre aquellas beldades montaraces, zahareñas y repulgadas...

“Ahora es la mía” –pensó para su capote. Y desde ese instante no tuvo ojos más que para Marta, recatándose de miradas indiscretas, ocultándose entre el grupo de la rústica concurrencia, y tramando en su mente febricitante asechanzas y proyectos de seducción inmediata.

Ramón, displicente, huraño, se instaló en uno de los ángulos opuesto al en que estaban los músicos; nada que le atraía aquella fiesta, poco que le importaban cantos y mudanzas; su imaginación estaba toda ocupada por el término y feliz acabamiento de su novela, mira, compendio y cifra de sus aspiraciones de artista contrariado en un medio estéril, infructuoso y hasta hostil.

Y vuelve a sonar el arpa con hondo bordonear que anuncia el principio del son para que el violín entre en armonía con su rasgar atiplado, la guitarra eche sus consonancias de repicapunto, la jarana le siga en acorde y el requinto retintinée, haciendo dúo al bajo profundo de la voz que canta:

Siempre que tú te decidas,  
Preciosa, darte intereso  
En el brazo una mordida...

La concurrencia en coro repite:

Siempre que tú te decidas,  
Preciosa, darte intereso  
En el brazo una mordida...

Termina el coro, y entonces el cantador reanuda su interrumpido estribillo:

Un pellizco en el pescuezo,  
Un abrazo a la medida,  
Y en cada cachete un beso...

Y se vuelve a corear el terceto:

Un pellizco en el pescuezo  
Un abrazo a la medida,  
Y en cada cachete un beso...

Mencho, que ya ha echado sus galas, que ha cantado hasta enronquecer, grita con voz afónica: ¡Bomba!

Con lo que concluyó el “Siquisiriqui” para seguirle en turno, a su hora y ocasión, “El Badajú”, bailado por otra pareja de mujeres, entre las que espigaría Charo, esbelta, graciosa y zandunguera cuando taconeara siguiendo el estribillo alegre y repiqueteando como castañuelas:

Ariles y más ariles,  
Ariles que así decía:  
En tu boquita besaba  
Y en tus brazos me dormía...  
¡Ojalá fuera *verdá*  
Lo que el sueño me decía.

Cuando le llegó a su vez al zapateado, por riguroso orden de reglamento para estos bureos, y ya que se había bailado “La Bamba” con el inveterado estribillo de:

Dime cómo te llamas para quererte,  
Porque no puedo amarte sin conocerte...

Salió Quico a la tarima para hacerle cumplida pareja a Charo, y ahí de los dos bailaradores agotando toda la inimitable destreza de sus piernas, todo el ruidoso taconeo de sus pies y todos los gentiles tornos de sus cuerpos cimbradores y gallardos. Quico con los brazos y las manos cruzados a la espalda, el busto echado fuera y el sombrero hacia la nuca, brincaba y zapateaba nutrido, cantando alto y sonriendo alegre ante Charo, que repetía los cambios y los zapateos al compás de la música y el verso:

Espero que se acredite  
Por la *josticia* mi fallo,  
Con *respeito* a los caballos  
De Camalote y Cocuite,  
Don José y don Juan Enríquez,  
Hombres *caracterizaos*,  
A obligarse han *obligao*  
Con requisitos de ley,  
Cumpliendo lo *contratao*  
En marzo día veintiséis...

Y así se iba la décima lánguida y bien timbrada; cuando hubo terminado, Mencho gritó con fuerza:

—¡A *añudar* la banda, Charo!...

—¡La banda! ¡La banda! —vociferaba la concurrencia.

Los músicos, entonces, cambiaron de tonada, y volvieron a tocar “La Bamba”, para que Mencho pusiera una banda estirada en toda su longitud sobre la tarima, y Charo, zapateando, girando, revoloteando, sin perder un compás, fuera, con la punta de los pies livianos, formando círculo con la banda hasta que por un movimiento de habilidad suma la anudó en el centro, con aplausos del corro que le hacía rueda, con diana de los músicos y jaleo de los cantadores que palmeaban de gusto y acezaban de cansancio.



¡Otro! ¡Otro!... –Pedían mil bocas con acentos de gente borracha.

Y como Charo no se hizo de rogar, tan luego volvió a sonar “La Bamba” se puso sobre su cabeza encintada un vaso lleno de agua, y tornó a su bailar pintoresco y nutrido, sin que el líquido del vaso que llevaba en la cabeza se derramara una gota cada vez que giraba y revoloteaba en menudo zapatear que arranca sonidos de triquitraque a la castigada tarima.

En todo esto, Quico que no quitaba ojo de Marta, vio que la cuñada se retiraba de la fiesta; buscaba a Ramón para acompañarse con él, y Ramón no parecía por ninguna parte; esta circunstancia alentó a Quico para ofrecer su compañía a Marta, quien de mala gana y con palabra rotunda contuvo al bastardo en su empeño.

Así las cosas, Marta se perdió entre el gentío que invadía el fandango, hizo un rodeo por una hila de árboles y tomó la vereda derecha para encaminarse a la casa grande, muy contrariada por la ausencia inopinada de Ramón y muy alerta contra las asechanzas de Quico.

Se cantaba “La Guacamaya”, bailada por mujeres solamente; después vino a dar cumplimiento con el programa “El Toro”, en el que una mujer y un hombre, pañuelo en la mano cada uno, sacaban lances, sin perder la cadencia del canto ni el compás de la música que acompaña los versos:

En la medianía de un llano  
Las manos le cogí a un buey,  
No soy vaquero de fama,  
Pero he sido muy de ley  
Con una *riata* poblana  
De puro ixtle de maguey...

Se corean los versos anteriores, y enseguida canta este estribillo la pareja que sigue sacando lances:

En la medianía de un llano  
Hizo un toro prieto ¡mú...!

Yo soy Bernabé Laureano,  
Hijo de Manuela Crú...

En el son de “La Morena” sucedió que una bailadora tomó como gala dos sombreros, uno adornado ricamente y otro de pobre pelambre, y como no siguiera la costumbre establecida en todo guapango de fuste de tenerlos en las manos mientras bailaba, sino que solamente se encasquetó el galoneado, con desprecio del otro, el dueño del desdeñado charro empezó por toser, por carraspear, para concluir con este reto rimado:

Cantando este son estaba  
Cuando me quedé dormido,  
Tu mamá me estaba hablando,  
Yo me hacía el *desentendío*  
Como dormido que estaba.

A lo que el galoneado contestó:

Cantando ese son estaba  
Cuando me quedé dormido,  
Tú mamá me estaba hablando  
Y yo me hacía el desentendido  
Como peleado que estaba.

Y respondía el otro:

Me he *pasiado* entre lo bueno,  
Porque he tenido lugar,  
Mis intenciones son buenas  
Porque te voy a ganar.

El aludido, aullaba:

De mi tiempo hago reflejo:  
Ganas me dan de llorar,

Y así con algún cotejo  
Las pruebas te voy a dar  
De que busques tu pareja,  
Que conmigo sales mal...

Al terminar el repentista su copla, se fue en derechura del desdeñado ranchero vuelto una furia, se le abalanzó encima con fiereza y comenzó a tirarle trompadas a diestro y siniestro; el agredido, que esquivaba los golpes, se agazapó, y tomando por la cintura a su contrario, lo levantó cuanto pudo, lo arrojó con ímpetu y cayó de bruces sobre el cojo de la guitarra, quien, a las rengueadas, buscando la salida, tropezó con el del arpa, empujó al del requinto, y tomó las de Villadiego; las mujeres se arremolinaban, chillaban unas y cantaban otras para apaciguar la tremolina; el del violín, a pie firme, seguía tocando “La Morena”, acompañado por el del requinto, que hecho un pasmarote punteaba menudo, en tanto que el del arpa la había puesto a buen recaudo para salvarla de un zafarrancho en el que perdería las cuerdas.

Y fuera del tablado no se escuchaban más que blasfemias, vociferaciones, ternos; unos despersogaban sus caballerías, las montaban y emprendían la marcha; otros corrían sin rumbo fijo; los vendedores apañaban bien el producto de sus ventas, arramblaban con frascos y botellas para ponerlas al cubierto de cualquier desmán y coger soleta antes que la trifulca subiera a mayores...

Mencho sólo gritaba con voz ronca y aguardentosa:

—¡Bomba! ¡Bomba!, y parecía una devanadera yendo y viniendo de grupo en grupo, de corrillo en corrillo para decir con palabra persuasiva:

—¡No es *naa!* ¡No es *naa...*! ¡Toquen “El Agua Nieve” —y chillaba para contener la bronca:

Agua Nieve se perdió,  
Su mamá la anda buscando,  
¿Qué no han visto por aquí  
Agua Nieve lloviznando?

A distancia, a la luz de la luna, se veían dos hombres machete en mano, tirándose tajos y contratajos; las armas arrojaban chispas como pedernales, tintineaban, se blandían con quites y estocadas. Y acá, en el fandango, los dos músicos que se quedaron por estar más familiarizados con esos percances, tocaban “El Balajú”, y las mujeres cantaban:

Ariles y más ariles,  
Ariles que así decía,  
En tu boquita besaba,  
Y en tus brazos me dormía...  
¡Ojalá fuera *verdá*  
Lo que el sueño me decía!

Mientras todo esto sucedía, Marta iba a campo traviesa; de pronto, en un recodo del camino, sombreado por corpulento roble, un hombre se le interpuso cerrándole el paso; la agarró con fuerza de la cintura, la cargó como un fardo y se internó en el bosque...

—¡Canalla!... ¡Atrevido!... ¡Mal.....! —y la voz se ahogó, como sofocada, perdiéndose entre la espesura, en momentos que a distancia, allá en la penumbra cercada por el palmar compacto del que ascendía la humareda de la quema de los espartales, se escuchaba la cantinela de “La Guacamaya”:

Estaba la guacamaya  
Parada en un platanal,  
Sacudiendo las alas  
Para empezar a volar...

Y más claro, más potente, por la carencia de música, llegaba el estribillo:

¡Vuelen, vuelen, vuelen,  
Vuelen voladoras,  
De los campos de Mantible,  
Soy tórtola gemidora...

El monte, la pradera, el río, repetían el eco, ensordecido a ratos por el taconeo de los bailarores que aún zapateaban sobre el tablado retumbante y sonoro.



## XV

LA SALIDA de San Lorenzo fue violenta; Marta, por su estado de ánimo, la tuvo como una fuga; ella quiso en un arranque desesperado comunicarle todo lo ocurrido a Ramón, contarle sus luchas y sus zozobras, sus temores y sus resistencias ante la obstinada y grosera persecución del bastardo; pero luego reducía sus impulsos y atenuaba sus propósitos para caer en una postración dolorosa y en un abatimiento lamentable; podía jurar que nunca, ni en sueños, había ofendido a su esposo; que jamás por su pensamiento había pasado la sombra del perjurio; que era pura y fiel aun en el instante funesto en que cayera exánime entre los brazos salvajes de su cuñado; que no pudo defenderse porque la materia, flaca y deleznable, se quebró como frágil vaso sin que se perdiera el perfume de la castidad que guarda en su alma; sólo pensaba, ahora, que en sus oídos antes cerrados a las insinuaciones pecaminosas, sonaría tonante, cual rayo que la aniquilara, la palabra *adúltera*; por esta preocupación perenne, temblaba y se sobrecogía: de ahí en lo adelante, procuraría esquivar hasta la vista de su marido, rehusaría quedarse a solas con él, buscaría estar siempre acompañada con su hija, defensa y escudo en un peligro que su imaginación daba por inminente y sangriento; cualquiera palabra la tendría por irónica para culparla, y cualquier mirada por escrutadora para espiar, hasta los pliegues más recónditos de su alma inocente, el delito que su voluntad no había cometido; no era criminal y temblaba; no se encontraba con culpa y temía..., estaba sola y abandonada a su suerte en medio de aquella turbulencia de dudas y confusiones; no sabía a dónde dirigir sus pasos inciertos para que las espinas del camino extraviado no la hirieran

con la furia de los encendidos guijarros del infierno; entre un encontrado batallar de ideas absurdas y de resoluciones temerarias triunfó el propósito de confesar a Ramón todo el drama que se urdió a su derredor sin darse él cuenta de la asechanza; sí, sería franca, resuelta; su confesión borraría la mancha que con las ardentías del cauterio quemaba su cuerpo ultrajado por la avilantez de un montaraz desalmado, aborto de aquellos bosques espesos.

Pero su resolución, tomada después de tantas cavilaciones, no pudo cumplirse: Ramón, luego que salió a salta de mata del fandango, llegó a la casa grande, tomó las cuartillas y cogió la pluma para ponerse a escribir el final de su novela; la noción de tiempo era vana para él; los pensamientos le perseguían, las ideas se le atropellaban, y vació todo aquel mundo de sucesos y todo aquel enjambre de imaginaciones sobre la tersidad del papel.

Marta, en tanto, llegaba sudorosa, convulsa, abatida, con el dolor y la rabia tarazados por la apretura de los dientes y contenidos por la crispadura de los puños; quería gritar, y la voz se le ahogaba en la garganta; quería maldecir, y la imprecación huía de sus labios; quería blasfemar, y la oración surgía de su memoria; sus ojos se revolvían dentro de las órbitas, se retorció las manos como si entre ellas tuviera el arma de la terrible venganza; sentía asco, repulsión, odio para sí misma; su cuerpo se le representaba como si los gusanos de la podredumbre fueran inocuos bajo la venda embalsamada de la momia egipcia.

Allá, en el último cuarto, brillaba una luz: a su reflejo se veía a Ramón inclinado sobre las cuartillas; Marta lanzó un gemido de angustia: allí estaba la fuente de sus males, el potro de los tormentos de su marido; por esa literatura ella fue ofendida y mancillada; por esa literatura él se iba suicidando; no la maldecía, no; pero la condenaba con palabra enérgica. ¿Qué buscaba Ramón en esas torturas que le secaban el cerebro juntamente con sus carnes? ¿Nombre? ¿Notoriedad? ¿Aplausos? ¿Para qué sirve el nombre que se conquista en las letras, sino para ser ludibrio de unos, envidia de otros e indiferencia de los demás. ¿Para qué la notoriedad pasajera, efímera, a la que se canta hoy un epinicio para entonarle mañana una elegía?



¿Para qué los aplausos, mientras más ruidosos más falsos, sino para que se ufane la vanidad y se engríe el orgullo?

Marta, pues, desistió de su último intento, venido a este acuerdo luego de largas e intrincadas consideraciones; dirigió una postrer mirada a Ramón, en la que no sabemos si había lástima, y vestida se echó sobre el lecho como si cayera a la pesadumbre imponderable de su desgracia...

Ramón acabó de escribir cuando ya palidecían las estrellas del cielo y por el Oriente argentaba su claridad el alba; guardó los papeles en el cartapacio, y se metió en la alcoba contigua a la de Marta; a poco sintió frío intenso, que comenzó en el centro de la espalda para correrle por todo el cuerpo; le castañeaban los dientes, le temblaban todos los miembros, se le erizó el vello y quedó abatido, pálido, anheloso para luego dar lamentos y exhalar suspiros hasta romper en alaridos iracundos y tenaces.

En corto tiempo cesó el periodo álgido y apareció el calor intenso que obligó al enfermo a tirar las ropas que lo abrigan; la fiebre con los dolores terebrantes de cabeza y la sed devoradora hizo presa en aquel organismo propenso a todas las dolencias.

Marta, al darse cuenta del estado miserable de Ramón, dispuso el viaje de vuelta al terruño; pero no en carreta, pues por los tumbos podría sobrevenir al enfermo una conmoción cerebral, sino en canoa amplia y acomodada para el intento de retorno.

Quico, por aquella desgracia, huyó el bulto; desde su asquerosa hazaña, en vez de vanagloriarse del triunfo sobre la flaqueza de su víctima, sentía dentro de sí hastío, depresión, cansancio; no era el remordimiento lo que le traía en ese para él inexplicable y vil estado, sino la indiferencia, el desprecio, el odio de Marta que herían el rostro del bastardo con fuertes chasquidos de rebenques airados; cosa extraña e inconcebible para el reducido caletre de Quico era aquello que ahora le sucedía, a él, que ante la esquivez montuna de las rancheras y la repulsa cruda de las lugareñas se encendían más sus torpes deseos y aumentaban mucho sus ímpetus de bestia en brama. Así las cosas, a escondidas y con maña dispuso el regreso.

Ya que Ramón y Marta habían salido de aquel infierno que el médico tuvo por un paraíso, Quico, viéndose solo, se arrepintió de su cobardía, maldijo de su timidez y juró volver a la carga con más bríos en tiempo oportuno y en ocasión propicia, que para sátiros de la depravada entraña del bastardo, la lejanía enardece los sentidos y la imposibilidad abre las puertas a las furias infernales de la lujuria.

Una vez en el terruño, Ramón, sometido al método curativo impuesto por el médico, entró en aparente convalecencia, que estas fiebres son falaces; Marta fue la solícita enfermera de su marido, con una asiduidad y un cuidado extremos.

El perverso de Quico iba a la casa con el pretexto de saber el estado de su hermanastro; Marta le huía, y cuando por desgracia para ella hubo de estar en su presencia, procuró acompañarse con su hija, o con la criada; nunca consintió Marta que el malvado penetrara a la recámara de Ramón; con decir que dormía, o asegurar que el médico prohibió que nadie la hablara al enfermo por estar en un completo postramiento,<sup>201</sup> quitaba toda probabilidad de alargar las visitas del aborrecido intruso.

Ramón, aunque sumido en una atonía tremenda, comenzó a tener lúcido el cerebro y tranquilo el espíritu; con brillante perspicuidad de visión iba compaginando en su mente todo el proceso de su fiebre; se quedaba suspenso, como asustado de tanto pensar, viendo el techo, contando las vigas, pasmándose ante la gimnasia de una araña que tejía su tela, siguiendo los culebros de la luz solar que penetraba por los intersticios de la ventana, y luego de este corto reposo, sus pensamientos se iban en pos de su quimera, del sueño de su vida: la novela.

Estaba terminada; la dio a luz con dolor y con amenaza de muerte; pero nació armada como Palas de la cabeza de Júpiter; sí, sería esa obra el escalón que lo llevaría a la cumbre; en parte había seguido los consejos de su padrino, y en parte los había desechado; tenía savia joven, entusiasmo ardiente, sin irse, deslumbrado, tras los espejismos de la nove-

---

<sup>201</sup> *Postramiento*: estado de debilidad o decaimiento de una persona o animal.

dad que seducen un momento para hartar luego. Nada que le dolía la pena ni le importaba el sinsabor que habían asistido en consorcio a la hora del alumbramiento; tocaba la realidad: la novela estaba hecha y pronto saldría por esos trigos de Dios, en letras de molde, a proclamar la fama y a cantar la victoria del autor; y para asegurarse por modo inconcuso que no era un fantaseo de su mente loca, sacaba el manuscrito que guardaba como un oculto tesoro bajo de la almohada, lo palpaba con sus manos trémulas y lo veía con sus ojos debilitados, prometiéndose leerlo a sorbos y corregirlo a ratos.

Súbitamente, Ramón cortó el hilo de oro de sus felices pensamientos: la amplia luna del espejo colgado cerca de los pies de su lecho reflejó una visión horrenda, un espectáculo terrible, que con su monstruosidad rompió la fantasmagoría de sus ilusiones literarias... El hermanastro, el intruso, el advenedizo, el bastardo, apretaba ¡infame! en fuerte abrazo a Marta que siempre tuvo por fiel guardadora de su honra y por decorosa salvaguardia de su nombre limpio y sin mancha.

El corazón le dio un vuelco, el pulso se le alteró, la mente, antes lúcida, entró en un periodo de sombras; las fobias y las obsesiones sobrecogían su espíritu y achicaban su ánimo, reduciéndolo a una morbosa impotencia de acción y a una quietud de esfuerzo mental alarmantes; sobrevino el paroxismo y con él la recidiva,<sup>202</sup> de la que siempre estuvo temeroso el médico.

A los gritos y quejidos de Ramón, Marta entró despavorida y se estremeció con ver los síntomas del periodo del frío; abrigó al enfermo, recurrió a todos los medios indicados para provocar el calor artificial; y una vez pasado el caso, apareció el estado candente y sofocante que postró a Ramón con dolores sostenidos que le atenazaban la cabeza, y sed insaciable que le dejaba resequida<sup>203</sup> la garganta.

---

<sup>202</sup> *Recidiva*: reaparición de una enfermedad algún tiempo después de padecida.

<sup>203</sup> *Resequida*: dicho de una cosa que siendo húmeda por su naturaleza se ha vuelto seca por accidente.

El médico desesperaba de la curación; pero a fuerza de cuidados y desvelos, Ramón entró otra vez en franca convalecencia; desaparecieron el delirio, los desalientos y las fanfurriñas que tanto espantaban a Marta.

Quedó más débil, más desbláido,<sup>204</sup> notablemente trasojado; el sueño huía de sus párpados; velaba de continuo; el médico, entonces, recurrió a los soporíferos: Ramón tomaba “cloral” para conciliar un sueño ficticio, prolongado y un tanto reparador.

De improviso, volvieron a llegar en tropel los pensamientos; primero, aislados, dispersos, vagos, errabundos; después, se agruparon, tomaron fuerza y alcanzaron contextura; sobre el recuerdo de la novela, cerniéndose con la calada de negra ave de rapiña, la visión del abrazo pérfido cayó sobre aquel montón de cosas muertas, y al presente evocadas, para levantar la sospecha traidora y engendrar la duda torturante.

¿Sería engaño de mis sentidos?, –pensaba. ¿Acaso las crueldades a que he condenado mi cerebro produjeron esa visión que mata mis ensueños y asesina mi albedrío? ¡Oh impotencia del alma loca que no puede descifrar este enigma! ¡Oh espejo maldito que en tu superficie retratas diabólicas imágenes para levantar en mi pecho, trasfijo por el dardo de la duda, la idea del crimen y la promesa de la venganza!

Entró Marta de puntillas y Ramón cerró obstinadamente los ojos para no verla; encendió la palmatoria de la alcoba; tomó la cuchara que estaba en el buró y vació en ella el contenido de un frasco hasta completar la dosis; se acercó al lecho, suspendió con ternura maternal la cabeza de Ramón, descansándola blandamente sobre el brazo izquierdo, y vertió la pócima sobre la boca abierta y cálida del enfermo; Ramón, entonces, abrió los ojos que parecían salirse de las órbitas, asió con fuerza la mano de Marta, se incorporó iracundo, levantó el dedo índice en ademán de amenaza e hizo propósito de gritar, mientras Marta, sobrecogida por el rigor del suplicio, cayó de rodillas, se llevó al pecho la mano libre como por un arranque de profunda angustia, y sus labios convulsos estuvieron a

---

<sup>204</sup> *Desbláido*: posiblemente se trate de una deformación de “desvaído” con el significado de enflaquecido, sin sustancia.

punto de exclamar: ¡perdón! cuando sus ojos suplicantes derramaban lágrimas amargas; Ramón soltó el brazo de Marta, dejó caer pesadamente la cabeza sobre la almohada, y dijo con voz cavernosa de marcado desaliento:

– “¡Nada, nada, es la crisis!” –y volvió a cerrar los ojos con pertinacia, como si quisiera borrar de su vista todo lo que le rodeaba para concentrar su pensamiento en un mundo interior de fantasías fulgentes y de quimeras obstinadas.

Enjugó Marta sus lágrimas, arrojó al enfermo y pausadamente salió de la alcoba, volviendo de vez en cuando el rostro hacia el lecho, a punto que miró en el acusador espejo el semblante cadavérico de Ramón contraído por una mueca horrible.

El paciente volvió a sus deliquios<sup>205</sup> sin poder conciliar el sueño: el narcótico, suministrado en dosis iguales, noche con noche, ya no hacía su efecto: Ramón no lograba dormir por mucho que lo intentara, y el insomnio tenaz, rebelde, lo llevaba por las vastas regiones de las noches calladas, en las que impera la fantasía para procrear figuraciones maravillosas y deslumbrar con fuegos fatuos, que prestos saltan esparciendo luz trémula y caen luego en intermitencias de cerrada oscuridad, mientras el hijo del Erebo huye a ocultarse en sus apartados dominios.

La duda, dardo envenenado, le taladraba el cerebro: recorrió, uno por uno, todos los instantes de la vida de Marta, y la encontró digna y altiva con el bastardo, y sumisa y cariñosa con él; después, escondido entre una verdadera montaña de recuerdos, vislumbró el remordimiento de haberla abandonado en muchas ocasiones por la afición insana a la literatura. Por mucho que le escociera, tenía que confesarlo: fue esquivo, desdeñoso y hasta inhumano con Marta; cuando después de larga vigilia le tendía sus brazos zalameros, la rechazaba con un esguince ofensivo para internarse en el laberinto de sus atrayentes lucubraciones literarias. ¿Qué le dejaron aquellos libros apretados en los anaqueles repletos de la biblioteca de su padrino? Por más que hubo penetrado en sus nutridas páginas, no encontró la esencia del Arte, la resolución del proble-

---

<sup>205</sup> *Deliquio*: desmayo; desfallecimiento.

ma de la muerte, la clave para la lucha por la existencia, la brújula para aventurarse en el mar encrespado de las pasiones humanas. Teorías rancias, hipótesis atrevidas, deducciones falsas. Libros añejos, forrados de pergamino como momias; libros nuevos, con pastas lujosas como libreas. Mentira, falsedad, engaño. ¿Para qué sacrificó su vida, su juventud, su dicha, su tranquilidad, su hogar, emboscándose en aquella para él selva virgen de conceptos extraños y de teorías sistematizadas, de principios precarios y de doctrinas claudicantes, sino fue para encontrar la muerte del espíritu, la afrenta de la deshonra y el olvido de la gloria? La lectura asidua se convirtió en veneno que enfermó su alma de ese mal que emponzoña la sangre, debilita el cerebro, atrofia los nervios, mata la voluntad y embota las sensaciones; de ese mal que inyecta poco a poco en el organismo el virus de la impotencia, de la abulia y de la insensibilidad; de ese mal que ha llevado a muchos al hospital y a otros tantos al manicomio; mal que llega oculto e intangible y se aposenta en nuestra alma con sutil túnica de hada y con fantástica varita de virtud, que el tiempo imperturbable convierte en mortaja luctuosa y el cruel desengaño trueca en guadaña segadora.

—Pero no; el delirio me ofusca, la debilidad me enloquece. La culpa no es mía, es de ella, sí, de ella, que no supo guardar su hermoso cuerpo contra las asechanzas de la lujuria, que no pudo conservar con firmeza su juramento solemne...

Pensar en mi deshonra es llamar a la muerte; porque tengo que destruir el ídolo de mi corazón, hacer pedazos esa viviente estatua de carne que me embelecó cuando la hube poseído en el lecho nupcial y que ahora aborrezco con todos mis sentidos como si fuese vil ramera.

Que perezca; que sufra el castigo de su imprudencia; que la sangre hirviente de sus venas envuelva en purpúreo manto su blancura de mármol; que sobre sus ojos, en que miré su alma virgen e impoluta, caigan los párpados para cerrarse por siempre y no volver a mirarme en ellos.

La ultrajaré con mis amenazas horribles como tormenta, la maltrataré con mis palabras iracundas como anatemas y la asesinaré con mis injurias como puñales; la estrujaré como un andrajo, y ya hecha masa inerte de carne próxima a la putrefacción, la

arrojaré con el pie para que ruede sobre el esterquilinio nauseabundo en que manchó mi honra...

Al cabo de todo este pensar, en el que a veces palabras sueltas salían de sus labios para afirmar los ademanes coléricos, cayó Ramón en un corto reposo, y prosiguió luego en sus devaneos.

—No me envolverán sus cabellos de oro como en regia púrpura, porque serían el sudario de mis desdichados amores; no tocaré sus manos blancas como las rosas de mi jardín espiritual, porque bajo sus pétalos de seda están las agresivas espinas que hieren con mordeduras de áspides; no besaré sus labios de claveles, rojos como sangre púber, porque entre ellos está el aguijón que trajo miel hiblea y ofrece tósigo violento; no abrazaré su cuerpo mórbido y apetitoso como la leche de Amaltea, y recio, y albo, y frágil, como el mármol de Paros, porque mis brazos la estrangularían con la fiereza de las víboras de Tenedos; no me miraré en sus ojos, porque se transparentaría en ellos la perfidia como en las aguas quietas de una cisterna el sapo de estelión fabuloso, del que los presientes magos tomaban punto para adivinar el futuro de las generaciones; no reposaré mi cabeza doblada por el peso de graves pensamientos sobre sus redondos pechos, porque llevan dentro ceniza y lava como las manzanas de Gomorra... No la veré jamás: la maldigo y la perdono, la invoco y la rechazo, la amo y la odio, la recuerdo y la olvido, la mato y la vuelvo a la vida... Y en estas antonimias, en estas contradicciones, en estos antagonismos, se levanta el espectro de todo mi humilde pasado, de toda mi prosaica vida, de todos mis vulgares hechos, no como una interrogación al futuro muerto, sino como un anatema al presente vivo...

Del amuleto de un pañuelo amado y del asesinato de una garra humana brota la tragedia de Otelo, hosca, tumultuosa, brutal, irreflexiva; de ese malhadado espejo, que tiene lo terso y lo claro del agua de los pantanos que llevan en su seno pestilencia, corrupción y miseria, nació mi desgracia, mi ignominia, mi ludibrio, mi muerte... porque tengo que morir: ante mí se cierran todos los caminos y se oscurecen todos los horizontes ha poco abiertos para la lucha y el triunfo, para la crítica y la gloria; sobre el libro de mis destinos aparece fúlgida la inscripción de Dante en la entrada del Infierno, que es para mí la puerta por donde salen atropellada-

mente mis congojas, mis alaridos, mis quejas para perderse en un eco, cual si fueran gritos de condenados, o blasfemias de réprobos, dentro de la angustiosa soledad de mi martirio y el silencio funesto de mi sacrificio... Para mí se reduce todo el espacio de mi vida con la impenetrable puerta de bronce puesta en mitad del desierto por Caín; pero a pesar de ella, el ojo de la maldad artera, el ojo escrutador de la murmuración humana, está allí, me mira con firmeza de estrella máxima, me persigue siempre para publicar mi afrenta y para reír de mi desgracia...

El suicidio de Nerón fue ridículo; el de Petronio, tímido; el de Séneca, cobarde; el de Yocasta, fatídico; el de Fedra, vergonzoso, y el de Judas, maldito...

No será el puñal alevoso, arma de rufianes; ni la pistola detonante, arma de iracundos; ni el veneno corrosivo, recurso de histéricas; ni la cuerda corrediza, término de felones, la que corte este hilo tenue y quiebre este vaso frágil de mi existencia mísera; no; el narcótico sedante, suave, benigno, plácido, engendro de las sombras, hijo de la noche y hermano del búho, que cierra los párpados y adormece el cerebro, que calma los nervios, mata el dolor y embota la voluntad, que acorcha los miembros y aquietta las arterias, será el tósigo bienhechor que me duerma en los abismos insondables del misterio para despertarme en los umbrales ignotos de la muerte... Sí; allí está encerrado en el frasco con marbete blanco y negro, donde las canillas en cruz y la monda calavera en el centro anuncian la callada eternidad, el silencio sepulcral, la quietud solitaria del cementerio.

Pero no puedo... Hago impulso para levantarme, y la cabeza me pesa como si estuviera llena de plomo; me esfuerzo por alargar el brazo, y mi brazo permanece entumecido y torpe al mandato de mi voluntad... No es el miedo al "más allá", no es el temor al arcano de la muerte, no es el remordimiento ni el escrúpulo, es la debilidad, la extenuación, que me tienen encadenado a este miserable lecho que es mi potro y mi cadalso, mi martirio y mi tortura...

¡Dios mío, dadme fuerzas para acabar con esta vida que pesa sobre mí como una losa funeraria, en la cual la infamia estampará un epigrama sangriento por un piadoso epitafio!

No; no puedo; estoy condenado a vivir, a sentir en mi rostro, con la insistencia del buitro en las entrañas de Prometeo, los escupitajos de la burla y la befa de los perversos.

Como Macbeth, he asesinado el sueño y la muerte huye de mi lado...



Entra Ramón en un reposo absoluto; cierra sus ojos febriles; enclavija sus manos esqueléticas sobre el pecho, y se escucha sólo su respiración débil y lenta.

Vuelve de nuevo el delirio con persistencia de martillo a golpearle rudamente las sienes:

—Mi madre, mi santa madre, desde su tumba se estremecerá horrorizada cuando yo apague la antorcha de la vida con el sopor del narcótico...

¿Dónde están las creencias de mis padres que arraigaron en mi alma de niño con firmeza de credo religioso? ¿Dónde mi fe, mi unción y mi respeto para las cosas divinas? Se fueron ¡ay!, como aves viajeras empujadas por el cierzo que convierte en páramo el pensil florido y en yermo la tierra fecunda.

Todo acabó para mí; todo murió bajo el certero tajo del destino que lo mismo troncha el débil vástago, promisorio de frutos tempranos, que la encina altanera, fortaleza contra los vendavales y pararrayos en las tempestades...

Voy a morir; pero conmigo también sucumba la obra de mis ensueños, el poema de mi vida, la novela de mis noches de insomnio y de mis días de reclusión completa; que muera, sí; que no subsista de mi afanoso trabajar, de mi brega constante, de mi vigilia sostenida, nada, ni una página, ni una línea; que mi nombre sea sepultado en el olvido, que a su derredor no suene ni un ditirambo, ni un panegírico, ni una elegía; que se disipe y vaya al éter, lo que es fluído, lo que es aire, lo que es nada... ¿La gloria? ¡Quimera fementida que cual el dragón de la fábula promete frutos de oro y sólo arroja llamas de Averno!

Que el polvo vuelva al polvo, y que la ceniza se restituya a la tierra... Aquí en este cuaderno he encerrado los pensamientos arrancados a mi sensorio y las ideas evocadas a mis recuerdos; hice obra de amor, de verdad, de fortaleza y de sentimiento; creo tener en mis manos la realidad hecha aplauso, cuando no será dentro de poco más que urna funeraria en que se guarden cenizas frías y despojos dispersos...

Ramón hizo un supremo esfuerzo, se incorporó en el lecho, tomó el manuscrito con el pulgar y el índice por uno de los ángulos de las cuartillas, aplicó el otro extremo a la vela, y la llama tímidamente crepitante, prendió en las hojas de papel

que se enrollaban al calor del fuego con coronamiento de bordes rojizos y con orlas de humosas cenizas; arrojó el cuaderno encendido que cayó en mitad de la alcoba; el fuego siguió su curso; las páginas, combándose en inflexiones débiles hacia el centro, formaban un capullo y en su seno se elevaba una flama de pira, que dejó de tremer, resolviéndose las quemadas hojas en simétricos pétalos de una flor negra que se desvanecería al más ligero soplo de viento.

Mientras se quemaba el manuscrito, Ramón murmuraba palabras incoherentes quizás algún rezo fervoroso aprendido allá en su infancia, o alguna oración fúnebre por la muerte temprana de su obra, síntesis de toda su contrariada vida de escritor, compendio de sus divagaciones por el campo escabroso de las letras.

Al último destello del incendio de los papeles, volvió el devaneo a hilar su madeja:

—Moriste ya, gloria esperada y falaz; en cambio vive aquella que fue tu carcelera y tu verdugo, mi baldón y mi vergüenza... Que viva para que mañana cuando sobre mi cuerpo exánime caigan las últimas paletadas de tierra sean golpes de duros peñascos que como a Tarpeya le maceren las carnes y le quebranten los huesos; que viva para que mañana cuando el aborto de mi hermanastro mancille el lecho de la viuda, sienta en cada beso el hálito frígido del muerto, del suicida, del réprobo, del maldito; que viva para que en medio de los remordimientos que le carcomerán el cerebro con la saña de las sierpes la cabeza de Medusa, y le punzarán el pecho con la picadura del áspid de Cleopatra, vea la sombra de este proscrito del Averno que se interpone entre su amor incestuoso y la lascivia salvaje del intruso; que viva y que no encuentre un rincón de su memoria donde no se halle el recuerdo de su perfidia que asomará su boca repugnante babeando ponzoña y derramando virus... ¡Mi hija!... ¿Mi hija? ¡No, no la nombro, tendría por un sacrilegio traer su inocencia a estas recordaciones nefandas! ¡Ella será el testigo mudo y perenne de la infamia, la acusadora sempiterna del adulterio!

¿Pero qué vacío encuentro en mi derredor?

Vacío de tumba, hueco de osario, profundidad de cripta que se reproduce aquí en mi pecho, cual si me hubiese arrancado el corazón un sanguinario sacerdote azteca para arrojarlo, guiñapo inú-

til, a las plantas de Huitzilopochtli... Entre estas zozobras que me aquejan, entre esta duda que me persigue, surge con la transformación mágica de un avatar el Nocturno de Chopin, tocado por ella en noche de esperanzas realizadas y de anhelos satisfechos; y la veo angelical, vaporosa, idealizada por mis pensamientos y santificada por mi gratitud, cuando hizo brotar de mi pluma infecunda la página luminosa que encarnó la esencia potencial de mi obra... Por este recuerdo la perdono, y la carne débil y flaca la busca en sus ansias de pasión, la llama en sus deprecaciones de vehemencia y la nombra en sus juramentos de enamorado...

¡Pobre de mí, desfallezco!... Las obsesiones me anonadan, mis potencias vuelan en giros fantásticos por los linderos oscuros de la locura... La razón se pierde en el dédalo de los círculos del infierno dantesco... En mis ojos no hay lágrimas, en mi corazón se amortiguan los latidos, mi pulso apenas palpita; nada me impresiona, nada deseo, nada ambiciono: soy la negación de todo... humo, ceniza y polvo... Soy ese despojo que se yergue en imagen engañosa de flor negra, y no es más que el ensueño de mi vida... Mi novela, mi triunfo, mi gloria, vuelto escoria miserable que arrasará el viento con las hojas otoñales, secreto íntimo que avaro me llevaré al sepulcro...

Así pensando, Ramón alargó el brazo, tomó del buró el frasco del "cloral", se lo llevó a los labios y bebió con marcada excitación nerviosa hasta sentir quemaduras en la faringe, el esófago y el estómago; por un acto reflejo lanzó el recipiente contra el suelo... El retrato de Dante, pintado por Giotto, con la Biblia en una mano y con el ramo de adormideras en la otra, pasó su visión austera por los ojos dilatados del suicida.

El sueño tendió sus invisibles paños fúnebres sobre el rostro de Ramón, que a la larga fue hinchándose hasta ponerse abotagado y después lívido y con puntos rojizos; los movimientos respiratorios eran lentos, pausados; las pupilas se contrajeron un tanto; la respiración tornose en superficial, y vinieron los ronquidos acompañados de inflamamiento de las mejillas que tomaban aire para arrojarlo luego en una sucesión rítmica que, poco a poco, se debilitó hasta quedar la boca muda y con la mandíbula inferior caída dolorosamente; las pupilas se dilataron al cabo, y llegó la muerte sin ruido y sin congoja...

Un rayo de sol penetra por el postigo de la ventana, titila dentro alargado ángulo de corpúsculos en que la luz pugna por reflejar los colores del iris, y cae como espada flamígera sobre el rostro cadavérico para alumbrar los labios exangües que se pliegan con una risa sardónica, ignoramos si de desprecio para las mezquindades del mundo, o si de ironía por las inconsecuencias del destino...

Y allá fuera, sobre la vocinglera algarabía de los pájaros tempraneros y el susurro de las hojas de los árboles movidas por el viento, se escucha argentina una voz infantil que grita: “¡mamá, mamá!”, alegre y llena de vida, con las sonoridades del himno eterno de la naturaleza que produce y destruye al mismo tiempo para que el Universo sea...

Jalapa-Enríquez, Veracruz, abril 15 de 1919.

## ÍNDICE

Prólogo .....	7
Advertencia .....	15
I .....	19
II .....	67
III .....	99
IV .....	117
V .....	141
VI .....	159
VII .....	167
VIII .....	181
IX .....	195
X .....	203
XI .....	213
XII .....	223
XIII .....	237
XIV .....	249
XV .....	273



## COLECCIÓN RESCATE

1. Manuel Payno: *Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843*. Prólogo de Esther Hernández Palacios.
2. José María Roa Bárcena: *Noche al raso*. Prólogo de Jorge Ruffinelli.
3. Juan Díaz Covarrubias: *El diablo en México-La clase media*. Introducción de Sixto Rodríguez Hernández.
4. Josefa Murillo: *Obra poética*. Prólogo de Georgina Trigos.
5. Esther Hernández Palacios-Ángel José Fernández: *La poesía veracruzana*. (Antología).
6. Miguel Lerdo de Tejada: *México en 1856-El comercio exterior de México desde la Conquista*. Prólogo de Carmen Blázquez Domínguez.
7. Joaquín Arcadio Pagaza: *Poesía*. Prólogo de Ana Mora de Sol.
8. Cayetano Rodríguez Beltrán: *La cabra tira al monte*. Prólogo de José Luis Martínez Morales.
9. Sara García Iglesias: *El Jagüey de las ruinas*. (Premio Lanz Duret 1944). Prólogo de Jorge Ruffinelli.
10. Juan Vicente Melo: *El agua cae en otra fuente*. Prólogo de Jorge Ruffinelli.
11. *Imágenes de Xalapa a principios del siglo XX*. Prólogo de Adriana Naveda.
12. María Enriqueta: *Llegará mañana...* Selección y prólogo de Esther Hernández Palacios.
13. Carlos Díaz Dufóo: *Cuentos nerviosos-Padre Mercader*. Prólogo de Jorge Ruffinelli.
14. Francisco Javier Clavijero: *Historia Antigua de México I*. Prólogo de Miguel León Portilla.

15. Francisco Javier Clavijero: *Historia Antigua de México II*. Prólogo de Miguel León Portilla.
16. José María Roa Bárcena: *Recuerdos de la invasión norteamericana 1846-1848*. Prólogo de Gastón García Cantú.
17. Xavier Icaza: *Panchito Chapopote*. Prólogo de John Brushwood.
18. Sara García Iglesias: *Isabel Moctezuma*. Prólogo de Georgina Trigos.
19. Gregorio López y Fuentes: *Milpa, potrero y monte*. Prólogo de Carlos Castellanos Ronzón.
20. Roberto Argüelles Bringas: *Lira ruda*. Prólogo, recopilación y bibliografía de Serge Zaitzeff.
21. Charles Debouchet-Hyppolite Maison: *La colonización francesa en Coatzacoalcos*. (Traducción de Alicia Sáiz Pasquel). Prólogo de Carmen Blázquez Domínguez.
22. Rafael Delgado: *Historia vulgar*. Prólogo de Luis Arturo Ramos.
23. Manuel Carpio: *Poesía*. Prólogo, presentación y apéndice de Fernando Tola de Habich.
24. María Enriqueta: *Del tapiz de mi vida*. Prólogo de Esther Hernández Palacios.
25. Carlos Méndez Alcalde: *La escuela racional*. Prólogo de Ragueb Chaín Revuelta.
26. Joaquín Ramírez Cabañas: *Ensayos Históricos*. Prólogo, recopilación y bibliografía de Manuel Sol.
27. Humberto Aguirre Tinoco: *Tenoya*. (Crónica de la Revolución en Tlacotalpan).
28. María Enriqueta: *Rumores de mi huerto*. Antología poética. Selección y prólogo de Esther Hernández Palacios.
29. Rafael de Zelis S.J.: *Viajes en su destierro*. Prólogo de Efrén Ortiz Domínguez.
30. Benito Fentanes Lavalle: *Vidas Rústicas*. (Antología de cuentos y artículos de costumbres). Selección y prólogo de José Luis Martínez Morales.
31. Juan Antonio Lerdo de Tejada: *Cartas a un comerciante español 1811-1817*. Prólogo y notas de Carmen Blázquez Domínguez.
32. Manuel Eduardo de Gorostiza: *Don Bonifacio-La Chimenea*. Prólogo de Joaquina Rodríguez Plaza.



33. Xavier Icaza: *Gente mexicana*. Prólogo de Abel Juárez.
34. Georgina Trigos: *El corrido veracruzano*. (Antología).
35. Porfirio Pérez Olivares: *Memorias. Un dirigente agrario de Soledad de Doblado*. Prólogo de Olivia Domínguez Pérez.
36. Ildefonso Estrada y Zenea: *La Heroica Ciudad de Veracruz*. Prólogo de Hipólito Rodríguez.
37. *Totonacapan: Mitos y leyendas*. Recopilación y selección de María Gabriela Márquez Rodríguez y Raúl García Flores. Prólogo de María del Carmen Ceballos Rincón.
38. José Mancisidor: *La ciudad roja. Novela Proletaria*. Prólogo de Sixto Rodríguez Hernández.
39. Serge I. Zaitzeff: *Xavier Icaza y sus contemporáneos epistolarios*.
40. Rafael de Zayas Enríquez: *Oceánida*. Prólogo de Esther Hernández Palacios.
41. Eutiquio Mendoza Vargas: *Gotitas de placer y chubascos de amargura. Memorias de la Revolución Mexicana en las Huastecas*. Prólogo de Soledad García Morales.
42. José María Esteva: *La campana de la misión. Tipos Veracruzanos*. Prólogo de Lucila E. Hernández Hernández.
43. *El pavo real y el tapacaminos. Cuentos y versos de Xico*. Prólogo, recopilación, selección y notas de María Madrazo Miranda.
44. Cayetano Rodríguez Beltrán: *Perfiles del terruño*. Prólogo de José Luis Martínez Morales.
45. José María Mata / Melchor Ocampo. *Correspondencia privada*. Prólogo de Carmen Blázquez Domínguez.
46. Isabel Pesado: *La mirada en la verdadera patria. Viajes y poemas*. Prólogo, selección y notas de Lilia Granillo Vázquez.
47. Pino Domínguez Colorado: *Tiempo y memoria. Recordatorio biográfico y poético*. Prólogo, recopilación, selección y notas de Efrén Ortiz Domínguez.
48. Gilberto Chávez Jr.: *Playa Paraíso*. (Premio Lanz Duret 1946). Prólogo de Azucena del Alba Vásquez Velasco.

49. *Inquisición de Veracruz. Catálogo de documentos novohispanos en el Archivo General de la Nación.* Estudio preliminar, recopilación y notas de José Manuel López Mora.
50. Cayetano Rodríguez Beltrán. *Un Ingenio.* Prólogo de Georgina Trigos y Domínguez.

# UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Raúl Arias Lovillo,  
*Rector*

Porfirio Carrillo Castilla,  
*Secretario Académico*

Víctor Aguilar Pizarro,  
*Secretario de Administración y Finanzas*

Jesús Samuel Cruz Sánchez,  
*Director General de Investigaciones*

Norma Angélica Cuevas Velasco,  
*Directora del Instituto de Investigaciones  
Lingüístico-Literarias*

Agustín Del Moral Tejeda,  
*Director General Editorial*

Siendo rector de la Universidad Veracruzana el doctor Raúl Arias Lovillo, *Un Ingenio*, de Cayetano Rodríguez Beltrán. Prólogo de Georgina Trigos y Domínguez, se terminó de imprimir en Master Copy S. A. de C. V., av. Coyoacán núm. 1450, col. Del Valle, deleg. Benito Juárez, CP 03220, México, D. F., tel. 55242383. La edición consta de 500 ejemplares y en su composición se usaron tipos Century Schoolbook de 8:10, 9:11, 10:12 y 12 pts. Formación: Azucena del Alba Vásquez Velasco. La edición fue cuidada por Azucena del Alba Vásquez Velasco, Georgina Trigos y Domínguez y Roselia Osorio Armenta.